

An aerial photograph of a densely packed urban landscape, likely Tokyo, taken from a high vantage point. The city is filled with a variety of buildings, from low-rise residential structures to taller commercial skyscrapers. The sky is overcast with soft, diffused light, suggesting the time is either dawn or dusk. The overall color palette is muted, with greys, blues, and earthy tones dominating the scene.

Sin tregua
se consumían nuestros ojos
José Manuel Cruz

Cuarteto de la desolación / 1
**Sin tregua se consumían
nuestros ojos**

José Manuel Cruz

José Manuel Cruz
Sin tregua se consumían nuestros ojos
Cuarteto de la desolación / 1

© José Manuel Cruz

Todos los derechos reservados

© Página web del autor: www.josemanuelcruz.es
© Diseño y fotografía de portada: Irene Cruz (www.irenecruz.com)
© Maquetación Fabián Vázquez www.fabianvazquez.net

Edición, 2019

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

“Pero ya anochecía, y también era hora de retiro para mí. Tendí una última ojeada sobre el vasto cementerio. Olía a muerte próxima. Los perros ladraban con aquel aullido prolongado, intérprete de su instinto agorero; el gran coloso, la inmensa capital, toda ella se removía como un moribundo que tantea la ropa; entonces no vi más que un gran sepulcro: una inmensa lápida se disponía a cubrirle como una ancha tumba”

MARIANO JOSÉ DE LARRA, “El Día de Difuntos de 1836. Fígaro en el cementerio”

NOTA ACLARATORIA:

Considero necesario explicar el contexto en el cual se desarrolla la presente novela, de cara a que el lector disponga de la información suficiente para la correcta comprensión de la obra. Las ambiguas referencias que distintos personajes realizan sobre “todo lo que ha pasado”, “lo que ha sucedido”, “la situación actual”, “todo esto que estamos viviendo” y expresiones similares que irán detectando a lo largo de la trama, están relacionadas con una crisis surgida en el sector inmobiliario, transmitida al sistema financiero y, finalmente, a toda la economía, con efectos sociales nefastos y devastadores. Igualmente, cuando lean términos como “el descrédito de los que tú ya sabes”, “la falta de confianza en esa gente”, “no me fío de los que tú y yo sabemos” y frases del mismo tenor se refieren a una clase política desprestigiada que ha perdido buena parte de su credibilidad ante la ciudadanía. Sobra decir que el lugar donde tiene lugar la acción se trata de un país imaginario. Igualmente, los personajes que aparecen son completamente ficticios.

Capítulo I

“... la rápida recuperación de la recesión de 1991 se produjo gracias al crédito y al aumento de la deuda privada, pero tuvo una consecuencia que entonces nadie vio o nadie quiso ver: la creación de una bola de nieve cuyo tamaño fue aumentado aceleradamente. (...) La economía fue basándose cada vez más en el crédito (...)

Una nueva vuelta de tuerca se dio con la recesión del año 2000 (...) ¿Cómo se salió de esa recesión? Nuevamente recurriendo al endeudamiento, pero en esta ocasión de forma masiva, creciente, coincidiendo, además, con el hundimiento de los tipos de interés, y trasladando al mundo inmobiliario y a la especulación financiera a él asociada el crecimiento económico, un crecimiento basado en la creencia de que el valor – y el precio– de un inmueble nunca descende, y también extendiendo la concesión de créditos hipotecarios prácticamente a cualquier persona que lo solicitase...”

SANTIAGO NIÑO BECERRA, *El crash del 2010*

“La razón de la crisis, como se ha explicado, tiene su origen en la enorme burbuja especulativa montada alrededor de las hipotecas basura y otros activos inmobiliarios. Era un ejemplo claro de lo que la Teoría de la Escuela Austríaca denomina «expansión artificial del crédito». En Estados Unidos, origen del problema, el crecimiento del precio de la vivienda había sido enorme desde 2001, pero cuando en 2004 la Reserva Federal empezó a subir tipos, el proceso se ralentizó primero y las ventas cayeron en picado luego, lo que produjo una caída de precios y los impagos hipotecarios crecieron como la espuma...”

ROBERTO CENTENO, *El disparate nacional*

1

Día 1 (I)

Desde el mismo instante en que recibió esa llamada, el inspector Silva supo que se iba a encontrar con un caso muy diferente a aquellos que, usualmente, afrontaba. El tono nervioso e incoherente que se percibía al otro lado del auricular era, para él, algo completamente nuevo. No es que antes no hubiera recibido llamadas nerviosas e incoherentes. Pero nunca habían sido (ni nunca había podido imaginar que pudiera llegar a ser) de su jefe, el comisario Torres.

—Silva, le necesito. Y le necesito al cien por cien... Deje todos los casos en los que esté ahora. Vaya inmediatamente a la oficina principal del Banco Continental. Allí le informarán de todo.

—Pero, comisario...

Nada. El teléfono había sido colgado.

—Gómez, salgamos pitando... A ver si nos enteramos de qué ha ocurrido...

La sucursal, situada en pleno centro de la ciudad, siempre estaba envuelta por un ambiente de tenso bullicio. Pero esta vez era algo distinto. Cuando llegaron, una muchedumbre inmóvil mantenía clavada sus miradas en algún punto incierto y, por el momento, invisible. Con dificultad, Silva y Gómez se abrieron paso hasta la entrada. Allí, al contrario de lo que cabía esperar de la expectación existente, sólo había dos agentes de uniforme vigilando que nadie pudiera acceder al lugar donde se había producido no se sabía qué... Eran decenas de ojos fijos en el vacío y en la nada.

—Agentes, el comisario Torres me ha enviado aquí. ¿Quién está al mando?

—El inspector Valle. Ahora mismo, está con los testigos para saber qué ha sucedido...

Conforme Silva iba avanzando por la oficina, pudo observar cómo en el techo había unos inequívocos orificios provocados por los disparos de armas de fuego. Le llamó la atención, no obstante, la relativa tranquilidad que había entre los empleados y entre los clientes, unas siete decenas de personas en total, que estaban siendo interrogadas sobre los hechos que acababan de suceder. No entendía cuál era la urgencia que existía para que, precisamente él, tuviera que hacerse cargo de la investigación.

—¡Hombre! Aquí está el genio que va a resolver todo este embrollo... A ver si él es capaz de aclarar qué ha ocurrido exactamente.

“Valle, con su sorna y su maledicencia, como siempre —pensó Silva—. El día no empezó bien y sigue sin mejorar...”

* * *

Aquella mañana, todavía de madrugada (serían las cinco y media, más o menos), Silva recibió la primera llamada del día y fue en su casa. Era el agente Gómez. No era habitual, pero tampoco era excepcional. Esa noche, iba a contactar con un confidente que le iba a pasar información y entraba dentro de lo posible que hubiera descubierto algo importante.

—¿Qué tal, Gómez? A esta hora, supongo que sólo me llama para darme una alegría...

—Me temo que no, jefe. Hace un rato, he llegado a la comisaría. No sé si sabrá que ayer por la noche hubo movida con los antisistema... No se sabe cómo, pero se enteraron de que el Director General de Vivienda estaba en la ciudad y estaba cenando en el Restaurante Ríos. Se juntaron allí unas sesenta personas con pancartas dando gritos y repartiendo panfletos... La cuestión es que los escoltas se pusieron nerviosos, pidieron refuerzos y la cosa se puso fea... Cuando la policía pidió a los manifestantes que se dispersaran, se sentaron todos en la calle y dijeron que no se iban a mover de allí hasta que pudieran hablar con el Director General... Empezaron, entonces, a meterlos en el furgón blindado y unos y otros se liaron con golpes y patadas y, bueno... en fin... cuando he llegado a la comisaría había unos treinta detenidos...

—¿Y por qué me cuenta todo esto? Nosotros no nos dedicamos a esos temas...

—Es que... Uno de los detenidos es su hijo, jefe...

Silva no se extrañó. De hecho, ni se inmutó. Más bien, casi se avergonzó de no haber deducido, conforme iba escuchando la historia, cuál iba a ser el desenlace. Así que se vistió, fue a la comisaría y movió unos cuantos hilos. Al cabo de una hora, los primeros del grupo empezaron a salir a la calle. Cuando padre e hijo se encontraron frente a frente a la salida de los calabozos, apenas se hablaron, porque sabían que jamás iban a entenderse. Así que, en aplicación de la segunda ley de la termodinámica, decidieron reducir la energía consumida a su mínimo nivel posible (para qué despilfarrar recursos limitados) y no se hablaron, no se miraron ni intentaron explicarse el uno al otro, simplemente se subieron al coche del inspector y se dirigieron a casa. El padre intentaría decirle al hijo que su postura no iba a ninguna parte, que, aunque no dejaba de entender que el idealismo era algo loable, había límites que no se debían sobrepasar. Entonces el hijo le respondería que, con todo lo que estaba pasando, no era decente no hacer nada y contraatacaría con que no estaba bien que su padre hubiera intervenido para dejarlo libre cuando había compañeros que todavía estaban encerrados... El padre, entonces, le diría que él no había hecho nada, que, simplemente, se había enterado de que iban a ir soltando a algunos de los detenidos y que... (lo cual era mentira, evidentemente).

Es decir, el día no había empezado bien.

* * *

Pero, ahora, sólo quedaba plantar cara, un poco arrogantemente, a la arrogante chulería de Valle y empezar a eliminar piezas del tablero de ajedrez para aclarar la partida.

—Bueno, yo creo que el jefe lo único que quiere es que los niños dejen de jugar y que sean los mayores quienes se ocupen de esto en serio...

La mordacidad era mayor de lo que expresaban las propias palabras por el hecho de que Silva era unos ocho años más joven que Valle.

—Muy gracioso, sí señor, muy gracioso... Pues a ver si la gente mayor es capaz de averiguar si aquí ha habido uno o dos robos...

—¿Cómo que uno o dos robos?

—Ja, ja, ja... Ya empiezas a arrugar el entrecejo, ¿no? Verás: tres hombres armados se han llevado al director de la oficina, al empleado responsable de las cajas de seguridad y cuatro millones y medio de euros...

—¿Cuatro millones y medio de euros!

—Efectivamente... Pero, espera... Ahí no termina todo. Cuando terminó todo el barullo, han descubierto que había habido un segundo robo...

—Mira, Valle, te pediría que fuéramos por partes y algo más despacio...

—Eso, que la gente mayor siempre es un poco más lenta...

“Esa me la tendré que tragar. Me temo que esto va a ser enrevesado...”

* * *

Estaba claro que Valle le había dado ya varias vueltas a toda la historia en su cabeza porque supo hacer un resumen bastante preciso de los acontecimientos.

—¿Ves a ese tipo ahí sentado con semblante serio y aparentemente ido? Hoy, ha venido a retirar cuatro millones y medio de euros en efectivo a esta oficina. Así que llegó en torno a las once y cuarto de la mañana... Después de que le contaran el dinero y saliera del despacho del director con dos maletas y custodiado por cinco guardaespaldas, tres individuos armados soltaron una ráfaga de disparos al techo... Te puedes imaginar... Acojonamiento generalizado... Los guardaespaldas no pudieron ni reaccionar... ¡Tener guardaespaldas para eso...!

—¿Y nadie se percató de que había gente armada dentro de la sucursal? —preguntó Silva.

—Es que esto no es una oficina de barrio donde se puede controlar quién entra y quién sale... Aquí no para de entrar y salir gente por todo tipo de motivos... Gente que no es la clientela habitual... Unos vienen a cambiar moneda extranjera; otros que son clientes de otras sucursales y que, estando de paso, entran aquí para alguna gestión; están también los que entran sólo a informarse por diversos asuntos... En fin, que esto es un guirigay permanente y es muy difícil reparar en nada.

—¿Y por qué se quería llevar todo ese dinero en efectivo?

—Me ha dicho que, tal como está la situación, no se fía de ningún banco. Quería tener disponible dinero en metálico, en *cash*. Se dice así, ¿no? *Cash*...

—Ya veremos ese asunto. Ahora sigamos... ¿Qué ocurrió tras los disparos?

—Pues los atracadores cogieron las dos maletas con los billetes y, de paso, al director de la oficina, que acompañaba al cliente a la salida. Lo tomaron de rehén y se dispusieron a huir. En ese instante, entraba el responsable de las cajas de seguridad, que había salido a desayunar. También se lo llevaron... Todo fue tan rápido que, cuando vinieron los primeros efectivos de la policía, todo había terminado. Y, ahora, viene el plato fuerte. Cuando bajaron a donde están las cajas de seguridad, vieron que cinco de ellas habían sido desvalijadas. ¿Cuándo? ¿Cómo? No se sabe... Nadie se había percatado antes del hecho...

—¿Habéis visto ya las imágenes?

—La recepción de las mismas se ha retrasado porque el jefe de seguridad del banco iba de camino a una sucursal recién remodelada para verificar que sus sistemas antirrobo estaban correctamente instalados. Pero ya las estamos obteniendo y en diez minutos podremos verlas...

—¿Las tendremos tanto de dentro como de fuera de la oficina?

—En principio, sí...

—A ver si aclaran algo. Aquí queda mucha tela por cortar...

—Vaya, vaya... La gente mayor parece que se está haciendo viejecita...

* * *

Cuando Silva pudo ver las imágenes, el suceso era aún más desconcertante. Los atracadores iban a cara descubierta y no parecía que hubieran tomado ninguna precaución para ocultar sus rasgos. Al salir, entraron en una furgoneta blanca junto a los dos rehenes, pudiéndose ver perfectamente el número de matrícula. Todo resultaba excesivamente sencillo, demasiado pulcro y limpio: la suciedad tenía que estar escondida en algún sitio...

—Que pasen aviso a todas las unidades de los datos del vehículo. Seguro que ya irán en otro, pero nunca se sabe... Voy a hablar con el cliente que ha sido víctima del robo. A ver qué nos puede decir...

A pesar de la seguridad que aparentaba demostrar, los pensamientos de Silva iban muy por detrás de sus acciones.

Si alguien observaba a un señor en torno a los cuarenta y cinco años, con el rostro pálido y demacrado, desgarrado y con pinta de ser una marioneta con sus articulaciones rotas, probablemente no lo hubiera identificado con la imagen del promotor inmobiliario Francisco Montiel. Pero, efectivamente, era él. Quien había aparecido profusamente, no hacía demasiado tiempo, en los medios de comunicación, siempre sonriente y altanero, ahora no parecía ser más que un hombre maduro derrotado por todo un cúmulo de desdichas.

—¿Cree usted que los autores del atraco serán detenidos pronto?

La pregunta podía ser la esperada. Pero Silva debía centrar la conversación en los puntos verdaderamente relevantes para la investigación.

—Señor Montiel, comprendo su preocupación... Pero, ahora mismo, si queremos alcanzar ese objetivo, es prioritario atender a una serie de cuestiones urgentes...

—Es que no sé si alguno de mis seguros cubrirá lo que ha sucedido...

—Señor Montiel, le insisto: si queremos detener a los atracadores, hay algunas preguntas que nos debe responder. ¿Por qué retiraba usted hoy una cantidad tan elevada de efectivo de esta entidad?

—Ya le he respondido antes eso mismo a su compañero...

—Sí, lo sé. Pero puede ser que hayamos pasado por alto algún detalle importante...

—Es lo que antes he dicho. Usted sabe las noticias que andan publicando sobre los bancos... No me fiaba de tener todo ese dinero en una cuenta y que me encontrara, al cabo de unos meses, que lo había perdido casi todo...

—¿Quién sabía que la operación se iba a realizar hoy?

—Pues creo que sólo los del banco. Les había informado de mis intenciones, lógicamente...

—¿Cuándo avisó a sus guardaespaldas de lo que tenía pensado hacer?

—Esta mañana.

—¿Nadie de su entorno sabía, entonces, lo que tenía planeado?

—No.

—¿A nadie?

—A nadie.

(Extraño. Silva pensó que, más tarde, con tranquilidad, había que incidir en este punto.)

—¿Qué pensaba hacer con el dinero?

—Tengo una caja fuerte en mi casa. Pensaba guardarlo allí.

—Bien, de momento vamos a dejarlo aquí. Esta tarde, tendrá que pasar por la comisaría para cumplir con una serie de trámites...

—De acuerdo, sin problema. Pero, dígame: la detención será rápida, ¿no?

* * *

En el primer sótano de la sucursal, estaba la sala con las cajas de seguridad. Efectivamente, cinco de ellas estaban, claramente, forzadas y expoliadas.

—¿Tenemos la lista de propietarios de las cajas? —preguntó Silva.

—Todavía no. Como uno de los rehenes es el responsable de este tema, llevará un poco más de tiempo... El director de zona me ha dicho que el departamento de informática está trabajando

para proporcionarnos la información lo más pronto posible –contestó Valle, con un poco de hartazgo. Estaba claro que no se veía ya en la investigación y que consideraba que todo el tiempo que estaba empleando era tiempo de menos para su trabajo. Así que Silva decidió abreviar...

–¿El director de zona?

–Javier Tortosa. Su despacho está en la planta de arriba. Te lo voy a presentar. Es quien nos ha ayudado a movernos por aquí con cierta soltura...

Javier Tortosa era un ejecutivo de unos cincuenta años, más o menos como él. Así que Silva pensó que podrían entenderse con facilidad. Buena falta hacía...

–Buenas, señor Tortosa. Yo seré quien lleve el caso desde este instante. Mi compañero me ha comentado cómo están las cosas... Sería importante saber quiénes son los propietarios de las cajas que han vaciado. Tendremos que contactar con ellos y preguntarles por lo que guardaban.

–Creo que en un cuarto de hora tendremos los datos. Le presento al jefe de seguridad del banco, Luis Serrano. El inspector Valle me pidió que le avisara...

Luis Serrano tenía, aproximadamente, la misma edad que Javier Tortosa, por lo que Silva pensó que, entre ellos tres, todo iba a ir bien.

–Sí, es conveniente que esté aquí... Hay una pregunta que me gustaría hacerle. ¿No debía saltar una alarma cuando las cajas fueron forzadas?

–No. Las alarmas sólo están conectadas cuando la sucursal está cerrada y no hay personal en ella...

–¿Quiere decir eso que el robo se efectuó en horario de apertura de la oficina?

Una sensación de incomodidad invadió tanto a Tortosa como a Serrano. La línea de razonamiento iba dirigida como una flecha hacia una única conclusión posible: un empleado tenía que estar implicado en ese segundo robo... (¿Segundo?)

–No hay otra posibilidad –contestó el jefe de seguridad.

–¿Habría forma de saber cuándo?

–Quizás revisando las imágenes de la cámara situada en frente de la mesa del responsable de la sala.

–Ya las hemos visto y no hemos apreciado nada particular.

La sensación de incomodidad se acrecentó: una grieta en los sistemas de la entidad empezaba a dibujarse nítidamente.

–No sé. Podríamos ver imágenes de días anteriores...

–Está bien... Prepárenos las de las dos últimas semanas porque tendremos que analizarlas exhaustivamente...

–De acuerdo. Esta tarde estarán listas...

–También necesitaremos una copia del registro de la sala durante el último año. Necesitaremos saber cuál era la frecuencia con la que acudían los clientes para realizar alguna operación.

–También se lo daremos. No hay problema...

–¿Qué cree que pasará con los empleados secuestrados? –preguntó Tortosa.

–Me gustaría darle una respuesta tranquilizadora, pero, francamente, no sabemos a qué atenernos. De todos modos, no seamos pesimistas. Quienes han hecho esto parecen profesionales. No creo que quieran ir dejando un reguero de sangre por ahí fuera...

Silva volvió al patio de operaciones de la oficina. La inexistente tensión (que ahora podía comprender, dada la rapidez con la que sucedió el robo) había dejado paso a un evidente cansancio. Poco más podía hacer ya allí. Ahora había que estar atentos a dónde localizaban la furgoneta con la que los atracadores habían huido y comprobar qué sucedía con los rehenes. Hasta entonces, sólo cabía hacer conjeturas...

–¿Cómo lo ve, jefe? –preguntó Gómez.

–Ahora mismo, la duda es la siguiente: ¿estamos ante dos robos desconectados el uno del otro o se hizo el robo del dinero para poder escapar con lo que guardaban las cajas de seguridad saqueadas?

–¿Por qué hipótesis se decanta usted?

–Por la tercera, por la que todavía no hemos imaginado...

2

Manuel Salas (I)

El destino nunca se cumple tal como lo planeamos. Manuel Salas había luchado, desde que entró a trabajar en el Banco Continental, por ser el director de la oficina principal de su ciudad. Y cuando, con apenas treinta y seis años, lo consiguió, pasando a tener a unas veinte personas bajo su cargo, multitud de sueños, aspiraciones y proyectos llenaron su mente. Muy pronto, todos ellos desaparecieron como pompas de jabón.

–También es mala suerte que hayas accedido al cargo ahora que ha sucedido todo lo que ha sucedido –le comentaba el director de zona, Javier Tortosa–. Pero eso, que puede ser un inconveniente, tenemos que convertirlo en una posibilidad de triunfo... Si logramos resolver

los problemas con las promociones inmobiliarias que están atascadas y controlamos la morosidad de la oficina, ello será una prueba de nuestra capacidad profesional... Manuel, créeme... Ahora, podemos ver las cosas muy negras, pero en poco tiempo recordaremos estos días como el inicio de nuestro ascenso hacia la cima...

A pesar de tan luminosos presagios, día tras día las cifras sólo iban de mal en peor. Las caídas en las ventas de viviendas descendían mes tras mes, el mercado estaba congelado, las promociones de viviendas que el banco financiaba no encontraban salida, el desempleo aumentaba, los impagos de las cuotas de préstamos se iban acumulando y no pasaba un día en que él no tuviera que acudir a una notaría para tomar posesión de una vivienda cuya hipoteca no podía ser afrontada.

Esa mañana, también estaba en una notaría, con el director de zona, para firmar una operación mucho más complicada de lo que era usual, pero que se estaba convirtiendo en peligrosamente habitual. Un ejemplo típico de todo lo que estaba ocurriendo: Pedro Calvo, un empresario de gran arraigo en su localidad, que siempre se había dedicado a la venta de muebles, decide embarcarse en el negocio inmobiliario al calor de la burbuja. Claro, ahora sí que se sabía que era una burbuja; entonces, se pensaba que no había posibilidad alguna de pinchazo del sector y, quien tenía recursos para entrar en él, era poco menos que un imbécil si no lo hacía. Y, por supuesto, el empresario entró y hasta obtuvo suculentos beneficios con sus tres primeras promociones inmobiliarias. Después de eso, no pasó por su mente que se trataba de un éxito conseguido al amparo de unas circunstancias favorables sino que creyó que era fruto de su talento empresarial. Así que, poco antes de que todo se viniera abajo, gestionaba la construcción de doce promociones cuya venta no había forma de que fracasara. Pero todo se vino abajo y su venta, por supuesto, fracasó...

A partir de ahí, sólo hubo complicaciones... Porque cuando las operaciones con tu banco van bien, todo es miel sobre hojuelas como por arte de magia. Pero cuando van mal, el afectado se convierte poco menos que en un proscrito del que cualquier empleado de ese mismo banco huye como lo haría un habitante de la Judea del primer siglo de la era cristiana ante un enfermo de lepra. Y no sólo le fue mal el negocio inmobiliario sino que el mismo se acabó llevando por delante también su tienda de muebles.

Ahora, después de que el banco se hubiera tenido que quedar con los pisos sin vender, los bloques de viviendas a medio terminar y tuviera que embargar unas cuantas propiedades, quedaba una deuda en torno a cuatrocientos mil euros que había que refinanciar de algún modo. Y, después de arduas negociaciones, se había llegado a un acuerdo... Bueno, en realidad, no... Cuando el empresario acudió a la notaría, lo que pensaba que iba a firmar no era exactamente igual a lo que se encontró cuando leyó la escritura...

—Pero, Javier, esto no es lo que hablamos el otro día en la sucursal... No dijimos nada de que también ibais a hipotecar mi casa... Y lo del interés del 14%, ¡es una barbaridad! ¿Y el plazo? Hablamos de 15 años, y aquí indica que el préstamo va a ser a 10 años... La cuota que sale es altísima...

—Mira, Pedro, ni lo hablamos ni lo dejamos de hablar... Simplemente, concretamos lo más importante: que íbamos a refinanciarte, que íbamos a echarte una mano... Los detalles no dependían de nosotros... Hemos conseguido que nos aprobaran esta operación y no era fácil...

(El truco, en circunstancias como las descritas, era que el cliente aceptara firmar, aun ocultando las verdaderas condiciones que se le iban a imponer. Una vez llegada la hora de la firma, era difícil que nadie se echara atrás, aunque se diera cuenta de que las cláusulas iban a ser mucho más leoninas que las falsamente acordadas).

—Voy a salir un momento fuera de esta sala. A ver si me da un poco el aire...

Era evidente que lo necesitaba. Si cuando llegó allí, Manuel Salas ya apreció que el empresario presentaba una lividez fuera de lo normal, después de leer los términos de la operación, estaba claramente aturdido y descompuesto... Los despachos y salas de la notaría estaban rodeados de un pasillo que daba a un patio interior. Por allí, paseaba Pedro Calvo, como ido y desorientado. Manuel Salas se empezó a preocupar. Y su jefe también. En realidad, el banco tenía más motivos de inquietud que el propio empresario sobre la situación que se dirimía. Pedro Calvo ya tenía poco que perder y lo único que le podía llevar a firmar lo que le estaban poniendo por delante era intentar mantener unas apariencias y el deseo de seguir encadenado al mismo lugar donde había vivido desde que tenía uso de razón. Si, por un instante, no le hubiera importado su imagen frente a sus conocidos o le hubiese dado igual rehacer su vida en otro sitio, hubiese visto con claridad que lo que debía hacer era marcharse de allí, dejar que los procedimientos de embargo siguieran su curso, liquidar lo que pudiera, conseguir el máximo efectivo posible y empezar su carrera profesional desde cero. Entonces, el banco tendría un buen embrollo al que hacer frente... Y, claro, Manuel Salas y Javier Tortosa estaban mucho más nerviosos de lo que aparentaban...

—¿Estás bien, Pedro? —preguntó Manuel.

—Sí, sí, estoy bien...

Manuel Salas nunca llegaría a tener claro lo que ocurrió en los siguientes diez segundos. Porque, mientras observaba la pantalla de su móvil, Pedro Calvo dejó de estar a su lado. Apenas se había dado cuenta de que ya no estaba, cuando un golpe ensordecedor, terrible (no creía que pudiera oír nada más espantoso en toda su vida) resonó en toda la notaría. Sólo entrevió la ventana abierta y se asomó al patio interior, casi por casualidad, para comprobar cómo Pedro Calvo se había arrojado desde una cuarta planta y su cuerpo yacía inmóvil en medio de un charco de sangre que iba creciendo lentamente.

La sensación de perplejidad más absoluta invadió a él y a su jefe. Inmediatamente, el revuelo, primero tímido, después agitado y febril, invadió toda la notaría. El rostro de Javier Tortosa denotaba que estaba fuera de sí. Y lo que se le ocurrió, era coherente con la pérdida de autocontrol que revelaban sus facciones:

—¡Se ha mareado y se ha caído...!¿Lo entiendes, Manuel? Nosotros hemos visto que ha tenido un mareo... Ha tenido un mareo y se ha caído así, hacia atrás... Todo ha sido tan rápido e inesperado que no hemos podido hacer nada... No se ha suicidado... Ha sido un accidente... Los seguros de vida que tenía contratados cancelarán sus deudas si es un accidente, no si es un

suicidio... Lo comprendes, ¿no? Ha sido un accidente... – aunque Javier Tortosa quería hablar en voz baja, su nerviosismo lo hacía imposible.

Manuel Salas estaba inmovilizado por un terror que no era capaz de explicarse y, sólo por el hecho de que su jefe le había empezado a agarrar por la solapa de la chaqueta y tiraba de él, como intentando atraerlo hacia la absurda farsa que quería montar, su cuerpo manifestaba alguna señal de vida. De todos modos, la táctica parecía tener éxito porque Manuel estaba prácticamente convencido para que dijera lo que su jefe quería. Sólo un pequeño detalle lo impidió.

–¡Ese hombre se ha tirado por la ventana! ¡Yo lo he visto! ¡Estás mintiendo...!

Quien acababa de decir esas palabras, desafiante, arrogante, seguro de sí mismo, era un niño rubio, de unos siete años, que los estaba mirando fijamente con cara de enfadado. Manuel estuvo a punto de romper a reír ante lo grotesco de la escena: un niño, con su simple presencia, echando abajo la trama pergeñada por dos hombres hechos y derechos. Viendo cómo su jefe le mantenía atrapada su chaqueta y, en contraste, la firmeza del chaval, estaba claro quién daba mayor impresión de madurez.

–¿Qué dices, niño? Ve con tus padres, no te metas en cosas de mayores...

–¡Ese hombre se ha tirado por la ventana...!

–¡Niño, que te vayas con tus padres! ¡Tú no entiendes de estas cosas...!

–¡Ese hombre se ha tirado por la ventana...! ¡Mamá, mamá...!

El tumulto que ya había cuando el niño escapó dando voces impidió que nadie le echara cuenta. Y ello animó a Javier Tortosa a seguir manteniendo su versión de los hechos. Manuel se limitó a decir que él no había visto nada de lo que había sucedido y que, por tanto, no podía inclinarse por ninguna opción. Todo concluyó cuando un abogado de la compañía aseguradora visitó a ambos en la oficina y les habló en términos muy claros:

–Miren. El banco en el que ustedes trabajan tiene un interés patrimonial claro en este asunto... Usted, señor Tortosa, está defendiendo que la muerte del señor Calvo ocurrió de un modo que beneficia a la entidad que ustedes representan. Incluso, desde un punto de vista personal, posiblemente también pueden beneficiarse si dicha muerte es declarada como accidente y no como suicidio... Ello supondría la cancelación de las deudas que el fallecido mantenía en esta sucursal concreta y que ahora están en situación de mora, lo cual significaría una mejora de sus resultados profesionales... Sin embargo, tenemos varios testigos que están dispuestos a declarar que el señor Calvo se arrojó voluntariamente por la ventana de la notaría... Si usted se empeña en mantener su versión, lamentándolo mucho, tendríamos que poner una denuncia por intento de estafa... ¿Sigue usted insistiendo en que los hechos de los que fue testigo no fueron un suicidio?

Por supuesto, Javier Tortosa se echó atrás. Pero, una vez que el abogado hubo abandonado el despacho, su primera frase no dejó lugar a ninguna duda:

–Manuel, quiero que sepas que no voy a olvidar que no me has apoyado en esto...

3

Día 1 (II)

—A eso de las cuatro y media de la tarde, recibimos la llamada —dijo el agente Gómez—. Se trataba de un electricista que tiene una de esas naves pequeñas en el Polígono Industrial El Arroyo. Al llegar allí, a eso de las siete de la mañana, cuatro tipos, a punta de pistola, lo asaltaron, lo metieron en la furgoneta, lo amordazaron y le vendaron los ojos... Después de un trayecto de unos quince minutos, lo sacaron, lo amarraron a algún sitio y lo durmieron. Posiblemente, con un pañuelo mojado en cloroformo... Cuando despertó, lo habían desatado... La furgoneta estaba allí y no había nadie vigilándolo... El lugar era una de esas promociones sin terminar que están a la salida de la Ronda Este... Como se barruntó que quienes lo habían atacado habían cometido algún delito, nos llamó y, entre los detalles que dio y la localización de la señal del móvil, pudimos dar con él...

—La furgoneta era la utilizada en el robo, ¿no? —preguntó Silva.

—Efectivamente, jefe. Como el electricista tenía su negocio sin dar de alta, no la había rotulado. Por lo que los ladrones la consideraron ideal para no llamar la atención. Ahora, la “científica” está analizando tanto el lugar donde el electricista estuvo maniatado como la furgoneta... Esperamos encontrar algo...

—Veremos... Me temo que no vamos a encontrar nada, pero quién sabe: hasta el más listo la pifia alguna vez en su vida... Revisen también si hay alguna cámara de vigilancia en el polígono que haya podido grabar algo de lo acontecido. Quizás podamos obtener alguna pista... A otro tema: he estado echando un vistazo a toda la información sobre las cajas de seguridad. Hay dos cosas que me han llamado la atención. La primera, que la última clienta que entró antes del robo estuvo dentro de la sala una hora y cinco minutos... Me parece demasiado tiempo... De hecho, si vemos cuánto suelen durar las visitas, raramente se prolongan más allá de media hora. Esta, en cambio, es la más larga, con diferencia, de todas las que aparecen en el registro... Por culpa de esta visita, el responsable de las cajas salió más tarde de lo normal a desayunar... Si no se hubiera producido esta visita, Marcos García no hubiese estado entrando en la sucursal justo en el momento en que los atracadores estaban huyendo...

—La clienta era María Teresa Pérez. Ya nos estamos intentando poner en contacto con ella para interrogarla...

—Sí, intenten buscarla y traerla aquí. Pero no se preocupen: no la van a encontrar. Al menos, de momento... Y, quizás, ni de momento...

—¿Cree, entonces, que está implicada?

—Seguro... El robo de las cajas se tuvo que producir mientras ella estaba dentro de la sala...

–Pero eso significa...

–Que el empleado también está metido en el asunto... Pero, como le decía, había dos cosas que me llamaban la atención. La segunda, es que los propietarios de las cajas robadas han declarado que no había nada de valor en ellas... Yo diría que alguno de ellos miente. Si no están mintiendo todos... ¿Por qué se iban a tomar la molestia de llevar a cabo el robo en las cajas de seguridad? Se arriesgaban a que los pillaran y se les viniera abajo el otro robo...

–Es decir, ¿usted piensa que ambos robos están conectados, que no ha habido casualidad en que ambos robos hayan tenido lugar el mismo día?

–Einstein decía que Dios no juega a los dados... Yo creo que las bandas de atracadores, tampoco... Lo que aún no sabemos es la forma en que están conectados, pero que lo están, es indudable. Por eso he ordenado que se precinte la sala de las cajas hasta que vayamos aclarando los hechos... Porque no sabemos qué ocurrió dentro de esa sala en esa hora y cinco minutos que duró la última visita... Y lo que ocurrió tuvo que ser importante. Además, eso nos permitirá que no se toque ni una sola mota de polvo de esa sala hasta que sepamos lo suficiente como para pedir una orden judicial... Una orden judicial, con unos propósitos bien definidos...

–Entonces, ¿qué hacemos con los propietarios de las cajas?

–Voy a conversar con ellos... Empezaremos con el que ha dicho que en la caja guardaba la colección de sellos de su abuelo... Es el que más gracia me ha hecho...

* * *

El pequeño despacho de Silva ayudaba a crear un clima atosigante cuando entre él y Gómez deseaban poner nervioso a algún testigo complicado. Y este iba a serlo. Nada más entrar, asoció el nombre que había visto en la ficha (Jose María López Martínez) con el abogado penalista que, en determinados casos de narcotráfico y de corrupción, había defendido a los acusados y había logrado dejarlos en libertad y absueltos de todo delito. Así que iba a ser difícil, muy difícil, sacarle información: a pesar de su relativa juventud (tendría unos treinta y cinco años), se trataba de alguien experimentado, un hueso duro de roer...

–Buenas tardes, don José María. Me alegro de verle.

–Yo también, inspector Silva. Encantado de colaborar con la policía...

–¿Tenía mucho valor la colección de sellos que guardaba en la caja de seguridad robada?

–Sentimental, básicamente...

–¿Le merece la pena mantener una caja de seguridad para algo cuyo valor es únicamente sentimental?

–Me lo puedo permitir. Si la hubiese guardado en mi casa, probablemente se habría extraviado... ¡Soy tan desordenado! Teniéndola allí, pensé que estaría a buen recaudo. Mi abuelo se pasó muchas horas con esos sellos, ordenándolos y completando los que le

faltaban... No me hubiese gustado que, por cualquier motivo, se hubiese perdido esa colección... ¡Cómo me iba a poder imaginar lo que ha sucedido!

—Me resulta curioso que vaya una vez a la semana al banco sólo para ver esa colección de sellos...

—Mi bufete está cerca. Me coge de camino... Así que, ¿qué tiene de malo pasarme por allí para comprobar que todo está en orden?

—Ya, ya... Ahora, si creyera en lo que me está diciendo, le preguntaría si había llevado a algún especialista los sellos para que realizase una tasación... Porque, quizás, a lo mejor, había alguno en especial que tuviese un valor elevado. Pero sería perder el tiempo... ¿Verdad?

Silva había decidido lanzarse al ataque. Poco podía perder. El abogado tenía que sospechar que su historia resultaba poco verosímil. Pero también sabía que poco podían hacer contra él. Así que el inspector decidió remover el barro del estanque para ver qué afloraba. De paso, ello le ayudaría a marcar un poco su territorio.

—No le comprendo, inspector.

—Sí me comprende. Me comprende perfectamente. Allí no había ninguna colección de sellos. O, quizás, sí. Pero no era lo importante. Probablemente, guardaba dinero en B entregado por alguno de sus clientes. O más de uno... O, quizás, documentación comprometida para ellos... O para usted, ¿por qué no? Por supuesto, no albergo ninguna esperanza de que usted confirme esta sospecha...

—Señor inspector, no sé si se da cuenta que está realizando una acusación muy grave... Yo he venido aquí a colaborar desinteresadamente con la policía. No creo que me merezca...

—Señor abogado, no estoy haciendo ninguna acusación. En realidad, lo que usted guardaba allí me interesa poco. Sólo quiero que se dé cuenta de que hay dos rehenes de los que desconocemos su paradero... Si nos ayuda, lo tendremos en cuenta. Si no nos ayuda, también. Y si nos dice la verdad, nos ayudará a entender lo que ha sucedido esta mañana en esa sucursal.

—Si tienen algo más que preguntarme, no tendré ningún problema en contestarles. Si siguen lanzando infundios, no hay nada que me retenga aquí.

—Puede hacer lo que quiera. Si se va manteniendo que en esa caja sólo había una vieja colección de timbres postales sin valor, a partir de ahora, en cada caso en el que usted intervenga, ordenaré que se dedique el cien por cien de los recursos de los que disponemos en meter en la cárcel a sus defendidos... Y me lo tomaré como un asunto personal. Cuando se corra la voz (y le aseguro que se correrá la voz), me parece que igual se va a tener que dedicar a recurrir las multas de tráfico, porque nadie querrá tenerlo como abogado defensor. Usted verá...

Silva logró abrir una minúscula fisura en la sólida firmeza del jurista. Se percibía que una duda se había instalado en su mente. Pero, al cabo de unos pocos segundos de vacilación, se levantó habiendo recuperado su ánimo original:

–Si no quieren nada más de mí, tengo que marcharme. Tengo mucho trabajo pendiente...

–Puede marcharse. Si encontramos el álbum, no se preocupe: le avisaremos y me ocuparé yo mismo de comprarle una lupa para regalársela con todo mi afecto...

4

Marcos García (I)

“La desintermediación, la innovación financiera y la desregulación han provocado un incremento de la competencia y, consecuentemente, una minoración de los márgenes de beneficios, efectos que muchas veces han sido completados con una pérdida de cuotas de mercado.

La reacción de la Banca ante esta situación ha sido multiforme: desde la ampliación de la base de negocios (p. ej. comercialización de fondos de pensiones, seguros o fondos de inversión), hasta la especialización (p. ej. banca por internet); la ampliación de oferta (crecimiento de las redes de oficinas, cajeros automáticos, terminales en puntos de venta, etc.), o la fusión o absorción entre empresas bancarias del mismo o de distintos países a fin de obtener economías de escala en la explotación y/o sinergias comerciales...”

ESTEBAN M^a FAUS MOMPART, *Regulación y desregulación. Notas para la historia de la banca española.*

La vida podía ser muy simple. No sólo eso. Además, tenía que ser muy simple. Él había entrado a trabajar en el banco con apenas veintidós años. Y fue un empleado obediente, que nunca había dado problemas, que siempre se había limitado a hacer lo que le decían. Toda su trayectoria había sido recta, clara, sin atajos ni recovecos. Con veintinueve años, se casó. Conforme pasaba el tiempo, y con mucho esfuerzo, una vivienda modesta en propiedad, un pequeño apartamento en la playa, lograr sacar adelante los estudios de sus dos hijos... En el trabajo, pequeñas pero constantes subidas de sueldo, sobre todo en concepto de antigüedad. No era ambicioso, así que no aspiraba a ir ascendiendo e ir consiguiendo cargos de mayor categoría. Le bastaba con ejercer como administrativo, sin complicaciones ni quebraderos de cabeza adicionales. Además, le quedaba tiempo para su gran afición: el aeromodelismo. Todo podía ser igual hasta el momento de lograr una jubilación tranquila. A menos que ocurriera una catástrofe, nada tenía que alterar esta perspectiva, que era la perspectiva de la mayoría de la gente de su generación.

Pero ahora, con sesenta años, se preguntaba cuándo había empezado a torcerse todo. A lo mejor, cuando, imperceptiblemente, los modos y maneras del banco se fueron transformando.

Adaptándose a los nuevos tiempos, según decían. Antes, todo consistía en seguir unos procedimientos precisos y bien detallados. Ya está. Poco a poco, ya no bastaba con eso. Además de cumplir con esas normas, había objetivos que cumplir. Había que captar nuevos clientes. Había que conseguir que contrataran nuevos productos, productos muy distintos a los que estaban acostumbrados: fondos de inversión, seguros de ahorro, planes de pensiones... Él sabía que se había quedado atrás. No era capaz de hacer ver a personas que mantenían sus ahorros en los tradicionales depósitos a plazo fijo que las nuevas modalidades de inversión eran mejores y más atractivas... Otros de sus compañeros, obtenían, con las explicaciones justas y sin entrar en demasiados detalles, las ansiadas firmas sobre unos contratos largos y complejos, que constituían un galimatías hasta para los propios empleados del banco. A él, en cambio, cada vez le resultaba más arduo y difícil.

El día que le nombraron responsable de las cajas de seguridad de la oficina principal, sabía que no era, en realidad, una promoción. Se trataba de arrinconarlo en un puesto que se limitaba a seguir los pasos fijados por un manual, sin tener que realizar ningún tipo de labor comercial. El sentía cómo las miradas de los demás eran compasivas e imbuidas de un sentimiento de falsa solidaridad (falsa porque, en última instancia, todos consideraban que les venía bien que otros, que no fueran ellos, hubieran caído en desgracia). Pero a él no le importaba. A fin de cuentas, casi se trataba de una liberación. Ya no necesitaba irse amoldando, a ritmo de vértigo, a los sucesivos y radicales cambios que se estaban produciendo. A partir de ahora, todo se iba a reducir a recibir a los clientes que deseaban contratar una caja de seguridad o que venían a revisar el contenido que guardaban en las cajas ya contratadas. Ellos traían su llave, él utilizaba la llave complementaria que se necesitaba para abrir la caja, anotaba en el registro la hora de llegada y la hora de salida de los clientes y se acabó. El único cambio fue cuando de un registro en papel se pasó a un registro informático. Todo se volvió, incluso, mucho más sencillo. Y se podía decir que él era hasta feliz. Medio olvidado en el primer sótano de la sucursal, era posible que todo volviera a ser tan simple como deseaba.

Entonces, ¿cuándo empezó a torcerse todo? Seguía sin tener respuesta...

Día 1 (III)

Según una noticia aparecida en *Voz Populi*
el 14-9-2012, empresas y bancos aumentaron en un 5,9%
los billetes que guardaban en caja ante
la incertidumbre existente.

Las conversaciones con los restantes propietarios de las cajas de seguridad robadas fueron del mismo tenor que la mantenida con el abogado. Objetos de valor sentimental, algunas joyas cuya pérdida no constituía ningún contratiempo importante, documentación que podía ser sustituida sin excesiva dificultad... Nada especialmente valioso pero sin que faltara una visita a la semana o, como mucho, a los quince días para revisar que todo siguiera en su sitio (¿por qué?). Llegado el momento justo, la necesaria presión para ver quién se derrumbaba. Sorpresa: todos firmes como rocas... ¿Todos era inocentes de conservar algo comprometedor? ¿Todos era culpables? ¿Sólo había un culpable, que se ocultaba en medio de cuatro inocentes? Silva no sabía si todo esto era una pérdida de tiempo y si los atracadores habían tenido la genialidad de ejecutar una maniobra de distracción que le apartara de lo que debía ser su tarea esencial: encontrar dónde estaban los cuatro millones y medio de euros que habían volado en poco menos de veinte segundos. Un arquitecto, la viuda de un funcionario, un pensionista y la directora financiera de una empresa de publicidad... Silva empezó a pensar que el robo real fue el de la caja del abogado y los restantes eran pura fachada. Pero, por ese lado, no se podía avanzar por ahora: había que investigar a cada uno de ellos y ver qué se descubriría... Lo más importante, entonces, era hablar con Francisco Montiel y constatar que, efectivamente, no había dicho a nadie de su entorno que pensaba hacer una retirada tan importante de efectivo. Y sonsacarle lo que se pudiera...

—¿Se encuentra usted mejor, señor Montiel? —preguntó Silva.

—Francamente, no.

—Me imagino. Creo que estaremos de acuerdo en que, cuanta más información tengamos, más fácil resultará concluir con éxito esta investigación y más rápidamente logrará usted olvidar este lamentable suceso...

—Sí, le comprendo. ¿Se sabe algo del director de la oficina y del otro empleado?

—Todavía no. Esperamos tener noticias en breve...

—¿Buenas noticias?

—Noticias... No le puedo decir más... Señor Montiel, esta mañana me dijo que únicamente los empleados de la oficina podían conocer de antemano su visita y el motivo de la misma...

–Efectivamente, así es.

–¿Está seguro?

–Completamente seguro.

–¿No lo sabía su mujer? ¿Sus hijos? ¿Ninguno de sus empleados? ¿Ninguno de sus guardaespaldas?

–No.

–¿Por qué no creyó oportuno informar a su personal de seguridad de sus planes?

–No pensé que nada fuera a ir mal... Si no decía nada a nadie, ¿qué podía temer? No pensé... Bueno, no, nada...

–¿Qué fue lo que no pensó?

El empresario dudó unos pocos segundos. Al final, dijo lo que tenía en mente:

–Que alguien del banco se fuera de la lengua...

–Eso no lo sabemos aún.

–A mí me parece obvio, inspector.

–Señor Montiel, ¿tiene usted enemigos?

–¿Qué si tengo enemigos? A decenas... Clientes enfadados porque no les gusta cómo quedaron sus viviendas. Clientes a los que aún no se les han entregado sus pisos. Empleados despedidos. Bancos que han cortado la financiación y que encima quieren que los pisos se terminen...

–Bueno, usted probablemente tiene recursos para seguir con las obras, ¿no? De hecho, la retirada que pretendió hacer esta mañana, lo demuestra... Alguien se pudo molestar porque usted se lleve cuatro millones y medio de euros en metálico cuando están empantanadas unas cuantas promociones...

–Mire, no tengo tiempo de explicar las razones...

–No pretendo que me las explique. Sólo intento desvelar quiénes tenían interés en joderle vivo... ¿Hay promociones colgadas con el Banco Continental?

–Sí. Dos.

–El dinero supongo que salía de una cuenta personal suya. No de la de alguna de sus empresas, ¿no?

–Sí.

–¿Cómo se tomaron en el banco que usted se llevara esa cantidad?

—El director de la oficina, no muy mal, aparentemente. El director de zona, Javier Tortosa, fatal. Me llamó cuando se enteró y tuvimos una pelotera impresionante...

—¿Qué le dijo?

—Me dijo que, con este paso que daba, era muy difícil que pudieran defender mi posición ante la dirección del banco, ante sus superiores...

—Llevaba razón, ¿no?

—En principio, sí. No voy a negárselo. Pero, mire, llevábamos un año dándole vueltas al tema de las dos promociones y no avanzaba en absoluto...

—¿No sería ese el motivo por el que retiró el dinero? ¿Para presionar al banco?

—No. Eso fue lo que creyó Javier Tortosa. No comprendía que tuviera miedo, simplemente miedo, de perder esa cantidad que tenía ahorrada...

Francisco Montiel se levantó de la silla y empezó a dar vueltas por el despacho.

—A estas alturas, no voy a intentar cambiar la imagen que la mayoría de la gente tiene de mí. En los negocios, muchas veces, hay que ser un hijo de puta. Y punto. Lo único que importa es sobrevivir. Y más en las circunstancias actuales. ¿Qué pensé? Pues que si todo se iba a la mierda, pudiera empezar otra vez de cero. Así de simple...

—Antes ha dicho que tiene varias promociones sin poder terminarlas... ¿Alguna de ellas está a la salida de la Ronda Este?

—No, allí no.

—Bien. Pues por ahora, ya está. Si recuerda que hubiese mencionado a alguien lo de la retirada en efectivo, dígamelo de inmediato. Aquí, en esta tarjeta, tiene mi móvil. Por cierto, ¿tan mal cree usted que está la banca?

6

Las cinco cajas (I): Beatriz Sánchez

Cuando terminó de hacer números con la hoja de cálculo, Beatriz Sánchez se quitó las gafas y apagó la luz del flexo de su despacho. Así, a oscuras, quería que se hiciera la luz en su mente. Pero era difícil. Después de los años de bonanza, los ingresos de la empresa de publicidad habían empezado a caer mes tras mes sin que ninguna de las decisiones tomadas hubiese servido para remontar la situación. Nuevas rebajas en los precios de los trabajos ya no era posible si no se quería trabajar a pérdidas. El traslado a unas oficinas más modestas y los sucesivos despidos habían dejado a la firma en el esqueleto y ya poco más quedaba por

recortar. Las últimas reducciones de sueldo habían proporcionado un poco de oxígeno. Pero ya no quedaban más cartuchos en la recámara. Sólo un milagro podía evitar el fin. Y ella no creía en los milagros. En el pasado, habían diseñado campañas para inmobiliarias, para financieras, para bancos, para tiendas de muebles, para aseguradoras... Desde que la burbuja estalló, todos estos sectores o bien habían pasado a estar en coma o habían empezado a restringir gastos sin contemplaciones. Y los de publicidad, fueron de los primeros en verse afectados. Total, ¿para qué la querían? No se vendían pisos. Por tanto, casi nadie compraba muebles. Por tanto, se suscribían muchas menos pólizas de seguros que antes. Financieras y bancos habían reducido su actividad al mínimo. Sólo las empresas de refinanciación de deudas vivían una situación de relativa prosperidad al principio de la crisis (y tres o cuatro campañas para este tipo de firmas habían proporcionado unos ingresos importantes, que habían generado unas esperanzas, al final, vanas). Ahora, ni eso. Parálisis progresiva, declive interminable...

Por eso, cuando tres días antes le habían propuesto una transacción tan sencilla y rentable, dudó. En otras circunstancias, la hubiera rechazado de plano. Ahora, todo era distinto. La situación era lo suficientemente grave como para dejar pasar una oportunidad tan simple. Pero estaba claro que algo se escondía detrás de una propuesta aparentemente tan atractiva. Y algo poco limpio. Y el hecho de que quien se la realizó acudiera de forma absolutamente puntual a la cita, a las nueve de la noche, en las oficinas de la empresa, no servía más que para hacerle desconfiar en mayor medida. Volvió a encender la luz del despacho, sin haber podido llegar a una conclusión definitiva. Se dirigió a la puerta para hacer entrar a la persona de la que nunca esperó que la colocara en una disyuntiva tan extraña.

—Usted, siempre tan formal.

—Sí, es mi costumbre. No me gusta hacer esperar...

—Se lo agradezco. Siéntese, por favor. Permítame que le reitere las suspicacias que le expresé en mi última reunión...

—Veo que no se acaba de decidir...

—No. Francamente, no. Me pide que la empresa abra una caja de seguridad...

—No, la empresa, no. Tiene que ser usted, a título personal. Un particular siempre puede justificar más fácilmente que una empresa el tener una caja de seguridad

—Bueno, eso, una caja a mi nombre. Entonces, allí guardo algo que usted me va a entregar...

—Sí, concretamente esto. Simplemente, esto.

El visitante puso el objeto sobre la mesa. Beatriz lo quiso observar con frialdad, como si no le despertara el interés que, en realidad, le despertaba.

—Y mientras mantenga esto guardado en la caja, me dice que no nos faltarán ni ventas ni ingresos...

—Sí, así es.

—Pero, ¿cómo explicaré a mis socios lo que va a suceder?

—Por eso la he elegido a usted. Sus socios son la parte creativa. Lo único que tienen que hacer es preparar los encargos que reciban. La clave es la parte comercial y administrativa de todo este asunto. Ahí, su colaboración es fundamental. Hay que hacer todo con absoluta discreción. Y por ello, tengo que contar con usted...

—Imaginemos que acepto. Es obvio que estoy corriendo un riesgo. ¿Cómo sabré que usted va a cumplir con su parte?

—Si esta noche me dice que sí, en quince días recibirán el primer encargo. Así de sencillo. Respecto a lo que me dice que usted corre un riesgo, pienso que no es así. Y se lo voy a demostrar. Mire, no van a poder relacionar las ventas de su empresa con el hecho de que usted tenga contratada una caja de seguridad en un banco. Además, lo que usted va a guardar es algo inocuo, intrascendente... Cuando lleve a cabo la contratación, le darán dos copias de la misma llave. Una será para usted. La otra para mí. Podrá comprobar cuantas veces quiera que el contenido de la caja no ha cambiado. Que es el mismo que usted depositó. Yo necesito la otra llave porque me tengo que asegurar que se sigue guardando lo que le he entregado y que no se le ha ocurrido retirarlo. Estará de acuerdo conmigo en que debo tomar mis precauciones...

—¿Cómo podrá acceder a la caja si usted no es el titular?

—Como comprenderá, tengo mis medios para hacerlo. Sigamos. Para que alguien llegue a alguna conclusión, tendría que localizar el contenido de otras cuatro cajas de seguridad, que contratarán otras cuatro personas que no tienen ningún tipo de contacto con usted... Aún así, si alguien uniera el contenido de las cinco cajas, no podría construir ningún razonamiento, se lo aseguro. Necesitaría algo más. Llamémoslo el método y la fuente...

—¿Qué son el método y la fuente? —preguntó Beatriz, convencida de que su pregunta no iba a ser respondida.

Sin embargo, su interlocutor sonrió. Se levantó de la butaca, se acercó a ella y le habló al oído. Ella no realizó ningún gesto. Conforme escuchaba, iba decidiendo que aceptaría agarrarse a ese clavo ardiendo que le ofrecían como último asidero para evitar el fin de su empresa.

7

Día 1 (y IV)

Cuando el inspector Silva llegó a su casa aquella noche, estaba completamente agotado. En realidad, no era cansancio. Era el estar en el mismo sitio que estaba a las cinco de la mañana, sólo que un poco más hundido. La relación con su hijo se había debilitado, no por ningún hecho especial, sino por el deterioro elemental que proviene del silencio. Además, el caso estaba absolutamente bloqueado y tenía muy mala pinta: si a la mañana siguiente no había algo nuevo verdaderamente relevante, su resolución se podía eternizar... No hacía falta que

nadie se lo dijera, ni atender a la estadística, era pura intuición. Si en veinticuatro horas no encontraban nada, es que todo había estado muy bien planeado y había que empezar a pensar en algún error de los atracadores que hubiera pasado inadvertido. Si no, la suerte... Y, para terminar, todavía le quedaba “el último jalón”, como decían los mexicanos. Tener una conversación con su esposa, conversación que no le apetecía tener, pero que tendría de todos modos. Sobre un tema que no le apetecía tratar (al menos, esa noche), pero que trataría inevitablemente.

—Tomás, ¿qué ha pasado con nuestro hijo?

—No te preocupes, Carmen. Juan está bien.

—¿Os habéis peleado?

—No. En realidad, casi no hemos intercambiado una palabra.

—Pero, bueno, ¿me vas a decir lo que le ha sucedido o no? Esta tarde se ha ido sin dar explicaciones. Ha dicho que se va por una temporada y que llamará para que sepamos cómo le van las cosas...

—Es un detalle por su parte.

—Mira, no tengo ganas de bromas.

—Yo tampoco, créeme. ¿Quieres saber lo que pasado? Bien, te lo contaré. Ayer por la noche, detuvieron a tu hijo.

—¿Quééééé?

—En realidad, la cosa se quedó en nada. Los del grupo a que Juan pertenece se enteraron en qué restaurante estaba cenando un alto cargo del Gobierno. Fueron a protestar y todo se complicó... Esta mañana, logré que lo soltaran. Creo que Juan se ha tomado mal el que yo intercediera... Yo no le dije que lo había hecho, pero él lo ha sentido... Claro, es un chico listo, hay que tenerlo en cuenta...

—¿Y no le dijiste nada sobre que debía cambiar de actitud?

—La verdad, no.

—¿Y por qué no?

Silva permaneció callado unos segundos. Quería pensar bien la respuesta, quería que fuera precisa y exacta porque iba a ser su único acto, en ese maldito día, que tuviera algún sentido.

—Mira, todos los días, en mi trabajo, intento limpiar mierda. Pero cuanta más mierda limpio, más mierda sale... Cuantos más delincuentes detengo, más delincuentes aparecen. Todos los días aparecen formas nuevas de cometer delitos y, cuando nos enteramos de que existen y empezamos a ver cómo luchar contra ellas, ya hay decenas de modos nuevos de saltarse la ley. Antes, todo era más fácil. ¿Que había un atraco? Hacíamos una relación inicial de sospechosos. Y, normalmente, los autores estaban en ella. Después, todo se complicó. Había bandas

internacionales... Era más difícil localizarlas, pero no imposible: veíamos dónde podía haber extranjeros llegados recientemente que tuvieran conductas extrañas, especialmente reservadas; a partir de informaciones de los vecinos cerrábamos el cerco y, en la mayoría de los casos, podíamos detenerlos. Ahora, ya es el caos total. Cualquiera puede ser un delincuente, cualquiera puede cometer un robo o actuar como cómplice... ¿Te has enterado del atraco, esta mañana, de la oficina principal del Banco Continental? El comisario me lo ha endosado... ¿Y de quién crees que sospecho? De todo el mundo... Sí, sí, de todo el mundo... No me fío de nadie con quien he hablado para intentar esclarecer los hechos. Por desconfiar, desconfío hasta del cliente al que han atracado... Y con este panorama, donde la ética ha desaparecido y a lo que me enfrento en la calle no son personas sino manadas de perros rabiosos, ¿qué quieres que hable con mi hijo? No estoy de acuerdo en lo que hace, estoy completamente en contra, pero no me veo con legitimidad moral alguna para decirle que no luche contra el sistema cuando yo, un defensor de ese sistema, veo que se está cayendo a pedazos...

—Pero, bueno, todo eso, ¿en qué afecta a tu hijo? El lo que tiene que hacer es no meterse en problemas...

—Eso, que no se meta en problemas. Muy bien... ¿Es que no te das cuenta que tendrá problemas de todas formas? Que, aunque sea un ciudadano modelo, un empleado modelo y un padre modelo, al final acabará jodido...

—No te comprendo, Tomás. No sé qué te pasa... Has tenido un mal día, vale... Eso es lo que tiene que ser...

—Sí, he tenido un mal día. Y mañana, también será un mal día. Y pasado mañana... Todos los días serán malos días... Y parece que no habrá solución.

Esa noche, Tomás Silva se fue a la cama sin cenar.

8

Las cinco cajas (II): Ernesto Menéndez

Ernesto Menéndez se atuvo, de modo absolutamente estricto, a las instrucciones que le dieron. Llegó a las once y media a la sucursal (ni a primera hora, ni a última, justo en el momento apropiado para llamar lo menos posible la atención). Preguntó al empleado que ocupaba la primera mesa, nada más entrar, qué había que hacer para contratar una caja de seguridad (haciendo ver que carecía de cualquier tipo de información sobre el tema). Ese empleado (como le avisaron que iba a ocurrir) lo remitió a que bajara por unas escaleras situadas al fondo de la oficina y a que, allí, estaría el responsable que podría atenderle. Una vez que se encontró frente a dicha persona, pidió información sobre cómo abrir una caja de seguridad, las condiciones del contrato y las comisiones que el banco iba a aplicar. Leyó, con

tranquilidad, las cláusulas que tendría que firmar, hizo algunas preguntas sobre dos o tres de ellas y aceptó contratar el servicio.

Una vez dentro de la sala, el empleado del banco utilizaría una de las llaves necesarias para abrir la caja y él tendría que emplear una de las dos copias de la otra llave que era obligatorio usar para desbloquear la cerradura. El empleado lo llevaría hasta uno de los reservados que había dentro de la sala y que estaban destinados a que el cliente pudiera revisar y manejar con plena libertad todo aquello que hubiera decidido guardar en ese lugar. Efectivamente, así sucedió todo. Ernesto Menéndez sacó de su maletín un sobre precintado y lo introdujo en la caja. Volvió a introducir la misma en su compartimento, llamó al empleado y este cerró totalmente la caja con su llave. Al salir, tendría que firmar el impreso donde constaba la hora de llegada y la hora de salida y ya se podría marchar.

Todo ocurrió según lo previsto. Una vez que salió de la oficina, se dirigió a un teléfono público que se encontraba a pocos pasos y llamó al número de móvil que le habían indicado.

—Hecho. ¿Cuándo le doy su copia de la llave?

—En una hora, estaré en su despacho.

* * *

Ernesto Menéndez esperó, impaciente, inquieto por los derroteros que podía tomar aquella transacción. Todo parecía estar bien pensado, no había resquicios que pudieran suponerle un perjuicio... Y, además, no tenía opción. Pero una extraña sensación de intranquilidad le invadía. Intuía que le acechaban problemas que no era capaz de identificar...

—Supongo que todo fue según le dije, ¿no?

—Sí. Aquí está la llave. Yo ya he cumplido mi parte. ¿Cuándo cumplirá usted la suya?

—Se puede afirmar que ya está cumplida. Verá como le pagan, en unos diez días, la deuda que mantienen con usted. Y le pagarán puntualmente el resto de servicios contratados. Mientras el sobre precintado siga en esa caja, su problema habrá desaparecido.

—Y usted se encargará de ver que sigue allí... Para eso es la llave, ¿no?

—Sí. Eso es...

El arquitecto permaneció pensativo. La contundente afirmación de su interlocutor le había quitado un peso de encima. Otro, más indeterminado e impreciso, estaba empezando a caer sobre él.

—Creo que comprenderá que siga dando vueltas a mi papel en esta historia...

—Vio lo que había en el sobre...

—Ya, ya...

—Incluso, modificamos el modo en que lo hemos hecho todo en función de algunas de sus sugerencias...

–Sí, sí...

–¿Qué teme, entonces?

Tenía que olvidar que temía algo. Su situación era lo suficientemente insoportable como para aferrarse a la única solución que se le había presentado.

–Tiene razón. Es absurdo que tema algo...

El cielo estaba medio nublado. Pero se podía ver el sol. Era un día raro.

9

Día 2 (I)

Al día siguiente, se produjo una importante novedad en la investigación. Pero no era el tipo de novedad que ansiaba Silva. Doña María Teresa Pérez, de ochenta y dos años, la última clienta que, presuntamente, había visitado la sala de las cajas de seguridad, llevaba unos ocho meses en un geriátrico por culpa de su Alzheimer. *Ergo*, la persona que había acudido a la sucursal, no era ella. El inspector y Gómez vieron las imágenes de la cámara de seguridad y, en ellas, se reflejaba la visita de una anciana señora a la sucursal. Resultó ser una persona idéntica a la María Teresa Pérez original... Arrugas en el rostro, andares pesados, espalda encorvada...

–Lleva guantes – dijo Silva–. No vamos a poder encontrar huellas dactilares ni en la ficha de la visita ni en los bolígrafos de la mesa. De todas formas, vaya al banco con la policía científica y localícelos...

–Me pongo manos a la obra, jefe. Igual, podemos rascar algo por ahí...

Las imágenes, repetidas una y otra vez en la pantalla, empezaron a ejercer un extraño poder hipnótico sobre Silva. Creía que en ellas había alguna clave, no localizada aún, que permitiera iluminar todo el misterio. Sabía que lo que allí veía era una enorme farsa. Y toda farsa necesita de elementos que la hagan posible. Y esos elementos debían estar allí, allí mismo. La clienta llegaba. Se sentaba en el asiento delante de la mesa donde Marcos García hacía su trabajo. Charlaban. El empleado le sonreía mientras escribía en el ordenador. El documento salía por la impresora. Entraban en la sala. Durante una hora y cinco minutos, nada. Después, salían. La clienta firmaba el documento que el empleado había confeccionado previamente. Se daban la mano. “Doña María Teresa Pérez” se marchaba. El inspector se fijaba, una y otra vez, en su bolso. ¿Podía pesar más a la salida que a la entrada? ¿El contenido de las cajas era tan poco voluminoso que podía ser ocultado allí sin que se notara? ¿Lo habrían guardado en otra caja? ¿Por qué no? ¿Qué mejor sitio para esconder lo robado que en el lugar del propio robo? Silva intentaba obtener respuestas con rapidez. Esa mañana iban a acudir a la comisaría los padres de Manuel Salas y la esposa y los hijos de Marcos García. Sabía con lo que se encontraría. Dolor. Aflicción. Miedo. Incertidumbre. Y, además, la única verdad que podría

ofrecerles es que, habiendo pasado más de veinticuatro horas del atraco, sólo cabía pensar en que sus familiares estaban implicados en la trama o habían sido asesinados... Poco más. Callaría lo que pensaba. Mentiría. Debería interpretar un papel ante personas que esperaban respuestas más concretas. Además, antes o después, lo llamaría el comisario. Exigiría avances en la investigación. Y había pocos. Todo estaba bastante embarullado. Y la clave podía estar en esas imágenes que repetía una y otra vez. Incesantemente. Una salmodia obsesiva. Y, de repente, cayó en la cuenta. Se dirigió al agente Osorio, que se sentaba en la primera mesa que se encontraba nada más salir del despacho.

—Agente, supongo que se habrá comunicado a todas las unidades una descripción de los atracadores y de los rehenes, ¿no?

—Sí, inspector, ayer mismo cuando...

—Vale, vale... Es que lo único que hemos conseguido es permitir que nos despisten por completo... Si alguien ha sabido disfrazarse para hacerse pasar por una clienta, probablemente los tres atracadores también se habrán disfrazado para cometer el robo... Y si los dos empleados estaban metidos en el ajo, ahora mismo también pueden estarlo... Por eso, no tomaron la precaución de cubrirse sus rostros... Ya estaban cubiertos.

10

Sara Varela (I)

Unos quince trabajadores estaban reunidos frente al despacho del gerente. No hablaban entre ellos. El silencio llegaba a arañar las caras. En su fuero íntimo, sabían que era el fin. Durante siete u ocho años, todo había ido a trancas y barrancas. Pero habían tirado para delante. Pero ya no era posible. No hacía falta que nadie se lo dijera. Sucesivas señales iban comunicando el mensaje fatal: los trabajadores temporales no renovados, la progresiva reducción del número de proyectos en fase de preparación, las observaciones para ir controlando los gastos en folios, bolígrafos, fotocopias, rollos de papel higiénico, el prescindir de la calefacción, los retrasos en las nóminas... Así que, teniendo la certeza de qué información iban a recibir, no podían definir con claridad qué estaban esperando. Aunque, en realidad, era fácil averiguarlo: cada uno de ellos quería saber qué iban a hacer los demás. Necesitaban encontrar una vía (ilusoria, en gran medida) para seguir estando juntos. En una coyuntura de crisis, el seguir rodeado por la misma gente conocida (aunque sea en medio de un barco que está naufragando) infunde una cierta sensación de tranquilidad. Y todos deseaban superar ese trance en compañía de aquellos con quienes habían compartido tanto momentos de satisfacción como de sinsabor. Sara esperaba junto a todos ellos, con el abrigo puesto (debido a los estragos de la calefacción desconectada), los brazos cruzados sobre el pecho, mirando al suelo, con el pensamiento más en su pasado que en su porvenir (en el porvenir sólo se piensa cuando ya estamos cabalgando en él; antes, le damos vueltas a lo que hemos hecho, principalmente para mortificarnos inútilmente). Sara tenía clavados sus ojos en las líneas que separaban las baldosas y recordaba

el momento en que se había subido al tren, en la estación de su ciudad natal, y se había marchado, alegre e ilusionada. Grandes expectativas que, ahora, habían quedado truncadas. ¿Qué hacer?

El gerente salió de su despacho. El semblante serio, sus movimientos lentos, su mirada perdida no auguraban nada bueno. Se sentó sobre una de las mesas, los pies colgando en el aire (metáfora del abismo que se perfilaba en el horizonte).

—Acabo de hablar por teléfono con el jefe. Ha tirado la toalla. Después del recorte que ha habido en las subvenciones, no va poder seguir. Va a aceptar la oferta que le han hecho por el catálogo... Podrá cancelar sus deudas e indemnizarnos a todos. Comprendo que estéis afectados. Yo, también lo estoy. Pero, ahora, debemos elegir la mejor opción. Y esa opción, en mi opinión, es que aceptemos lo que nos propone. Mañana, él estará aquí para explicarla. Nos va a ofrecer la indemnización máxima fijada por la ley para casos de despido. Pagaré todos los atrasos. Si no aceptamos, bueno, todo irá más lento... Ganaremos algo de tiempo. Dos meses, quizás... Pero el desenlace no va a ser otro distinto... Habladlo entre vosotros. Voy a salir fuera para tomar un café. Me quedaré en el bar. Cuando hayáis tomado una decisión, llamadme al móvil y volveré para que me la comunicuéis...

El gerente se marchó. El debate que siguió fue agitado, confuso... El compañero que realizaba las funciones de representante llamó al sindicato y le confirmaron que debían escoger entre las posibilidades que habían sido expuestas.

—Si utilizamos los servicios jurídicos del sindicato para oponernos al despido, cobrarán un diez por ciento de lo que cobremos... Es decir, sería lo comido por lo servido...

—Es decir, que no hay nada que hacer —comentó otro de los compañeros.

El desánimo empezó a cundir. Alguien comentó que el sector estaba hecho polvo y que no había futuro... Los comentarios pesimistas afloraron como cartas negras del tarot... Sara apenas habló. Daba por descontado que partiría de cero. Que volvería a partir de cero. Como tantas veces en su vida...

Día 2 (II)

La investigación en torno a la impostora que había suplantado a doña María Teresa Pérez no había avanzado. Ninguna huella, ninguna pista (lo único que habían podido constatar es que la firma que aparecía en la ficha de visitas era una imitación de la firma que aparecía en el registro de firmas autorizadas)... La última conclusión sobre la posibilidad de los disfraces había significado, además, un aparente paso atrás en la investigación. Ya no tenían ni descripción de los atracadores. Pero Silva, paradójicamente, estaba más animado. Como buen racionalista, prefería conocer una pequeña partícula de verdad que una gran porción de percepciones ilusoriamente reales.

—Vamos a buscar antecedentes de robos cometidos por gente disfrazada. Si los encontramos, podemos ver si algunos de los autores andan por aquí... Y ya tendríamos, entonces, sospechosos a los que interrogar...

—De acuerdo, jefe... ¿Qué tal ha ido la conversación con los familiares?

—Mal. Los hijos de Marcos García y el padre de Manuel Salas han reaccionado muy airadamente ante mis evasivas... Se han dado cuenta de que les he respondido para salir del paso. No se lo han tomado bien. No me he atrevido a meterles los dedos por si les sacaba algún dato que nos pudiera servir. He preferido dejarlo para otro momento... Y esta tarde, me toca hablar con el comisario... Ese encuentro será aún peor...

Silva cogió de su mesa el ya gastado libro de poemas que abría al azar y que leía en voz alta cada vez que estaba bloqueado (no lo había confesado pero Gómez sabía que hacía lo mismo cada vez que estaba bloqueado):

—*“Para cargar un fardo tan pesado/¡haría falta, Sísifo, tu valor!/Aunque pongamos el corazón en la obra/el Arte es largo y el Tiempo es corto”*. ¿Lo ve? Estamos cargando con un pesado fardo... Y tenemos que poner todo el corazón... Todo el corazón... Con esa actitud hay que ir a la cita con el comisario... Por cierto, fueron los vecinos los que nos informaron de que María Teresa Pérez estaba en el geriátrico, ¿no?

—Efectivamente, inspector.

—¿Vivía sola en su casa antes de que ingresara allí?

—Sí...

—Pero supongo que tendrá familiares... ¿Sabemos en qué clínica está?

—Sí, nos dieron el nombre... No costará mucho dar con la dirección...

—Pues vamos para allá... Que el tiempo es corto...

La Residencia de Nuestra Señora de la Gloria estaba dentro de la ciudad pero apartada de ella. Al margen de la vida urbana y de la marcha de la Historia. El coche iba por una avenida que se dirigía al Centro Comercial del Norte y, en un momento dado, hizo tres giros a la derecha, pasó por debajo de la amplia avenida por lo que habían circulado hasta hacía un momento y empezó una subida por un pequeño montículo. Al final de un estrecho camino de tierra, estaba la entrada a la Residencia. Desde lo alto, se veía el entramado urbano, casi se podía tocar pero, en realidad, era casi inaccesible. Sólo un automóvil separaba ese lugar del aislamiento más absoluto. La ciudad era como una oportunidad que hubiera pasado de largo para siempre.

Una orden religiosa regentaba el geriátrico. La superiora les atendió y se le veía desconcertada ante una situación absolutamente nueva para ella. Les comunicó que doña María Teresa Pérez ya no recordaba nada y que no podía hablar con nadie pero puso muchos problemas para darles los datos de contacto de los hijos y tan sólo se los proporcionó tras llamarles previamente y pedirles autorización (mala suerte, habían perdido el factor sorpresa). Al final, lograron concertar una cita en comisaría con ellos para la tarde.

—Hermana, ¿qué visitas recibe la señora Pérez? —preguntó Silva.

—Lo desconozco. Eso lo puede saber la hermana que la atiende... Vamos a bajar y preguntárselo.

El camino desde el despacho de la madre superiora hasta el patio donde los ancianos dejaban transcurrir las horas les mostró unas magníficas vistas de la ciudad. Era una especie de estampa para fijar los recuerdos. Era como si fuese obligado crear un escenario que alimentara la nostalgia para que todos los residentes quedaran congelados en ella.

—Hermana Mercedes...

—Sí, madre superiora, dígame...

—Estos señores son de la policía. Parece ser que ha habido algún problema con algún bien de doña María Teresa Pérez y lo están investigando... Me preguntan qué visitas recibe.

—Pues la de sus hijos y la de ese señor del banco...

—¿Qué señor del banco? —preguntó Silva.

—No sé su nombre. La suele visitar una vez al mes, más o menos. Parece ser que la tiene mucho en estima y le dolió saber que había tenido que ingresar aquí por culpa del Alzheimer... Suele estar una hora con ella, más o menos...

—Gómez, muéstrole a la hermana las fotos de los dos empleados del banco que han sido tomados como rehenes...

—¿Rehenes? —preguntó la religiosa, entre asustada y confundida.

—Es complicado de explicar, hermana. ¿Podría ver las fotos, por favor?

Gómez le enseñó en el móvil las imágenes de las dos personas desaparecidas.

–Sí, ese señor es...

La monja señaló la foto de Marcos García.

Ya tenían un hilo del que tirar.

–Hermanas, ¿podríamos ver, de todos modos, a la residente? –pidió Silva.

–Ya le he dicho que no se puede comunicar con ninguna persona... –comentó la superiora.

–Es que necesitamos ver su aspecto físico actual... Es por un punto de la investigación.

Las religiosas consintieron y les llevaron hasta el lugar donde María Teresa Pérez estaba sentada en una silla de ruedas mirando hacia una ciudad ya siempre perdida para ella (mirando, quizás, hacia el último recuerdo que se apagó en su mente). Sus rasgos eran idénticos a los de la persona que podía verse en las imágenes grabadas por la caja de seguridad en la mañana del robo. Los mismos rasgos, pero sin vida y sin movimiento... Y también sin las dudas que seguían agitando los pensamientos del inspector Silva y del agente Gómez: en ese instante, ellos no tenían más respuestas que las que podía dar esa anciana sentada en una silla de ruedas...

12

Marcos García (II)

Marcos García llegó a la conclusión de que todo se empezó a torcer porque bastó una única cosa para que se torciera. Sus dos hijos estudiaron Económicas. Uno de ellos (Javier), el mayor, tras terminar la carrera, decidió opositar y a los tres años consiguió una plaza de funcionario en la Administración regional. El otro (Antonio), empezó a trabajar en empresas relacionadas con la construcción. Al cabo de unos años, montó su propio negocio, dedicado a la carpintería metálica. Posiblemente, creara su propia empresa demasiado tarde. Dos o tres años después del momento ideal. En cualquier caso, hubiera pedido el aval de sus padres para que le dieran el préstamo inicial. Pero si lo hubiera hecho antes, en el momento de la crisis el préstamo hubiera terminado ya de pagarse. Sin embargo, con el colapso de la economía, las cuotas del préstamo se fueron quedando colgadas. Las empresas constructoras que le debían dinero, le devolvían impagadas las letras que le habían girado. Tuvo que pedir a sus padres que le echaran una mano. Hipotecaron la casa y el apartamento en la playa para ayudar a su hijo. Un bache lo pasa cualquiera. Pero no fue un bache.

A Marcos García le costaba entender que él, que llevaba toda su vida trabajando en un banco, se llegara a ver en la tesitura de perder, quizás, su patrimonio por haber avalado a su hijo. No podía ser. Empezó a ver los préstamos de empleado que aún podía solicitar para superar la situación. Cuando Javier se enteró de lo que estaba sucediendo, se enfureció. Además de los

problemas económicos, empezó a haber problemas familiares: peleas entre los hermanos, peleas entre él y su hijo mayor, entre él y su mujer...

Marcos García, en las noches de insomnio, pensaba que tenía que haber convencido a su hijo de que no montara su propia empresa. Que hubiera seguido como estaba. Su sueldo no era bajo. Si las cosas iban mal, podía contar con el subsidio de desempleo y con la ayuda de sus padres, pero una ayuda mucho más asequible que la que ahora se estaban viendo obligados a afrontar. Ahí se torció todo. Un único fallo en su vida y se había desplomado como un castillo de naipes. Y ese pensamiento envenenaba todavía más sus noches sin dormir...

Su trabajo no le servía para parar, aunque fuera por unas horas, esa rueda demoníaca que giraba en su cerebro. Cada mañana, no pasaban más allá de nueve o diez clientes para revisar sus cajas de seguridad. Eso dejaba amplios tiempos muertos en los que el mismo veneno seguía corroendo su mente...

Pero desde el día en que mantuvo una impactante conversación con el director de la oficina, todo se complicó más...

13

Día 2 (y III)

Ninguno de los hijos de María Teresa Pérez sabía que su madre tenía contratada una caja de seguridad. Cuando se vio que su enfermedad había llegado a un punto irreversible, y antes de dejar de valerse por sí misma, había firmado un poder a favor de su hijo mayor para que administrara todos sus asuntos. Pero nada le había dicho sobre qué podía guardar en los sótanos de la oficina principal del Banco Continental. Cuando conocieron la noticia, los tres hijos se mostraron conformes con abrir la caja en presencia de la policía, lo cual sirvió de gran ayuda para que el juez autorizara desprecintar la sala y se pudiera dar un paso importante en la resolución del caso. Cuando, a las seis de la tarde, todos estuvieron frente a la caja de seguridad, una espesa expectación los rodeaba. Tuvieron que forzar la cerradura porque nadie sabía dónde podía estar alguna de las copias de la llave que se entregaba al cliente. Conforme el poliedro metálico iba saliendo de su compartimento, se podía oír con más fuerza la respiración de todos los miembros del grupo. El cerrajero forzó la cerradura y dejó que el juez levantara la tapa. Todos los ojos se volcaron en el interior recién descubierto... Pero allí no había nada.

* * *

—Está claro que entre Marcos García y María Teresa Pérez había alguna relación especial... — dijo Silva, mientras daba vueltas por su despacho—. Quizás, amistad. Quizás, simplemente, el afecto que nace de un trato cordial por parte de un empleado hacia un cliente. Si vemos los datos del registro, la última visita de la señora a la caja de seguridad fue hace siete meses.

Posiblemente, allí retiró todo el contenido de la caja. Por eso, no dijo nada a sus hijos sobre la misma. Sin embargo, es posible que Marcos García le pidiera que no diera de baja el servicio. Tenía confianza con ella para proponérselo. Ella aceptó. ¿Tenía ya en mente el empleado el plan que iba a poner en práctica? Es probable. No sé...

—Jefe, y digo yo: y si existía confianza entre ellos, ¿no es posible que él supiera que la caja estaba vacía? —dijo Gómez—. ¿No es posible que también supiera que sus hijos no tenían noticia de su existencia? Si fuera así e, igualmente, supiera que la señora Pérez ya estaba ingresada para siempre en un geriátrico, vio que alguien podía hacerse pasar por ella e interpretar una falsa visita a la sala de las cajas...

—Mmmm... Bien pensado. Sí... Bien pensado. Entonces, fue al geriátrico para ir confirmando que estaba allí, para comprobar cuál era su estado... Eso es lo que usted quiere decir, ¿no?

—Efectivamente, jefe.

Silva miraba por la ventana. Atardecía y el cielo empezaba a oscurecerse. Dentro de quince minutos, estaba citado con el comisario y podía ofrecerle muy poco. Volvió a sentarse y abrió, al azar, el libro de poemas:

—*“¡Reloj!, dios siniestro, espantoso, impasible/cuyo dedo nos amenaza y nos dice: «¡Acuérdate!»”*. ¡Vaya por Dios! Resulta que el reloj nos está amenazando... Seguimos sin noticia de los rehenes o cómplices, ¿no?

—Nada. Hemos pasado aviso a todas las unidades de que su aspecto físico puede haber cambiado... Esperemos que eso sirva de ayuda...

—Sí, porque la necesitamos con urgencia. Bien, me dirijo al matadero... Deséeme suerte...

La reunión fue según lo previsto. Bronca del comisario. Y una frase original: “Necesitamos resultados rápidamente”.

14

Carlos, alias *Charli*, alias *El Guapo* (I)

Carlos corría por las calles con el bolso en la mano. No quería mirar hacia atrás: sabía que los dos policías le seguían a muy corta distancia. Tenía poco tiempo para hacer algo. O arrojaba el bolso al dar algún giro en una esquina, para que los maderos no se dieran cuenta de que se había deshecho del mismo (eso le jodería porque sabía que había bastante pasta ahí dentro); o intentaba escabullirse (corriendo el riesgo de que lo pillaran llevando encima la prueba del robo). Gracias a que conocía bien el barrio, podía ir sacando, poco a poco, más segundos de ventaja. En un momento dado, torció a un callejón, saltó la tapia que había al final del mismo y

pasó a un patio interior. Si no se habían dado cuenta de la maniobra, podría darse por salvado... Fue pasando de patio a patio saltando muros... En un cubo de basura, arrojó el bolso después de sacar seiscientos euros que había en una cartera. Saltó otro muro más y volvía a estar en la calle... Estaba claro: la mañana había ido bien.

* * *

Al llegar al bloque de viviendas donde vivía, Carlos se encontró con uno de los policías que lo había estado persiguiendo. Simuló indiferencia y cuando iba a traspasar la entrada, el poli lo agarró por las solapas de la chaqueta de cuero que llevaba puesta y lo arrinconó contra la puerta del cuarto de contadores.

—Eh, eh, eh... ¿Qué hace? ¿Qué hace? ¿De qué va esto?

—Sabes de qué va esto, así que no te hagas el gilipollas. Hoy te has librado... Pero la próxima vez te caerás con todo el equipo.

El poli le dio un empujón contra la puerta y se dispuso a marcharse. Carlos *El Guapo* no quería que ese fuera el final de la conversación.

—Lo veo tenso, agente. Debería follar un poco más...

El poli le echó una mirada de profundo desprecio y se fue sin darle tiempo a ver la mirada de odio que le devolvían.

* * *

Esa noche, para celebrar el éxito de la jornada, fue en su moto hasta el pub de *Jimmy El Chato*, en las afueras, y se echó unas cuantas cervezas. Tuvo la suerte de que allí estaba *El Sabio* y que le podría comprar un poco de hierba.

—*Sabio*, tú, siempre en el lugar donde hay un cliente... Si me fuera a Australia y tuviera ganas de fumarme un porro, seguro que te vería entrar por la puerta —dijo *Charli*.

—El mercado es una constante en el ser humano. Es capaz de generarse a sí mismo y llenar cualquier vacío. Por tanto, lo único que hago es sentir la palpitación de la ciudad y seguir las órdenes que me dicta...

—No me importan tus monsergas, *Sabio* —dijo *Jimmy El Chato*—. Pero lo que sea que hagáis con esa mierda que llevas, lo hacéis fuera de aquí. ¿De acuerdo?

—No te preocupes, *Jimmy* —dijo *El Sabio*—. Mi sobrenombre no se debe a ningún capricho. Se debe al prestigio acumulado en noches y noches de trato con los seres humanos y las circunstancias de la vida...

—Vale, vale... —dijo *Jimmy*—. He hablado claro... Como vea que os saltáis las reglas, os echo de aquí a patadas...

Carlos no iba a contrariar los deseos de su amigo *Jimmy*. Quería seguir acudiendo a ese sitio para seguir celebrando éxitos futuros. Le gustaba la música y la compañía y no pensaba prescindir de ellos.

* * *

—¿Sabes, *Sabio*? El día ha sido intenso... Agotador... Demasiada angustia, tío... A veces, me pregunto por el sentido de todo.

—No tiene sentido, *Charli*. Y si lo quieres buscar, es una señal de debilidad. Debemos eliminar los rasgos de debilidad de nuestra personalidad y asumir que somos nosotros los que damos sentido a las cosas. Sólo nuestra acción proporciona orden. Los demás, anclados en su propio servilismo, sólo apreciarán la arbitrariedad de nuestros actos. Cuando, en realidad, esos actos son los que hacen encajar las piezas de la realidad que, si no, estarían inconexas.

Carlos desconocía si las palabras de *El Sabio* provenían de su cerebro o de su estómago lleno de cerveza.

* * *

A Carlos le agradaba haber ligado con esa chica que había llevado a su casa y que, en ese mismo instante, se estaba quitando las bragas. Tal como iba la noche, estaba pensando ir al ostentoso puticlub que había junto al Polígono Industrial El Arroyo: El Paraíso. Pero no había hecho falta. Había sido el último golpe de suerte de un buen día. Necesitaba aliviar la tensión acumulada. Cuando Marga (¿se llamaba Marga?) se acostó a su lado y empezó a besarle con fiereza, él terminó de darse cuenta de que ella iba a poner toda la carne en el asador. Él acarició, primero, y recorrió con su lengua, después, los enormes pechos de la chica. Ella cerró los ojos y su respiración empezó a agitarse. Ya estaba todo bien encauzado. Ahora, sólo quedaba seguir la corriente y que cada paso se sucediera al anterior como un mecanismo de relojería.

Después, se fumaría un porrito y ya estaría completamente relajado para el día siguiente, que volvería a ser una dura jornada.

15

Día 3 (I)

A las ocho de la mañana en punto, el agente Gómez, el agente Osorio y la agente Robles ya estaban sentados frente al inspector Silva, esperando a que este les dijera qué camino iban a tomar. Cuando este cogió el libro de poemas y empezó a leer en voz alta, tuvieron que hacer serios esfuerzos para disimular el gesto de contrariedad que a punto estuvo de dibujarse en sus rostros:

—“*Sé prudente, oh Dolor mío, quédate ya tranquilo./Reclamabas la Noche, y desciende: hela aquí;/una atmósfera oscura envuelve a la ciudad,/llevando a unos la paz, a otros la inquietud.*” ¿Lo ven? Una atmósfera oscura nos envuelve... Y envuelve a este maldito caso... Bueno, no se puede negar que no avanzamos. Así que no tenemos más remedio que tirar de los hilos que, aunque ínfimos y casi insignificantes, se nos han mostrado hasta el momento. ¿Cuáles son estos hilos? Primero: los dos empleados que aún se encuentran en paradero desconocido. A estas alturas, me niego a seguir llamándolos rehenes. Al menos, a Marcos García. Él dejó entrar en la sala de seguridad a una persona de la que no podía tener duda alguna que estaba falseando su identidad. Esa persona robó, en su presencia, el contenido de cinco cajas de seguridad. A estas alturas, esto parece un hecho incontrovertible. Él, entonces, se marchó para desayunar. Como era costumbre en esa oficina, nadie se ocupó de echar un vistazo a la sala de las cajas. Si un cliente acudía a esa dependencia, le indicaban que esperara a que el responsable de la misma volviera. Lo que ocurrió es que, ese día, lo que Marcos García hizo en realidad fue huir y esperar a quienes iban a llevarlo lejos de allí. ¿Estaba Manuel Salas en complot con él? Probablemente. Pero como aún no tenemos seguridad de ello, no podemos golpear duro en ese flanco. Segundo hilo: el abogado que tenía cariño por la colección de sellos de su abuelo. De los cinco titulares de las cajas de seguridad forzadas, sólo este parece poder presentar algún lado débil... Así que esta mañana vamos a realizar un ataque doble. Vamos a visitar por sorpresa al señor López y subir el grado de presión. Después, citaremos en la comisaría a la mujer y los hijos de Marcos García y golpearemos duro. No será agradable... Pero no tenemos muchas opciones más...

* * *

El abogado estaba en su despacho esa mañana. La visita de Silva y Gómez no era grata para él. Su cara lo delataba elocuentemente. En consecuencia, decidió recibirlos a bofetadas (desde un punto de vista puramente retórico, evidentemente).

—Buenos días, agentes. ¿Saben ya algo de los ladrones que robaron en mi caja de seguridad?

—Aún no, señor López —respondió Silva—. Contamos con poca colaboración... Eso nos pasa por querer hacer las cosas por las buenas... Dentro de poco, esto puede cambiar...

—Pues ya están empezando a tardar. No me gustaría tener que presentar una queja por el bajo nivel de eficacia de los servicios que se costean con mis impuestos...

—Hay que tener cuidado cuando uno hace entrar en juego el tema de sus impuestos. Hacienda siempre acaba descubriendo que se han pagado menos de los que se debería...

José María López guardó silencio. En el combate psicológico, eso significaba un tanto para el inspector. Debía hurgar en la herida.

—Mire, señor López. Puede ser que no descubramos lo que esconde el atraco del otro día en la oficina del Continental. Puede ser... Pero puede ser que lo descubramos. Estoy seguro de que, en ese caso, usted tendrá problemas. Ahora bien, si usted es el primer eslabón para resolver este misterio, como le dije antes de ayer, se beneficiará de ello.

El abogado se quitó las gafas, cerró los ojos y juntó sus manos para encerrar entre ellas la inquietud que bullía en su cabeza.

—Está bien, hablemos. Tendrá que ser largo y tendido... Pero no será aquí. Esta tarde, a las seis, estaré en la entrada del Parque Occidental. Allí les espero...

* * *

La primera maniobra había sido fructífera. Al menos, habían abierto una brecha en el enigma. Ello les hizo ser optimistas para el segundo asalto, que iba a ser mucho más complicado.

Volvieron a la comisaría a eso de las once de la mañana. A las doce y media, estaría allí la familia de Marcos García. Y, puntualmente, acudió a la cita.

—Buenos días —dijo Silva—. Les agradezco que estén otra vez hoy aquí porque soy...

—¿Hay novedades, inspector? —preguntó, con cierto nerviosismo, Javier García.

—Las que todos esperamos, no... Les he hecho venir porque debo hacerles unas cuantas preguntas. Y espero, por su parte, la máxima sinceridad. ¿Por qué no me hablan de los problemas por los que están pasando? —la pregunta de Silva estaba hecha un poco al azar, aunque sabía que iba acabar teniendo una respuesta.

—¿Problemas? Ninguno, señor inspector... —dijo la esposa de Marcos García.

—Vamos a decir la verdad, mamá —dijo Javier García—. Tiene razón, inspector. Mi familia está pasando importantes problemas económicos... Por culpa de los avales que mis padres han dado a mi hermano...

—Te ha faltado tiempo para decirlo, ¿eh? ¡Estarás disfrutándolo...! —le escupió (así puede decirse) su hermano.

—Miren, lo importante ahora no es que entre ustedes haya diferencias... —dijo Silva—. Su padre ha desaparecido y lo verdaderamente urgente es que lo localicemos. Para ello, debemos disponer de la máxima información... Háblenme de esos problemas económicos.

La esposa de Marcos García bajó la cabeza. Antonio, después de mirar a ambos lados con los ojos de un perro apaleado, tomó la iniciativa.

—Inspector, es cierto que, hace algo así como año y medio, mi negocio pasó por un mal momento... Mis padres me ayudaron. La situación no mejoró. Pasamos por momentos muy complicados... Pero hará cosa de unos diez meses, gracias a un último préstamo que mi padre, en condición de empleado del Banco Continental, obtuvo, logré saldar las deudas más importantes. Además, me ofrecieron un puesto con un buen sueldo como responsable de *marketing* en el Centro Comercial El Collado... Decidí aceptarlo porque, aun haciendo frente a todos los préstamos que tenía, me quedaba suficiente para vivir... Así que liquidé mi empresa y empecé a trabajar allí. Desde entonces, nuestros problemas han mejorado bastante...

A Silva le desconcertó la explicación. Así que contraatacó...

—¿Así de simple? No me lo creo. Les voy a hablar con una franqueza brutal. Pero las circunstancias me obligan a ello... La hipótesis más verosímil es que el robo en la sala de las cajas de seguridad fuera efectuado en presencia de su padre... No cabe otra opción. Un empleado que llevaba trabajando treinta y ocho años en la entidad no actúa así si no es por la presión de graves motivos...

—¿Cómo se atreve a usted a decir eso de mi marido...?

—Me atrevo a decir eso de su marido porque el análisis de los hechos así lo indica... ¿Sabían ustedes que él iba una vez al mes, aproximadamente, a visitar a una señora que se llamaba María Teresa Pérez a la Residencia de Nuestra Señora de la Gloria? Esa señora sufre de Alzheimer y, en la fase actual de su enfermedad, ya no recuerda nada ni pronuncia una sola palabra... Conociendo don Marcos García tal hecho, dejó pasar hace dos días a una persona disfrazada como María Teresa Pérez a la sala que él custodiaba... ¿Tienen ustedes una explicación para ello? Yo, voy a darles la mía: elementos de mucho, mucho peso le obligaron a hacerlo... A partir de esta base, la pregunta que cabe hacerse es: ¿Don Marcos García es un rehén de los atracadores o huyó con ellos?

—¡Es intolerable! ¡Es absolutamente intolerable lo que usted está diciendo...! —dijo Javier García.

—Quiero que me escuchen con tranquilidad. ¿Quieren ayudar a su padre? Lo que tienen que hacer es colaborar con nosotros... Necesitamos encontrarlo para que él también colabore con la policía... Será la mejor forma de reducir la condena que pueda recaer sobre él...

—¡Vámonos, mamá! —dijo Javier García—. ¡No tenemos nada que hacer aquí...!

—Don Javier, le pediría que me dejara terminar... Si, entonces, quiere marcharse, márchese... Estaría en su derecho... Pero me parecería conveniente que oyera todo lo que tengo que decirle...

Javier García se sentó a regañadientes.

—Bien. Hay otra dimensión de la cuestión que me gustaría que entendieran. Actualmente, no sabemos qué puede haber detrás del comportamiento de su padre... Si nos dedicamos a investigar, podemos hallar movimientos en sus cuentas bancarias que se vean obligados a explicar... Y, quizás, no puedan explicarlos... También es posible que, sin saberlo, se hayan beneficiado o se estén beneficiando de bienes y derechos adquiridos en un contexto, digamos, poco claro... El problema ya no sería sólo de don Marcos García. El problema sería de aquellos de ustedes que figurasen como cotitulares de esas cuentas... ¿Quieren correr el riesgo de afrontar tal circunstancia?

La forma en que el inspector Silva fue llevando la reunión iba diluyendo la rabia inicial de la familia. (Logrando sembrar la más minúscula semilla de temor, los ánimos solían calmarse bastante).

—¿Qué opinan?

Tanto la madre como los hijos guardaron silencio durante unos segundos. Silva permaneció, también, callado.

—Por mi parte, no sé nada —dijo Javier mirando a su madre y a su hermano.

La madre no habló.

—Inspector, yo sí tengo que hablarle sobre un hecho que siempre me ha extrañado —dijo Antonio—. No puedo realizar ninguna afirmación tajante, no puedo decir nada con seguridad... Pero hay algo que no me puedo quitar de la cabeza...

—¿De qué se trata, señor García?

Antonio dejó pasar un breve instante antes de responder.

—Siempre me he preguntado cómo fue posible recibir la oferta de mi actual puesto de trabajo... No les envié mi currículum... No me conocían... No me movía en su sector... Sin embargo, la propuesta salvadora llegó justo cuando todo estaba a punto de hundirse... Una propuesta magnífica, espléndida... No he dejado de hacerme preguntas sobre ella desde que la acepté... Después de lo que usted ha dicho, empiezo a tener sospechas... Pero no puedo concretar más...

—Supongo que usted tendrá tarjetas de visita de su cargo, ¿no? —dijo Silva—. Deme una... Investigaremos. Gracias por la información...

Para el inspector Silva era ya suficiente. Se insinuaba una especie de luz al final del túnel...

16

Día 3 (II) / Las cinco cajas (III): José María López

Silva y Gómez estaban en la entrada del Parque Occidental diez minutos antes de las seis de la tarde.

—Jefe, me sorprendió bastante lo que comentó el hijo de Marcos García —dijo Gómez—. ¿Una importante empresa de la ciudad le ofrece un contrato excelente por algún motivo oculto?

—Es lo que nos dijo... Ahondaremos a partir de ahí, no podemos hacer otra cosa... Habrá que ver cómo tanteamos ese terreno... Será necesario ir con cuidado... Puede haber algo o puede ser que no haya nada...

El abogado llegó cinco minutos antes de la hora fijada. (Todos tenían ganas de ser puntuales). Los policías vieron cómo un coche aparcaba al otro lado de la Avenida de la Atlántida. De él salió la persona que esperaban. Cruzó corriendo la avenida y llegó hasta ellos.

–Buenas tardes. Acompañenme si no les importa... Vamos a un lugar seguro. Está cerca de aquí. Comprobarán que no hay nada extraño cuando lo vean...

Los dos policías no se tranquilizaron en el trayecto hacia no sabían qué dirección. Cuando vieron que José María López los había llevado a una sauna, se quedaron un poco desconcertados.

–No vamos a estar más de una hora. No se preocupen por el precio, yo les invito...

Los policías notaron que él era cliente habitual del establecimiento. Llamó por su nombre de pila a la chica que atendía en el mostrador del vestíbulo. No preguntó dónde estaban los vestuarios, fue directamente a ellos. Tampoco dudó a la hora de dirigirse a la cabina que le habían asignado. Una vez dentro de ella, fue directo al grano.

- Se preguntarán por qué les he traído aquí. Es muy sencillo. Quería que se desnudaran porque necesitaba estar seguro de que no escondían ningún micrófono ni nada parecido. También, de que el lugar estaba a salvo de cualquier indiscreción... Lo que les voy a decir podría entenderse como la revelación de secretos profesionales, como la confesión de que he tenido noticia de la comisión de ciertos delitos... En fin, asuntos de los que no debería hablar alegremente con la policía.

El fastidio que sintió el inspector Silva sólo se vio compensada por la expectativa de que la información que le fuera a proporcionar José María López representara un avance importante en la investigación.

–Hace, más o menos, catorce meses, quizás recuerden que yo actué como abogado defensor de unos asesores financieros acusados de blanqueo de capitales...

–Se refiere al caso del Despacho Ugarte-Esquivias... –dijo Silva.

–Exactamente. Mes y medio después de aceptar el caso, comencé a ser chantajeado... Quienes me chantajeaban, exigían conocer todos los pasos de mi defensa... Y, sobre todo, querían evitar que mis defendidos llegaran a un acuerdo con la fiscalía...

–¿Un acuerdo con la fiscalía?

–Sí... Miren, resulta evidente que, cuando mis clientes fueron detenidos, también fueron acusados sus propios clientes: gente que quería ocultar ingresos y patrimonio al fisco... El Despacho Ugarte-Esquivias se especializó en crear estructuras para favorecer esa ocultación. Se trataba de empresarios, promotores inmobiliarios o profesionales con pocas ganas de pagar a Hacienda... Lo que ocurre es que existía un Despacho B... El Despacho B, que era el objetivo real de la investigación, asesoraba a narcotraficantes, políticos corruptos, grandes fortunas obtenidas por procedimientos no muy limpios... Alguien de ese selecto grupo temía que, para librarse de la cárcel, la parejita Ugarte-Esquivias empezara a cantar y revelara el premio gordo a policías y fiscales...

–¿Con qué le chantajearon?

–¿Es necesario que se lo diga?

—Si quiere que le dejemos respirar un poco, es necesario... —dijo Silva, con una sonrisa casi beatífica.

—De acuerdo... —dijo el abogado, con un patente tono de resignación—. Me amenazaron con contar a mi mujer que la estaba engañando...

—¿Cómo podían demostrarlo?

—Me siguieron y tomaron fotos... Supongo que contratarían a un detective privado.

—¿Con quién engañaba a su mujer?

—Eso no se lo voy a decir. No viene al caso...

—Está bien. Siga.

—La presión duró dos meses, más o menos. Yo rechacé colaborar... Me ofrecieron dinero, mucho dinero, para hacerme ceder... Después, optaron por las amenazas físicas... Empecé a asustarme... Entonces, apareció la solución de la caja de seguridad...

—Explíquese...

—Una persona me ofreció un trato: yo tenía que abrir una caja de seguridad a mi nombre en la oficina principal del Banco Continental... Allí, debía guardar lo que me entregase... Posteriormente, le debería dar una de las copias de la llave que recibiría al contratar el servicio... De este modo, dicha persona podría abrir la caja cuando quisiera para ver si seguía allí lo que me dio... A cambio de esto, esta persona se comprometía a librarme del chantaje del que estaba siendo víctima... Por mi parte, yo revisaba periódicamente la caja para ver que allí no hubieran metido algo más aparte de lo estrictamente pactado...

—Espere, espere... Me estoy perdiendo... Hay tres cosas que no entiendo. Supongo que lo que le dio para guardar fue algo comprometedor... ¿Cómo aceptó usted sustituir un chantaje por una acción que lo convertía en parte actora (o, al menos, cómplice) de un posible delito?

—Lo que tenía que guardar era bastante simple. Un sobre precintado con un papel dentro. En ese papel, lo que estaba escrito era lo siguiente: "Clave de acceso: S5720". Sólo eso...

—¿Cómo? —preguntó, visiblemente desconcertado, Silva.

—Lo que le he dicho: "Clave de acceso: S5720".

Tanto Silva como Gómez se extrañaron por la importancia que podían tener unas palabras tan crípticas.

—¿Y, sólo a cambio de eso, esa persona lo iba a librar del chantaje de gente poderosa?

—A ver, no era tan fácil... Había otras cuatro cajas... Otras cuatro personas habían accedido a concertar un acuerdo similar al mío... Es decir, supongo que sólo uniendo el contenido de las cinco cajas se podía llegar a alguna conclusión... Considero que ello era un mecanismo de precaución. Un mecanismo de precaución, en un doble sentido: dividía en cinco partes un

material sensible y permitía liberar de responsabilidad a los titulares de las cajas... Si la policía me obligaba a mostrarles qué era lo que guardaba, ¿de qué podían acusarme? De nada...

—Está bien, tiene lógica. Una segunda duda: ¿Cómo sabía esa persona que a usted lo estaban chantajeando?

José María López dudó al dar la respuesta.

—Nunca supe cómo lo averiguó. Cuando me hizo la propuesta, fue tajante: “Sé que le están haciendo chantaje. Si acepta mi oferta, dejará de tener ese problema”. Y así fue...

—Tercera duda: aunque alguien tuviera una copia de la llave de la caja de seguridad, ¿cómo podía acceder a ella si no era el titular?

—Supongo que si eres el director de la oficina principal del Banco Continental, serías capaz de encontrar un medio...

—¿Me está diciendo que fue Manuel Salas quien le ofreció el trato? —preguntó Silva sorprendido.

—Eso es lo que le estoy diciendo.

El inspector tenía ganas de irse de allí. Tanto vapor le impedía concentrarse en analizar y desmenuzar toda la información que el abogado le estaba proporcionando. Pero, antes de marcharse, había que exprimir bien la oportunidad que se les estaba presentando.

—¿Quiénes le chantajeaban?

—No sabía quién estaba detrás de la extorsión... Quien actuó de portavoz de los chantajistas fue un colega de profesión: Adolfo Bello... Nunca me dijo quiénes le mandaban...

—Ya nos encargaremos de averiguarlo...

—He aceptado colaborar con ustedes: espero que sean discretos y que no vayan contando por ahí que yo les he revelado todos estos detalles...

—No se preocupe: esto quedará entre nosotros tres... Dígame una cosa: desde que llevó a cabo la transacción que ha descrito, ¿no se han vuelto a poner en contacto con usted para presionarle?

—No.

—Al final, el caso del Despacho Ugarte-Esquivias quedó en poca cosa... ¿Es posible que extorsionaran a sus defendidos para que no llegaran a un acuerdo con la fiscalía?

—No tengo constancia de ello. Pero tampoco podría negarlo... Al final, estuvimos de acuerdo en que la estrategia debía basarse en conseguir la condena menos dura posible... Tenían demasiadas pruebas para pensar en la absolución. Y enseguida desearon un acuerdo con la fiscalía. Supongo que tenían miedo a las represalias...

Cuando salió de la sauna, Silva estaba muy satisfecho. Ya tenía piezas con las que poder jugar. Se abrían numerosas líneas de investigación por las que poder avanzar y llegar a un desenlace que sirviera para aclarar todo lo sucedido. Se despidieron del abogado a la entrada del Parque Occidental y éste se dispuso a cruzar al otro lado para dirigirse a su automóvil. Mientras los dos policías se disponían a entrar en el vehículo oficial para volver a la comisaría y poner en orden sus ideas, apenas se pudieron dar cuenta del coche que, a toda velocidad, atravesó la avenida y elevó en el aire a José María López después de atropellarlo. Silva y Gómez sólo pudieron salir a duras penas de su perplejidad.

–Deprisa, Gómez... Siga a ese coche mientras que yo atiendo al abogado y llamo a una ambulancia...

Cuando Silva llegó al lado del cuerpo inmóvil de José María López, supo de inmediato que los médicos ya no podrían hacer nada.

Capítulo II

En un artículo publicado por CARLOS MOLINAS en *El País* el 10-9-2012, y titulado “Una teoría de la clase política española”, el autor desarrollaba el concepto de “élites extractivas” y afirmaba que las mismas se caracterizaban por tener un sistema de captura de rentas que les permitía obtener rentas de la mayoría de la población para su propio beneficio propio, sin llegar a crear riqueza nueva, por tener el poder suficiente para impedir la existencia de un sistema que distribuyera el poder político y económico de forma amplia, que respetara el Estado de Derecho y las reglas del mercado libre y por abominar de cualquier innovación que tuviera el suficiente impacto como para crear nuevos núcleos de poder económico, social o político.

Manuel Salas (II)

Según una noticia publicada en *El Confidencial* el 21-8-2012, una encuesta realizada por el despacho de abogados Lebaton Sucharow entre 500 profesionales de Londres y Nueva York llegaba a la conclusión de que un 26% de los mismos habían sido testigos directos de algún tipo de práctica ilícita o poco ética en el trabajo. El 24% de dichos profesionales seguía pensando que la única manera de tener éxito era comportarse de manera ilegal o poco ética. El 16% aseguraba que estarían dispuestos a incurrir en un delito de tráfico de información privilegiada si supieran con seguridad que podían evitar las represalias.

Manuel Salas era consciente de que, desde la muerte de Pedro Calvo, su relación con Javier Tortosa había empeorado sustancialmente, aunque, sólo en apariencia, era aún afable. El funcionamiento de la oficina seguía siendo el normal, dentro de lo que cabía calificar como normal en una situación de crisis que se agudizaba día tras día. Los rumores, los nervios y los temores empezaron a aflorar cuando se empezó a hablar de despidos en la entidad como consecuencia de la caída de la actividad y las previsiones de pérdidas. Manuel tuvo que emplearse a fondo para mantener alta la moral de la plantilla de la sucursal. Con mucho esfuerzo, lo fue consiguiendo. Lo que nunca pudo imaginar es que tuviera que dedicar su energía a mantener alta su propia moral.

Lo que más le llamaba la atención era que los sucesos se encadenaran por una mezcla de elementos grotescos, cómicos y estúpidos. El elemento grotesco era que Javier Tortosa tenía un conocimiento mínimo sobre informática, ordenadores y dispositivos complementarios. Entre los directivos del área comercial, el mostrar un relativo grado de ignorancia sobre estas cuestiones representaba un elegante toque de distinción. Significaba que, quien presumía de ello, no perdía el tiempo en cuestiones operativas de poca importancia, sino que se centraba en lo verdaderamente relevante: la captación de nuevos clientes, la ampliación del volumen de negocio manejado, la realización de nuevos contactos... En ese contexto, era casi de mal gusto saber utilizar ordenadores y herramientas informáticas. (Los motivos para que ambas habilidades fueran incompatibles nunca eran argumentados satisfactoriamente). El elemento cómico de la mañana fatídica fue que el tóner de la impresora de su director de zona se estaba quedando sin tinta. Manuel Salas estaba en el despacho de Javier Tortosa para evaluar los resultados del primer semestre del año. Ante los infructuosos intentos del director de zona por imprimir correctamente los cuadros y gráficos con los resultados, los folios medio borrosos empezaban a acumularse en su mesa. Así que tuvo que ser Manuel Salas quien sustituyera el tóner para que la reunión pudiera empezar (Javier Tortosa no iba a ser quien hiciera la sustitución). El elemento estúpido fue que, dando la vuelta a los folios mal impresos, los

reutilizaron para realizar la edición correcta (la contención de gastos imponía su ley). ¿Por qué fue estúpido por parte del director de zona? Porque uno de los folios tuvo que haberlo destruido o, al menos, apartado con discreción y no hizo ninguna de las dos cosas. (Los despistes también podían ser interpretados como un toque de distinción de gente atareada).

Cuando Manuel Salas volvió a su despacho, estuvo ojeando los informes del semestre. No hubiese podido recordar por qué miró el reverso de una de las hojas, qué fue lo que hizo que girara el papel, qué provocó que empezara a leer lo que allí había escrito. Lo único que vendría a su memoria sería la amarga sensación que se atenazó en su estómago y la sequedad que le hizo hervir la garganta. Se trataba de un intercambio de correos electrónicos entre el director de zona y el Departamento de Recursos Humanos. El Departamento le consultaba sobre la posibilidad de prescindir de personal en la oficina principal. Respondía que había dos empleados que, en atención a su elevado sueldo y su limitada implicación en el proyecto de la entidad, no sólo podían, sino que debían ser despedidos: Manuel Salas y Marcos García.

Durante, más o menos, una hora, Manuel Salas cerró la puerta de su despacho y permaneció inmóvil, sin poder reaccionar. No atendió las llamadas telefónicas. Fue inútil que llamaran a la puerta. Se quedó mirando hacia la nada, empezó a pensar en un horizonte que se había quedado vacío...

¿Hubiera actuado tan decididamente Javier Tortosa si hubiera conocido la conversación que, una semana antes, había tenido Manuel Salas y que le había impactado tan profundamente? Posiblemente, no. Pero siempre actuamos pensando que la realidad es más pequeña que nuestro cerebro.

2

Día 3 (y III)

El agente Gómez colocó la sirena y la puso en marcha. Había poco tráfico y, enseguida, pudo ponerse casi a la altura del automóvil que había atropellado a José María López. Por radio, informó a la central de lo que había sucedido y comunicó los datos del vehículo que huía. Gómez iba por el carril derecho y el otro automóvil circulaba, en el mismo sentido, por el carril izquierdo. Los cristales entintados no le permitían distinguir nada del interior. En un momento dado, con un brusco movimiento, el coche que intentaba la fuga se desplazó lateralmente contra el vehículo policial. Gómez apenas pudo impedir que se saliera de la avenida y que, tras chocar contra el bordillo de la acera, diera varias vueltas sobre sí mismo en (afortunadamente) el descampado junto al que transcurría, en dicho instante, la calzada. Gómez no se movió por el miedo de descubrir alguna lesión grave. Confuso por el accidente y la irrupción del airbag, poco a poco observó que podía ejercitar sus miembros sin ningún problema aparente. En el retrovisor, vio que una brecha se abría en el lado derecho de su frente. Pudo abrir la puerta, dar unos pasos torpes y descoordinados en el descampado y, finalmente, caer de rodillas, mareado y tambaleante. Tras unos minutos para recuperarse, volvió al automóvil y comprobó

si la radio seguía operativa. Lo estaba, por lo que pudo avisar de su accidente. Media hora después, una ambulancia y una unidad policial habían llegado al lugar donde estaba Gómez.

Mientras tanto, Silva esperaba la llegada del juez para el levantamiento del cadáver de José María López. Como él pensaba, los intentos de los médicos para reanimarlo fueron inútiles. En los sentimientos del inspector, había una mezcla de amargura, remordimiento e impotencia. La conclusión a la que llegó mientras esperaba a que se cumplieran todos los trámites fue que, de haber sabido lo que se escondía detrás del robo de las cajas de seguridad, hubiera tomado mayores precauciones para proteger al abogado. Le exasperaba esa combinación de rapidez y lentitud con la que se sucedían los acontecimientos (nada parecía avanzar y, de repente, se producía un enorme salto inesperado). Igualmente, no era capaz de discernir si todo ello era una explicación racional o un simple subterfugio mental para esconder cierto sentimiento de culpa.

La oscuridad del túnel se había vuelto más espesa...

* * *

Aunque Gómez no quería ingresar en el hospital para estar veinticuatro horas bajo vigilancia médica, Silva le ordenó que cumpliera las prescripciones de los facultativos. En la comisaría, recibió la noticia de que el vehículo que habían utilizado para el asesinato había sido robado entre las cinco y media y la seis de la tarde.

—¿Entre las cinco y media y las seis? —preguntó al agente Osorio.

—Sí. El propietario efectuó la denuncia a eso de las seis y media...

—Entre las cinco y media y las seis... Es muy extraño... Esto no encaja... No pudieron seguirlo... Es decir, robaron el coche para matarle... Pero, entonces...

Silva permaneció pensativo unos cuantos segundos, hasta que se dio cuenta de qué debía hacer.

—Osorio, llame a los especialistas en electrónica... Vamos todos al despacho del abogado... ¡¡Echando leches...!!

* * *

En el bufete, tras una hora de revisión concienzuda, los policías detectaron que había sido instalado todo un sistema de escuchas, tanto para vigilar las conversaciones que tuvieran lugar en el propio despacho como para tener acceso a lo que se decía en las llamadas telefónicas. Silva dio un puñetazo a la pared para intentar ahogar su rabia.

—Estaba claro que se enteraron de que se había citado con nosotros. Conocían el lugar y la hora. Probablemente, vieron dónde aparcaba y esperaron a que volviera al coche para matarlo...

—¿Por qué no lo mataron antes de que hablara con usted y con Gómez? —preguntó el agente Osorio.

–Probablemente, fue más fácil hacerlo sabiendo cuáles iban a ser sus movimientos... Sólo tenían que esperar a que regresase al sitio donde había aparcado...

–¿Cree usted que todo esto está relacionado con el caso del robo en la sucursal?

–Lo tendremos que ir averiguando. De momento, avise a la secretaria del abogado. Quiero hacerle unas cuantas preguntas...

La secretaria de José María López estaba visiblemente consternada. No era el momento idóneo para que afrontara cuestiones de cierta complejidad, así que Silva decidió atacar en un único punto:

–Buenas tardes, señorita Méndez. Veo que está muy afectada por la muerte de su jefe. La comprendo... Por ello mismo, debe sobreponerse a lo que siente y decirnos lo que sepa sobre un punto muy concreto. ¿Quién era la amante de José María López?

La secretaria se quedó de piedra. Sólo pudo responder tartamudeando.

–¿Amante? No sé de qué me habla... No lo sé... Yo no sé nada.

–Bien. Vamos a intentarlo otra vez: ¿Quién era la amante de José María López?

–Se lo vuelvo a decir... No sé nada. Nada de nada...

–A ver, tranquila... No se ponga nerviosa... Creo que la pregunta es muy sencilla: ¿quién era la amante de José María López?

–Pero, ¿por qué iba yo a saber algo?

–Bueno... Vamos a replantear la pregunta. Si yo le dijera que don José María López tenía una amante, ¿quién diría usted que pudiera ser?

Tras un breve silencio, hubo respuesta:

–Hable con Alicia Valverde, corresponsal de tribunales del diario *La Crónica*...

–Está bien, muchas gracias. En un par de días, seguramente tendremos que volver a hablar... Entenderá que, para resolver el asesinato, necesitaremos toda la ayuda posible...

–De acuerdo, inspector...

Nuevamente, quedaba demostrada la teoría: nuestros mayores secretos suelen acabar siendo de dominio público sin que nosotros nos enteremos. Es decir, acaban siendo los secretos que guardan los demás sin que nosotros lo sepamos.

Manuel Salas (III)

Según un artículo publicado por Jesús Cacho en *Voz Populi* el 7-10-2012, era la conexión entre política y finanzas, entre élite política y oligarquía económico-financiera la que impedía el progreso de España y frenaba el desarrollo del país.

Una semana antes de su inesperado descubrimiento, Manuel Salas había ido a almorzar con un compañero de trabajo, Javier Vela, unos años mayor que él, quien era director de otra sucursal de la zona. Que Javier Vela le invitara a comer, le sorprendió. Acostumbrado a sus chanzas y provocaciones jocosas, ese gesto no congeniaba con su carácter habitual. Manuel estuvo en guardia todo el tiempo. Entreveía algo que no le gustaba y que podía amenazarlo en el momento más inesperado. Sin embargo, la conversación, durante casi hora y cuarto, fue por cauces bastante monótonos. Las bromas típicas de Javier, sus maledicencias, sus salidas de tono se sucedían sin demasiado lustre y aburrían (como siempre) a Manuel. Cuando les sirvieron los cafés, después de los postres, el diálogo dio un giro sutil pero claramente perceptible.

—¿Te gusta la camarera? Tiene un buen polvo, ¿verdad? —dijo Javier Vela.

—Es atractiva, sí... —respondió Manuel.

—Y está bien este restaurante... A veces, hay que darse alguna alegría... Y más en los tiempos que corren... Tan complicados, tan difíciles... Tan puñeteros, ¿no? Estoy hasta los cojones de pasarme todos los días tratando los problemas de morosidad... No hay posibilidades de crear negocio nuevo, de captar nuevos clientes... Apenas entra gente en la sucursal... Todo esto no es más que una mierda... En la oficina principal, ¿cómo va todo?

En ese punto, Manuel Salas sintió un chispazo que le cruzó todo el cerebro.

—Va como en todos los sitios. Esquivando peligros, intentando sobrevivir, evitando que las cosas empeoren... Son días duros, como tú has dicho.

No iba a dar ninguna información relevante, lo tenía claro.

—Pero supongo que, en una oficina tan importante, los problemas serán mayores...

—Hay más problemas, pero también hay más personal... Todo va en consonancia. Al final, nuestros quebraderos de cabeza son similares...

—¿Tú crees que son similares?

—Sí.

—¿Y eso?

El truco era burdo. Y, además, Manuel Salas lo conocía. Y Javier Vela tenía que saber que lo conocía. Era algo así como una maniobra a la desesperada para sonsacarle información.

—Hay más complicaciones, cierto... Pero, como ya te he dicho, cuento con más personas para intentar solucionarlas... No sé... Todos estamos viviendo la crisis de modo parecido, ¿no?

Javier Vela dio un sorbo a su taza de café. Guardaba silencio. Estaba claro que le estaba dando vueltas a su cabeza sobre cómo hacer hablar a Manuel Salas.

—Claro, todos podemos contar historias que no se diferencian mucho entre ellas... ¿Sabes? Creo que es bueno que hablemos entre nosotros... Entre los directores de oficina, quiero decir... Compartir experiencias... Darnos consejos... Intercambiar sugerencias... No sé si me explico...

- Sí, te estoy comprendiendo... Pero, ¿por qué no se lo planteas a nuestro director de zona? Lo que propones, se podría institucionalizar... Convertirlo en algo oficial a nivel de toda la entidad.

—Sí, ya... Burocracia, burocracia, burocracia... Yo creo que es mucho más efectivo hacer esto de modo informal, espontáneo... A ver, ¿qué casos típicos te has encontrado y cómo los has afrontado?

Estaba claro que se estaba empleando a fondo. ¿Por qué?

—Bueno, aun reconociendo que tu idea puede ser acertada y que podemos llevarla a cabo, lo ideal no es llevarla a la práctica en un almuerzo entre dos personas. Tendríamos que recurrir a un grupo más numeroso, ¿no?

—Esa es la intención. Pero podríamos probar nosotros antes... Ver si, poniéndolo en práctica, nos resulta útil...

—Me parece bien. ¿Por qué no nos vemos la semana que viene y lo hablamos? ¿Te parece bien?

La mueca que hizo Javier Vela reveló que estaba decepcionado por la escurridiza actitud de Manuel Salas. Pero este ya sospechaba que algo raro estaba sucediendo... Una semana después, el misterio había sido aclarado. Javier Tortosa había decidido que él tenía que ser despedido y Javier Vela iba a ser su sustituto en la dirección de la oficina principal. De ahí, su interés por obtener información sobre la sucursal.

Sin embargo, lo más curioso es que, al final de ese almuerzo embustero, sucedió algo que tendría, con posterioridad, una trascendencia inesperada.

Javier Vela se marchó precipitadamente tras recibir una llamada en el móvil. Aunque visiblemente molesto por el primer fracaso de su, entonces, enigmática tentativa, pidió a Manuel Salas que lo llamara la semana siguiente para volver a verse. Este, tras responderle (hipócritamente) que lo llamaría, fue al servicio. Al salir, se encontró que había un pequeño problema.

Pudo observar cómo tres camareros rodeaban al único comensal que aún permanecía en el restaurante. Mientras se dirigía a la salida, comprobó que lo que sucedía era que el cliente había bebido unas cuantas copas de más. Su voz empezaba a elevarse excesivamente sobre el silencio que reinaba en el lugar:

—Soy una persona importante, ¿qué piensan? ¡Una persona importante...!

—No negamos eso, señor —le respondía uno de los camareros—. Pero es la hora de cierre... Cualquier cliente, importante o no, tiene que abandonar el establecimiento. ¿Me comprende?

—¿Cómo me pueden tratar así? ¡Es inexplicable! ¿Dónde está el libro de reclamaciones? ¡Tráiganme el libro de reclamaciones...!

Cuando Manuel Salas estaba ya en la puerta del restaurante, reconoció a la persona que protagonizaba el incidente. Se trataba de Mauricio Cavestany, el contable de Francisco Montiel, el promotor inmobiliario. Era cliente de su sucursal y, sin tener muy claro si debía hacerlo o no, se acercó hasta el animado grupo e intervino para poner orden en medio del conflicto:

—Perdonen, pero conozco a este señor... Don Mauricio, ¿cómo está? Ya que hemos coincidido aquí, ¿por qué no salimos y hablamos un rato?

—Hombre, don Manuel, ¡qué suerte que esté usted aquí! ¡Cuenta, cuenta a esta gente quién soy yo...!

—Pero, don Mauricio, no se altere usted... Comprenda que estos señores tienen que cerrar ya... Yo también me iba... Venga, salgamos los dos juntos...

El contable del promotor accedió, con desgana, a salir del restaurante. Pagó la cuenta y salió a la calle, con serios síntomas de que los efectos del alcohol empezaban a pasarle factura.

—¿Se encuentra bien, don Mauricio?

—Sí, sí... Vamos un momento a ese parque de ahí, hay un banco, me sentaré un momento...

Antes de poder sentarse, vomitó bajo uno de los árboles que daban sombra a los asientos. A Manuel le provocaba cierto reparo ver en ese estado a una persona de más de sesenta años quien, además, siempre le había parecido una persona seria y con quien el trato, desde el punto de vista profesional, siempre había sido correcto. Sin embargo, intuyó que algo le ocurría para haber actuado como lo había estado haciendo.

—Don Manuel, ¿le importaría acompañarme a mi casa? No me gustaría ir solo tal como estoy...

—En absoluto. Tengo aparcado el coche aquí cerca... Yo le llevo.

En el trayecto, Mauricio Cavestany empezó a hablar de forma un tanto desordenada. Poco a poco, su discurso fue adoptando formas muy definidas.

—No quiero que piense que yo soy así... Yo no soy así. Apenas bebo...

—No tiene que darme explicaciones, don Mauricio.

—No las estoy dando. Sólo estoy desahogándome... Eso es, desahogándome, sí... No crea que hoy he bebido por rabia o por enfado... Simplemente, por hartazgo... En este país, acabas harto... No hay otra... A menos que te vendas, que te corrompas, que te conviertas en alguien poderoso... De otro modo, eres una pieza que se puede tirar a la basura... Mientras no te tiren, te desprecian, te insultan, te podrían escupir en la cara sin que se les torciera el gesto... Esa es la realidad... Tragas y tragas y tragas durante años... ¿Y sabe qué es lo más triste? Que es lo único que tienes. Un trabajo de mierda, pero que te da para vivir... Te permite unos pocos caprichos, sacar adelante tu familia... Te permite tener una falsa apariencia de felicidad... Lo mejor que te puede suceder es morirte pronto para no darte cuenta que todo es una mera fachada... Que, detrás, no hay nada. Nada de nada.

—Le veo pesimista. ¿Qué le ha sucedido?

—Habría que decir qué me ha estado sucediendo a lo largo de toda mi vida. Mire, hace cinco años murió mi mujer... Mis hijos se fueron de casa... He tenido tiempo, mucho tiempo para pensar. Y cuando piensas, llegas a conclusiones. Y actúas. Hoy me he jubilado, ¿sabe?

—Bueno, esa no es una mala noticia. Mire, don Mauricio, lo que usted necesita es desconectar del trabajo y vivir la vida... Verá cómo, a partir de ahora, puede disfrutarla...

—Créame, poco voy a disfrutar. Ahora, aquí a la derecha, sí, aquí... Ahí tiene un sitio para aparcar. ¿Por qué no sube a mi casa?

—No, don Mauricio, de verdad que no... Gracias, pero no le quiero molestar.

—No es molestia. Suba, que le quiero contar un par de cosas.

La razón fundamental por la que Manuel aceptó fue porque pensó que podía obtener información importante sobre Francisco Montiel. ¿Y quién mejor que su propio contable para aportar datos relevantes?

La casa de Mauricio Cavestany era la típica casa amueblada en los años setenta y que conservaba, en lo esencial, las formas y disposición de la época. Un salón pensado más para ser expuesto que para ser habitado, muebles recios y sólidos (casi perpetuos), cristalerías, juegos de café, cuadros de temática religiosa, bodegones realizados con desgana... Todo podía tener un cierto aroma rancio pero con un toque de indudable dignidad.

—Siéntese. ¿Quiere tomar algo?

—No, gracias. Insisto en que no quiero molestar...

—Que no molesta, hombre.

Parecía que se iba despejando. De todos modos, fue al cuarto de baño y, cuando volvió, Manuel vio que traía la cabeza mojada. Estaba claro que quería estar lo más lúcido posible.

—Don Manuel, ¿usted qué piensa de quien ha sido mi jefe hasta hoy?

—Bueno, es un promotor importante. Ha sabido construir una gran empresa...

–Usted no conoce a mi jefe. Y no crea que hago esta afirmación sin saber qué estoy diciendo. Sé que usted es una persona honrada, así que...

–Muchas gracias...

–No me las dé. No es un halago. Es una constatación. Yo entré a trabajar no con Francisco Montiel, sino con su padre, Hernando Montiel. Una empresa constructora pequeña... Las cosas eran simples. Trabajábamos sólo para unos cuantos clientes... Don Hernando sabía que eran fiables, honestos, solventes... Nunca dieron problemas. No hizo una gran fortuna. Pero mantuvo unos cuantos puestos de trabajo, trató bien a la plantilla y llevó una vida holgada. Al principio, Francisco siguió su línea. Pero hace unos dieciséis años, todo empezó a cambiar. Francisco tenía sueños de grandeza. Y quería que se cumplieran. Entró en el negocio de la promoción inmobiliaria. No tenía proyecto, plan empresarial, estrategia de negocio... Nada. Sin embargo, se dijo a sí mismo: “¿Por qué no? Basta con subirse a la ola”. Pero descubrió que no era tan sencillo. Trámites burocráticos, negociaciones con los bancos, proyectos que tardaban muchos años en llevarse a cabo, inconvenientes que se sucedían... Pero Francisco Montiel es un hombre decidido. Y empezó a indagar. A preguntar aquí y allá... Y dio con la clave de la cuestión. La clave de la cuestión es el dinero. Se podía pagar a mucha gente. Y no había problema. Eran costes que se iban acumulando hasta llegar al precio final de una vivienda. Y los precios subían, subían y subían... Había margen para repartir entre muchos. Nadie se extrañaba por esa subida de precios. Era normal, decían. ¿Cómo podíamos calificar de normal a esa locura? Ahora, echando la vista atrás, todo parece absurdo... Pero, en aquella época, nada lo parecía...

Mauricio Cavestany daba vueltas por el salón de su casa, crecientemente agitado.

–¿Y con quién había que repartir ganancias? Pues con quienes hacían posible que una promoción se ejecutara. Es decir, con políticos y con banqueros. Así de sencillo. Bastaba con comprarlos. O con venderse, según el punto de vista que adoptemos. Sí, venderse, entrar en el juego, renunciar a decir “no”. La palabra “no” estaba prohibida. Había que decir “sí”. ¿Me pagas si te autorizo a construir en este terreno? Sí. ¿Me pagas cuando te dé las licencias? Sí. ¿Me pagas si te apoyo para que te den el préstamo? Sí. Sí, sí, sí... Es decir, te has vendido. Aunque estés comprando a un montón de gente...

Manuel no esperaba lo que estaba escuchando. Su sorpresa lo mantenía inmovilizado en el sofá.

–Francisco Montiel empezó a pagar a políticos. Toda la cúpula del Departamento de Urbanismo del Ayuntamiento está en la nómina de su promotora. Nómina pagada en dinero “B”, lógicamente. Y buena parte de los directivos de las entidades que han financiado las promociones, también. En el caso de su entidad, señor Salas, los pagos alcanzan hasta a su jefe, el señor Javier Tortosa. De ahí, para arriba... Sé que usted no ha cobrado nada. Le digo más: he oído palabras de su jefe afirmando que es mejor que a usted no se le hable del tema... Porque, usted, ni aceptaría ningún pago y, lo más probable, era que abandonara la dirección de la sucursal. Ahora entenderá por qué le he dicho antes que yo sabía que usted era una persona honrada.

—Pero, don Mauricio, no acabo de comprender lo que me dice. ¿Para qué pagar a los directivos de las entidades bancarias? Las operaciones se aprueban en virtud de su viabilidad o no...

—Confieso que he bebido —Mauricio Cavestany soltó una carcajada, un poco histérica, un poco patética—. Pero sé de lo que hablo. Comprendo que quiera defender a sus superiores y al banco donde trabaja. Pero le voy a hacer ver el asunto desde un ángulo que, quizás, desconoce: ¿cuánta gente cree usted que ha habido intentando meter la cabeza en el negocio inmobiliario? Cientos y cientos... Era como una marabunta yendo, casi en estampida, hacia donde estuviera cayendo el maná... ¿Por qué unos llegaron a la tierra prometida y otros no? Simplemente, por la influencia del poder, de los contactos, del amiguismo... De los sobornos. Yo conozco a Francisco Montiel desde que era un adolescente... Y sé de decenas de empresarios, con más talento y capacidad que él, que no han podido contar con un apoyo similar de ninguna entidad bancaria ni de ningún poder público. Que han ido tirando para delante como han podido. Pero que no han podido hacer, ni de lejos, una fortuna parecida. Quienes tienen el poder, los políticos y la banca, han elegido a quienes iban a triunfar en el sector inmobiliario y han repartido los beneficios con ellos. Y los elegidos no han sido los más capaces. Han sido los más débiles y serviles...

—Creo que usted exagera...

—¿Sabe usted qué es la “notita”?

—¿La “notita”?

—Veo que no ha oído hablar de ella. La “notita” es una comisión extraordinaria que su banco cobra, periódicamente, por las operaciones de financiación de promociones inmobiliarias. Trimestralmente, nos llega una carta donde se nos dice que debemos pagar al banco una cantidad entre cien mil y doscientos mil euros por el mantenimiento del correspondiente préstamo. Nosotros damos nuestro consentimiento, enviamos el cheque y el banco obtiene una ganancia limpia. Como usted puede deducir, esta comisión es absolutamente irregular. Las comisiones que un banco cobra se deben atener a la Relación de Comisiones Máximas declaradas ante el supervisor bancario y que es pública. La “notita” está por encima de la comisión máxima posible. ¿Por qué aceptamos pagarla? Bueno, porque, previamente, hemos aceptado repartir beneficios con el banco. Aparte, había directivos que también cobraban bajo cuerda, claro está... Es decir, ¿se da usted cuenta de todo lo que iba incluido en el precio de una vivienda?

—Le veo muy seguro de todo lo que dice.

—¿Qué piensa? ¿Que puedo estar al tanto de todas esas irregularidades y no me iba a curar en salud? Tengo documentos y ficheros informáticos que utilizaría en caso de que la policía me detuviera por ser contable de la empresa. Francisco Montiel tiene una relación de todos los pagos que ha efectuado y sus beneficiarios. Hizo fotos de las entregas de dinero y grabó conversaciones muy comprometedoras. Y todo ello lo guardaba en la caja fuerte. Allí había documentación, fotografías y un disco duro con gran cantidad de ficheros. No es que me sienta muy orgulloso de ello pero aprovechando que, en ciertos momentos, yo tenía acceso a la caja fuerte, fui, poco a poco, fotocopando toda la documentación y escaneando todas las fotos y

llegué a copiar el contenido de todo el disco duro... Me avergüenza porque fue un abuso de confianza. Que yo no tenga mucho en consideración a Francisco Montiel, es independiente de dicha verdad. Pero tenía que protegerme. Porque, antes o después, todos caeremos. Cada vez que veo cómo crece el paro, cómo se cierran empresas y cómo los ánimos se van exaltando día a día, estoy más convencido de que una ola justiciera nos acabará llevando a todos por delante... Y no estoy dispuesto a arrastrar más castigo del necesario. Pondré a disposición de la justicia toda la información de la que dispongo a cambio de la inmunidad o de la menor sanción posible.

Desde el momento en que salió de la casa de Mauricio Cavestany, Manuel Salas trató de olvidar esta conversación. Una semana después, fue lo primero que tuvo presente. Cuando, tras estar una hora encerrado en su despacho, pudo reaccionar, lo primero que hizo fue buscar, en la base de datos, el número de teléfono de Mauricio Cavestany. Le llamó por teléfono y la frase que pronunció era el inicio de un camino sin retorno:

—Don Mauricio, buenos días. ¿Cuándo podría hablar con usted?

Manuel Salas se daba cuenta de que la vida acababa siendo un cruce de traiciones.

4

Día 4 (I)

El inspector Silva tenía varios frentes que cubrir. Al menos, ya había un par de líneas de investigación abiertas y eran prometedoras (también, complejas). Esa mañana, junto al agente Osorio, fue a ver a Adolfo Bello. Para la tarde, hablarían nuevamente con los propietarios de las cajas robadas (con la información dada por José María López, estaba claro que había que presionarles para sacarles todo lo que supieran; habría, además, que brindarles una mayor protección: lo que se escondía tras el contenido de las cajas podía ser algo gordo).

Adolfo Bello no estaba en su bufete. Toda esa mañana iba a estar en tribunales. Así que Silva y Osorio fueron al Palacio de Justicia para tener su primer contacto con él. Pero estaba a punto de entrar en un juicio cuya sesión se iba a prolongar hasta pasadas las dos de la tarde. Sólo pudieron conversar con él durante unos pocos segundos. Su gesto huraño, su entrecejo arrugado y su mirada torva denotaban a una persona que estaba siempre en guardia frente al resto de seres humanos, aun cuando hubiese habido una guerra atómica y él hubiese sido el único superviviente de nuestra especie. Al final, aceptó pasarse por la comisaría a eso de las cuatro de la tarde. Silva sabía que se avecinaba un brutal choque de trenes.

Ya que estaban allí, decidieron comprobar si Alicia Valverde estaba en el edificio. Y, efectivamente, la encontraron.

—Buenos días, señorita Valverde —dijo Silva.

—¿Sí?

—Me presento. Soy el inspector Tomás Silva. Mi compañero es el agente Osorio. ¿Podríamos hablar en un lugar más reservado?

La periodista no se extrañó por el interés de los dos policías en reunirse con ella. Fueron a la cafetería, a una mesa apartada, lejos de la posibilidad de ser escuchados por nadie.

—Señorita Valverde, a estas alturas, posiblemente, usted se habrá enterado del asesinato de don José María López... —preguntó Silva.

—Sí, me enteré ayer por la noche. ¿Fue, realmente, un asesinato? —dijo Alicia Valverde, visiblemente afectada.

—Fui testigo del hecho y debo decir que no me cabe ninguna duda de que lo fue. Hemos estado indagando en las circunstancias personales del fallecido y creemos que usted llegó a tener una relación bastante estrecha con él...

—No se ande con rodeos, inspector...

—Está bien. Creemos que fueron amantes.

—Es cierto. Lo fuimos durante año y medio, más o menos. Desde hace cuatro meses, lo dejamos.

—¿Usted sabe que José María López fue chantajeado por culpa de esa relación?

Una expresión de extrañeza se dibujó en el rostro de la periodista.

—¿Chantajeado?

—Sí.

—No, no lo sabía. ¿Está relacionada su muerte con ese chantaje? —en su expresión, la extrañeza fue sustituida por la perspicacia.

—Mire, aquí quien preguntamos somos nosotros. No intente llevarnos a su terreno. Nos dice, entonces, que José María López no le dijo nada sobre el hecho de la extorsión...

—Inspector, le voy a ser sincera. Creo que, para él, esa relación fue más importante que para mí. Yo sabía que era un hombre casado y nunca me hice ilusiones sobre que llegáramos a ser una pareja estable... De hecho, no salía únicamente con José María... Así que decidí marcar unas reglas claras para que el compromiso entre nosotros no llegara demasiado lejos... Él sí me habló de divorciarse de su mujer... Yo le dije que, sólo en caso de que eso fuera verdad, me plantearía oficializar nuestra relación. Es decir, puede ser que él no hubiese querido hablar del tema del chantaje porque se temía que yo hubiera optado por que rompiéramos.

—¿No observó usted algo raro, hace cosa de un año, en el comportamiento de José María López? O, quizás, en el de alguien cercano a usted... ¿Algún desconocido pasó a formar parte de su entorno y supo de su relación?

—No he hablado con nadie de esa relación. Así que no cabe la posibilidad que usted menciona... Tampoco recuerdo haber notado nada extraño

—Bien. Aquí tiene mi tarjeta. Si se acuerda de algo importante, no dude en llamarme. Gracias por su ayuda.

* * *

Después de visitar al agente Gómez al hospital, Silva y Osorio volvieron a la comisaría y preguntaron a la agente Robles por lo que había podido averiguar sobre Adolfo Bello.

—Es extraña la actividad de este abogado, jefe. Algo más de treinta años en la profesión y en los últimos quince se ha prodigado poco... No suele estar presente en muchos procesos... Eso sí, los pocos que lleva suelen ser especialmente llamativos...

—Es cierto. Esta mañana parecía participar en una causa bastante complicada —dijo Silva.

—Sí. Está defendiendo a los jóvenes acusados de la violación y asesinato de Cintia Taboada...

—¿Está especializado en derecho penal?

—No sabría qué decirle. Parece ser que sí... Pero ha llevado casos muy distintos entre sí... De naturaleza civil, mercantil, penal...

—De todas formas, parece irle muy bien. Osorio, ¿has visto las oficinas donde tiene su despacho? Mucho mármol, mucho ornamento dorado, columnas salomónicas, muebles clásicos de madera brillante y reluciente, muchas secretarias con un inconfundible aire pijo... Si las comparáramos con las oficinas donde trabajaba José María López, las diferencias que veríamos serían brutales... En el bufete del abogado asesinado, todo era elegancia austera. En el de Adolfo Bello, todo era lujo caro, casi hortería... Para ese nivel, sus “trabajitos” deben estar en consonancia... Y dedicarse a chantajear no es mala opción para ello. Robles, averigüe lo que pueda sobre las relaciones familiares de los sujetos acusados de la muerte de Cintia Taboada... Vamos a ver quiénes son los clientes del ilustre jurista...

* * *

Adolfo Bello llegó a su cita con el inspector a las cuatro y cuarto. Sus primeras palabras dejaban poco lugar a la duda sobre su afán de colaborar con la policía:

—Espero que me hayan hecho venir para algo importante. No dispongo de mucho tiempo, francamente...

—¿Le parece importante el asesinato de José María López? —dijo Silva.

—Me ha impresionado mucho la noticia... Pero no sé qué tengo que ver con tan luctuoso suceso...

—Tiene que ver que, quince minutos antes de ser atropellado mortalmente, su colega nos confesó que, hace cosa de un año, usted le había chantajado...

—Yo no he chantajeado a nadie. Yo soy un abogado que sigue escrupulosamente el código deontológico de su profesión.

Silva permaneció callado mirando fijamente a Adolfo Bello. Este, le aguantó la mirada. A Osorio era a quien se le veía más tenso y molesto.

Silva cogió su libro de poemas, lo abrió al azar y empezó a leer:

—“¿En qué maquinación infame estaba, pues, envuelto,/o qué perverso azar así me humillaba?/¡Porque conté siete veces, minuto tras minuto,/a aquel siniestro viejo que se multiplicaba!”

—¿Está de broma? —preguntó el abogado.

—Sí y no.

Volvió a abrir otra página al azar y volvió a leer:

—“Dos guerreros han corrido el uno contra el otro; sus armas/han salpicado el aire de destellos y sangre.”

—¿Está usted bien de la cabeza? —preguntó, absolutamente indignado, Adolfo Bello.

—Simplemente, estoy haciendo tiempo antes de que usted nos empiece a decir la verdad.

—Se la he dicho. Yo no he chantajeado a nadie.

—Es que esa no es la verdad.

—Puede ser. Pero, por desgracia, no puede contrastar mi versión con la de José María López.

—No. Pero dijo lo que dijo. Y ahora tenemos la mosca detrás de la oreja, como comprenderá. Porque no creo que se inventara una cosa así. Ahora tendremos que investigar a fondo...

—Yo no digo que se lo inventara. Se pudo tratar de distintas visiones de una misma situación.

—Explíquese.

—Pudo interpretar como chantaje por mi parte lo que sólo era una labor de transmisión de un mensaje. Le quise hacer un favor: mejor que fuera yo quien le hablara que no un desconocido.

—¿Y quién le pidió que transmitiera un mensaje a José María López?

—Yo no he dicho que nadie me pidiera eso. Lo he planteado sólo como hipótesis, ¡sólo como hipótesis! He hablado muchas veces con José María López. No sé cuándo pudo surgir el equívoco.

—El equívoco surgió con el caso del Despacho Ugarte-Esquivias.

Adolfo Bello meditó durante un breve lapso de tiempo. Al cabo del mismo, volvió a decir vaguedades.

—Mantuvimos varias conversaciones en esa época. Pero no le puedo concretar cuál de ellas pudo ser malinterpretada...

—Mire, don Adolfo, le voy a ser sincero. Yo pienso que no hubo ninguna malinterpretación. Creo que José María López entendió perfectamente de qué iba el tema... Sobre todo, porque, en un momento dado, dicho chantaje cesó. Y cesó porque hizo algo para que cesara. ¿Me entiende? No se quedó con los brazos cruzados. Se movió para acabar con la presión que estaban ejerciendo sobre él. Y hubo quien se asustó. Entonces, probablemente, a usted le dijeron: “Adolfo, hay que parar el chantaje”. Y el chantaje dejó de tener lugar.

—Veo que lo tienen todo un poco cogido con alfileres... Todo muy ambiguo y confuso. Creo que deberían volver a llamarme cuando lo tengan más claro. Mi información sería más productiva para la policía. ¿Qué les parece?

—Me parece estupendo. Puede irse cuando quiera. Sólo quiero hacerle ver una pequeña cuestión. Si usted ordenó la muerte de José María López (y lo planteo sólo como hipótesis, sólo como hipótesis!), no debe preocuparse de nada. Tendría el control absoluto de la situación. Pero, si quien ordenó dicho asesinato, fue alguna de las personas que le encargó hablar con su colega (y lo planteo como hipótesis, sólo como hipótesis!), ¿quién le dice que el siguiente cadáver no puede ser el suyo? Más que nada, porque a lo mejor le cogen gusto a eso de ir borrando pistas...

Adolfo Bello rió de manera socarrona. Sin embargo, no se levantó de la silla. Tomás Silva le había hecho pensar. Así que este decidió hurgar más en la herida.

—Y supongo que usted sabrá la naturaleza de los hechos que pretenden ocultar sus clientes (sigo hablando en hipótesis)... Toda la naturaleza. Repito: to-da la naturaleza... Porque, evidentemente, quien estaba en disposición de tener esa información era José María López. Y, por lo que nos dijo, no se explayó mucho con usted. Con nosotros, sí lo hizo... Y me temo que hay cosas que usted desconoce.

(Farol monumental.)

El abogado empezó a morderse los labios. Silva no se lo pensó dos veces.

—En esa misma tesitura, estuvo su colega. Tardó en decidirse. Ayer ya sabe lo que sucedió...

Adolfo Bello era una persona inteligente. Llegó a la conclusión de que el inspector podía tener razón. Pero ello le colocaba en una posición muy complicada. Revelar a la policía ciertos hechos era un suicidio profesional. No revelarlos, podía ser su eliminación física. El dilema era complejo.

—Necesito pensar sobre lo que me ha dicho, inspector.

—Está bien. Piénselo. Creo que, en los próximos días, lo verá claro. Pero recuerde que, a lo mejor, no tiene muchos días para tomar una decisión.

Manuel Salas (IV) / Marcos García (III)

Manuel Salas quería hablar con Marcos García. Pero quería hacerlo con cierta discreción. En el tiempo que llevaba de director de la sucursal, apenas habían intercambiado unas pocas frases rutinarias. Tener, ahora, una larga conversación con él, llamaría, inevitablemente, la atención. Debía hacerlo de modo que la maniobra pasara, más o menos, desapercibida. E, igualmente, tenía que exponer la propuesta con la suficiente habilidad para que Marcos García no se asustara de la trama que él había ideado. De hecho, sabía que la única opción que tenía era la de provocarle un susto de proporciones colosales para que aceptara su plan como un inevitable mal menor. Marcos García era una persona prudente, con notable aversión al riesgo, que no iba a apoyarle por un mero sentimiento de despecho o decepción. Sólo podía ser por un motivo mucho más imperioso y amenazante.

El primer obstáculo pudo superarlo antes de lo que esperaba. Ante la difícil coyuntura del negocio, una de las ideas que se empezó a difundir por toda la red comercial fue la de aprovechar los contactos de todos los empleados de la entidad. El rimbombante nombre que se dio a la campaña fue de “CÍRCULO 100%” (un nombre rimbombante era una condición necesaria para que una acción de este tipo fuera tomada en serio). Cada director de oficina debía tener una entrevista con todos los empleados a su cargo. El objeto de la misma era elaborar una relación que debía incluir: amigos y conocidos del empleado que no trabajaran con la entidad y que cumplieran un perfil de “clientes de interés potenciales” (es decir, que tuvieran pasta); antiguos clientes de la entidad con los que el empleado hubiera tenido un trato más estrecho y que fueran susceptibles de ser recuperados (es decir, clientes que se hubieran llevado la pasta a otro banco, a los que había que convencerles para que volvieran a traerla); clientes poco activos con margen para una mayor vinculación (es decir, clientes que tuvieran pasta en otras entidades, a los que había que convencerles para que la trajeran al Banco Continental). Cada oficina tenía que cumplir unos objetivos de captación de clientes y de volumen de negocio en distintos apartados. Por supuesto, había quienes pensaban que, de un modo general, acercarse a alguien (a quien, quizás, se le hubiera ignorado durante años) y decirle que, ahora, por fin, el banco estaba interesado en poder atenderle y darle un trato serio y riguroso podía resultar chocante. Pero ese pensamiento debía ser extirpado, de inmediato, por cualquier empleado responsable. A Manuel Salas no le preocupó, de momento, todas estas complicaciones. Su interés prioritario era poder hablar, con amplia libertad, con Marcos García. Y la oportunidad se le presentaba como caída del cielo. Todo podía ser aparentemente normal y nadie iba a imaginar que se estaba tramando algo extraño.

Cuando Marcos García entró en el despacho de la dirección, a Manuel Salas le sorprendió el rostro avejentado y la figura ligeramente encorvada que exhibía. Nunca había reparado en la contundente sensación de derrota y resignación que mostraba la imagen del responsable del servicio de cajas de seguridad.

Tras cumplir con el procedimiento dispuesto, siguiendo el cuestionario enviado por la dirección de zona y elaborando el listado de los clientes a contactar, Manuel Salas pretendía introducir en la conversación la cuestión que le interesaba. Pero Marcos García, en cierto modo, y sin buscarlo, se le adelantó.

—Don Manuel. ¿Sabe usted algo del préstamo que solicité a la Dirección de Recursos Humanos?

—¿Solicitó usted un préstamo a Recursos Humanos?

—Sí. Hace de eso unas tres semanas. La cantidad está dentro del límite de crédito automático que tenemos los trabajadores de la entidad... En esos casos, nunca suele tardar tanto tiempo.

La oportunidad para Manuel se le había presentado sin esperarla.

—Voy a serle absolutamente sincero. Quería aprovechar esta conversación para hablarle de algo que tiene que ver con lo que usted me está diciendo.

La expresión de Marcos García se inundó de extrañeza. Después de que el director de la sucursal le extendiera un folio, con un correo electrónico mal impreso, dicha expresión se tornó, primero, en perplejidad y, posteriormente, en una especie de pánico silencioso e inmovilizador. Tras unos segundos, sólo acertó a musitar:

—Pero, ¿qué quiere decir esto?

—Me parece que está claro. Javier Tortosa propone que usted y yo seamos despedidos.

—Pero, ¿por qué?

—Usted sabe que ha habido rumores sobre ajustes de plantilla. En su caso, el motivo que pesa es la edad. No hay más. Si usted se va, pueden colocar en su puesto a otra persona que cobra el sesenta por ciento menos. En mi caso, se trata de un desquite. Cuando se produjo el suicidio de Pedro Calvo, yo no apoyé la versión del director de zona. Él dijo que el promotor se había mareado y que, por tanto, había sido un accidente. Quería que la indemnización de los seguros de vida sirviera para cancelar las deudas que estaban vigentes. Desde que sus planes no salieron como esperaba, aguardaba una ocasión para vengarse. Y ha sido esta.

—Entonces, ¿eso significa que no me van a dar el préstamo?

—Efectivamente, así es. Cuando negocien con usted la indemnización, tendrán que deducir de la misma el importe de los préstamos pendientes. Si no añaden un préstamo más, simplifican el proceso.

Marcos García no reaccionaba. Manuel Salas no sabía si esto le beneficiaba o le perjudicaba. Quizás, en ese estado, podía mostrarse dócil a cualquier propuesta que le supusiera una salida al trance que estaba viviendo. Pero, a lo mejor, no sería capaz de tomar ninguna dirección concreta.

—¿Se encuentra bien, Marcos?

—Sí, sí... Sólo un poco impresionado, como comprenderá. No me esperaba esto. Es que esto me viene en un momento especialmente malo...

—¿Y eso?

Marcos García le explicó la situación por la que estaba atravesando la empresa de su hijo, la ayuda que él y su mujer quisieron ofrecerle y el atolladero en el que se habían metido.

—Esto ya es el remate... El remate definitivo...

Manuel Salas vio que era el momento de lanzarse.

—Marcos, ¿podría confiar usted ciegamente en mí?

—Usted es una buena persona, don Manuel. ¿Por qué iba a desconfiar?

—Es que, lo que le voy a proponer, le va a parecer sospechoso. Sin embargo, nos va a permitir que usted y yo sigamos trabajando en esta entidad. Además, después de lo que me ha dicho, creo que también voy a poder arreglar los problemas de su hijo.

—¿Y cómo va a conseguir eso?

—Tengo información comprometedor de altos cargos de la entidad, incluido Javier Tortosa. Voy a decirles que voy a utilizarla si me despiden.

—Pero eso es chantaje...

—Ya le he dicho que tenía que confiar ciegamente en mí.

—¿Y dónde entro yo en ese plan?

—Si ceden (y yo creo que cederán), les pondré como condición que ni usted ni yo seamos despedidos.

—¿Y por qué iba a hacer eso por mí?

—Porque necesito su ayuda. Si usted escuchara las grabaciones que yo he escuchado, se daría cuenta de que no podría confiar en nadie. Las ramificaciones del escándalo llegan hasta donde no imagina. Creo que en usted sí puedo confiar. Necesito custodiar en un lugar seguro los ficheros informáticos que contienen todos los testimonios acusadores. Y he ideado un sistema que permitirá repartir el material de modo que nadie puede reconstruir de qué se trata. Vamos a utilizar cinco cajas de seguridad de esta oficina. Voy a hablar con cinco personas que estarán dispuestas a contratarlas y a darme una de las dos copias de las llaves que recibirán. Ninguna de ellas sabrá exactamente qué es lo que estará guardando en la caja y qué objeto tiene. Como vamos a tener las llaves de cada una de ellas, podremos revisar si el contenido sigue en ellas. Vamos a utilizar sobres precintados para evitar cualquier manipulación...

—¿Y por qué dice usted que podría resolver los problemas de mi hijo?

—Créame. Con la gente que hay implicada, no va a ser problema encontrarle un buen puesto de trabajo que le permita afrontar el futuro con tranquilidad...

–Lo que usted me está proponiendo es un delito...

–No lo sé. Quizás. Pero es insignificante en relación a los delitos que han cometido las personas a las que vamos a chantajear

–¿Y de qué servirá tener la información en esas cinco cajas?

–Si desapareciera o me sucediera algo, se abriría un documento que está en poder de un abogado amigo mío con las instrucciones para reconstruir toda la información y para indicar el sitio donde se encuentran los documentos y grabaciones originales... Es nuestro seguro de vida. Y usted está en el lugar indicado para vigilarlo.

Manuel Salas detectó de inmediato que su interlocutor había cedido por completo.

6

Día 4 (II)

Los cuatro propietarios de las cajas robadas esperaban la llamada del inspector. Silva no sabía con quién debía empezar. Sabía que el orden de llamada no era un tema baladí. Cuanta más información le diera la primera persona a la que interrogara, más rápidamente obtendría respuestas de los demás.

–¿A quién llamamos, jefe? –preguntó el agente Osorio.

–Buena pregunta, Osorio, buena pregunta... ¿Empezamos por la viuda? ¿Por el pensionista? Sería la opción más lógica. Pero, a fin de cuentas, ¿qué tienen que perder? La directora financiera y el arquitecto sí pueden estar más preocupados por arriesgar sus carreras o su futuro... Son más débiles, en realidad. Llame a Ernesto Menéndez. Los hombres somos menos resistentes que las mujeres para estas cosas...

Cuando el arquitecto entró en el despacho de Silva, su gesto de preocupación era evidente. Por ello, el inspector fue directamente al asunto que le interesaba.

–Señor Menéndez, voy a ser claro. Ayer por la tarde, murió atropellado el abogado José María López. Antes de morir, nos confesó que él había contratado la caja de seguridad que le habían forzado en virtud de un acuerdo con el director de la sucursal, Manuel Salas. Además, sabía que había llegado a un acuerdo similar con otras cuatro personas. ¿Hacemos cuentas?

–No, no hace falta... Siempre supe que esto no podía acabar bien. Pero la necesidad obliga.

–Entonces, ¿Manuel Salas también le propuso a usted el mismo tipo de acuerdo?

–Sí, así es.

–¿Podría darnos detalles?

Ernesto Menéndez relató una historia parecida a la del abogado fallecido (la existencia de problemas, el ofrecimiento para resolverlos, el sobre precintado, la copia de la llave, las visitas periódicas para comprobar que no hubiera nada más...).

–En su caso, ¿qué problemas tenía usted?

–Esteban Villa, el promotor inmobiliario, no me pagaba una parte importante de los servicios que le había prestado mi estudio de arquitectura. Igualmente, estaban en el aire el resto de servicios contratados. Ello me ponía en una situación financiera muy delicada...

–¿Le pagó después del acuerdo con Manuel Salas?

–Sí. Unas dos semanas después, había regularizado el saldo pendiente. Y formalizó los encargos pendientes sin ningún tipo de problemas.

–¿Qué debía guardar usted en la caja?

–Era una cuartilla con unas palabras: “Clave de la carpeta: IT’S A HIT”. Esa cuartilla, tuve que introducirla en un sobre precintado.

La perplejidad de Osorio no se correspondía con la reacción casi de indiferencia de Silva, quien ya se había empezado a acostumbrar a revelaciones de ese tipo.

–Bien, señor Menéndez. Muchas gracias por su colaboración...

–¿Qué me va a pasar a partir de ahora?

–Bueno, tendremos que proseguir con la investigación. Cuando desenrollemos toda la madeja y pongamos a disposición del juez a los atracadores y le presentemos todas las pruebas, con toda seguridad lo llamarán a declarar. No sabemos lo que habrá al final de este caso, se lo confieso. Así que no le puedo anticipar cuál puede ser la decisión del juez y de la fiscalía. Le diría que no se preocupara de antemano porque su participación en los hechos, según usted lo ha narrado, es bastante marginal. Lo que sí le puedo garantizar es que la ayuda prestada será un punto favorable para usted.

Ernesto Menéndez se marchó cabizbajo y, posiblemente, con un grado de preocupación mayor que el que tenía antes del interrogatorio. Sólo una impotente resignación le servía para aliviar el nerviosismo, un nerviosismo que empezaba a apretarle las sienes como una tenaza que estrechara el cerco en torno a la angustia.

Las cinco cajas (IV) : Aurora Calatrava

“Las entidades financieras desempeñan un papel de bombas: reciben recursos y los impulsan hacia donde son necesarios (...) El problema llegó cuando «lo financiero» adquirió vida propia al despegarse de la economía real, un hecho que comenzó a suceder en el momento en el que la cantidad de financiación que se requería superó la capacidad de creación de dinero sustentado en bienes y servicios reales. A partir de ese momento «lo financiero» empezó a generar ganancias al margen de lo «lo real», de forma que ambos se desvincularon.

SANTIAGO NIÑO BECERRA, *Más allá del crash*

Los números se sucedían vertiginosamente. 25, 46, 54, 13, 7, 11... Aurora Calatrava tachaba dígitos con la velocidad que había ganado con la práctica diaria del juego. 9, 64, 22, 17, 35, 4... Los dientes apretados inconscientemente era un hábito que había adquirido conforme el bingo se había convertido en su segundo hogar.

—¡Línea! —la voz despertó a todos del trance en que parecían estar sumidos.

Pocos momentos después, la retahíla de cifras continuó, como una salmodia aburrida pero adictiva.

Aurora apretaba el bolígrafo entre sus dedos como un tótem salvador. Su espalda se iba doblando, de forma que su cara cada vez estaba más cerca del cartón. De hecho, casi adoptaba la forma de un caminante sediento que se inclinara, incrédulo y tímido, al agua de un oasis inesperado.

—¡Bingo! —el grito resonó en toda la sala, contundente y catártico.

Otra oportunidad perdida.

* * *

—Creo que el elemento esencial que tienen que tener en cuenta es el factor tiempo —dijo Francisco Montiel—. Ahora mismo, tenemos con su banco dos promociones empantanadas. Si las ponemos en marcha en las próximas semanas, la crisis del mercado inmobiliario ya habrá pasado cuando estén terminadas. Las ventas de viviendas se habrán reactivado y nosotros estaremos en el lugar adecuado en el momento adecuado...

Javier Tortosa y Manuel Salas escuchaban atentamente. Aunque sabían que no iba a servir para nada. La entidad no iba a dar ni un céntimo más al promotor inmobiliario (básicamente, porque la misma carecía de recursos para ello). Pero trataban de ganar tiempo. No se sabía muy bien para qué, pero trataban de ganar tiempo (pero otro tiempo distinto del que hablaba Francisco Montiel: el tiempo del promotor era un tiempo ilusorio y el de ellos era un tiempo en suspensión). Quizás, de cara a una recuperación milagrosa. Quizás, porque de los avatares del azar se podía esperar todo. Quizás, porque a alguien se le podía ocurrir una idea genial. Quizás, porque no había otra opción. Quizás, porque quién sabe...

—Quiero que piensen detenidamente en esto. Si a esas dos promociones, les unimos otras cuatro que están ya proyectadas, tanto el Banco Continental como Promotora Montiel pueden estar en primera línea de combate en el nuevo ciclo económico. Habríamos sabido aprovechar las circunstancias para alcanzar una posición de liderazgo, en dos o tres años, en el mercado local.

Manuel Salas, además, tenía otros pensamientos en su cabeza. Necesitaba culminar, en pocos días, la operación que estaba organizando. Todavía le quedaba por elegir a una persona para hacerle la oferta de colaboración. Mauricio Cavestany, José María López, Beatriz Sánchez y Ernesto Menéndez ya habían aceptado. Gracias a las grabaciones, había sabido que José María López estaba siendo chantajeado. Su conocimiento sobre la delicada situación financiera de la empresa de Beatriz Sánchez y del estudio del arquitecto Ernesto Menéndez le sirvió para seleccionarlos. Ahora, tenía en mente varias opciones que no le acababan de convencer. Pero el tiempo corría en su contra...

—El factor tiempo, el factor tiempo, créanme —repetía, con una gran sonrisa en su rostro, Francisco Montiel.

El tiempo, siempre el tiempo...

* * *

Desde la muerte de su marido, un funcionario del Ministerio de Industria, la vida de Aurora Calatrava se había vuelto hueca y grisácea. La presencia de su esposo, que había llegado a parecer casi irrelevante (un objeto más en una existencia repleta de objetos de utilidad dudosa), ahora se había convertido en un hecho clave y trascendente, en una especie de viga maestra que sostuviese la estabilidad de una trayectoria que, ahora, ella no hacía más que cuestionarse.

Empezó a acudir al bingo con sus amigas. Como un divertimento ingenuo que le permitiera echar unas risas y olvidar el vacío y la soledad. Aunque las visitas a sus hijos y sus nietos podían ayudarle a plantearse que por qué no iba a poder ser feliz, en el fondo había algo que faltaba, como una casa que no tuviera cuadros colgados en sus paredes o una estantería en la que nadie hubiera colocado una hilera de libros. Pero, en la tensión y nervios de cada partida, había encontrado una sensación inesperada, una emoción nueva que le permitía huir del tedio y los recuerdos. Cada vez que empezaban a cantar los números, una corriente eléctrica unía a todos los clientes que estaban en la sala y los atravesaba para elevarlos a un nivel superior. Ahora, ella iba sola a la sala de juegos. Era una especie de rito que escondía otro rito: el de la

estructuración del azar en unas reglas bien definidas. Con un poco de suerte, lo que se gastaba podía recuperarse. Más que un gasto, era una inversión...

Pero, evidentemente, no hubo suerte, sino la ejecución despiadada de las leyes de la probabilidad.

* * *

—Creo que lo que nos has contado es muy interesante —dijo Javier Tortosa—. Tenemos que estudiarlo con detenimiento para ver cómo podemos exponerlo ante nuestros jefes pero no hay nada que podamos objetar. ¿Tú qué dices, Manuel?

—Sí, pienso lo mismo —dijo Manuel Salas, que sólo quería mentir lo menos posible.

—Mirad, es fundamental no demorar una hipotética decisión —dijo Francisco Montiel—. Oíd lo que voy a deciros: la prosperidad está a la vuelta de la esquina. Y hay que subirse a la ola cuando se ve venir. No cuando ya está encima de nosotros.

—No te podemos garantizar nada. Sabes cómo está la situación. Pero pienso que podemos intentarlo...

Cuando salieron de las oficinas del promotor inmobiliario, Javier Tortosa comentó:

—Está desesperado. Todo lo que nos ha presentado, no va a salir adelante ni a tiros.

—¿Y por qué no se lo decimos claramente? —preguntó Manuel Salas.

—Podría romper la baraja, llevarse el dinero que tiene en el banco y dejar de pagar las cuotas de los dos préstamos que tiene con nosotros. Y no estamos para permitirnos ese lujo.

—Es que eso va a ocurrir, antes o después. Llegará un momento en que esta promotora no va a aguantar más...

—Bien, pues que ocurra. Pero que no puedan decirnos que la culpa ha sido nuestra.

Pragmatismo descarnado.

* * *

Un día, Aurora Calatrava recuperó, por unos instantes, la consciencia. Cuando vio el saldo de su cuenta bancaria, quedó aterrorizada. Su pensión le permitía llevar una vida digna pero absolutamente austera. Solamente los ahorros que habían podido realizar su marido y ella le podían ayudar a elevar su nivel de vida con algunos caprichos y algunos lujos. Pero esos ahorros se habían, prácticamente, evaporado. ¿Qué hacer? ¿Resignarse a aceptar la limitación de sus ingresos mensuales? ¿Humillarse ante sus hijos? ¿Qué pensarían los demás del cambio de situación que su vida iba a sufrir? ¿Significaría un espantoso ridículo!

* * *

Manuel Salas había elegido sólo a personas que le merecieran un mínimo de confianza; que, previsiblemente, no tuvieran la tentación de mercadear, de algún modo, con su conocimiento

de la trama que él estaba diseñando. Era una medida de seguridad adicional. La distribución de la información entre cinco cajas, el tener una copia de las llaves y la vigilancia que iba a ejercer Marcos García parecían ya suficientes precauciones. Pero prefería no dejar ningún cabo suelto.

Ahora, le quedaba completar el quinteto que iba a permitirle tener las espaldas cubiertas. En caso de que él desapareciera o falleciera, un abogado (Mario Rojas, un amigo de toda la vida) había recibido las instrucciones de abrir un sobre cerrado, extraer el escrito que allí se guardaba y leer en él los pasos que había que seguir (lo que él denominaba “el método”). Dichos pasos consistían en contactar con los cinco titulares de las cajas de seguridad, recuperar el contenido de las mismas y acudir a la policía. En el documento, se describía, asimismo, el procedimiento para acceder a la información que allí se recogía y el lugar donde se guardaban todos los documentos físicos (lo que él llamaba “la fuente”). Cuando las fuerzas de seguridad y la justicia se pusieran en marcha, los nombres de las cinco personas que le habían ayudado no tendrían que salir a la luz: Mario Rojas diría que los elementos de prueba le habían sido confiados por Manuel Salas y que estaba autorizado a comprobar en qué consistían sólo en caso de muerte o desaparición de su amigo.

Con este sistema, podía presentarse ante su jefe y exponerle de manera rotunda cuáles eran las circunstancias: si él y Marcos García eran despedidos, él desvelaría todo lo que había averiguado. Y que cada palo aguantara su vela. Así que mejor ser amigos y evitar coyunturas desagradables...

A su vez, en las grabaciones que le había proporcionado Mauricio Cavestany aparecía suficiente basura como para hallar medios para compensar a quienes iban a colaborar con él. Para lograr que José María López no siguiera siendo chantajeado, tenía que hablar con Bernardo Alonso, propietario del Centro Comercial El Collado, y obligarle a que paralizara la extorsión. Ello era posible porque había grabada una conversación entre él y Francisco Montiel donde aquel confesaba que había contratado los “servicios” de Adolfo Bello para desactivar las posibles ramificaciones del caso del Despacho Ugarte-Esquivias (conversación que, de hacerse pública, iba a acarrearle graves problemas con la Justicia y con algunos de los clientes del llamado Despacho B). Admitía que había un montón de gente asustada con ese asunto (en la Concejalía de Urbanismo, existía, según sus propias palabras, “más bien, pánico”). Sería, precisamente, el Ayuntamiento (y, precisamente, el Concejal de Urbanismo), quien iba a resolver los problemas de la empresa de publicidad de Beatriz Sánchez. Los términos de la negociación estaban claros: o el Ayuntamiento canalizaba un determinado número de campañas a través de dicha empresa o la prensa tendría carnaza para varios meses gracias a la excesiva verborrea del Concejal y de varios de los funcionarios de su departamento. Para Ernesto Menéndez, la solución iba a ser más fácil: tan sólo había que conseguir que otro promotor, Esteban Villa, le pagara lo que le debía y cumpliera con los compromisos acordados (Esteban Villa había sido otro incauto que se había dejado grabar por Francisco Montiel y había dado cuenta de sus pagos a políticos y gente de la banca). Mauricio Cavestany iba a participar desinteresadamente o, más bien, deseaba tener algún tipo de presencia en el control de la información de la que él se había apropiado y que, ahora, había cedido a Manuel Salas.

Todo era un mecanismo de relojería perfectamente preparado.

* * *

Aurora Calatrava salió del bingo caminando lentamente. Entre el momento de comprar el último cartón y el nuevo fracaso, fue como si le hubieran echado diez años encima. Todo parecía perdido. Llegó a su casa, derrotada y bloqueada, sin saber qué hacer. Lo único que pudo hacer fue llamar al director de la oficina principal del Banco Continental para preguntarle cuándo podía ir a verle. Le respondió que al día siguiente fuera a la sucursal, a eso de las doce de la mañana.

* * *

Llegó hasta allí de manera casi mecánica. Casi no reparó en que había concertado la cita, casi no se dio cuenta de sus pasos y sus palabras. Sólo se sentó frente al director, con la lucidez medio aniquilada por la desolación que la embargaba. Actuó como un condenado a muerte que escapara por cualquier túnel que encontrara, aunque desconociera dónde iba a ir a parar.

—Don Manuel, nos conocemos desde los tiempos en que mi marido, que en paz descanse, y yo teníamos las cuentas en la anterior sucursal donde usted era director. Cuando lo trasladaron, decidimos pasarlas aquí por la confianza que usted nos merecía. Sólo por todo ello, me atrevo a comentarle qué me está sucediendo...

—Dígame, doña Aurora. ¿Cuál es su problema?

—Mire, dos de mis cuatro hijos se fueron a trabajar a otras ciudades hace unos diez años, más o menos. Todo les iba bien hasta que empezó esta maldita crisis. Primero uno y después otro se quedaron sin trabajo. Yo les he estado ayudando como he podido. Pero ya hace tiempo que no cobran el desempleo... Y tienen que afrontar los gastos de sus hipotecas, los cuidados de sus niños, comida, luz, gas, agua, ¿qué le voy a decir?

Manuel Salas detectaba algo extraño en el comportamiento de Aurora Calatrava pero no le dio especial importancia. Dejó que continuara hablando mientras que él iba encajando esta visita fortuita en sus planes...

—Yo he utilizado los ahorros que me dejó mi marido para que pasaran el bache lo mejor que pudieran. Pero ya no doy más de sí... Todos los días, sacaba algún dinero y se lo enviaba a ellos por giro postal... No podía hacer una transferencia a sus cuentas porque siempre había alguna cuota de préstamo pendiente de pago y se la iban a cobrar... Y ahí me tiene usted, cola en la sucursal, cola en la oficina de correos, todas las mañanas... Y lo peor, el no poder ver a mis dos hijos, a mis nietos, a mis nueras... Un suplicio, créame usted, don Manuel...

Manuel Salas se hizo una rápida composición de lugar y tomó, de inmediato, una determinación. Tenía que cerrar ya la cuestión de las cajas y se le había presentado una ocasión que no podía desaprovechar.

—Señora Calatrava, como usted ha dicho, hace ya muchos años que nos conocemos, ¿no?

—Efectivamente, don Manuel.

—Pues como ello es así, nos vamos a ayudar mutuamente. Como usted comprenderá, es difícil que, con su edad, se pueda concertar una operación de préstamo que le sirva para afrontar lo

que me acaba de contar. Sin embargo, existe un producto que hemos empezado a comercializar recientemente que se llama hipoteca inversa. Sirviendo su vivienda como garantía, usted percibirá una renta mensual que solucionará buena parte de los problemas que padece. Yo, haciendo uso de mis atribuciones, aprobaré la operación en las condiciones más ventajosas posibles para usted. Eso sí: a cambio, me tiene que hacer un pequeño favor...

—El que usted diga, don Manuel. Soy toda oídos...

En ese momento, en el bingo, los números seguían cayendo y unas veinte personas se aferraban a unas perspectivas falsas e ilusorias. La vida no es sólo un cruce de traiciones. Es también una encrucijada de mentiras.

8

Carlos, alias *Charli*, alias *El Guapo* (II)

Carlos acababa de salir del trullo. Seis meses por culpa de un gilipollas que le juró y le perjuró que no había ni vigilancia ni alarmas en el almacén en el que iban a entrar a robar un sábado por la noche. Un profesional de pacotilla. Al salir, cuatro coches de policía les esperaban. ¡Mal rollo! ¡Cómo disfrutó el agente Soriano al verlo detenido!

—Te lo dije, *Guapo*. Que algún día te ibas a caer con todo el equipo...

—No presuma tanto, agente. No ha sido usted quien me ha pillado. Usted no detendría ni a un tío que no ha limpiado en la calle la caca de su perro... Siga mi consejo: folle un poco más...

El agente Soriano se acercó a *Charli* con una amplia sonrisa (que, en realidad, ocultaba una mueca apretada):

—Mira, si algún día te cojo con las manos en la masa y llevas un arma de fuego, intenta usarla. Porque yo no voy a dudar dos veces en usar la mía para dejarte como un colador...

Había que tragar mierda. De momento. Pero no siempre iba a ser así.

* * *

Su casa estaba hecha una pocilga. Tenía que empezar de nuevo. Ver cómo estaba el panorama. Buscar negocios nuevos. Todo andaba jodido y él andaba más jodido aún. Por eso, cuando llamaron a la puerta, vio que era *Jimmy El Chato* y este empezó a hablarle de un tema extraño (pero que pintaba bien), pensó que seguía teniendo suerte.

—*Jimmy*, explícamelo otra vez porque no lo he entendido.

—A ver, está muy claro. Estoy trabajando para una película. Semidocumental, semificción lo llaman... No sé, eso es lo de menos. Se trata de una historia que se desarrolla en el barrio y sale gente real, gente como nosotros... Actores profesionales, sólo va a haber dos o tres... Quieren mostrar lo que ellos llaman “la vida de las zonas marginales”... Y no creas que son unos palurdos, son gente muy intelectual... *El Sabio* fue el primero que empezó a trabajar con ellos. Con eso, te lo digo todo...

—Bueno, ¿y qué tengo yo que ver con todo eso?

—Es que les he hablado de ti... Les he dicho que hoy salías del talego... Y quieren verte.

—Joder, ¿lo primero que vas diciendo de mí por ahí, a gente que no conozco, es que acabo de estar en el talego?

—Es que hacía falta, *Charli*. Buscaban a alguien como tú... A alguien con clase que hubiera estado en la trena. No te puedes perder esto, créeme.

Carlos dudaba. Pero, a fin de cuentas, ¿por qué no? Estaba, de momento, sin trabajo y sin ningún negocio a la vista.

* * *

Esa misma tarde, Carlos se reunió con Salvador Termes, el productor de la película, y Xavi Sánchez, el director.

—¿Cómo estás, *Charli*? —dijo Salvador Termes—. *Jimmy* nos ha hablado de ti. Estamos completando el reparto y hemos pensado que podríamos incorporarte al proyecto.

—¿Quién de vosotros dos es el jefe? —dijo Carlos.

La pregunta pilló desprevenidos a ambos.

—Bueno, en cierto modo, los dos somos jefes. Cada uno en su ámbito —contestó Salvador Termes.

—Perdone, pero eso no puede ser. Jefe, siempre hay uno. Y sólo uno.

Salvador Termes sonrió (básicamente para tener tiempo para pensar una respuesta coherente).

—Mira, *Charli*. Es que esto del cine es complicado. Cuando se esté rodando, es Xavi quien tiene el mando. Él dirá lo que hay que hacer. Yo estoy en un segundo plano, buscando financiación, contratando al equipo que va a intervenir en la película, promocionándola en los medios, buscando distribuidores...

—¿Usted es quien procura el dinero?

—Así es.

—Entonces, el jefe es usted.

—Tampoco es eso...

—Sí, *Charli*. El jefe es Salvador —terció, inapelable, el director.

—Vale, me gusta que se haya aclarado este tema. Es importante... Ahora, díganme de qué va la cosa...

Lo que le contaron Salvador Termes y Xavi Sánchez no distaba mucho de lo que ya sabía por medio de *Jimmy El Chato*. Él no acababa de estar convencido de lo que le proponían. Pero como no tenía nada que perder y, de momento, no tenía ninguna opción a la vista, no se pensó mucha su respuesta.

—¿Saben lo que les digo? Que yo soy su hombre. ¿Cuándo empezamos?

9

Día 4 (III) / Las cinco cajas (y V) : Mauricio Cavestany

El inspector Silva estaba seguro de que, tras interrogar a Beatriz Sánchez, Aurora Calatrava y Mauricio Cavestany, la investigación iba a experimentar un importante avance. Sin embargo, también estaba convencido de que el mismo no iba a ser suficiente para aclarar todos los enigmas que envolvían el caso. Más bien, al contrario: después de los interrogatorios, iba a haber aún más enigmas que resolver.

* * *

Beatriz Sánchez se desplomó con la misma facilidad que Ernesto Menéndez.

—¿Qué tuvo que guardar usted en la caja de seguridad? —preguntó Silva.

—Se trataba de un disco duro externo.

—¿No le preocupó el contenido que pudiera tener?

—Como medida de seguridad, no se podía acceder al contenido.

—¿Por qué?

—Para entrar en la carpeta, se necesitaba una clave. Y la clave estaba en otra caja de seguridad distinta... De hecho, según me explicó el director de la sucursal, había que agrupar el contenido de cinco cajas de seguridad distintas para poder acceder a la información... Es lo que él llamaba el método... Una vez que se accedía a ella, se indicaba dónde estaban ocultos los documentos en soporte físico. A ese lugar, lo llamaba la fuente.

Silva empezaba a atar cabos. Las misteriosas frases de las que hablaron José María López y Ernesto Menéndez ya tenían una función.

—¿Y se solucionaron los problemas de su empresa?

—Sí. Manuel Salas cumplió su palabra.

—¿Y cómo fue posible?

—Empezamos a diseñar campañas para el Ayuntamiento.

Los dos policías no querían que se notara pero un silencio cortante explotó en medio de la conversación tras esas palabras de Beatriz Sánchez.

* * *

—Inspector, lo que ha dicho del Ayuntamiento nos lleva a terreno peligroso —dijo el agente Osorio.

—Lo sé, lo sé... ¡Se avecinan curvas...! Pero no adelantemos acontecimientos... Haga pasar a Aurora Calatrava. Ya tenemos que ir a tumba abierta.

* * *

La viuda se mantuvo firme como una roca. Ni admitió ningún acuerdo con el director de la oficina, ni ella tenía ningún problema que resolver, ni guardó ningún sobre precintado en la caja de seguridad, ni sabía nada de lo que le estaban hablando...

—Señora Calatrava, permita que le diga que no me creo lo que usted me está diciendo...

—Pero, ¿qué pruebas tienen para acusarme de nada?

—El resto de titulares de las cajas de seguridad robadas han admitido que llegaron a un acuerdo con el director de la sucursal.

—Puede ser. Pero yo no llegué a ningún acuerdo. Si tienen pruebas de ello, enséñenmelas. Si no las tienen, les agradecería que me dejaran marchar.

Callejón sin salida. De momento. Pero el esfuerzo de Aurora Calatrava iba a ser inútil. Al final, se derrumbaría como lo hicieron las murallas de Jericó. De todas formas, habría que esperar.

* * *

—Yo ya le dije a Manuel Salas que lo que quería hacer era una locura —dijo Mauricio Cavestany.

No hizo falta presionar. Ni advertirle de los riesgos que corría si no colaboraba. Entró en el despacho dispuesto a hablar desde el primer momento.

—Por casualidad, él descubrió que iba a ser despedido del banco. También por casualidad, una semana antes, yo le conté que guardaba información comprometedor para sus jefes.

—¿Cómo consiguió usted dicha información? —preguntó Silva.

—Yo fui contable de Promotora Montiel hasta que me jubilaron hace unos diez meses...

—¿Y...?

—Francisco Montiel era quien poseía dicha información. Yo obtuve una copia de todo aprovechándome de mi posición en la empresa.

—¿Con qué fin? ¿Para chantajearle en el futuro?

—No. Simplemente para tener un arma a mano en caso de que mi jefe fuera objeto de una investigación policial o judicial y yo me viera implicado.

—¿Y por qué se lo contó a Manuel Salas?

Una sonrisa amarga se dibujó en el rostro de Mauricio Cavestany.

—El día que me jubilaron, bebí un poco de más. Y me puse muy impertinente en el restaurante. Manuel Salas acudió a mi rescate. Es un buen hombre... El joven ayudando al viejo ebrio... Tiene gracia. En las novelas, suele ser al revés... No estaba bien de ánimo, así que me desahugué. Y hablé más de la cuenta. Ello no hubiera tenido más importancia. Yo creo que él se fue de mi casa con ganas de olvidar todo lo que le había contado. Pero, como le he dicho, una semana más tarde se enteró de que lo iban a despedir. Entonces, me llamó...

—¿Cómo podía ayudarle la información que usted tenía?

—Francisco Montiel es una persona muy desconfiada y suspicaz. Grababa todas las conversaciones que podía, contrataba a detectives privados para que hicieran fotos de sus encuentros, anotaba todos los sobornos que hacía... Porque ahí estaba el meollo de la cuestión. En los sobornos. Entre quienes habían recibido dinero del promotor estaban sus jefes, los jefes de Manuel Salas. Utilizó esa información para evitar su despido. Bien sabe Dios que yo intenté disuadirle. En principio, hasta me negué a proporcionarle lo que me pedía. Pero fue muy persuasivo. Apeló a su situación personal. A los problemas por los que atravesaría si le echaban a la calle... Me di cuenta demasiado tarde de que, en el fondo, sólo era una cuestión de orgullo y amor propio.

—Es decir, me imagino que toda la historia de las cajas era para tener a buen recaudo la información que usted le dio. Si a él le sucedía algo (y ello era posible si empezaba a chantajear a gente con mucho poder), Manuel Salas tendría preparado algún medio para que todo saliera a la luz. ¿No es así?

—Efectivamente. Esa era su intención.

—¿Y cuál era ese medio?

—No me lo dijo. Quería proteger a los que le íbamos a ayudar contratando las cajas de seguridad. Tan sólo me indicó que si él desaparecía o era asesinado, una persona se pondría en contacto con cada uno de nosotros para recopilar las pruebas y hacérselas llegar a la policía. Me aseguró que nuestros nombres permanecerían en el más absoluto anonimato.

—¿Qué fue lo que guardó en su caja de seguridad?

—Un documento que servía para descifrar un importante fichero de texto que se incluía entre la información custodiada. Ese fichero de texto estaba escrito según una clave determinada que sólo conocía don Manuel Salas. Con el documento que me encomendó, era sencillo descifrar esa clave.

—¿Chantajeó Manuel Salas a Francisco Montiel?

—Don Manuel me dijo que iba a dejar a Francisco Montiel completamente al margen de sus maniobras. Básicamente porque, por simple deducción, él podría llegar a saber que alguien había copiado la información que guardaba. Y eso me llevaba a mí... Don Manuel quería impedir, a toda costa, que pudieran establecer una conexión conmigo.

—En estos días, ¿alguien ha intentado hablar con usted para recuperar el contenido de su caja?

—No.

—¿Y no le resulta extraño? Manuel Salas lleva cuatro días desaparecido. El protocolo debería haberse activado ya, ¿no?

—No le puedo dar más detalles, inspector.

—¿Le comentó Manuel Salas el lugar donde guardaba los documentos en soporte físico?

El interrogado se dio cuenta, con esta pregunta, que la policía sabía más de lo que aparentaba saber.

—No me lo dijo. Sé que ese lugar existe, pero Manuel Salas no quiso decirme cuál era su ubicación.

—Supongo que usted se quedaría con copia de toda la documentación. Sería absurdo que se hubiera quedado sin su propia salvaguarda...

Mauricio Cavestany bajó la cabeza tras dibujarse un evidente gesto de preocupación en su rostro.

—Sí, la tenía. Es lógico que quisiera conservarla por los motivos que usted aduce. Sin embargo, hará unas tres semanas robaron en mi casa y se lo llevaron todo...

—¿Denunció usted ese robo?

—No me atreví. Podía acabar aflorando toda la historia...

—¿Se lo contó a Manuel Salas?

—Al día siguiente. Y le inquietó mucho.

—Aunque ya no tenga la documentación, ¿podría detallarnos lo que la misma recogía?

—Sí. En términos generales, sí...

—Bien. A partir de ahí, vamos a ponernos manos a la obra y ver quiénes son los reyes de la fiesta.

La agente Robles entró en el despacho. Silva detectó enseguida que algo grave había sucedido. Se acercó a ella y le habló en voz baja para que Mauricio Cavestany no pudiera oír la conversación.

—¿Qué sucede, Robles?

—Dos novedades, inspector. Ha aparecido en un descampado el coche con el que atropellaron a José María López.

—Bien. Pero usted no trae esa cara por esa noticia...

—Tiene razón, jefe. Han aparecido dos cadáveres. Uno de ellos es el de uno de los empleados desaparecidos...

Capítulo III

“Los ricos constituyen un fenómeno antropológico; no son distintos de las tribus primitivas que Veblen describe, y que ocasionalmente adapta a los fines de su tesis. La institución de una clase ociosa encuentra su mejor expresión en las etapas más elevadas de la cultura bárbara, y los ritos tribales de ésta tienen su réplica en las cenas, bailes y otras diversiones de las grandes casas de Nueva York y Newport. Tanto en la Papúa como en la Quinta Avenida lo que tiene lugar es un fenómeno de competición exhibicionista. «Los entretenimientos costosos, como el *potlach* o las veladas danzantes, se prestan en especial a ese fin». Pero las celebraciones no eran la única fuente de gran prestigio. «La ebriedad y otras consecuencias patológicas del libre consumo de estimulantes tienden... a convertirse a su vez en un factor honorífico, por constituir en segundo grado un indicio superior del *status* superior de quienes pueden costearse ese lujo». (...)

Para los ricos, según los concebía Veblen, la exención del trabajo y el gasto premeditadamente ostentoso era muestra de superioridad frecuentemente exhibidas: «La única forma practicable de impresionar con nuestra capacidad pecuniaria... es demostrar constantemente nuestra capacidad de pagar».”

JOHN KENNETH GALBRAITH, *Historia de la economía* (explicando el contenido de la obra *Teoría de la clase ociosa* de Thorstein Veblen)

Carlos, alias Charli, alias *El Guapo* (III) / Sara Varela (II)

El rodaje de la película fue muy distinto a como Carlos había imaginado. Él había pensado que estaría con todo el equipo durante los dos meses de trabajo en el barrio. Que los vecinos se le iban a acercar como si él se hubiera convertido en un gran héroe, que iba a ser poco menos que un dios, que iba a poder fardar de haber entrado en el mundo del cine... Pero no hubo nada de eso. De hecho, no estuvieron allí más de tres días.

—Se nos ha ocurrido una idea genial —dijo Salvador Termes—. Hemos replanteado el proyecto y vamos a hacer dos películas. Una de ellas, será la ficción prevista, que seguirá el guión que ya os repartimos. Por otro lado, haremos un documental. Vamos a entrevistaros, nos hablaréis de vuestras vidas y, a la vez que hacemos las tomas de exteriores para la otra película, grabaremos las imágenes que complementen el documental...

Así que, durante un mes, él no salió de un plató no haciendo más que hablar, hablar y hablar... Después de quince días, empezó a inventarse historias. Él no era como *El Sabio*. *El Sabio* podía estar un día entero enrollándose sobre lo que había sucedido en una hora de su vida sin terminar de contar lo que le había sucedido. Él no tenía esa habilidad. A él le gustaba ir al grano. Y, además, le desagradaba que los planes hubieran cambiado así, de repente. Esto no era lo que habían hablado inicialmente. Así que decidió buscarse sus propios alicientes...

* * *

Sara era una de las chicas de la productora que se encargaba del maquillaje. Desde el mismo instante en que se conocieron, él supo que había química entre ellos. Además, él quería presentir que la cosa no iba ni de enamoramiento ni de chorradas parecidas. Era, más bien, algo puramente físico y sin mayor importancia. Es decir, lo que a él le gustaba.

—Aquí está el momento del día que más me gusta, Sara —decía con afán seductor—. El de ponerme a tu completa disposición para que hagas conmigo lo que quieras...

—Déjate de tonterías que estamos trabajando.

—No son tonterías. Sólo es la verdad. ¿Qué tiene de malo?

—Tú y yo sabemos para lo que estamos aquí y para lo que nos pagan. Y no es para estar haciendo graciosos comentarios con doble sentido.

—Vale, está bien. Pero seguro que lo que te digo no te desagrada...

Era verdad. A Sara no le desagradaba. Más bien, hubiese echado de menos no oír de labios de Carlos sus frases con intención provocativa.

* * *

—Esto no es lo que hablamos, don Salvador —dijo Carlos.

—¿Cómo que no es lo que hablamos?

—No se me haga el tonto. Usted me dio a entender que estaríamos dos semanas rodando en las calles. Que pasaríamos poco tiempo en el plató... Que entendía que no éramos actores profesionales... Que quería naturalidad... Y lo mejor para que pareciéramos naturales era grabar en nuestro ambiente...

—Ya, ya, ya... Pero este mundo es complicado. Las cosas nunca salen como están programadas. Hay que cambiar los planes sobre la marcha. Yo entiendo que estés decepcionado. Pero así funciona esto. Hemos tenido problemas con la financiación. Y lo que se nos ocurrió fue hacer lo de las dos películas. Mira, tú no te preocupes. Con esta idea, es más probable tener éxito. Tenemos dos opciones distintas. Si una fallara, todavía nos quedaría la otra.

A pesar de que los argumentos no estaban faltos de razón, el problema era que Carlos se aburría soberanamente.

* * *

—*Sabio*, ¿tú no estás ya harto de esto? —dijo Carlos.

—Mira, *Charli*. Lo que te ocurre es que te has metido en este proyecto con el fin de alcanzar un propósito. Y lo importante no es el propósito, sino el proyecto. Lo importante no es el lugar a donde lleva el camino, lo importante es el camino mismo.

—Pero este camino es un auténtico coñazo. ¿Cómo se puede disfrutar de él?

—Lo que te pasa es que no estás conectado al mundo. Vives al margen de él sin sentir su palpitación, sin sentir la corriente que lo sustenta... Atiendes a finalidades inmediatas, a finalidades que son de hoy para mañana, sin pensar en el gran objetivo final, en el gran sueño...

—¿El gran sueño?

—Sí. Todos tenemos un gran sueño, el núcleo que daría sentido pleno a toda nuestra vida. ¿Sabes lo que son, en muchas ocasiones, los objetivos a corto plazo? Simples subterfugios para ocultar que nuestro gran sueño está cada vez más lejos de nuestro alcance. Por eso, hay que dejar en la sombra esas finalidades pequeñas y miserables para que no nos hagan olvidar la gran finalidad, esa que justificaría toda nuestra existencia.

Los pensamientos de *El Sabio* eran, a veces, demasiado grandes para Carlos.

* * *

Sara, aparte de su trabajo como maquilladora, colaboraba en tareas de producción localizando exteriores, tramitando permisos con las autoridades y ayudando en la logística de los rodajes.

Quería progresar en el mundo del cine y estaba dispuesta a adquirir experiencia en cualquier campo que le ayudara a ello.

—Necesitamos localizar una casa en las afueras de la ciudad —dijo Salvador Termes—. Tiene que estar en un lugar apartado, en un entorno no estrictamente urbano, pero que tampoco sea rural. Tiene que tener buenos accesos y espacio para todo el equipo... Dentro de una semana, rodamos las escenas que se desarrollan después del robo. Teníamos un lugar previsto pero el propietario se ha subido a la parra y ahora ha pedido, para cedérselo, una cantidad de dinero que no podemos asumir. Así que esto es urgente.

—Yo conozco varios sitios —dijo Carlos—. Además, conozco a algunos de los dueños. Y creo que se portarían bien conmigo...

—Bien. Pues ya que te aburrías, ve con Sara y dedicad todo el tiempo hasta la hora del almuerzo a encontrar el emplazamiento adecuado. Son las nueve. A las dos, el tema tiene que estar solventado.

Carlos estaba contento por la oportunidad que se le presentaba de estar a solas con Sara. Sara, en cambio, parecía estar enfadada.

—Ya que te voy a tener que aguantar toda la mañana, compórtate.

—Claro que sí, si soy todo un caballero, ¿qué pensabas?

Se dirigieron al extrarradio, a una zona que Carlos conocía porque era donde estaba el pub de *Jimmy El Chato*. Allí, Carlos guió a Sara, quien conducía el coche, hasta un bar que se encontraba casi a la salida del barrio.

—Espérame aquí. En un momento, vuelvo —dijo Carlos.

Al cabo de unos minutos, Carlos salió sonriente con unas llaves en la mano.

—Ya tenemos casa. Sigue recto y te indico cuándo debemos girar.

Después de otro buen rato conduciendo, giraron a la derecha y, por un camino relativamente ancho, que era fácilmente accesible para todos los vehículos de la productora, llegaron hasta una casa mata con una amplia entrada en su lateral. Carlos abrió la puerta y Sara entró con el coche. La casa no era muy grande pero disponía de un gran descampado en su parte trasera.

—¿Lo ves? Aquí hay sitio para todo el equipo. Esto es lo que andamos buscando... —dijo Carlos.

—Sí, la verdad es que sí. Además, está amueblada con lo más básico. Sirve para que dé la imagen que buscamos. ¿Cuánto pide el dueño?

—Os he encontrado una auténtica ganga: ochocientos euros al día... Eso sí, lo quiere en efectivo. Nada de papeles...

—Bien, muy bien. ¿Y tú cuánto te llevas de esos ochocientos?

Carlos sonrió.

—Ya veo que me vas conociendo. Para mí, son trescientos. Pero eso no se lo vas a decir a Salvador, ¿no?

—No sé. Me lo pensaré...

—Creo que me merezco una retribución por haber dado con el clavo a la primera.

—¿Como que a la primera? ¿No vamos a hacer más visitas?

—¿Para qué? Esto es lo que necesitamos. ¿Para qué vamos a perder más tiempo? Además, creo que tenemos derecho a una mañana libre.

—No, mira, de acuerdo con que elijamos este sitio. Pero nos tenemos que volver. Xavi y Salvador tienen que verlo para que den el visto bueno.

—Si hasta las dos no nos esperan. Relájate, mujer.

Sara se sentó con aire resignado.

—¿Y se puede saber de qué conocías tú este lugar?

—El dueño del Bar La Huerta pasa aquí los veranos. El resto del año, no la utiliza. Yo se la pedía para traer aquí mis ligues.

—¡Acabáramos! Así que te piensas que yo voy a ser otro de tus ligues.

—Ya eres uno de mis ligues. Sólo está pendiente de que tú lo confirmes.

—¡No me hagas reír! Muy creído te lo tienes... El entrar en esto del cine te ha trastornado...

Carlos se estaba empezando a cansar de tanto bla, bla, bla...

—Mira, si quisieras irte, te habrías largado ya al coche y me hubieras dicho: “Si no quieres volver a patita, ya te puedes ir subiendo al vehículo”. En cambio, sigues ahí sentada, esperando. Y te pregunto: ¿De verdad quieres que nos vayamos?

Sara guardó silencio. Carlos sabía que ya todo marcharía sobre ruedas.

—¿De verdad quieres que nos vayamos? —volvió a preguntar.

—No... —respondió Sara en un tono de voz casi inaudible.

Carlos se le acercó y, acariciando su rostro, la puso de pie para aproximar sus labios a los de ella.

—¿De verdad quieres que nos vayamos?

—No, no... —respondió Sara, esta vez de modo bien claro y alto, mientras entrelazaba sus manos en torno al cuello de Carlos.

Después de abrazarla, él la empezó a besar con fruición. Sintió que su cuerpo estaba ya rendido a sus caricias, así que le fue desabotonando poco a poco la camisa, una camisa suave,

de tacto delicado, nada que ver con la camisa recia y rotunda de un hombre. Casi no sintió diferencia al pasar de la tela a la piel, una piel perfumada y palpitante que ansiaba su contacto. La respiración de Sara se fue agitando hasta llegar a un gemido continuo conforme la boca de Carlos descendía desde el cuello hasta el vientre y cuando, después de bajarle el pantalón y la ropa interior, sumergió su cabeza entre los muslos de ella.

Carlos la cogió en brazos y la llevó hasta la cama. Se desnudó con rapidez para poder alzarse entre unas piernas que se abrían a él como el puente levadizo de una fortaleza entregada.

Los cuerpos de Sara y Carlos se derramaron en pasiones enfrentadas.

* * *

—Entonces, ¿tú eres de aquí? —preguntó Carlos.

—Sí, viví en esta ciudad hasta hace cuatro años —respondió Sara.

A la vez que se unía el calor de sus respectivos cuerpos desnudos, las confidencias y las revelaciones intentaban ir aproximando sus emociones y sus biografías.

—No sé si me fui porque me atraía el mundo del cine y, para tener futuro en él, no tenía otra que marcharme a la capital o si lo que más ansiaba era marcharme y lo del cine fue una simple excusa.

—¿Qué tiene de malo esta ciudad?

—Las cosas serían más fáciles si pudiera responder a esa pregunta. Todo parece perfecto: buen clima, sol, playas, simpatía de la gente... Parece casi una droga. Pero el final de cualquier droga es el abismo... Y, si me hubiese quedado aquí, allí hubiera acabado yo. Lo sé... Simplemente, lo sé... Esta ciudad es demasiado pequeña para mí. Pequeña no de tamaño, sino de mente.

* * *

Cuando se marchaban, Carlos quiso dejar claro las pautas de lo que había entre ellos.

—Sara, no quiero que te comas la cabeza con lo que ha pasado. Hemos pasado un buen rato y ya está. No lo compliquemos

2

Día 4 (y IV) / Día 5 (I)

A las doce de la noche, el inspector Silva y la agente Robles aún se encontraban en el paraje donde habían aparecido los dos fallecidos. Se seguían recopilando pruebas y el juez aún no había decretado el levantamiento de los cadáveres.

—¿Se ha encontrado algo relevante? —preguntó Silva a uno de los policías que estaba rastreando el lugar.

—Aparentemente, no. Las colillas y residuos que estamos recogiendo podían estar aquí antes de que arrojaran los cuerpos... Algunas huellas de pisadas podrían servir para el futuro...

Las luces artificiales creaban un ambiente fantasmagórico que provocaba que los pensamientos del inspector fueran más intensamente sombríos. La investigación avanzaba, sí, pero con excesiva lentitud para la naturaleza del delito. Cuatro, cinco, seis, quizás más personas huyendo con cuatro millones y medio de euros y con la adrenalina a punto de salirseles por la boca. Ahí estaba él ante las primeras consecuencias. Manuel Salas había muerto de un disparo de escopeta (en el atraco, se usaron escopetas de cañones recortados, podía ser de una de ellas). Otro muerto, pendiente de identificar, estaba a su lado, con tres balas de pistola en el pecho.

—Espero que podamos saber pronto quién es el desconocido —dijo Silva a la agente Robles—. Con eso y con lo que esté revelando Mauricio Cavestany a Osorio, tenemos que trabajar. No hay más...

—¿Saben ya los padres de Manuel Salas lo de su hijo? —preguntó la agente Robles.

—No. Ahora tendré que ir a hablar con ellos y decírselo. Otro mal trago. Pero me odiaría a mí mismo si se enteraran de esto por las noticias.

* * *

El agente Gómez se había vuelto a incorporar al servicio. Todos le saludaban efusivamente; demasiado efusivamente, pensó Silva nada más llegar, con el rostro demacrado y con unas ojeras que empezaban a ser los precipicios de su propio ánimo.

—Señores, menos alborozo que aquí todavía no hay héroes —gritó con una insolencia alejada de su habitual tono educado—. Sólo cuando resolvamos el caso, empezaremos a repartir las medallas...

No había dormido. A las dos, le tocó beber el cáliz de la amargura ajena. A las tres y media, regreso a la comisaría. Había terminado de declarar Mauricio Cavestany. La faz de Osorio, blanca como la cal, anunciaba que en las palabras del antiguo contable había bastante tralla. Ni Silva ni Osorio pudieron esperar. Dos horas de información grave. El caso iba derivando hacia pantanos peligrosos. No podía más. Volvió a casa. Su mujer dormía. Se tendió en el sofá esperando echar una cabezada. Pero le fue imposible. Ducha, café cargado y de nuevo al tajo. Se podía empezar por muchos sitios o por ninguno. Pero, al final, daría igual: había que sumergirse, de cualquier modo, en aguas fétidas.

—Le pongo al día, Gómez. Sabrá lo de los dos cadáveres... Aparte, ha aparecido incendiado el coche que por poco lo envía al otro barrio. Está claro que quisieron borrar todo tipo de pruebas. Pero la chicha está en lo que nos ha contado Mauricio Cavestany, antiguo contable de Promotora Montiel.

El resumen era contundente. Francisco Montiel había realizado anotaciones de todos sus pagos a funcionarios de la Concejalía de Urbanismo, al propio Concejal y a directivos de entidades bancarias. Además, había grabado conversaciones con diversos empresarios y promotores, quienes admitieron que también habían realizado sobornos para poder sacar adelante sus proyectos. Entre ellos, Bernardo Alonso, propietario del Centro Comercial El Collado.

—Así se explica que Antonio García entrara a trabajar en dicho Centro Comercial. Está claro que Manuel Salas amenazó a Bernardo Alonso. Este contrató al hijo de Marcos García y, así, Salas se ganó el favor de su empleado para que participara en la trama. Osorio, ¿se les ha puesto ya a Beatriz Sánchez, Ernesto Menéndez y Mauricio Cavestany protección policial?

—Sí, inspector. ¿Qué hacemos con Aurora Calatrava?

—Aurora Calatrava no admitió que colaborara con Manuel Salas. Así que no le podemos decir, así sin más, que le vamos a poner protección. Habrá que volver a visitarla y advertirle de los peligros que puede correr. A ver si así se ablanda... Eso sí, ello no es obstáculo para que una vigilancia discreta siga sus pasos. De ese modo, prevenimos que alguien quiera ir contra ella y, al mismo tiempo, podemos averiguar algo interesante...

La agente Robles interrumpió la conversación.

—Inspector, está aquí el agente Soriano. Es importante...

—¿Qué sucede?

—Ya hemos identificado el otro cadáver. Y el agente Soriano puede hablarle de él...

* * *

—Carlos Fernández Trevi, alias *Charli*, alias *El Guapo*, un buen elemento —dijo Soriano—. Yo lo conocí hace unos seis años. Vivía en el Barrio de la Solidaridad, no le digo más... Al principio, era un raterillo de poca monta. Eso sí, espabilado. Llegó un punto en que daba bastante la lata. Pero no había forma de pillarlo... Hasta que un día cometió una cagada monumental. Entró a robar en un almacén, en compañía de dos compinches, sin saber que había una alarma silenciosa. Cuando salieron, cuatro unidades los pillaron con las manos en la masa... Estuvo en la cárcel y, ya en la calle, dio el campanazo. ¡Empezó a participar en una película...! Una productora de la capital quería rodar una historia sobre gente marginal y todo eso... Y lo escogieron a él y a unos cuantos más del barrio. La película se rodó, hicieron un documental, hubo mucho ruido al principio, pero al final todo quedó en poca cosa... Le perdí la pista durante dos años y medio, más o menos. Cuando me lo volví a encontrar, seguía viviendo en el mismo sitio, pero se notaba que había subido de nivel. Yo sospechaba que se dedicaba a algo relacionado con el robo de coches para su compraventa posterior en el extranjero... Básicamente por la gente con la que se relacionaba y por algunos rumores que corrían por el barrio... Pero no volvió a cometer fallos. En todo este tiempo, no se le ha podido acusar de ningún delito...

—Es decir, que sólo ha cometido dos fallos en su vida —dijo Silva—. Lo que pasa es que uno lo llevó a la cárcel y otro lo llevó a la tumba. Muy instructivo... Creo que aparte del robo de coches, también se le ocurrió dedicarse al robo de bancos. Soriano, el agente Osorio y usted van a investigar en el barrio de la Solidaridad para ver con quién se juntaba el tal Carlos... Vamos a ver quiénes estaban en el barrio hasta hace cinco días y quiénes ya no están. Probablemente, a partir de ahí podremos sacar quiénes lo acompañaron en el atraco. Gómez y yo tendremos trabajito fino esta mañana. Vamos a empezar a asustar a los peces gordos... Esperemos que no nos asusten a nosotros... Por cierto, Robles: averigüe todo lo que pueda sobre esa película que rodó Carlos *El Guapo*. Ahí puede haber carnaza...

* * *

Silva sabía que ahora tenía que medir muy bien sus pasos. Mejor dicho: milimétricamente. Las personas con las que tenía que hablar eran pesos pesados. Un fallo y todo se podía ir al traste. Así que decidió empezar con quien estaba en la posición más débil: Javier Tortosa. Las declaraciones de Mauricio Cavestany desvelaron los motivos de Manuel Salas para organizar la compleja trama que había ideado. Y estaba claro que fue Javier Tortosa a quien presionó para evitar su despido. Era obvio que había que evitar mencionar que las cajas robadas custodiaban la información con la que él había sido amenazado (aún no sabían si Javier Tortosa conocía o no ese dato). Pero, salvando esa excepción, tenían que utilizar toda la artillería para acelerar las indagaciones.

Cuando Gómez y él llegaron a la sucursal donde empezó todo, el ambiente era de honda consternación. Ya se había divulgado la noticia de la muerte de Manuel Salas y parecía que el oxígeno se había convertido en plomo, un plomo pesado y agónico que te atrapaba como una ubicua tela de araña.

—Comprenderán cómo me siento —dijo Javier Tortosa—. Esta es la peor experiencia que he tenido que vivir desde que empecé a trabajar en este banco. En realidad, la peor desde que tengo uso de razón...

—Lo comprendo perfectamente, don Javier —dijo Silva—. ¿Usted es creyente?

A Tortosa le sorprendió la pregunta.

—Sí, sí... Soy creyente...

—Entonces, sabrá de las ventajas de la confesión para el alma.

—¿La confesión?

—Sí, la confesión. ¿Por qué no empieza a contarnos toda la verdad?

—No le comprendo...

—¿Por qué no nos dice cómo impidió Manuel Salas su despido?

Javier Tortosa se puso en guardia.

—No sé de qué me habla.

—Sabemos que Manuel Salas había conseguido información comprometedor para usted y para otros directivos de este banco. Sabemos que usted había decidido que Manuel Salas fuera despedido. Y sabemos que Manuel Salas reaccionó utilizando esa información. El hecho es que Manuel Salas siguió trabajando en este banco. ¿Qué me puede decir respecto a todo ello?

—No sé quién le habrá contado esa historia pero es falsa.

—Señor Tortosa, le recuerdo que, en relación al atraco, ya han aparecido dos muertos. Lo que, en principio, ya era un delito importante, se ha convertido en un delito de enorme gravedad. Sopesese usted si le conviene colaborar con nosotros...

—¿Tienen pruebas de que Manuel Salas me presionó para evitar su hipotético despido?

Tomás Silva no respondió.

—¿Tienen, quizás, testigos de que Manuel Salas me presionó para evitar ese hipotético despido?

Tampoco hubo respuesta.

—Cuando tengan pruebas o testigos, vuelvan a visitarme. Mientras tanto, les rogaría que nos dejaran superar con la mayor serenidad posible este amargo trance...

* * *

—¿Y qué hacemos ahora, jefe? —dijo Gómez—. ¿Hablamos con Francisco Montiel?

—No me gustaría tocar ese frente. Por varios motivos. El primero: todavía no tenemos clara su implicación en el asunto. El segundo: no tenemos, todavía, los documentos y las grabaciones de marras. El tercero: quiero proteger a Mauricio Cavestany, que es el colaborador más valioso que tenemos. El cuarto: cabe la posibilidad de que, al final, resolvamos o no este maldito atraco, todo lo relativo a la información recopilada por Francisco Montiel debamos derivarlo a una sede judicial diferente. Porque aún no podemos afirmar de modo taxativo que no sea un caso aparte. Así que lo conveniente es no transitar carreteras secundarias antes de saber a dónde nos lleva la autovía principal...

—¿Y no sería demasiada casualidad que hubiese sido víctima de un atraco a la vez que se ha robado información comprometedor que le han sustraído de sus oficinas?

—Hasta ahora, es eso: una casualidad. Lo mejor es que volvamos a la comisaría. Allí, tenemos una vía más halagüeña.

3

Sara Varela (III) /Manuel Salas (V)

Según una noticia publicada en *Voz Populi* el 27-9-2012, Enrique González Macho, presidente de la Academia Española de Cine, habló de «quiebra» de la industria cinematográfica si cesaban las ayudas del Estado.

Partir de cero. Volver a su ciudad natal. Ocultar el fracaso (porque, en el fondo, se trataba de un fracaso). Sus padres la recibieron con una alegría mezclada con la decepción. Sólo transcurridos unos días, ella fue consciente de esos ambivalentes sentimientos. Porque, al principio, aún no se había recuperado del golpe que supuso el cierre de la productora. Años de esfuerzo que no habían servido para nada. Años de esfuerzo cuyo desenlace era volver a la misma ciudad de la que se había marchado y buscar trabajo en los mismos sitios en los que lo había buscado antes de haberse marchado. Un bucle demoníaco, en definitiva.

Tras un mes de frustrante búsqueda, decidió aceptar un trabajo como comercial de telefonía móvil. Prefería tener cualquier ocupación (aunque no le reportase muchas ganancias) antes que seguir inmovilizada en su propio estupor. Sin embargo, el ambiente que se encontró en sus visitas y en sus largas caminatas para lograr captar clientes fue mucho más áspero y bronco de lo que imaginaba. La crisis generaba rostros avinagrados, respuestas impertinentes, amplia indiferencia, desahogos crueles... Era desolador ver largas calles de polígonos industriales en las que se sucedían naves cerradas y oficinas abandonadas. En barrios de la ciudad que ella conocía, calles que, unos años antes, gozaban de cierta animación, parecían ahora el testimonio de un apocalipsis invisible. Recorrer la urbe era contemplar las grietas de una sociedad que se resquebrajaba.

Sara contactó por teléfono con numerosas productoras para ofrecer sus servicios. Habló con directores, actores y otros profesionales con los que había trabajado con anterioridad para ver qué oportunidades podían existir. Todo fue en balde. La compañía de Salvador Termes no había sido la única que había interrumpido su actividad. La disminución de subvenciones, la caída del número de espectadores, la suspensión de numerosos festivales (que habían sido un excelente medio de promoción para determinado tipo de cine), el cierre de muchas vías de financiación habían provocado que el sector estuviera atravesando una época languideciente de la que tardaría muchos años en salir.

¿Qué hacer? Cuando, después de muchas horas de trabajo (en gran medida, infructuoso), Sara se iba a la cama, no podía conciliar el sueño pensando en alternativas que, por muchas vueltas

que diera a la cuestión, se le antojaban hartó complicadas. ¿Salir al extranjero? ¿Estudiar para iniciar una nueva profesión? ¿Esperar a que la economía se recuperara? ¿Trasladarse a otra ciudad? Cualquier salida era incierta. Por la mañana, después de dormir poco y mal, empezaba otro día, que era el mismo día de siempre. Partir de cero...

* * *

Una mañana, decidió probar suerte en el centro de la ciudad. Los resultados no eran mucho mejores. Tampoco peores. En realidad, pasar de una zona a otra era como seguir la línea de un electroencefalograma plano. Hacía falta mucha fortaleza de carácter para no rendirse ante ese panorama. Y ella no estaba segura de tenerla. Tras entrar en varios comercios, con escaso éxito, oyó, de repente, que alguien la llamaba por su nombre. Levantó la cabeza y vio a un antiguo amigo a quien no había visto desde que se marchó a la capital.

—¿Sara? ¿Eres tú? ¡Pero qué alegría!

Era Manuel Salas.

* * *

Su relación con Manuel Salas era difícil de explicar y de entender. Él había estado enamorado de ella desde que se conocieron en el Instituto. Ella aceptó empezar a salir con él. A partir de entonces, el vínculo entre ellos se había deshecho y reconstruido del mismo modo que un autobús de línea realizaba su trayecto de ida y vuelta. Sara consideraba que lo que sentía Manuel era ya una mezcla de obsesión y obstinación. Sin embargo, tampoco quería afirmar con rotundidad que ella no sentía nada por él salvo, quizás, una profunda amistad. Cuando estaban juntos, ella estaba muy a gusto con su compañía. Cuando cortaban, se sorprendía echándolo de menos. Así que en dicho ir y venir, en esa sucesión de encuentros y desencuentros, se iba dibujando una trayectoria errática y tortuosa.

En unos doce años, sólo habrían hecho el amor unas cuatro veces. Fueron actos casi mecánicos, fríos, desprovistos de pasión y, paradójicamente, de cercanía. Fueron, prácticamente, pruebas para comprobar si el contacto físico servía para consolidar el contacto emocional entre ellos. Resultó inútil. Empezaron otras relaciones, tuvieron nuevas parejas pero, en el fondo, se arrepentían de que, lo que había existido entre ellos, no hubiera tenido un desenlace feliz.

Ahora, cuando se habían reencontrado, el nexo entre ellos seguía siendo confuso e incierto. Ambos se veían mutuamente como ecos de una época de la que sólo quedaban los recuerdos. Pero, en ese momento, sentados en la cafetería, albergaban el íntimo anhelo de que sus vidas podían volver a estar unidos por nuevos lazos y por vivencias inesperadas. La biografía de Sara era, desde cualquier punto de vista, un bucle sin salida.

* * *

—No sabía que hubieras vuelto —dijo Manuel.

—No he tenido otra salida. La productora ha cerrado.

Sara tuvo que dejar la taza sobre la mesa: el té estaba ardiendo...

—Lo siento mucho. Sé que ese trabajo significaba mucho para ti.

—Sí, así es. Pero poco más se puede hacer...

Con la cucharilla, empezó a dar vueltas a la infusión para intentar que su temperatura bajara.

—¿Y qué estás haciendo ahora?

—Soy comercial de telefonía móvil.

—¿Y cómo te va?

—¿Tú, qué crees? Todo anda mal... En fin, voy tirando... A ti, en cambio, supongo que las cosas te van bien...

—Bueno, no te dejes llevar por las apariencias. Es cierto que cualquiera que oiga que soy el director de la oficina principal del Banco Continental pensará que estoy en una magnífica posición. Pero no es oro todo lo que reluce. Si te pones a pensar, esta crisis empezó en la banca. Es decir, estoy en el ojo del huracán como quién dice...

—Son tiempos difíciles para todos. ¡Qué distintos a los años del Instituto!

—Es verdad. Recuerdo muchas veces esa época...

—Y yo...

—Y también te recuerdo a ti...

Sara observaba, indecisa, la taza. El vapor que emanaba de ella era seductor. Pero el té todavía podía escaldarle la lengua y el paladar.

—Manuel, lo mejor que se puede hacer con los recuerdos es olvidarlos pronto. Sobre todo, si son buenos. O, al menos, mejores que el presente. Te invade la melancolía. Y la melancolía no sirve para nada.

—La melancolía no sirve para nada si, únicamente, se mira al pasado. Yo te recuerdo tantas veces porque pienso en el futuro. En un posible futuro...

Sara empezó a beber el té. Ya no quemaba tanto. Y su sabor era agradable.

4

Día 5 (II)

La agente Robles averiguó cuál era la productora que había realizado la película en la que intervino Carlos *El Guapo*.

—Jefe, he conseguido el teléfono del productor, Salvador Termes.

—Pues le llamo sobre la marcha. No hay un segundo que perder. Intuyo que vamos a descubrir cosas interesantes...

Cuando Silva pudo, al fin, contactar con Salvador Termes y le puso al corriente de la situación, quedó muy afectado.

—Lamento mucho lo de *Charli*. Se lo digo con absoluta sinceridad. Nunca me pareció mal chico. Pero supongo que cuando te mueves en el mundo en que él se movía, es difícil salir de él.

—Algo de eso hay, efectivamente. Señor Termes, el motivo de la llamada es saber si, en el tiempo que trabajó para usted, Carlos entabló algún tipo de relación más estrecha con alguien del equipo...

—No le sabría decir. Relaciones tuvo con todos los integrantes. Fueron varios meses de colaboración...

—Voy a ser más concreto. Seguramente, habría personas especializadas en maquillaje y vestuario, ¿no?

—Evidentemente, así es.

—¿Y, diría usted, que hubo alguna relación con alguien del equipo de maquillaje y vestuario que le llamara especialmente la atención?

—Esa pregunta, quizás se la podría contestar mejor el director de la película, Xavi Sánchez. Evidentemente, él estuvo más en el día a día. Lo que sí es verdad es que había una chica de maquillaje que era también de allí...

—¿Una chica de maquillaje?

—Sí. Llevaba trabajando unos cuantos años con nosotros. Era muy apañada, la verdad. Nos ayudaba en otras tareas y estábamos muy contentos con ella.

—¿Se acuerda de su nombre?

—Eh, sí... Sara... Sara Varela... Eso es.

—¿Y sabe sus datos personales? Teléfono, domicilio...

—No los tengo a mano. Hará cuestión de un año, tuve que cerrar la productora. Sé que ella se fue de la capital y volvió a su ciudad natal. Quien puede darle los datos que pide es el gerente, Óscar Pavón. Él llevaba todos los trámites burocráticos y conserva casi toda la documentación...

—¿Nos podría dar un teléfono de contacto?

—Sí, sin problema...

Media hora después, ya tenían un nombre completo, un número de móvil y un domicilio. Evidentemente, el móvil estaba “apagado o fuera de cobertura”.

—Bueno —dijo Silva—. Sara Isabel Varela Peña. Y tenemos el domicilio de sus padres. Gómez, vamos para allá. Ella no estará allí. Pero seguro que averiguamos algo importante.

El inspector estaba más optimista.

* * *

—Mi hija se marchó hace un mes, más o menos —dijo el padre de Sara Varela.

—¿Y saben dónde está ahora? —preguntó Silva.

—Dijo que iba a recorrer la costa. Que quería ver dónde podía haber oportunidades laborales. Sobre todo, de cara al verano.

—¿Les ha llamado desde entonces?

—No.

—¿Ha hecho algo malo Sara, inspector? —intervino su madre.

—Que sepamos, no. Simplemente, queremos conversar con ella porque, cuando trabajó en la capital, en la productora cinematográfica, conoció a una persona y queremos que nos diga algo sobre la misma. ¿Tienen un teléfono al que podamos llamarla?

—Sí, se lo voy a dar. Pero no da señal desde que se marchó... Estábamos preocupados. Y ahora, con su visita, estamos más preocupados aún —dijo el padre.

El número era el mismo que el que les había proporcionado Óscar Pavón.

—Vale, gracias. ¿Dónde tenía ella su cuarto?

—Allí al fondo. ¿Quieren verlo? —dijo la madre.

—Si nos hicieran el favor...

—Pues, acompáñenme...

Todo estaba en orden. Parecía que no se había llevado nada de allí, sólo lo imprescindible. No había ningún ordenador. Sólo unos cuantos libros en los estantes. Silva cogió alguno al azar y le echó un vistazo. Básicamente para ir pensando de qué hilo podía tirar. De repente, vio algo

que sí le llamó la atención: un álbum de fotos. Empezó a ojearlo con una esperanza vaga. Entonces, encontró lo que estaba buscando (sin saber que lo buscaba).

—Perdonen, ¿conocen a este chico que aparece con Sara en esta foto? Porque esta es Sara, ¿no?

—Sí, claro. Esa foto es de cuando ella estaba en el Instituto. Y ese chico fue su novio en esa época. Manuel se llamaba. Manuel Salas —dijo la madre.

—Gracias. Lo siento, pero nos tenemos que llevar este álbum. Nos va a hacer falta...

—Inspector, ¿nos va a contar lo que está sucediendo? —dijo el padre.

En ese momento, Silva comprendía perfectamente lo que estaba pasando por la mente de los padres de Sara Varela. Recordó a su hijo, los problemas que tenía con él, su ignorancia sobre dónde podía encontrarse y tuvo que hacer grandes esfuerzos para no hablarles con absoluta franqueza. Pero su deber como policía se impuso a sus sentimientos.

—De momento, no se preocupen. Ya les iremos informando conforme vayamos teniendo noticias.

* * *

Al fin, Silva pudo utilizar la pizarra de su despacho (para él, el poder emplearla, colocar las fotos de los sospechosos, trazar líneas de relación entre ellos y describir, en ella, toda una trama enrevesada y compleja, ejercía unos efectos parecidos a los que se podían atribuir a un sortilegio mágico: era como un talismán que le ayudara, directamente, a resolver cualquier caso).

—Bien, señores. Esto tenemos. En el centro, a Sara Varela. Ella es el nexo de contacto entre los dos fallecidos.

Colocó las fotos de Manuel Salas y Carlos *El Guapo* a ambos lados de la foto de la chica.

—Además, trabajaba en el Departamento de Maquillaje de la productora de Salvador Termes. Es decir, es la principal candidata a haber preparado la farsa montada en torno a la visita de doña María Teresa Pérez a su caja de seguridad. Hay que pasar aviso a todas las unidades. Además, también tienen que tener disponibles la descripción y la foto de Sara.

En ese momento, Osorio y Soriano volvieron de hacer sus pesquisas.

—Jefe, creemos que tenemos algo —dijo Osorio—. Los dos mejores amigos de Carlos en el barrio eran Jaime Fernández Pons, alias *Jimmy El Chato*, y un tipo al que llaman *El Sabio*. El nombre de este último es Francisco Pereda Álamo. Ambos están, actualmente, desaparecidos.

—Perfecto. Ya tenemos dos nombres más de los que tirar. Comprueben si tienen antecedentes penales y qué información tenemos de ellos...

En ese momento, sonó el móvil de Silva. Era el comisario Torres.

—Sí, comisario, dígame...

—Silva, venga inmediatamente a mi despacho.

* * *

—A ver Silva, ¿cómo va la investigación del robo y de la muerte de Manuel Salas y de ese tal, cómo se llama...?

—Carlos Fernández Trevi, señor comisario.

—Sí, ese. A ver, cuénteme...

—Tenemos tres sospechosos. Sara Varela, que conocía a ambos fallecidos, y Osorio y Soriano acaban de venir con la noticia de que hay otras dos personas que tenían un vínculo estrecho con Carlos *El Guapo* y que ahora están en paradero desconocido. Creo que, en cuanto demos con ellos, podremos resolver el caso.

—Magnífico, magnífico. Ya sabía yo que debía ser usted y no Valle quien llevara la investigación. Estupendo. Sin embargo, permítame decirle que creo que ha habido momentos en los que se ha desviado del núcleo principal del caso.

—¿A qué se refiere, señor comisario?

—Mire, esta mañana he recibido una llamada de una persona importante que me ha afeado su comportamiento con el abogado Adolfo Bello.

—¿En qué sentido?

—Le ha realizado graves acusaciones sin tener pruebas.

—Comisario, yo no he hecho ninguna acusación. José María López, minutos antes de ser asesinado, me confesó que Adolfo Bello le chantajeó con el fin de condicionar su defensa en el proceso del Despacho Ugarte-Esquivias. Sólo me preocupé por conocer su versión de la historia.

—Bien, de acuerdo. Pero, ¿qué tiene que ver todo eso con el robo?

—Señor comisario, las cajas de seguridad robadas guardaban un contenido comprometedor para gente importante. Manuel Salas consiguió obtenerlo y lo utilizó para no ser despedido del banco. Evidentemente, tiene que haber una conexión entre el robo de las cajas y el robo del dinero...

—Silva, perdone, una pregunta: ¿usted ha visto el contenido del que me habla?

—No. Pero tenemos un testigo, Mauricio Cavestany, que nos lo ha descrito.

—Bien. ¿Y no pudo ser el robo de las cajas una mera maniobra de distracción?

—Al principio, lo pensamos. Pero cuando José María López fue asesinado, cobró fuerza la hipótesis de que debía existir alguna conexión.

—Mire, no perdamos el norte. José María López pudo ser asesinado por muchos motivos. Esa es una investigación que puede tomar su propio aire y que puede no tener nada que ver con el robo. Si vemos la lista de defendidos de ese pobre hombre, concluiremos con facilidad que su lista de enemigos podía ser igual de larga. Respecto al presunto contenido de las cajas, no niego que se pueda ajustar a lo que Mauricio Cavestany les ha revelado... Pero, a lo mejor, el robo de las mismas no es más que una estratagema montada para hacernos perder el tiempo. Es posible que, efectivamente, Manuel Salas localizara información comprometedor para alguien. Es posible que montara todo ese lío con las cajas. ¿Y quién nos dice que no lo organizó teniendo en mente el robo que iba a cometer? Lo de las cajas podría ser una perfecta cortina de humo... Si ello es así, la investigación sobre el contenido de las cajas debería ser derivada hacia otra instancia. Usted lo que tiene que hacer es centrarse en el robo del dinero y en los sospechosos de haberlo efectuado. Silva, usted es un buen policía. Y sé que sus intenciones son buenas. No me gustaría que volvieran a llamarme la atención por un exceso de celo por su parte. ¿Me comprende?

—Le comprendo perfectamente, comisario.

Silva, de camino a su despacho, intentaba asimilar la conversación que había mantenido con su superior. Estaba claro que el mensaje que le habían transmitido se podía resumir fácilmente: “Inspector, deje de ir pisando callos. Límitese a detener a los autores del atraco. Respecto a todo lo demás que ha averiguado, ya se ocuparán otros de decidir qué va a pasar con ello”. Silva decidió quedarse con lo positivo.

—¿Qué le ha dicho el comisario, jefe? —preguntó Gómez.

—Que vamos por buen camino —respondió Silva.

5

Sara Varela (IV) / Manuel Salas (VI)

Las relaciones sexuales que acabaron manteniendo Manuel y Sara eran muy distintas a las del pasado. Si antes no pasaban de ser un trámite ambiguo, ahora se convirtieron en un ritual desaforado. Lo que era un intento para seguir adelante, pasó a ser una vía desesperada para no ir hacia atrás. Ninguno de los dos tenía demasiada esperanza en seguir estando juntos mucho tiempo. Así que decidieron aferrarse a una piel conocida y a un contacto familiar, a una ilusión ya desvanecida que emergía como mala copia de sí misma.

No dejaban de sentirse extraños cuando, desnudos sobre unas sábanas revueltas, sudorosos y jadeantes, casi evitaban tocarse, rozarse, procurando que ningún gesto de afecto aflorase en medio de la carnalidad más despiadada.

—No entiendo que sigamos así —dijo Manuel.

—¿Cómo es así? —preguntó ella.

—Quedamos, nos acostamos y después, nada de nada... Me gustaría que saliéramos, que hiciéramos otras cosas, que tuviéramos proyectos comunes...

—Siempre estás con lo mismo. Llevas veinte años con lo mismo. Quieres oficializar lo que no se puede oficializar.

—¿Quién habla de oficializar nada? Hablo de que, si disfrutamos estando juntos, ¿por qué no pasamos más tiempo uno al lado del otro?

—Manuel, no sé cómo decírtelo... Podemos gozar de un pequeño momento de felicidad si seguimos como estamos. Si queremos ir más allá, sólo nos esperarán largas horas de angustia y sufrimiento. Cuando lo intentamos, ya sabes lo que pasó.

—De eso, hace mucho tiempo. Hemos madurado. Somos personas adultas. Sabríamos convivir, estoy seguro.

Sara cerró los ojos y le dio la espalda. Él empezó a fumar y reflexionó, de modo errático, sobre sus circunstancias, sobre su futuro, sobre la posibilidad de huir y abandonar todo...

—Manuel... —dijo Sara, mientras le daba todavía la espalda.

—¿Sí?

—No te lo he dicho hasta ahora... En todos estos años, ha habido algunos hombres en mi vida...

—Sara, no tienes que hablarme de eso. No soy tan estúpido como para pensar que, durante todo ese tiempo, has estado metida en una burbuja...

—No es eso... Es que hubo una relación que me marcó de modo muy especial. Hará unos dos años o así, más o menos... Se puede decir que, en el fondo, sigo enganchada a esa persona. Cuando experimentas unos sentimientos como los que tuve, no puedes dejarte llevar por falsas esperanzas. Mientras alguien no me haga revivir unos sentimientos similares, no podré ser feliz junto a nadie. Es así y punto. Tú y yo, tenemos lo que tenemos...

Manuel aspiró el humo del cigarrillo. Se enfrentaba a uno de esos dilemas tenues pero cruciales que tenemos que resolver a diario. Si no hablaba, si no actuaba, si no hacía nada, la confesión de Sara sería un punto y aparte en su relación (quizás, el camino hacia un punto final). Si ahora se aproximaba a ella, si la besaba, la acariciaba, si hacían el amor, significaría que daba su visto bueno a que todo siguiera igual. En cuestión de segundos, hiciera lo que hiciera, el transcurrir de la vida cambiaría imperceptible pero decisivamente. Nunca fue tan consciente del vértigo de lo cotidiano, de los precipicios a los que nuestros pies se asoman cada vez que nuestros pulmones respiran o nuestro corazón late.

Manuel guardó silencio. No supo si por orgullo o por indecisión. Pero, de todas formas, decidió aceptar el deterioro de un vínculo que lo atormentaba. Sara se volvió y lo miró fijamente. Pasaron unos segundos en los que se sintieron como unos astronautas a los que les hubiera

fallado el sistema de oxígeno. Casi como una autómatas, ella se acercó a él y, muy despacio, le empezó a besar su cuello, su pecho, su vientre...

—Nada tiene por qué cambiar —dijo ella.

Manuel se dejó llevar, mientras la boca de Sara le daba placer, sabiendo que hay destinos de los que no podemos librarnos.

6

Día 5 (y III)

El viernes estaba acabando. Uno de los agentes que había estado vigilando a Aurora Calatrava informaba de que no había habido ninguna novedad significativa.

—De todas formas, hay que mantener el dispositivo —dijo Silva—. Esa señora no ha hablado aún y no sabemos qué puede ocultar... En la cuestión de las cajas, ha podido haber traiciones... Yo, más bien, diría que seguro que las ha habido. Lo cual podría explicar que, a la vez que se cometía el atraco, se llevaran el contenido de las cajas. Y, también, el asesinato de José María López... Tuvo que haber filtraciones sobre la maniobra organizada por Manuel Salas. Y la única que no ha mostrado sus cartas es Aurora Calatrava... Así que paciencia y a seguir siendo la sombra de la buena señora...

—De acuerdo, jefe...

La inquietud de Silva no se había aminorado. En realidad, se había acrecentado por culpa de su conversación con el comisario. Ahora, no sólo tenía que investigar el caso. Además, tenía que manejar la situación para que las revelaciones que fueran surgiendo no salieran a la luz demasiado pronto, sino en el momento oportuno. Es decir, cuando sus implicaciones ya no pudieran ser limitadas o condicionadas por “intereses superiores”. Sólo el hecho de haber podido contactar con su hijo le infundía un poco de ánimo...

—Inspector, varios de los hilos que teníamos pendientes no han dado resultado —dijo Gómez—. Las cámaras de seguridad del Polígono Industrial El Arroyo no grabaron nada importante el día del atraco... De la furgoneta del electricista, la “científica” no sacó nada en claro... Del vehículo que atropelló a José María López, mucho menos...

—Gómez, tengo que decirle algo importante —le interrumpió Silva—. Voy a ser sincero con usted porque no tengo otra opción. Preferiría, por su propio bien, no hablarle de esto. Cuando he ido a hablar con el comisario, este me ha hablado de que nos centremos en los presuntos atracadores y nos olvidemos del tema de las cajas de seguridad...

—No lo comprendo, jefe.

—Según nuestro superior, lo de las cajas sería una maniobra de distracción...

—Pero esa hipótesis ya la desechamos...

—Sí, lo sé. Según su opinión, el contenido de las cajas y el asesinato de José María López son casos independientes del robo en la sucursal. Y su resolución, entonces, dependerá de otras instancias.

—Es decir...

—Que debemos dedicarnos, únicamente, a localizar a Marcos García, a *Jimmy El Chato*, a *El Sabio* y a Sara Varela y a sus posibles cómplices y ponerlos a todos a disposición judicial. Final de la investigación.

La expresión de Gómez era de absoluta extrañeza.

—Yo pienso lo mismo que está usted pensando —dijo Silva—. Esa teoría no se mantiene en pie. Pero alguien de arriba ha intervenido para reconducir nuestras pesquisas y él ha cedido.

—¿Entonces?

—Entonces, nada. Todo está conectado. Y sólo podremos dar por terminada la investigación cuando hayamos descubierto todas las conexiones.

—¿Y cómo vamos a poder hacer eso cuando el comisario no está de acuerdo?

—No va a ser fácil. Y no me va a gustar tener que hacerlo. Pero vamos a tener que retener información. Acumular la suficiente basura para que, cuando esta explote, no haya forma de pararla.

—Estoy de acuerdo con usted, jefe.

—No lo diga tan rápido. Gómez. Piense antes en una cosa. Si el comisario lo llama a su despacho y le pregunta por la investigación, ¿qué le diría?

—Le diría lo que los informes que hubiéramos pasado dijese.

—Es decir, no diría toda la verdad...

Gómez sabía a dónde quería llevarlo el inspector Silva.

—Jefe, no se tiene que preocupar. Si acordamos guardarnos cartas bajo la manga, cumpliré lo acordado hasta el final.

—Podrían presionarlo...

—Lo sé. Y resistiría. No lo dude.

—Bien. Toca arriesgarnos. Así están las cosas...

—Pero, inspector, ¿cómo puede pretender el comisario orientar la investigación en una línea absurda? Antes o después, se va a desvelar toda la trama.

—Las cosas no son tan simples. Quienes maniobran en la oscuridad, siempre tienen fe en que, mientras la verdad se demore en salir a la palestra, se les puede ocurrir algo para huir de la quema. Además, está el miedo. En este país, a fuerza de enmascarar constantemente la realidad, se ha logrado que hacer correctamente un silogismo sea ya, en sí mismo, un acto de rebeldía. Y la mayoría de la gente no quiere ser rebelde.

Silva vio un gesto de preocupación en el rostro de Gómez. No le sorprendió. Después del primer impulso, era inevitable que aparecieran las dudas.

—Jefe, ¿qué vamos a decir a Osorio y Robles? ¿Y a Soriano? ¿Y a los agentes que están protegiendo o vigilando a los titulares de las cajas robadas?

—Sólo me planteo qué hacer respecto a Osorio y a Robles. Los demás, tienen funciones más específicas y, normalmente, no trabajamos codo a codo con ellos. Pero Osorio y Robles forman parte del equipo. Si ahora no les ponemos al corriente de esto, la confianza entre nosotros de cara al futuro se va a resentir. Pero, por otro lado, ellos están menos curtidos que usted. ¿Pondría la mano en el fuego por que pudieran aguantar la presión que les viniera de arriba?

—No lo sé.

—Yo también tengo mis dudas. De momento, vamos a ser cautos. Esto va a quedar entre usted y yo. Les informaremos sólo cuando tengamos suficiente evidencia acumulada.

—Bien...

—Sé que no va a ser sencillo, Gómez. Ya se lo he dicho antes. Pero tenemos que ir con pies de plomo. Un paso en falso y todo se iría al garete.

—De acuerdo, jefe. Así procederemos.

—Osorio y Robles se van a centrar en los sospechosos que estamos intentando localizar. Les comunicaremos las directrices que nos ha dado el comisario y, aparentemente, actuaremos según las mismas. Mañana por la tarde, usted y yo iremos a hablar con Mauricio Cavestany, que es nuestro principal colaborador hasta la fecha. Le voy a decir que usted va a centralizar todas las investigaciones en relación al contenido de las cajas. A partir de ese momento, tendremos que actuar con cuidado... Con la información que damos sobre qué hacemos, con las pruebas que encontremos, con las personas a las que interroguemos... Tenemos que evitar que el comisario tenga constancia de que seguimos con esa línea de investigación...

—Inspector, una pregunta. ¿El comisario sabe que Mauricio Cavestany está en el origen del contenido de las cajas?

—Sí, claro.

Gómez no sabía cómo expresar lo que estaba pensando. Silva le echó una mano.

—Usted teme que personas no deseadas acaben conociendo ese hecho, ¿no? Y que Mauricio Cavestany pueda acabar como José María López.

—Efectivamente, jefe.

—De momento, pienso que no hay peligro. Aunque haya podido haber presiones para que el caso se estanque en determinados puntos, los mandos no se van a atrever a revelar ciertos detalles a quienes usted y yo sabemos... Al menos, mientras sepamos tan poco. Cuando sepamos más, es cuando tendremos que empezar a alarmarnos.

Silva sabía que se la estaba jugando.

7

Adolfo Bello (I)/Bernardo Alonso (I)

Adolfo Bello trataba con un sutil aire de superioridad a sus clientes. El motivo era fácil de entender. Mientras que él se limitaba a permanecer en la orilla de aguas turbias, eran otros quienes se zambullían hasta el cuello en esas mismas aguas. Cuando salían, él se llevaba su parte del botín y se dedicaba a esperar a nuevos bañistas atrevidos.

—Pero, ¿cuál es su especialidad, don Adolfo? —podía preguntarle algún despistado interlocutor.

—Mire, yo me dedico a medir la calidad del agua.

El chiste privado resultaba incomprensible para los demás. Pero, en el fondo, definía muy bien la labor del abogado. Cuanto peor fuera la calidad del agua, más caros eran sus servicios...

En ese instante, le hacía gracia que, a la vez que recordaba esa pequeña broma, Bernardo Alonso estuviera, precisamente, nadando en la piscina de su casa, un chalet situado en una de las urbanizaciones más caras de la ciudad. El propietario del Centro Comercial El Collado le había llamado la noche anterior y le había conminado a que se presentara en su domicilio a la mañana siguiente, lo más temprano posible. Ese tipo de requerimientos no ponía nervioso a Adolfo Bello. De hecho, era lo habitual entre sus clientes. En las aguas turbias, solían aparecer tiburones...

Bernardo Alonso salió de la piscina y, mientras se secaba con una toalla, empezó a hablar, en un tono sorprendentemente tranquilo, al abogado.

—Nuestra maniobra con José María López se ha topado con un obstáculo inesperado.

—¿Cuál es el problema?

—¿Conoces a Manuel Salas, el director de la oficina principal del Banco Continental?

—Sí, sé quién es.

—Ayer concertó una cita conmigo en mi despacho. Fue directo al grano. Me dijo que sabía que estábamos chantajeando a José María López. Pero que, a la vez, él tenía grabaciones donde yo hablaba de los sobornos a la Concejalía de Urbanismo y de todas las irregularidades que se

habían cometido en la concesión de las licencias a mi centro comercial y a mis edificios de oficinas. Me ofreció un trato. Yo dejaba de chantajear a José María López y él no hacía públicas las grabaciones.

Adolfo Bello nunca reaccionaba ante revelaciones de ese estilo. Se comportaba como una esfinge gélida que se limitaba a procesar los datos, deducir implicaciones y a buscar una solución.

—¿Y cómo ha podido Manuel Salas conseguir esas grabaciones?

—No lo sé.

—¿Y qué tiene él que ver con José María López? ¿Qué gana él con toda esta historia?

—Se lo pregunté. Pero no me lo quiso decir.

A Adolfo Bello le habían sucedido cosas raras a lo largo de su carrera profesional. Pero ninguna como esa.

—Es una lástima. Habíamos tenido suerte con haber podido utilizar lo de la amante de José María López. La idea de instalar micrófonos en el despacho de mi colega se había revelado bastante útil. Ahora, todo se ha ido al traste. ¿Saben esto Miguel Ángel Wic y Esteban Villa?

—No, no les he dicho nada.

—Déjame que yo se lo diga. Esta tarde, me pasaré por la Concejalía de Urbanismo y hablaré con Miguel Ángel. Con Esteban, tengo que ver cómo se lo planteo. Ya conoces su temperamento... No sería bueno que empezara a hacer tonterías.

—Lo que me preocupa ahora es qué hacemos respecto al tema del Despacho Ugarte-Esquivias. Como esa gente tire de la manta, nos vamos todos a la mierda...

—Sí, la verdad es que tendríais un problema. Pero seguro que encuentro otros medios para controlar los daños. Pero lo de Manuel Salas me ha dejado desconcertado. ¿Qué interés puede tener él en todo esto?

—Le estás dando mucha importancia a ese punto. A mí, francamente, no me interesa en absoluto. La cuestión es qué hacemos ahora. ¿Seguimos adelante con el chantaje?

—No, imposible. Sería peor el remedio que...

—Por cierto, se me olvidaba. Me advirtió de que, si le pasaba algo, toda la información saldría a la luz...

—¡Estupendo...! Encima, vamos a tener que rezar por su salud...

—¿Intentamos llegar a un trato con él para comprarle lo que tiene?

—¿Él ha hablado de dinero?

—No.

—Entonces, no pienso que el tema vaya por ahí. Voy a investigar y a trabajar en el problema. Intentaré hablar con Manuel Salas para ver qué puedo sacarle. Y habrá que pensar algo respecto a lo del Despacho Ugarte-Esquivias...

Cuando ya se iba, Bernardo Alonso emitió una opinión sobre el perímetro de la orilla.

—Por cierto, Adolfo. Antes has dicho “tendríais problemas”. Ten en cuenta que, si esas grabaciones se hacen públicas, tendríamos problemas todos. Incluido tú. ¿Vale?

El abogado no se inmutó. Él seguía dándole vueltas a la cabeza a qué tenía que ver Manuel Salas en todo ese embrollo.

* * *

Ya en su despacho, el abogado llamó por teléfono a Germán Urondo.

—Germán, pásate por aquí cuando puedas.

Germán Urondo era su hombre de confianza. Aparentemente, ello era algo anómalo. Cualquiera pensaría que ese honor debía ostentarlo alguno de los abogados que le ayudaban en sus cometidos profesionales. Pero, en función de las tareas encargadas a Adolfo Bello, el perfil que debía tener su persona de confianza era muy específico y bastante alejado del que podía tener un jurista mínimamente serio. Germán Urondo sí disfrutaba del perfil adecuado. Hablaba poco, pasaba fácilmente desapercibido, era ducho en descubrir secretos oscuros y no dudaba en actuar de manera tajante cuando ello era necesario (ignorando, en parte de forma deliberada, en parte de modo inconsciente, los preceptos de leyes y códigos).

Germán se presentó, apenas, veinte minutos después de la llamada. Adolfo Bello era, en el fondo, su único cliente (el resto de trabajos que podía tener eran puramente ocasionales) y sabía que siempre debía acudir raudo a sus demandas.

—Germán, ha surgido un problema con el encargo que nos hicieron en relación a José María López. Aunque no te lo creas, ha habido contrachantaje. El director de la oficina principal del Banco Continental, Manuel Salas, ha conseguido información comprometedor. Y nos ha paralizado nuestra estrategia. Intenta averiguar todo lo que puedas de él. Tenemos que encontrarle un punto débil...

8

Día 6 (I)

Era sábado y ello ayudó a que al entierro de Manuel Salas acudieran decenas de personas. Silva estaba allí no sólo por solidaridad hacia los padres del fallecido sino también para detectar reacciones llamativas, ausencias esclarecedoras y allegados que resultaran sospechosos. Era fácil identificar los distintos grupos que hicieron acto de presencia. Por un

lado, los familiares y conocidos, arrojando a unos padres que estaban en el limbo de los evadidos de la realidad. Por otra parte, los amigos, gente de edad similar que, a la consternación, unía un temor inconsciente sobre su propia seguridad. Estaban también los compañeros de trabajo, fácilmente localizables porque en el centro de todos ellos estaba Javier Tortosa, discreto pero haciendo patente su presencia. Y había un cuarto grupo que pudo identificar cuando vio a Francisco Montiel: los clientes de la sucursal, que estaban colocados de forma más anárquica que los demás. Sin ocupar una posición clara, estaban los hijos de Marcos García, que estaban más pendientes de encontrar una ocasión para poder hablar con Silva que del propio entierro.

A Silva le asfixiaban los cementerios. Cuando él analizaba su reacción, encontraba varias causas posibles. La primera, que, para él, la muerte era un misterio sin resolución, un jeroglífico siempre envuelto en el enigma. Y, cuando algo era inaccesible a la razón, lo rechazaba sin matices. Pero había un segundo motivo menos profundo. La mayoría de los entierros a los que había asistido eran la expresión de un fracaso: policías muertos en actos de servicio, rehenes fallecidos en un tiroteo, secuestrados que habían sido asesinados por sus captores, desaparecidos que no habían podido ser encontrados con vida... Y le irritaba su impotencia ante tanta arbitrariedad. El caso de Manuel Salas no era muy distinto. Cuatro días infructuosos y, después, el desenlace fatal. Sólo encontraba el consuelo de los finales felices. Pero, ¿cuántos finales felices sirven para compensar una vida perdida?

La ceremonia (seca, áspera, acerba) estaba concluyendo. Iban ya a la salida y él, por un lado, se estaba preparando mentalmente para la posible respuesta de los padres de Manuel Salas cuando él les diera el pésame (¿seguirían en el vacío en el que se habían refugiado? ¿saldrían de él para echarle en cara la muerte de su hijo?) y, por otro, imaginaba las posibles evasivas con las que pudiera eludir las peticiones de información de los hijos de Marcos García. Sus pensamientos se vieron, de repente, interrumpidos.

—Perdone. ¿Es usted el inspector que está llevando el caso de Manuel?

—Sí, yo soy.

—Encantado de conocerle. Soy Mario Rojas. Yo era uno de los mejores amigos de Manuel. Y también fui, en cierto modo, su abogado. Le quiero comentar algo que no sé la importancia que pueda tener...

—Dígame, porque cualquier ayuda es poca dada la complejidad del caso.

—Mire, hará cosa de unos diez meses, Manuel me entregó un sobre cerrado. Me encargó que lo abriera sólo en caso de que él muriera o desapareciera y que siguiera las instrucciones del documento que en él se guardaba.

Un atisbo de esperanza se abrió en la mente de Silva.

—Entonces, no hay problema en que podamos acceder al contenido de ese sobre, ¿no?

—Me temo que no será posible.

—¿Por qué?

—Hace quince días, Manuel se pasó por mi despacho y lo retiró.

—¿Qué explicación le dio?

—Ninguna. Sólo dijo que habían desaparecido los motivos que le preocupaban.

—Supongo que usted desconoce las instrucciones que le daba su amigo...

—Por supuesto. No abrí el sobre en ningún momento.

—¿Le contó, en algún momento, qué era lo que le había llevado a actuar de esa forma?

—No. Nunca me lo dijo.

—Bien. Muchas gracias por su información. Nos será de utilidad. Le doy mi tarjeta. Si recuerda algún detalle que se le haya pasado por alto, no dude en llamarme.

—De acuerdo, inspector.

Otra vez, un paso adelante y otro paso atrás. Iban reconstruyendo la trama a la vez que se deshacía.

—Inspector, ¿podemos hablar un momento con usted? — eran los hijos de Marcos García.

—Sí, por supuesto.

—Comprenderá que estemos aún más angustiados después de lo sucedido con Manuel Salas — dijo Javier García.

—Les entiendo. Y les aseguro que estamos haciendo todo lo posible para encontrar a su padre. Y para encontrarlo con vida, claro está.

—¿Tienen alguna pista?

—No les puedo responder, lo siento.

—¿Y nos podría dar algún plazo previsible para la resolución del caso? Es que estamos muy preocupados por nuestra madre. Cada día que pasa, la vemos peor...

—Si yo tuviera una certeza razonable sobre ese punto, se la comunicaría. Pero, por desgracia, no les puedo asegurar nada. Lo siento.

Silva ya estaba cerca de la salida (notaba que le empezaba a faltar el aire y se tuvo que aflojar el nudo de la corbata). Había una larga fila de personas pasando frente a los padres de Manuel Salas, repitiendo la ritual salmodia. Cuando fue su turno dijo “les acompaño en el sentimiento” y, aunque aguardó unos breves segundos algún tipo de reacción, los padres ni dijeron ni hicieron nada. Su mente estaba muy lejos de allí. Fuera ya del cementerio, Silva se sintió como un náufrago que hubiera encontrado la salvación en la playa de una isla desierta.

Marcos García (IV)

Marcos García no recuperó la tranquilidad después de su acuerdo con Manuel Salas. Más bien, este no hizo más que acrecentar la tensión en la que vivía. Una especie de miedo paranoico empezó a invadir sus pensamientos y todo su estado de ánimo. Efectivamente, se habían cumplido las promesas que el director de la sucursal había realizado. A él, le concedieron el préstamo que había solicitado. No fue despedido y continuaba en su particular exilio profesional. Su hijo había entrado a trabajar como director de *marketing* en el Centro Comercial El Collado y, con mucho esfuerzo, estaba consiguiendo ir pagando sus deudas. Pero, a pesar de ello, cualquier mínima variación del orden habitual de los acontecimientos le hacía temer que todo su mundo se iba a derrumbar. Temblaba si Manuel Salas lo llamaba a su despacho. Temblaba si un compañero le decía que se planeaban cambios en la entidad. Temblaba si su mujer le comentaba que, por la tarde, volvería el comercial de una compañía eléctrica que quería realizarles una oferta. Temblaba si un cliente desconocido quería contratar una caja de seguridad en el banco... Marcos García sentía que, para escapar de un callejón sin salida, se había metido en el infierno. Los ansiolíticos pasaron a ser unos compañeros habituales en su rutina cotidiana. Aunque también temió volverse adicto a ellos, al menos le sirvieron para ganar un poco de calma. La vida podía ser muy simple. Pero, para él, se había convertido en algo diabólicamente complicado.

* * *

Cuando acudían a revisar sus cajas clientes a los que conocía desde muchos años antes, encontraba un oasis en medio de su tortura. Le agradaba volver a ver a personas con las que siempre había tenido un trato afable. Le hacía recordar los viejos tiempos, la época en que todo era sencillo y cabía esperar que el día siguiente fuera como cualquier otro día del pasado. Una de esas clientas era doña María Teresa Pérez. Hacía unos veinticinco años que debía de conocerla. A ella y a su marido. Cuando él fue trasladado a la sección de cajas de seguridad, se animaron a contratar una. Marcos García nunca había sabido si lo hicieron porque, verdaderamente, la necesitaban, para mantener el contacto con él o por la confianza que les inspiraba. No faltaba mucho para que, por fin, pudiera resolver su duda.

Aunque, con anterioridad, las visitas de ambos cónyuges eran más frecuentes, María Teresa Pérez, tras la muerte de su esposo, se pasaba una vez cada tres meses, aproximadamente, por la sección de la sucursal de la que Marcos García era responsable. Su visita duraba una media hora. Charlaban cuando ella llegaba y antes de que ella se marchase, de forma que no solía pasar más de diez minutos dentro de la sala de seguridad. En los últimos tiempos, la duración de su comprobación tendió a alargarse. Marcos García también observó que María Teresa parecía dar algunas señales extrañas en su conducta: como de aturdimiento y desorientación... Lo atribuyó a la edad y no le dio más importancia. Sin embargo, la última vez que la vio en la

sucursal sí se inquietó. Llegó mal peinada, desastrada y titubeando en todo lo que hacía y decía.

–Doña María Teresa, ¿le sucede algo?

–No, no... Es que acabo de pasar por un catarro y aún no estoy recuperada.

–Debería ir al médico...

–Pero si no dejo de ir todas las semanas. Me cansa... Me cansa mucho... Lo malo es este tiempo. Que no llueve. La humanidad es mala... Por eso, ahora llueve menos que antes.

Mientras Marcos tecleaba en el ordenador, María Teresa Pérez bisbiseaba palabras ininteligibles con la mirada baja.

En la sala de seguridad, estuvo tres cuartos de hora: más que nunca. Marcos García no se atrevía a entrar en el reservado a pesar de que estaba seriamente preocupado por el estado en el que había visto a la clienta. El respetar ese espacio era una norma sagrada y su situación era ya lo suficientemente insegura como para echar más leña al fuego. Cuando María Teresa por fin salió, una misteriosa sonrisa se dibujaba en su rostro.

–Marcos, antes de irme, le quiero dejar esto.

Dentro de una bolsa de plástico, había lo que parecía ser una caja mal envuelta en papel de regalo.

–Pero, ¿por qué se ha molestado, doña María Teresa?

–No, no es molestia... Sabe que en Navidad siempre cae algo... Y no sé si esta Navidad estaré por aquí.

–¿Se va fuera?

–Sí... Sí... Con mis hijos... Creo que estaré con alguno de mis hijos. Creo que sí... Tome, creo que al banco le puede hacer falta esto. A mí, no...

María Teresa puso unas tijeras y un rollo de papel celo sobre la mesa.

–Pero, ¿qué falta le va a hacer esto al banco? Quédeselo usted que a lo mejor lo necesita...

–¿Yo? Pero, ¿por qué? No, no, no... Si no va a llover, sé que no va a llover... A mí no me va a hacer falta...

Sólo posteriormente, Marcos García cayó en la cuenta de que pudo haber envuelto la caja dentro del reservado. Para entonces, la cuestión ya presentaba flancos más problemáticos.

–Marcos, no abra el regalo hasta que llegue a su casa. No vaya a ser que le llueva en el camino... No he dejado nada en la caja de seguridad. Pero quiero seguir teniéndola. Nunca se sabe qué puede ocurrir... Adiós. Sí, eso. Adiós.

* * *

Marcos García almorzó en un bar cercano a la sucursal. Procuraba estar en la calle el máximo tiempo posible, alejado de paredes que le trajeran recuerdos amargos. Después de comer, se dio una vuelta por el centro de la ciudad y, tras dos horas de deambular sin rumbo ni destino, volvió andando a su casa. Cuando llegó allí, no estaba su esposa. La realidad era que cada vez se veían menos.

Marcos García no sentía curiosidad por el regalo que le hubiera podido hacer María Teresa Pérez. Eran muchos años en el banco, eran ya muchos regalos (normalmente por Navidad) de muchos clientes y el repertorio era corto: botellas de vino, corbatas, objetos variopintos de nula utilidad... Y poco más. Si antes podía otorgarles valor sentimental, su situación actual le impedía mezclar elementos emocionales con realidades físicas. Rompió con desgana el papel de regalo. Se sorprendió al ver una caja de zapatos. Levantó con indolencia la tapa. Y aún se sorprendió más al comprobar lo que había dentro. Dinero, mucho dinero. No entendía nada. Había fajos de billetes de distinto valor facial. Diez, veinte, cincuenta, cien euros... Empezó a contar con el inconsciente afán de encontrar una explicación a algo que era incapaz de comprender. Terminó de contar, empezó de nuevo para confirmar la cantidad y se repitió el mismo importe: cincuenta y nueve mil ochocientos noventa euros. Metió todos los billetes en la caja, la volvió a introducir en la bolsa de plástico y la escondió en el armario donde guardaba todo el material de aeromodelismo.

No hacía más que preguntarse qué significaba todo aquello. Se le ocurrió que, en realidad, el regalo que María Teresa Pérez iba a darle era otro distinto. Ella fue a la sucursal para retirar el dinero que tenía en la caja de seguridad (eso es, dijo que allí ya no había nada). Por cualquier motivo, ella estaba aturdida y envolvió el paquete equivocado.

—Mañana, tendré que resolver esto —se dijo a sí mismo.

* * *

El día siguiente, estuvo todo el tiempo aterrado. Mientras trabajaba, tenía a sus pies la caja con el dinero. El temor que lo atenazaba se vio duplicado por el miedo a que cualquier incidente inesperado provocara que se descubriera el dinero que llevaba encima. Afortunadamente, nada sucedió. Buscó en la base de datos y localizó el número de teléfono de María Teresa Pérez. La llamó varias veces pero nadie respondió al otro lado. Al terminar su jornada laboral, intentó almorzar algo pero apenas pudo probar bocado. Ante su infructuoso intento de conectar telefónicamente con la clienta, había decidido anotar su dirección e ir allí por la tarde. Era cerca de la primera sucursal donde él había prestado sus servicios. Así que no le sería difícil dar con la casa.

A las cuatro y media, ya estaba en el barrio. Sin mucho esfuerzo, se encontró frente al bloque de viviendas que buscaba. Subió hasta el tercero izquierda y llamó al timbre. Nada. Bajó y esperó en el portal. Aguardó durante dos horas pero no la vio aparecer. Volvió a subir. Volvió a llamar. Otra vez, el silencio por respuesta. Llamó, entonces, al tercero derecha. Le abrió una señora de, aproximadamente, la misma edad que María Teresa Pérez.

—Buenas tardes —dijo Marcos García.

—Buenas tardes, ¿qué desea?

—He venido a ver a María Teresa Pérez. Pero en su casa no contesta nadie. Me ha extrañado...

—¿No lo sabe? Esta mañana, muy temprano, los hijos de María Teresa la han llevado a la residencia. Padece Alzheimer. Y los hijos han decidido que lo mejor era llevarla a un sitio donde la pudieran atender en condiciones.

Marcos García quedó desconcertado por la noticia.

—¿Y sabe a qué residencia la han llevado?

—No, no me lo dijeron.

—¿Sabe usted cómo puedo contactar con los hijos de María Teresa?

—No, ni idea.

—Mire, le voy a pedir un favor. Le voy a dar mi teléfono. Si se entera del nombre de la residencia, le agradecería que me llamara para decírmelo. ¿No le importaría darme su número? Así, podría llamarla para saber si hay alguna novedad.

—No, no me importa.

* * *

La pregunta que ahora se hacía, era la siguiente: ¿lo que hizo María Teresa Pérez fue un error o fue una decisión voluntaria? ¿Era fruto de la demencia senil que sufría? ¿O era una especie de venganza hacia sus hijos por llevarla a una residencia? Ahora bien: si padecía Alzheimer, ¿era responsable de sus actos? Todo era un galimatías. Por otro lado, él, que se había propuesto llamar la atención lo menos posible, no quería atraer miradas con un suceso tan extraño.

La vida se había obsesionado con ser diabólicamente complicada...

10

Día 6 (II)

Gómez y Silva, a las siete de la tarde, irían a ver a Mauricio Cavestany. Ese día, el inspector almorzó con su mujer en casa. La convivencia entre ellos había adelgazado hasta llegar a una placentera tolerancia mutua. Ninguno de los dos hubiera sabido explicar cómo habían llegado a ese punto. Nunca habían discutido demasiado. No había habido en el pasado, ni el presente, excesivas diferencias entre ellos. Lo fácil era atribuir el distanciamiento al trabajo del inspector. Pero, más bien, Silva se había sumergido en su trabajo para ignorar lo que estaba ocurriendo en su vida personal. La única conclusión a la que podía llegarse era que la monotonía había carcomido los vínculos y el afecto entre ellos. Pero, con una mirada un poco más profunda, podría deducirse que, en el fondo, no estaban más que cumpliendo las expectativas que ellos mismos se habían formado a la hora de casarse. Ellos nunca habían

pensado que, tras veintisiete años de matrimonio, siguieran vivas grandes ilusiones y majestuosos sueños. Más bien, siempre habían confiado en que una cómoda calma fuera inundando sus vidas hasta llegar a un nirvana conformista. Y eso era, precisamente, lo que tenían.

En ese instante, lo único que alteraba ese gris y congelado horizonte era la ausencia de su hijo Juan. Y, por ello, decidieron, inconscientemente, darse unos minutos de complicidad para tratar el asunto mientras almorzaban.

—A las cuatro, he quedado con nuestro hijo —dijo Silva.

Carmen reaccionó con una mezcla de alivio y sorpresa.

—Entonces, ¿ha dejado de tener apagado el móvil?

—No, he contactado con él por otros medios. Ser policía me tenía que servir para algo.

—¿Sabes dónde vive?

—No. Nos hemos citado en una cafetería en el centro.

—¿No debería ir yo contigo?

—Lo he pensado... Mejor que no parezca una encerrona. Pero no te preocupes. Lo intentaré persuadir para que venga a verte.

Carmen bajó la cabeza y guardó silencio por unos instantes. Silva sabía lo que ello significaba: su mujer iba a tratar de convencerlo para que hiciera algo.

—Tomás, tienes que conseguir que vuelva a casa.

—Juan tiene ya veinticinco años, Carmen. Puede hacer lo que quiera.

—Pero, al menos, podrías aconsejarle...

—Sí, quizás... Pero hará lo que le dé la gana. Lo que tenemos que hacer es no perderle la pista, ir viendo cómo le va y estar a la expectativa...

—Tomás, no creo que esa sea la solución.

—No es una solución. Es lo que hay.

—Prométeme, de todas formas, que si ves la posibilidad de que regrese, lo vas a intentar.

Silva no vio problemas en prometer algo que tenía pensado hacer si surgía la ocasión (aunque tuviera la certeza de que no iba a surgir).

—Sí, te lo prometo.

Pero Silva sabía que algo se había roto, quizás para siempre, entre su hijo y ellos.

* * *

Juan acudió puntual a la cita. Se besaron con cierta frialdad. El principio de la conversación fue extraño. Ambos estaban a la defensiva. Silva no quería que pareciera que estaba utilizando algunas de sus técnicas de interrogatorio. Juan estaba esperando que, de un momento a otro, las utilizara.

—¿Cómo te va? ¿Necesitas que te ayudemos en algo?

—No, papá. Voy tirando de los ahorros que hice con los trabajos del pasado verano...

—Ya... Pero no hablaba sólo de dinero...

—Mira... Ahora, necesito menos para vivir. Estoy con unos amigos, compartimos gastos, colaboramos todos en la misma organización... Cuando haces lo que crees que debes hacer, pierden importancia cosas que antes creías fundamentales.

—Sí, te comprendo. Pero me gustaría que entendieras una cosa. Sabes lo que pienso del tema en el que te has involucrado. Ni tú vas a cambiar de opinión, ni yo tampoco. Sin embargo, si me pides ayuda, no te la voy a negar. Quiero que eso lo tengas claro.

—Valoro tus buenas intenciones, papá. Pero no quiero saber nada de ellas...

—Explícate —dijo Silva con un gesto conciliador que expresaba su afán por entender las razones de su hijo.

—Tu ayuda es, en realidad, un obstáculo. Para mí, sería muy cómodo aceptarla. Pero creo que ello me distraería de lo que es absolutamente urgente. Esto no se sostiene... Me refiero al sistema... Por un lado u otro, va a explotar. Hará algo para sobrevivir. Pero no podemos permitir que se mantenga en pie. Hay que cambiarlo ya. Es ahora o nunca.

A Silva no le gustaba esa retórica. Nunca le había gustado: volutas de humo sobre fondo blanco. Sin embargo, jamás había sido capaz de vencerla con sus argumentos. Había algo hipnótico, atávico, extrañamente ancestral, en el impulso de destruir lo que existía, de deshacer lo constituido para reinventar las reglas sobre un folio vacío. Él, que era jugador de ajedrez, conocía ese sentimiento: ese inexplicable vértigo que se experimentaba cuando los contendientes empezaban a aniquilarse piezas mutuamente. Al final, con el tablero más despejado que al principio de la partida, todo se simplificaba: se veía quién había conseguido una posición superior, se apreciaba con nitidez dónde estaban los puntos fuertes, los puntos débiles y las ventajas a explotar, se sabía cómo iba a transcurrir la partida... Las incertidumbres se habían evaporado. La situación verdaderamente tensa, la que requería de nervios de acero, la que medía la frialdad de los jugadores, era aquella en la que todas las piezas seguían vivas y los equilibrios eran precarios. Había quien iniciaba la refriega tras medir mal sus fuerzas y contemplaba cómo su adversario le había ganado una pieza de más, o había logrado dos peones ligados y pasados, o había desmontado su enroque de manera inadvertida... Pero, aún así, el frenesí del momento era subyugante. Recordaba, también, muchos enfrentamientos entre bandas rivales. Saltaba la espoleta y el reguero de muertos y heridos corría como el agua rebosante de un pantano desbordado. Existía una rara dinámica que reinaba por encima de su pensamiento racional y de la que él prefería mantenerse al margen. Ahora, en cambio, la

reconocía en su hijo y no la podía eludir. Reprimida en sus genes, la había transmitido sin saberlo y sin desearlo.

—A veces, pienso que todo empezó cuando algunos de nuestros antepasados salieron de la caverna y el resto de sus congéneres decidió quedarse dentro —dijo Silva.

La cara de Juan fue de absoluta sorpresa tras oír estas palabras.

—Creo que no fueron los primeros en salir —continuó Silva—. Otros salieron antes pero, probablemente, fracasaron. Una naturaleza hostil, la inexperiencia ante unas criaturas salvajes, el desconocimiento del entorno hicieron imposible su supervivencia. Sin embargo, hubo un grupo que tuvo éxito. No podían saber que ello iba a ser así. Probablemente, les empujó un instinto de atrevimiento, arrogancia o audacia... A pesar de todo, les fueron bien las cosas. Empezaron a desarrollar una forma de vida que era distinta y, sobre todo, era mejor que la que habían conocido hasta entonces. Nosotros descendemos de ese grupo y, por ello, poseemos ese instinto de romper con lo que hay con la fe de que vamos a disfrutar de una posición más ventajosa. Pero, lo malo de ello, es que seguimos actuando con la misma arrogancia que nuestros antepasados. Y el problema es que siempre nos olvidamos de que, al contrario que ellos, tenemos a nuestra disposición las enseñanzas de la experiencia y la posibilidad del aprendizaje. Ya no tenemos que lanzarnos, a ciegas, a través de los perfiles de una geografía desconocida corriendo el riesgo de ser devorados por un animal hambriento. Tenemos mapas y herramientas para ser atrevidos pero no suicidas. Sin embargo, nos falta humildad para someternos a los dictados de esos mapas y herramientas; a los dictados, en resumen, de la razón. Y, quizás, no es sólo falta de humildad. Es, también, el empuje de una fuerza interior sobre la que apenas tenemos capacidad de control. Todos aquellos que optan o se ven obligados a quedarse dentro de la caverna (y digo esto en sentido metafórico), sienten que han traicionado a su más íntima esencia y acaban dominados por la tentación irresistible (e inexplicable para ellos mismos) de rechazar absolutamente el mundo que les rodea. Ello se acaba reflejando de dos modos distintos: hay quienes pretenden destruir el mundo en el que viven para transformarlo en otro y quienes crean una imagen falsa de él creyendo que es la verdadera. Al final, hay tres fuerzas que pugnan entre sí: los que quieren hacer cambios utilizando el sentido común, los que quieren deshacer lo que existe sin reparar en sus consecuencias y los que nunca quieren hacer cambios basándose en una percepción fantasiosa de la realidad. Según quien gane en la pugna, el curso de la historia variará en un sentido u otro. Así funciona la sociedad.

Juan quedó impresionado por la teoría de su padre. Nunca le había oído nada igual. Y la sorpresa provocó que le resultara difícil responderle de inmediato.

—Creo que quieres decirme que nuestras ideas son una locura...

—Te has quedado en la superficie de lo que he dicho. Pero tampoco pretendo que lo entiendas ahora mismo. Sólo quiero que reflexiones sobre ello. Considero que eres una persona libre para decidir cuál debe ser tu futuro. Pero ello no es obstáculo para que te dé mi opinión, claro está. Lo único que te pediría es que fueras a ver a tu madre. Entenderás que se preocupe por ti, ¿no?

Juan aceptó la sugerencia de su padre. Cuando se despidieron, Silva sabía que su hijo continuaba meditando sobre lo que le había dicho.

11

Adolfo Bello (II)

Adolfo Bello y Miguel Ángel Wic tenían la costumbre de reunirse en la propia sede del Departamento de Urbanismo cada vez que debían mantener una conversación. Al principio de conocerse, se emplazaban en la calle, en un bar, en un parque... Cuando un diario nacional destapó un escándalo de corrupción en una importante localidad turística de la costa, decenas de fotografías de reuniones entre ediles municipales y empresarios probaban que eran ciertos los contactos que ambas partes habían negado. Se dieron cuenta, entonces, que exponerse a encuentros en lugares públicos era una solemne majadería. Lo que tenían que hacer era citarse en espacios cerrados donde pudieran controlar a los entrometidos. El abogado llamaba al Concejal de Urbanismo a su móvil. Le decía que tenía que hablar con él. Miguel Ángel Wic le daba la hora posible para el encuentro y, si a los dos les venía bien, se veían en la segunda planta del Departamento, frente a la máquina del café. Allí, se servían dos consumiciones, entraban en una pequeña sala de reuniones que siempre estaba vacía (de hecho, todo el edificio venía a ser un canto a la acumulación de espacios arquitectónicos inútiles) y empezaban a hablar de sus asuntos. En el futuro, nadie podría demostrar que el concejal había recibido al abogado en su despacho. Si alguien preguntaba los motivos de las frecuentes visitas de Adolfo Bello a la sede de Urbanismo, él podría alegar que se debía al seguimiento que tenía que hacer de asuntos de sus clientes, muchos de ellos promotores inmobiliarios y personas pendientes de alguna licencia o autorización. Si había testigos de que, a concejal y abogado, se les veía juntos con frecuencia, todo se podía atribuir a las casualidades de la vida.

Esa mañana, Adolfo Bello procedió según el método usual y quedó en verse con el concejal a las doce y media de la mañana. Cuando le contó que la estrategia diseñada respecto al problema del Despacho Ugarte-Esquivias se había venido abajo, Miguel Ángel Wic resopló con desesperación.

—Esto no pinta bien... Nada bien... No comprendo nada... Absolutamente, nada...

—Yo tampoco —dijo Adolfo Bello—. Ya tengo a alguien investigando sobre el asunto. Espero que descubra algo que nos permita reconducir la situación.

—Pues no sabes cómo lo espero yo... Como los del Despacho acaben cantando, me caigo con todo el equipo. Y, además, he sido un completo gilipollas. No me he cubierto las espaldas. He ayudado a llenar las arcas a quienes tú ya sabes y, como vengan a por mí, no tengo balas con las que disparar. Me han utilizado como cortafuego.

—Pero tendrán que ayudarte si sucede algo así...

—No me hagas reír. En los últimos casos que se han producido, ha habido siempre un panoli a quien han dejado con el culo al aire y ha cargado con toda la culpa.

Miguel Ángel Wic siempre lucía una irrisoria (para Adolfo Bello) pose de victimismo. Se quejaba de lo que había hecho a favor de otros pero nunca mencionaba el pequeño detalle de que él se había lucrado en el camino.

—Mira, en primer lugar, yo no tengo claro que Ugarte y Esquivias hablen —dijo el abogado—. Sé de buena tinta que tienen clientes en el despacho “B” que, como se vayan de la lengua, los pueden hacer picadillo.

—De acuerdo. Pero, ¿quién te dice que no revelen, únicamente, los nombres de aquellos clientes que consideren menos peligrosos para sus vidas?

—No pueden hacer eso. Si sacan a la luz lo del despacho oculto, la policía, el juez, la fiscalía, todos, entrarán a saco para ver qué hay ahí... Es lo que andan buscando desde el principio...

—Peor me lo pones. Si eso ocurriera, la prensa nos acabaría colocando al mismo nivel que mafiosos y narcotraficantes. Porque a tipos como esos son a los que te refieres, ¿no?

—Sí, efectivamente.

—Como nuestros nombres aparezcan junto a los de esa gentuza, estaríamos absolutamente perdidos.

—Ya lo sé. Como te he dicho, ya tengo a alguien indagando.

—¿Pudiera ser todo esto una trampa de la policía?

—No creo. Si tuvieran toda la información que parece que tienen, ya habrían venido a por vosotros. Perdona la crudeza...

—Sí, claro. ¿Y quién ha podido hacer las grabaciones?

—Todavía, no lo sé. Pero me enteraré... No te preocupes por eso.

Miguel Ángel Wic volvió a resoplar amargamente.

* * *

Adolfo Bello había decidido aplazar su conversación con Esteban Villa para ver si Germán Urendo encontraba algo con lo que contraatacar. Pero ello fue absolutamente inútil. Esa misma tarde, recibió una llamada del enfurecido promotor relatando algo parecido a lo que le había sucedido a Bernardo Alonso.

—Por teléfono, no, Esteban —dijo Adolfo Bello—. ¿Dónde estás para ir a verte?

—Pero, Adolfo, escúchame de una puñetera vez —dijo Esteban Villa—. Te estoy contando que esta mañana ha venido el director de la oficina principal del...

—Esteban, te lo repito una vez más. Que no quiero que me cuentes esto por teléfono. Que no quiero que hablemos de esto por teléfono. ¿Te has enterado?

—Es que me ha dicho que...

El abogado cortó la llamada.

“Se dicen las cosas un millón de veces y no sirve para nada. Un día me voy a largar lejos y voy a dejar a esta pandilla de imbéciles que se caiga sola. Porque, no me cabe ninguna duda, que se vendrían abajo sin que nadie se tuviera que esforzar demasiado.”

Esteban Villa volvió a llamar.

—Adolfo, se ha cortado la llamada...

—No, la llamada no se ha cortado. La he cortado yo. ¿Cuándo puedo verte?

—Hasta las ocho, no estaré en la oficina.

—Allí iré.

* * *

A las diez de la noche, Adolfo volvió a reunirse con Germán Urondo. Este aún no había descubierto nada importante.

—Te voy a dar otro frente de actuación — dijo el abogado—. Manuel Salas también ha presionado a Esteban Villa. En términos similares a como lo hizo con Bernardo Alonso. A Esteban, le ha obligado a completar unos pagos y unos compromisos con el arquitecto Ernesto Menéndez. Intenta buscar una relación entre Manuel Salas, José María López y ese arquitecto.

Adolfo Bello sirvió dos copas de whisky. Una para él y otra para su hombre de confianza. Después, continuó hablando. Pero ya no era del problema que había surgido con ese tal Manuel Salas. Eran simples confidencias que sólo tienen lugar cuando ya es de noche y se sigue trabajando.

—Quiero que te fijas en una cosa. Esteban Villa tendría que haber pagado lo que le debía a ese arquitecto y se hubiera tenido que atener a los compromisos pactados. No lo hizo por las buenas. Y, al final, va a tener que hacerlo por las malas. Esto tiene su moraleja. Las deudas siempre se acaban pagando de uno u otro modo. Los acreedores siempre encuentran su forma de cobrar. Y los peores acreedores de todos son la ley, la justicia, la conciencia y el tiempo. A estos, no les hace falta que tengas bienes. Se acaban cobrando con tu propia vida. Nuestro trabajo, en realidad, es demorar todo lo posible que el castigo tenga lugar. Y he dicho demorar. No he dicho evitar. Evitarlo es imposible. Antes o después, llegará uno de los acreedores de última instancia y liquidará sus facturas. Toda esta gente, Miguel Ángel Wic, Bernardo Alonso, Esteban Villa, se engañan pensando que se van a librar de lo que se les viene encima. Nosotros nos limitamos a aprovecharnos de ese autoengaño. ¿Por qué te digo todo esto? Porque la única manera de que escapemos de pagar la parte de deuda que nos

corresponde es ser conscientes de que la vamos a pagar de cualquier forma. Y ahí termina todo.

12

Día 7

Como hacía muchos domingos, Tomás Silva fue a ver a Braulio Santisteban. El inspector Braulio Santisteban había sido su jefe durante muchos años. De él, había aprendido lo más importante que un policía debía saber. Y, con él, había madurado mucho más de lo que lo había hecho con cualquier otra persona que hubiera conocido. Aunque para él seguía siendo un placer encontrarse con quien era, más que un excompañero, uno de sus mejores amigos, en esta ocasión existían motivos poderosos para tener una larga conversación con él.

La casa de Braulio Santisteban estaba frente al mar. Él y Silva se sentaron en el balcón y, desde allí, podían contemplar la pleamar. Las vistas y la ligera brisa que soplaba creaban un ambiente propicio al intercambio de confidencias.

—He ido siguiendo las noticias del atraco —dijo Braulio—. Por la prensa, la radio, la televisión... Y no pensé que pudiera llegar a tener las implicaciones que me estás contando. Sí que me olió mal la cosa cuando apareció muerto el director de la sucursal.

—Aparecieron muertos el director y uno de los presuntos atracadores —dijo Silva.

—Lo de que el otro muerto era un presunto atracador no se ha hecho público...

—No. Es sólo una hipótesis en función de su historial...

—¿Tiene antecedentes delictivos?

—Sí. Una condena por robo. Sabemos que ha seguido metido en asuntos sucios pero era un tipo escurridizo. Parece que no tiene familia. Sus dos únicos amigos están en paradero desconocido. Su cuerpo sigue en el depósito de cadáveres esperando que alguien lo reclame... Este personaje es un misterio...

—Ello lo complica todo. Lo que también me ha sorprendido es que la muerte de José María López esté conectada con el robo. Fue una lástima que ninguno de los titulares de las cajas hubiera hablado antes... Os hubiera puesto en alerta. Es evidente que sólo empezaron a hacerlo por el pánico que les provocó el asesinato del abogado.

—Sí, así es. Si lo hubiéramos sabido desde el principio, hubiésemos podido manejar el caso de otro modo. A estas alturas, quizás hubiésemos avanzado mucho más y no hubiera podido haber interferencias desde arriba.

—¿Tienes alguna idea de cómo está conectado todo?

–Creo que alguno de los propietarios de las cajas se fue de la lengua. A raíz de ello, pudieron suceder dos cosas. Que Manuel Salas y, quizás, Marcos García quisieron poner tierra de por medio y montaron toda la historia del robo. O bien les presionaron para obligarles a participar en él.

–¿Y quién pudo hablar más de la cuenta?

–Sospecho de Aurora Calatrava. Es la única que no ha admitido que llegó a un acuerdo con Manuel Salas...

–Sí, es extraño...

–No te convence mi hipótesis, ¿no?

–No, no es eso. Es que falta algo...

–Lo sé –dijo Silva, mientras se dibujaba una leve sonrisa en su rostro.

–Por eso has venido a verme, ¿eh?

No necesitaban hablar mucho entre ellos para comprenderse.

Braulio Santisteban estuvo toda la tarde oyendo detalles del caso. Escuchaba con atención y sólo preguntaba de vez en cuando. Había ya anochecido y bajado la marea cuando, tras reflexionar durante unos minutos, le comunicó sus conclusiones a Silva.

–Lo que has acordado con Gómez es lo mejor que puedes hacer. No tienes otra opción. No impliquéis a nadie más en vuestro pacto hasta que no hayáis acumulado suficientes pruebas contra quienes aparecen en las cintas que grabó Francisco Montiel. Respecto al caso propiamente dicho, hay varias cosas que me llaman la atención y a las que no has dado la suficiente importancia. La primera, que no me resulta verosímil que Manuel Salas, a la hora de hacer chantaje, se hubiese conformado sólo con mantener su puesto de trabajo. Presiona a Javier Tortosa para saber todo lo que sucedió. Lo segundo, que Sara Varela no parecía tener muchos motivos para entrar en todo esto. Salvo que estuviera enamorada... Sólo por amor se pueden hacer muchas locuras. Profundiza por ahí. Seguro que tenía alguna amiga a la que le hacía confidencias... La tercera, que pienso que Antonio García sabe más de lo que dice. Presionaste y no tuvo más remedio que decirte algo para que dejaras de presionarle. Pero pienso que fue demasiado fácil. Cualquiera, hubiera aguantado un poco más. La cuarta, que Adolfo Bello debe tener casi todas las claves del asunto. Todos los implicados en las grabaciones y demás documentación no van a actuar por sí mismos. Necesitan a alguien que les haga el trabajo sucio y que les ayude a organizar una trama que les proteja en caso de que la justicia interviniese. Adolfo Bello tiene toda la pinta de cumplir con ese perfil. Si él cae, tendrás el caso prácticamente resuelto porque, aparte de lo que él pueda saber, el nerviosismo de sus clientes hará el resto. Y, por último, ten en cuenta algo que, en función de mi experiencia, puede ser importante. Participaron en el atraco, de uno u otro modo, Marcos García, Sara Varela, Carlos *El Guapo*, Jimmy *El Chato*, *El Sabio*, quizás Manuel Salas... Tuvo que haber un conductor en la furgoneta que utilizaron... Y habría otras personas que les tuvieron que ayudar en la huida...

—¿Y...?

—Demasiada gente con cuatro millones y medio de euros en juego... No te extrañe que hubiera una persona, o varias de ellas, que quisieran traicionar a todas las demás y quedarse con todo el dinero. Suele pasar en atracos como este. No pierdas de vista esta posibilidad porque te puede ayudar a resolver el caso...

13

Marcos García (V)

Marcos García apenas podía coger el sueño. Lo sucedido con María Teresa Pérez lo había sumergido en una desconocida sensación de irrealidad. ¿Sabía María Teresa lo que estaba haciendo cuando le dio la caja de zapatos con el dinero? ¿Todo fue fruto de su demencia senil? ¿Fue un simple error? La noche era, para él, un carrusel de hipótesis en el que no era capaz de encontrar sosiego. Su mente pasaba de ese suceso al acuerdo con Manuel Salas sin solución de continuidad. Él nunca pensó que iba a pasar por vivencias tan desconcertantes por lo que, en algunas ocasiones, imaginaba que todo era una farsa que se iba a desvanecer en cuanto el sol saliera. El aislamiento en el que había caído no hacía más que agravar su tensión. Tuvo que empezar a tomar pastillas para poder dormir aunque fuera unas pocas horas.

Unas tres semanas después, llamó a la vecina con la que había hablado el día de su visita al domicilio de María Teresa Pérez. Por fin, pudo saber dónde la habían ingresado.

—Sí... Perdona que no le haya llamado, pero es que no sé dónde puse su número... Está en la Residencia de Nuestra Señora de la Gloria.

Una tarde, cogió un taxi y fue a verla con la esperanza de aclarar lo que había sucedido. Las monjas que regentaban la residencia se extrañaron por su interés en visitar a alguien con quien no tenía vínculos familiares o de amistad. A pesar de ello, le permitieron que pudiera pasar unos minutos con ella.

—Le advierto de que la persona que va usted a ver no es la persona que conoció en su día —le dijo la religiosa que lo acompañaba—. En poco tiempo, su enfermedad ha avanzado de forma devastadora.

Marcos García pudo comprobar que la afirmación de la monja era absolutamente cierta. María Teresa Pérez no articulaba palabra ni era capaz de reconocer a nadie. Sus recuerdos se habían volatilizado como el agua calentada a cien grados y su cerebro era una masa inerte que dormitaba para siempre en las tinieblas. Era inútil intentar preguntarle nada.

—Hermana, ¿podría, en el futuro, seguir visitando a María Teresa? —preguntó Marcos—. Hace muchos años que la conozco y no me gustaría desentenderme de su estado...

—No, no hay problema. La madre superiora ya le ha indicado cuáles son los días y horas de visita.

—De acuerdo, muchas gracias.

* * *

Sabía que tenía que tomar una decisión sobre el dinero. ¿Se lo devolvía a los hijos de María Teresa? Era, sin duda, el paso legítimo. Pero, ¿y si el acto de ella hubiese sido completamente voluntario y lo hubiera realizado en pleno uso de sus facultades mentales? Aún más, ¿y si hubiese sido, quizás, su último acto consciente? A lo mejor, ella estaba disgustada porque sus hijos la hubieran ingresado en la residencia. A lo mejor, su intención era que ellos no disfrutaran de un dinero que, pensaba, que no se merecían. ¿Sería justo que él revocara esa decisión por un exceso de dignidad mal entendida? Al final, sin poder resolver el dilema por sí mismo, contó toda la historia a su mujer y a su hijo Antonio un día que este vino a visitarlos.

—Marcos, yo creo que si esa señora te dio ese dinero fue por algo —dijo su esposa—. Te dijo que no abrieras la caja hasta que no llegaras aquí. Eso da a entender que sabía lo que estaba haciendo.

—Mamá tiene razón —dijo su hijo—. Esa señora quiso darte el dinero. No sabemos hasta qué punto estaba decepcionada con sus hijos. Al fin y al cabo, ¿cuántos años hace que te conoce? ¿Más de veinte años? Eres una persona que, durante todo ese tiempo, la ha tratado con respeto. Pensó que mejor que ese dinero lo disfrutaras tú que no unos desagradecidos...

—Marcos, lo hemos pasado muy mal. ¿Quién sabe si todo esto no es más que la voluntad de Dios, que nos ha querido echar una mano?

—Piénsalo, papá. Ese dinero podría servir para cancelar muchas de las deudas de mi empresa. Cuanto antes resuelva ese problema, antes os podré dejar tranquilos. Mi mayor anhelo es que llegue el día en que pueda decir que todo este infierno se ha terminado...

Antonio bajó la cabeza y se cubrió el rostro con las manos.

—Lo sabemos, hijo. No tienes que obsesionarte con eso. Marcos, date cuenta de lo que ese dinero podría significar...

—Nunca me perdonaría que no pudierais tener una vejez tranquila por mi culpa...

La maquinaria cumplió su finalidad a la perfección. Para que Marcos García, después del largo coloquio, hubiera devuelto el dinero, hubiera tenido que recurrir al heroísmo, hubiera tenido que afrontar el despecho de su mujer y de su hijo pequeño, hubiera tenido que superar el peso aplastante de la hostilidad cotidiana. Lo normal es que sea nuestro círculo más cercano el que ahogue nuestro coraje y nos obligue a caer en la ruindad. Es algo así como la dictadura del ambiente.

Día 8 (I)

El lunes por la mañana, en vez de ir directamente a la comisaría, Silva y Gómez fueron a ver nuevamente a Mauricio Cavestany. Tras su conversación con Braulio Santisteban, el inspector vio claro que debía incidir en varios puntos. El primero, encontrar un medio para presionar a Javier Tortosa. Todavía no tenían ni las grabaciones ni los documentos originales. Así que la única opción era centrarse en todo lo que Mauricio Cavestany pudiera recordar sobre el personaje para suplir ese vacío con tanta cantidad de información que hiciera pensar al director de zona del Banco Continental que sabían más de lo que realmente tenían en su poder. El segundo, localizar en el entorno personal de Sara Varela a alguien que pudiera aportar datos fiables sobre su vida y sus relaciones. Así que, posteriormente, fueron a hablar con los padres de la chica. Nuevamente, tuvieron que batallar con su lógica inquietud (que no había hecho más que aumentar en relación a la primera visita).

—Créanme: les entiendo perfectamente —dijo Silva—. Pero si quieren que todo esto se solucione, deben ayudarnos. Y para ello, deberían decirnos quiénes son las mejores amigas de Sara...

—Inspector, hemos visto en las noticias lo de la muerte de Manuel... —dijo el padre—. No sabíamos que era el director de la oficina que atracaron el otro día... Hacía mucho tiempo que no sabíamos nada de él. Usted se sorprendió mucho al ver su foto en el álbum... ¿Tiene que ver algo Sara con su muerte? ¿Está relacionada con el robo de la sucursal?

Silva y Gómez se hablaron con la mirada. Gómez le vino a decir al inspector: “Jefe, o ponemos algunas cartas sobre la mesa o esto no avanza”.

—Les voy a decir lo que sabemos —dijo Silva—. Y lo que sabemos no es mucho. Sara conocía tanto a Manuel Salas como a la otra persona que apareció muerta. Por eso, queremos hablar con ella.

—Pero dicen que el otro fallecido era un delincuente... —dijo la madre, visiblemente asustada.

—Carlos Fernández Trevi actuó en una película que realizó la productora para la que Sara trabajaba. Ese es el nexo. A partir de ahí, no podemos afirmar que Sara esté relacionada con el robo o con las muertes. Pero entenderán que tengamos que hablar con ella. Y les digo más: a lo mejor, lo más conveniente para sus intereses es que hablemos con ella cuanto antes. ¿Me comprenden?

La reacción de los progenitores era la habitual. La madre lloraba. El padre dibujaba una expresión de perplejidad en su rostro. Pero, al final, sí pudieron decir algo útil para la investigación.

—Hablen con Laura Cano. Es su mejor amiga... Si quieren, les podemos dar su número de teléfono... Aparte de ella, no sabemos de mucha más gente con la que se tratara desde que volvió de la capital...

Antes de marcharse, la madre de la chica le dijo a Silva:

—Inspector, creo que usted es una buena persona. Sé que esto va a acabar mal... Pero procure que a Sara no le pase nada.

Era una época de presagios negros y promesas imposibles.

* * *

Laura Cano estaba encerrada en la empresa en la que trabajaba con el resto de sus compañeros, debido al impago de las nóminas. Por las pancartas y carteles que Silva y Gómez pudieron ver en la fachada de la nave industrial, se acumulaban seis meses de salarios sin cobrar. Preguntaron por la amiga de Sara a un trabajador que estaba fumando cerca de la entrada y este entró a buscarla. Al cabo de unos minutos, Laura Cano salió, con aire indiferente y distraído. Cuando Silva le enseñó su placa, su reacción no fue de sorpresa.

—Vienen a preguntarme por Sara, ¿no?

—¿Ha hablado con los padres de su amiga? —preguntó Silva.

—No. Pero, desde que vi las noticias el viernes, supe que, antes o después, vendrían a preguntarme. ¿Me invitan a un café?

Cuando lo preguntó, ya iba de camino a un bar que había en la acera de enfrente. Así que la siguieron con cierta resignación.

—Lo primero que les quiero decir es que yo no sé nada de lo que pasó con el robo al banco... —dijo Laura.

—No lo dudamos, señorita —dijo Silva—. Nuestro propósito es más concreto. Sabemos que Sara conocía a los dos fallecidos y nos gustaría preguntarle si usted sabe algo sobre qué tipo de relación tenía su amiga con ambos.

—Sí, lo sé. Miren, cuando Sara volvió, hace unos diez meses, se reencontró con Manuel Salas. Manuel y ella habían sido novios durante el Instituto e, incluso, después. Pero se veía que era algo que no cuajaba. Sí, se llevaban bien, hacían buena pareja pero creo que eran muy distintos. A pesar de eso, después de reencontrarse, retomaron, por decir algo, la relación. Pero Sara no lo tenía claro. En ningún momento, dijo a nadie que volvían a ser pareja. A mí, sí me lo contó. Pero no me dijo, exactamente, que Manuel Salas volvía a ser su novio... No sé si me siguen...

—Sí, no se preocupe...

—Yo le di mi opinión. Le dije que debía intentarlo en serio. Manuel era un buen chico. Tenía un buen trabajo. Pero me parece que Sara tiene muchos pájaros en la cabeza. Y me parece que el haberse enamorado de ese *Charli* no hizo más que empeorar las cosas...

—Perdone. Cuando habla del tal *Charli*, ¿es el mismo que apareció muerto junto a Manuel Salas?

—Sí, seguro. En el periódico, dijo que había salido en una película, ¿no? Ahí fue donde Sara lo conoció.

—¿Y dice usted que Sara y *Charli* estaban enamorados?

—No. Yo he dicho que Sara estaba enamorada de él. Por lo que ella me contaba, creo que el único propósito de él era llevársela a la cama. Yo se lo dije pero no me hizo caso.

—Entonces, ¿Sara salía con Manuel y *Charli* a la vez?

—Sí. Cuando volvió, ella hizo por buscarlo. A *Charli*, quiero decir. Es que, en realidad, no salía con ninguno de los dos. Sí, pasaba el rato con ambos pero la cosa no iba en serio. Con Manuel, era ella quien no quería. Con *Charli*, era él el que no pensaba hacerlo.

—¿Qué sabía Sara de las actividades de *Charli*? ¿Seguía delinquiendo?

—Sara, por un lado, no quería reconocerlo. Pero, por otro, soñaba con llevarlo por el buen camino. Ya saben: el amor atonta.

—¿Le contó algo acerca de en qué podía estar metido?

—No. De eso, no me dijo nada. Quizás, podía ser algo de coches. Parece que era socio de un taller o algo así. Pero su nivel de vida no era el de un mecánico. Varios fines de semana, llevó a Sara a hoteles de cuatro y cinco estrellas. No creo que eso sea posible arreglando motores...

—¿Desde cuándo no ve a su amiga?

—Hará cosa de un mes, más o menos, que no nos vemos. Me dijo que iba a recorrer la costa en busca de trabajo para el verano.

—¿Le pareció verosímil?

—¿Qué quiere que le diga? Me sonó raro. Pero, ¿por qué no? Sara siempre ha sido muy lanzada.

Silva le agradeció la colaboración prestada. Pagaron las consumiciones y salieron del bar.

—Le deseo suerte con su problema —dijo el inspector, señalando hacia las pancartas.

—Muchas gracias. Pero esto no tiene solución. Yo ya estoy pensando en irme a Alemania, Inglaterra, Canadá... A algún otro sitio. En este país, hay pocas expectativas...

* * *

La pista de *El Sabio* y de *Jimmy el Chato* estaba perdida. Osorio, Robles y Soriano, siguiendo las instrucciones que les había dado el inspector, se centraron en el taller con el que *Charli* parecía estar relacionado. Desde que apareció el cadáver de éste, distintos agentes se habían alternado en la vigilancia del local para detectar cualquier movimiento que se saliera de lo normal. Pero, hasta entonces, no habían tenido éxito.

—Esto es como intentar localizar a una hormiga por la que sientes un montón de cariño —dijo la agente Robles—. Aquí no se mueve nada.

—Eso es lo extraño —dijo Soriano—. Durante los últimos meses, he estado pendiente de este taller y apenas tiene actividad. ¿Por qué sigue abierto? Lo único que se me ocurre es que sea una tapadera o un punto de contacto...

—¿Y cuándo y cómo contactan? —preguntó Osorio, que estaba al volante del vehículo donde vigilaban los tres agentes.

—Eso es lo que no sé todavía —dijo Soriano—. Ahí está el *quid* de la cuestión. Si pudiéramos ver algo que nos permitiera hacer intuir qué operativa siguen...

Sonó el móvil de Osorio. Era el inspector Silva preguntando por las novedades.

—De momento nada, jefe... Aquí, estamos Robles, Soriano y yo... Vale, de acuerdo... —Osorio colgó el teléfono—. Me ha dicho el inspector que pasa para recogerme. Vosotros dos seguís aquí...

—¡Planazo...! —dijo Robles.

* * *

Eran las siete de la tarde y todo seguía igual. Era difícil encontrar alguna utilidad a la observación permanente de un lugar en el que no sucedía gran cosa. Tenían aparcado el coche junto a un parque que estaba a unos cincuenta metros del taller.

—Esa gente está a punto de echar el cierre —dijo Robles.

—Eso parece... Mira, llega una furgoneta blanca.

No sucedió nada que les hiciera sospechar. La furgoneta entró en el taller. Breve conversación entre el conductor y el mecánico. Este levantó el capó y empezó a revisar el motor. Lo habitual en un establecimiento de ese tipo. De pronto, la agente Robles dio un leve respingo.

—Espera un momento. Esa furgoneta me suena... Y el conductor, también...

—¿Quién es?

—Es el electricista al que asaltaron la mañana del robo...

—¿La mañana del robo?

—Sí. Utilizaron su furgoneta para cometer el atraco...

—Esto sí que es extraño...

Estaba claro que el mecánico no pretendía hacer ningún tipo de revisión a la furgoneta. Él y el electricista estaban disimulando. La conversación se volvió, repentinamente, más acalorada. El electricista empezó a gesticular con furia. El mecánico parecía querer calmarlo. Aparentemente, con algo de esfuerzo, lo consiguió. Al cabo de un rato, después de cerrar el taller, ambos entraron en el vehículo y comenzaron a circular hacia no se sabía dónde.

Robles pasó aviso a la central y llamó por el móvil a Silva para informarle de lo que estaba sucediendo. Mientras tanto, Soriano conducía y seguía a la furgoneta.

—Exactamente, jefe... Creo que están saliendo de la ciudad...

El vehículo, efectivamente, se iba alejando del núcleo urbano y avanzaba hacia las barriadas del extrarradio. Poco a poco, el paisaje de la ciudad se fue evaporando y su lugar lo ocupó, a ambos lados de una precaria carretera comarcal, una alternancia de descampados y pequeños diseminados. De repente, la furgoneta aminoró su velocidad hasta pararse en medio de la nada. El vehículo policial también se paró a unos trescientos metros.

—¿Qué irán a hacer aquí? —preguntó Robles.

—¿Qué quieres que te diga? Hay pocas posibilidades... —respondió Soriano, más por evitar el silencio que por querer decir algo con sustancia.

Inesperadamente, el otro vehículo dio violentamente marcha atrás hasta acercarse a unos treinta metros de su coche. Apenas tuvieron tiempo de reaccionar antes de que pudieran ver, a través de la nube de polvo que provocó la maniobra, cómo el mecánico salía rápidamente de la furgoneta, se llevaba la mano al interior de su mono de trabajo, sacaba y montaba una pistola y se acercaba con no demasiadas buenas intenciones. Apuntó el arma hacia la luna del coche policial y empezó a disparar de manera furibunda.

15

Adolfo Bello (III) / Manuel Salas (VII)

Cuando Adolfo Bello recibió la llamada de Miguel Ángel Wic, no tuvo buenos presentimientos.

—Adolfo, soy Miguel Ángel. ¿Podemos vernos a las doce en el sitio de siempre?

—Sí, sin problema.

Sólo hacía dos días que habían hablado y no era normal que se volvieran a encontrar en tan corto período de tiempo. Una vez que llegó al Departamento de Urbanismo, conoció los motivos de tan apresurada cita.

—Ayer, me tocó a mí —dijo el concejal.

—¿Qué quieres decir?

—Ayer por la tarde, me visitó Manuel Salas...

—¿Y?

—Imagínatelo. Me dijo que tenía pruebas del dinero que había recibido de diversos promotores. Me dio detalles muy precisos.

—¿Y qué te pidió?

—Que, bien este Departamento, bien el Ayuntamiento, contratase para las campañas informativas y de publicidad a una determinada agencia.

—¿Cuál?

—Argos Mind.

—No la conozco...

—Yo, sí. Es una agencia seria y muy respetada...

—¿El Ayuntamiento nunca ha trabajado con ella?

—No... Tú ya sabes cómo funcionan estas cosas... No eran amigos, no estaban en el círculo en el que tenían que estar...

—Ya, lo de siempre. ¿Y qué le dijiste a Manuel Salas?

—Dije que tenía que pensármelo y que hoy le contestaría...

—Bueno, ¿y qué has pensado?

—¡Joder! ¡Para eso te he llamado...!

Al abogado, ya le iba cansando el tener que perder el tiempo en menudencias estúpidas.

“Si eres hombre para trincar la pasta, sé hombre también para afrontar las consecuencias...”, pensó para sí mismo, a la vez que empezaba a sentir un indiferente desprecio hacia el concejal.

—Sólo le puedes decir una cosa, Adolfo..., perdona..., Miguel Ángel. Que aceptas.

—Vale, acepto... Y después, ¿qué? Este tío nos tiene pillados a todos. Dentro de un tiempo, puede volver con nuevas exigencias... Y tendremos que ceder nuevamente. Adolfo, ¡tienes que hacer algo!

Adolfo Bello sonrió.

—Ya estoy haciendo algo. Lo que pasa es que esto no lo vamos a resolver en tres días. He hablado con Bernardo, con Esteban y contigo y todos pedís soluciones rápidas. Pero, en cambio, no sois capaces de decir que lo que teníais que haber hecho es mantener las boquitas cerradas. Porque ahora estamos así por un único motivo: habéis hablado más de la cuenta. ¿Estamos de acuerdo? Bien... Ahora, trataré de resolver lo que habéis provocado. Pero no será sencillo. ¿Qué queréis que haga? ¿Que le meta tres tiros a ese tío...? Si hacemos eso, toda la información que tiene saldrá a la luz porque ha dado instrucciones al respecto. ¿Secuestramos a alguien de su familia? Podemos hacerlo... ¿Nos daría la documentación? Seguro. ¿Y qué haría al mismo tiempo? Pues hacer copia de todo y, cuando el familiar esté fuera de peligro, lo mandaría a los periódicos o a los tribunales... Las cosas no son como antes. Antes, si alguien te chantajeaba con unas fotos, podías presionarle de algún modo para que te diera los negativos originales... Ahora, no hay negativos originales... Ahora, lo que hay son ficheros informáticos... Haces mil copias y se acabó. ¿Sois capaces de comprender algo tan sencillo?

A Miguel Ángel Wic le molestó profundamente el monólogo del abogado. No porque no tuviera razón. Al contrario: le molestó porque la tenía. Y había algo que tenía claro: a Adolfo Bello no le pagaban para que desarrollara sus propios razonamientos. Le pagaban para que atendiera a las razones de sus clientes, aunque estuvieran absolutamente equivocados.

—Mira, Adolfo. Es verdad todo lo que dices. Ahora bien, podríamos no hablar, podríamos estar callados, podríamos ser prudentes y discretos... Te digo más: podríamos no aceptar dinero, podríamos limitarnos a cumplir los procedimientos, podríamos ser unos santos varones... Y, entonces, entérate de una puta vez, no te necesitaríamos. E, igual, tendrías que estar limpiando retretes para ganarte la vida. ¿He hablado claro?

Adolfo Bello se dio cuenta de que había sobrepasado un límite que siempre solía respetar. Tocaba dar un (aparente) paso atrás.

—Perdona, Miguel Ángel, no quería que te enfadaras. Sólo pretendía que tuvieras claras las circunstancias y que te dieras cuenta de que, precipitarse, no sirve para nada. Ya tengo a una persona investigando sobre el asunto. Y te aseguro que es un tipo eficaz. Si hay una brecha que podamos aprovechar, él va a encontrarla. No tengo duda alguna. Mientras tanto, hay que aguantar el chaparrón.

La entrevista terminó con los ánimos más calmados. Y con el convencimiento de Adolfo Bello de que tendría que hablar, antes o después, con Manuel Salas.

* * *

La conversación que el abogado aguardaba con impaciencia no tuvo lugar hasta dos meses después de las jornadas de tensión vividas con Bernardo Alonso, Miguel Ángel Wic y Esteban Villa. Las investigaciones de Germán Urondo no habían dado resultados satisfactorios. Manuel Salas vivía con sus padres y la única relación más estrecha que mantenía era con una chica de, aproximadamente, su misma edad. Sin embargo, Germán decía que la cosa no parecía seria. Aparte de eso, no había nada que se pudiera utilizar contra el director de la oficina principal del Banco Continental. Adolfo Bello llegó a la conclusión de que tenía que tener un primer

contacto con él para intentar descubrir algo más. No le fue difícil concertar una cita con él. Sin desvelar sus intenciones, logró que lo recibiera una mañana en el despacho de la sucursal.

—Dígame en qué puedo ayudarle, don Adolfo.

—La verdad es que en nada en particular. Sólo he venido para conocerle...

Manuel Salas se extrañó por lo que había oído.

—Ya, ya... No entiende lo que le he dicho. Lo entenderá si le revelo que soy el, digamos, abogado de don Miguel Ángel Wic, don Bernardo Alonso y don Esteban Villa.

—Comprendo. ¿Y por qué quiere conocerme?

—Curiosidad. Sólo eso. Curiosidad, en un doble sentido, eso sí. Por un lado, tengo que conocer a quien es el principal enemigo de mis clientes. Y esto lo digo sin animadversión. Lo digo con absoluta frialdad. Y con absoluta objetividad. Usted, si quisiera, podría destruir a todos ellos con suma facilidad. Y creo que lo mejor es que tengamos abiertas vías de comunicación. Algo así como el teléfono rojo en tiempos de la guerra fría... ¿Logro explicarme?

—Sí, sí, perfectamente...

—Por otro lado, tengo que admitir que me ha impresionado lo que usted ha hecho. De manera inopinada, ha entrado a formar parte de la élite dirigente de esta ciudad.

En este punto, la sensación de extrañeza de Manuel Salas se incrementó exponencialmente.

—Perdone, pero me he perdido...

—No, no se ha perdido. Ha comprendido mi afirmación a la primera. Lo que sucede es que no se la acaba de creer. Mire. Para formar parte de la élite local, se precisa tener contactos, información y un cargo respetable. Usted dispone de los tres requisitos. Es verdad que, en virtud del cargo que ostenta, el camino habría tenido que ser un poco más lento. Tampoco es usted rico. Por lo tanto, habría que tenido que dedicar bastante tiempo en asistir a numerosos actos sociales, ganar favores, entablar relaciones de conveniencia... Hasta que hubiera llegado el momento en que, tras haberse arrastrado lo suficiente, los oligarcas lo hubieran aceptado como uno de los suyos. Créame, sé de lo que hablo...

Adolfo Bello rio de buena gana.

—En cambio, usted, en vez de llamar al timbre para que lo dejaran entrar en la sede de un grupo selecto, ha dado una patada en la puerta y ha aposentado sus reales en ella... Mi más sincero aplauso.

Manuel Salas nunca había visto su acción desde ese punto de vista. Ahora, descubría que tenía ante sí posibilidades que no había imaginado.

—Señor Salas, le dejo mi tarjeta. Le prometo que seguiremos estando en contacto. Sólo le pediría una cosa: que, antes de hablar con algunos de mis clientes de cara a utilizar lo que sabe, hable primero conmigo. Le aseguro que no se arrepentirá.

Tras abandonar el despacho de Manuel Salas, Adolfo Bello tuvo claras dos conclusiones.

“Es inteligente. Pero, también, orgulloso y vanidoso”, pensó. “Es decir, tiene un punto débil”.

16

Día 8 (II)

Javier Tortosa estaba citado por la tarde en la comisaría. Silva y Gómez sabían que iba a haber que presionarle al máximo, sobre todo cuando, tres días antes, no había manifestado ninguna intención de colaborar. Con todos los detalles que les había contado por la mañana Mauricio Cavestany, tendrían que exprimir al directivo del banco para sacarle toda la información posible.

Cuando Javier Tortosa entró en el despacho del inspector, su aspecto era arrogante y altanero. Estaba claro que quería ponerse firme frente a la avalancha que se le iba a venir encima.

—Siéntese, señor Tortosa.

Javier Tortosa se sentó. Pero Silva permaneció callado un buen rato. Abrió su libro de poemas y empezó a leer:

—“Emplearemos nuestra alma en sutiles intrigas/y demoleremos más de una pesada armadura,/antes de contemplar a la gran Criatura/¡cuyo infernal deseo nos llena de sollozos!”

El directivo no habló, convencido de que, mientras que no cediera su posición, no tenía nada que temer.

—Hace tres días, sólo teníamos una ligera idea de muchas de las cosas que había detrás del robo a la sucursal. Sin embargo, hoy todo es distinto. Tenemos pruebas, tenemos datos y tenemos testigos. Así que sus opciones se van reduciendo, señor Tortosa.

—Les repito lo que ya les dije el viernes. ¿Tienen algo de lo que acusarme? Si es así, debería llamar a mi abogado, ¿no?

Silva cogió el teléfono y lo puso frente a Javier Tortosa.

—Llámelo. Ahora mismo.

Silva logró su objetivo: la duda asomó en los ojos del interrogado.

—¿Por qué no llama? —insistió Silva.

—Hay tiempo. Quisiera saber antes qué mentiras se han tragado con el afán de concluir esta investigación de un plumazo...

—¿Mentiras? ¿Es mentira que usted cobró un millón novecientos veinte mil euros del promotor Esteban Villa? La causa de tal pago fue la concesión de cuatro operaciones de préstamo por parte de su banco. El punto en el que se produjo la entrega fue la primera área de servicio de la Autovía del Norte, a la salida de la ciudad. Bernardo Alonso le entregó trescientos mil euros. Su banco financió la ampliación del Centro Comercial El Collado. El señor Alonso prefirió realizar la entrega en sus propias oficinas. La cantidad que le tuvo que dar Francisco Montiel fue, en total, un millón doscientos mil euros. El lugar elegido fue un reservado del Restaurante La Vereda. Todo ese dinero no era íntegramente para usted. Lo repartió con cuatro de sus superiores. ¿Quiere que siga?

Javier Tortosa miró fijamente a los ojos al inspector Silva.

—No tiene pruebas de lo que está diciendo.

Tomó el teléfono para llamar. Pero sus movimientos eran tímidos y dubitativos.

—¿Podría usted asegurar, sin asomo de duda, que no tenemos pruebas? —dijo Silva—. Tenga en cuenta una sola cosa: si un abogado se presenta aquí, los procedimientos se pondrán en marcha. Y si lo hacen, usted dormirá esta noche en la cárcel. Mañana, probablemente, podrá salir en libertad bajo fianza. Para entonces, en la cúpula de su entidad, ya se estarán haciendo muchas preguntas y, probablemente, más de uno dejará estar en el cargo que ocupa actualmente. ¿Quiere que hagamos apuestas sobre ello?

Javier Tortosa mantenía la mano dispuesta a levantar el auricular. Pero, simultáneamente, pensaba sobre sus opciones.

—Créame, nuestro interés, ahora mismo, no es llegar a eso —continuó Silva—. Nuestra preocupación es el robo de la sucursal y localizar a quienes estén implicados en él.

—¿Qué se piensa? ¿Que soy imbécil? Si tienen pruebas de todo lo que me han dicho, estoy acabado. Hable ahora o no hable.

—La diferencia radica en que, si colabora ahora con nosotros, le puede servir de ayuda en el futuro. Si ahora se cierra en banda, ello sólo le perjudicaría a largo plazo. Y tenga en cuenta una cosa: no estamos hablando sólo de un robo y una trama de corrupción. Hablamos, también, de tres muertes...

—¿Tres muertes? —preguntó, sorprendido, Tortosa.

—Sí, tres muertes. Aparte de las de Manuel Salas y Carlos Fernández Trevi, ha habido un tercer asesinato. No hemos hecho público que está relacionado con el atraco. Como comprenderá, son demasiados cadáveres para que todo el mundo empiece a irse de rositas.

La primera señal (casi imperceptible) de desesperación apareció en el gesto de Javier Tortosa.

—Yo no sé nada del atraco —dijo el directivo.

—Es posible —dijo Silva—. Nunca hemos dicho lo contrario. Nuestras preguntas han sido más específicas.

–¿Qué quieren saber?

–Lo que ya sabemos es que Manuel Salas le chantajeó para no ser despedido. ¿Estamos de acuerdo?

Javier Tortosa asintió con la cabeza.

–¿Eso quiere decir que sí, señor Tortosa?

–Sí, sí, sí... Así pasó.

–Bien, vamos por buen camino –Silva tuvo que contener su satisfacción. La fortaleza ya estaba cediendo—. ¿Qué le exigió a cambio de su silencio? ¿Tan sólo permanecer en su puesto de trabajo?

–No. Creo que perdió la cabeza. Me pidió, al principio, seis millones de euros. Me dijo que recaudara esa cantidad entre los directivos de la entidad que habían recibido cobros. Me prohibió taxativamente que hablara del tema con alguien de fuera del banco. Es decir, no podía hablar con ninguno de los promotores que habían pagado para cubrir la cantidad solicitada. Al final, lo que se pudo reunir fue dos millones cuatrocientos mil euros. Dio por buena la cifra.

“Así que el bueno de Braulio Santisteban tenía razón. ¡¡¡Viejo zorro...!!!”, pensó para sí Tomás Silva.

–¿Y usted siguió a rajatabla esa prohibición? –preguntó el inspector a Javier Tortosa.

–Sí. No me atrevía a saltármela por miedo a lo que pudiera pasar. Además, no me fiaba de los promotores. No tenía seguridad en que fueran discretos. Estaba convencido de que se irían de la lengua. Y no sabía los contactos que tenía Manuel Salas para haber podido acceder a toda esa información. ¿Cómo podía confiar en que no llegara a sus oídos que había incumplido sus instrucciones?

–¿Qué más le pidió?

–Que Marcos García no fuera despedido.

–¿Le dijo por qué estaba interesado en la continuidad de, precisamente, ese compañero?

–No. Jamás me reveló el motivo.

–¿Qué sucedió después?

–Básicamente, nada. Se le entregó el dinero. Y todo siguió con la máxima normalidad. No me gustaba tener una bomba de relojería debajo de mi cama. Pero poco podía hacer al respecto.

–¿No trató de hacer ningún tipo de averiguación sobre cómo había podido obtener Manuel Salas esa información?

–No quise arriesgarme.

–Señor Tortosa, ha sido usted quien ha dicho lo de la bomba de relojería bajo su cama... ¿Cuánto tiempo hace del chantaje al que le sometió Manuel Salas?

–Hará unos diez meses... Sí, diez meses, más o menos...

–¿Y en esos diez meses ni usted ni sus superiores han hecho nada para intentar poner fin a la amenaza que se cernía sobre ustedes? Me quiere hacer creer que no han investigado, que no intentaron llegar a un acuerdo definitivo con Manuel Salas para que les entregara toda la documentación, que no movieron un dedo... Permítame que les diga que no me lo creo.

–¿Qué podíamos hacer? Nos tenía pillados por sálvese la parte... Y no sabíamos cómo había podido suceder. ¿Cómo íbamos a actuar a ciegas?

Silva se dio cuenta de que no había más opciones de avanzar. Lo que había dicho Javier Tortosa era más de lo que esperaba y menos de lo que necesitaba. De momento, hasta ahí habían llegado.

–Bien, señor Tortosa, firme su declaración –dijo el inspector–. Por hoy, hemos terminado...

* * *

–¿Cree usted que Javier Tortosa ha dicho toda la verdad, jefe? –preguntó Gómez.

–Nadie dice nunca toda la verdad. Sin embargo, tampoco creo que haya mentido demasiado. Lo que nos ha contado tiene una lógica interna irreprochable y coincide exactamente con lo que nos relató Mauricio Cavestany. Manuel Salas intentó aislar el chantaje que hizo a sus superiores del chantaje que hizo a los promotores y a los responsables del Departamento de Urbanismo. ¿Por qué? Porque, si no aislaba ambas maniobras, corría el riesgo de que se supiera dónde se había producido la filtración. Como ya sabíamos, Francisco Montiel no fue objeto de extorsión alguna. Si lo hubiera sido, hubiera averiguado que su documentación había sufrido algún tipo de, vamos a decir, expolio. Y, entonces, las sospechas hubieran podido recaer sobre Mauricio Cavestany...

–Es decir, –intervino Gómez– quiso proteger a su fuente.

–Exacto. Desde ese punto de vista, lo que ha contado Javier Tortosa es coherente.

–Pero usted ha dudado sobre su inacción posterior...

–Sí. No veo claro ese punto. Tendremos que interrogar a los superiores implicados en la trama y comprobar si son igual de convincentes. A lo mejor, Javier Tortosa no hizo nada por profundizar en los hechos. Pero, respecto a sus superiores, no podemos afirmarlo aún.

En ese momento, sonó el móvil del inspector. Era la agente Robles.

–Sí, Robles, dígame... ¿Cómo...? Sí, me acuerdo... ¿Me está diciendo que el electricista al que le robaron la furgoneta se ha presentado en el taller? ¿Y que, ahora, el mecánico y él van juntos a algún sitio? Bien, sígales... Gómez y yo vamos a salir para unirnos a usted y a Soriano... ¿Lo ha oído, Gómez? Ha saltado la liebre donde menos esperábamos... A lo mejor, acabamos bien el día...

Carlos, alias *Charli*, alias *El Guapo* (IV)

Según una noticia aparecida en *20 Minutos* el 6-9-2005, haciendo referencia a la Memoria de 2004 de la Fiscalía Antidroga y a un informe de la ONU, España era el país que más cocaína consumía en el mundo. En todo el planeta, habría, en esa fecha, unos 13,3 millones de consumidores y, en España, la cifra ascendería a 1,1 millones, un 2,6% de la población.

La película o, mejor dicho, las películas, no tuvieron el éxito que todos deseaban. Así que *Charli* tuvo que volver a replantearse su futuro. Estaba un poco harto de los trapicheos que manejaba antes de entrar en la cárcel. Y decidió que tenía que pensar más a lo grande. Y, sobre todo, debía dejar de asociarse con inútiles y perdedores. Tenía que entrar en algún negocio que, tras seis o siete años de dedicación en serio, le permitiera instalarse por su cuenta. Así que lo primero que se propuso fue aprender, además de dejar de fumar hierba (consideraba que debía estar liberado de todo y no estar enganchado a nada).

A través de *El Sabio*, fue conociendo a gente que se movía en ámbitos muy diversos. Empezó tratando con alguien que traficaba con cocaína.

—Si quieres dinero rápido, esta es la vía —le dijo *El Sabio*—. Date cuenta que quienes compran tienen pasta. Son potentados. Nada de yonquis desesperados... Además, ello te permitirá hacer buenos contactos. Yo creo que tú sabrás moverte en ese mundo. Tienes planta y don de gentes... Además, el hecho de que hayas trabajado en el cine te puede ayudar bastante.

Hasta cierto punto, *El Sabio* tenía razón. Durante el año y medio que estuvo bajo las órdenes de Paco *El Zurdo*, *Charli* conoció a empresarios de éxito, periodistas de prestigio, políticos de relumbrón y famosos de toda índole. Empezó a frecuentar fiestas antes inaccesibles, reuniones a las que nunca antes había imaginado acudir y pudo entrar en casas que, hasta entonces, sólo había podido ver de lejos y casi de reojo. Pero en lo que *El Sabio* no estuvo atinado fue en decir que sus clientes no iban a ser “yonquis desesperados”. Eran yonquis, estaban tan desesperados como cualquier adicto pero, eso sí, vestían ropa de marca, se habían duchado por la mañana y usaban perfumes a cien euros el frasco. *Charli* nunca se dejó engatusar por unas formas y modales que, bajo la superficie, escondían la determinación de asesinar a quien fuera menester, si ello era necesario, para esnifar un poco de polvo blanco. Un día, lo que era una pura intuición, casi se convirtió en realidad. Fue a llevar la mercancía a un chalet de la zona este de la ciudad. El destinatario era Sebastián Alonso, el hijo del propietario de un importante centro comercial. No le gustó lo que vio nada más llegar. Seis jóvenes (tres chicos y tres chicas) desatados ante la ausencia de los mayores, el hijo del señor Alonso intentando ser

el macho alfa del grupo y todos dispuestos a derribar orgullos ajenos y levantar pedestales propios. Y todo, regado previamente con abundante alcohol.

—¿Qué? ¿Me traes lo que os he pedido? —dijo Sebastián, de modo artificialmente prepotente.

—Sí, aquí está —contestó *Charli*, deliberadamente contenido.

—Quiero probarla antes. No vaya a ser que sea una mierda...

Sebastián Alonso miró hacia atrás con intención de presumir de su dominio de la situación.

—De acuerdo, sin problema.

Charli, a pesar de su tranquilidad, estaba preparado para cualquier contratiempo.

—Bien, bien, es buena —dijo Sebastián Alonso tras esnifar una muestra—. La puedes dejar. Como ya le dije a Paco, os la pagaré la semana que viene.

“Ya está aquí el lío...”, pensó *Charli*.

—Esas no son las instrucciones que tengo.

—¿Cómo que no? Ya te he dicho que tengo hablado con Paco que la semana que viene, sin falta, le doy el dinero.

—Le repito que esas no son mis instrucciones. Me han dicho que sólo dé la mercancía si se paga al contado.

—Pero, bueno, ¿quiénes os creéis que sois? ¿Qué vais a decirme? ¿Que no os fiáis de mí?

—Yo ni me fío ni dejo de fiarme. Yo soy un simple mandado. A mí me han dicho que deje las papelinas si me dan el dinero. Si no hay dinero, no hay papelinas. Lo siento.

—Vamos a llamar a Paco. Verás como confirma lo que te estoy diciendo, gilipollas...

—Inténtelo. Pero Paco no va a coger la llamada.

—¿Cómo que no va a coger la llamada?

—Paco no habla de estos temas por teléfono. Por elementales razones de seguridad...

Los amigos de Sebastián, sentados en un sofá, reían y hacían bromas sobre la situación. A *Charli*, en cambio, no le hacía ninguna gracia.

—Coge la llamada, coge la llamada... —decía Sebastián Alonso, visiblemente exaltado, mientras intentaba contactar con Paco *El Zurdo* a través del móvil.

—Ya se lo he dicho. Paco nunca va a hablar de estos temas por teléfono...

—Está bien, muy bien. ¿Quieres tu dinero? Tendrás tu dinero... Ni sabes quién soy yo, ni sabes quién es mi padre... Esto me pasa por querer hacer tratos con una pandilla de muertos de hambre...

Charli, aunque se mantenía imperturbable, estuvo bastante intranquilo todo el tiempo. Sólo cuando Sebastián Alonso pareció ceder, se calmó un poco.

Sin embargo, la noche se obstinó en seguir siendo enrevesada. Sebastián Alonso se presentó con una pistola y le apuntó a la cabeza, a la vez que los nervios estaban a punto de hacerle estallar las sienes.

—Ahora, ¿qué pasa? ¿Qué pasa, eh? ¿Quién manda aquí?

Las caras de sus amigos quedaron demudadas por el espanto. Una de las chicas, intentó acercarse para hacerle desistir de su cabezonada.

—Sebastián, déjalo ya. Baja la pistola y deja que este tío se marche... No te compliques la vida...

—Si yo no me estoy complicando la vida. Se la ha complicado él solito...

Charli se estaba ya cansando de tanta tontería. Así que, aprovechando un breve descuido, le agarró a Sebastián Alonso la mano en la que tenía la pistola, le torció con violencia la muñeca y logró arrebatarle el arma. Después, se llevó la mano a la espalda y sacó su propia pistola. Mientras el chico todavía se retorció de dolor en el suelo, todos sus amigos se arrinconaron en una esquina del sofá. Una de las chicas rompió a llorar.

—A ver, no quiero problemas. Dame de una puta vez el dinero y ponemos fin a tanta pérdida de tiempo...

—Es que aquí no hay dinero... —logró decir Sebastián Alonso, que ya estaba recuperándose del daño y del susto.

—Mira, chaval. Vamos a dejar las cosas claras. En un minuto, quiero tener el dinero en mi mano. Si no es así, te dispararé al pie izquierdo...

Algunos de sus amigos empezaron a gritar de forma histérica.

—Y si, un minuto después, sigo sin tener el dinero, te dispararé al pie derecho. Después, me quedan tus rodillas, tus manos, tus codos... ¿Te enteras?

—No, no, espera... Voy a ver si hay algo en el despacho de mi padre...

—Vale, vamos los dos para allá. Y a vosotros no se os ocurra hacer ninguna tontería que dejo a vuestro amigo como un colador.

Los jóvenes asintieron con la cabeza como títeres rotos manejados por una mano aterradora.

A partir de ahí, todo se resolvió rápidamente. Sebastián Alonso fue derecho a un cajón del escritorio del despacho, empezó a contar los billetes y se los dio a *Charli*. Este, permanentemente en guardia, volvió a la entrada de la casa. Tras quitarle las balas, tiró la pistola del joven al suelo. Después, arrojó también a su lado las papelinas.

—Que os divirtáis. Buenas noches.

* * *

—No tienes cabeza, *Charli*, no tienes cabeza —dijo *Paco El Zurdo*.

—¿Cómo que no tengo cabeza? Tú me dijiste que el cliente tenía que pagar al contado.

—Cierto. Pero si la cosa se complica, no es cuestión de que lo amenaces con agujerearle todo el cuerpo. Le dejas la “coca”, te vas, me cuentas lo que ha pasado y ya me encargaré yo de que pague.

—Eso es la primera vez que me lo dices desde que trabajo para ti...

—Coño, es que tampoco creo que deba decirlo todo al detalle. Cuento con que mi gente tenga un poco de sentido común...

“Lo de siempre”, pensó *Charli*. “Todo se dice a medias y te dejan que decidas tú. Después, a toro pasado, siempre te has equivocado. De ese modo, los jefes no se equivocan nunca”.

—Vale, *Paco*, vale. Ya lo sé para otra vez. No volverá a suceder.

—Eso espero.

* * *

Esa misma noche, se encontró con *El Sabio* y le preguntó por los sitios donde él podía meter la cabeza: se había hartado de *Paco El Zurdo* y de su negocio.

—Lo de ayer, fue la gota que colmó el vaso —dijo *Charli*—. ¿Sabes lo que sucede? Que, con esta puta crisis, el dinero ya no corre como antes y todo el mundo anda encabronado.

—Esto es un bache —dijo *El Sabio*—. Pronto pasará...

—No te creas. El otro día, llevé “coca” a un compositor que vive en la costa. Es un tipo que viaja bastante por todo el mundo. Parece ser que, en todos los sitios, se dice que esto va para largo. Y que, aquí, en este país, va a ser todavía peor. Me habló que, hasta dentro de diez años, no nos vamos a recuperar....

—¡¡¡Diez años!!! ¡Venga, hombre...!

—Eso me dijo... Y se le ve que es un tío que sabe. No es ningún payaso...

—No sé qué decirte. Nada es eterno. Todo es temporal. Esta situación no se puede prolongar hasta el infinito. Alguna vez, todo renacerá como ave fénix. Diez años me parecen muchos...

—¿Y si ese tío tuviera razón?

—A lo mejor, la solución sería ir a un lugar donde nuestras necesidades se redujeran al mínimo, donde nuestros recursos se pudieran estirar al máximo... Un lugar donde pudiéramos vivir simple y sencillamente...

—¡No digas tonterías! ¿No sabes de algo que pudiera hacer?

- ¡Te falta perspectiva, *Charli*! Mira, *El Tano* necesita un vigilante en El Paraíso...
- ¡No me jodas! ¿Dónde quieras que me meta? ¿De vigilante en un burdel?
- Es lo que hay, *Charli*... Y creo que la visión permanente de la belleza femenina te puede inspirar...
- Vale, hablaré con *El Tano*... Ojalá que tengas razón con lo de la belleza femenina...

18

Día 8 (III)

A la vez que el cristal de la luna delantera del vehículo se iba haciendo añicos, Robles y Soriano, más por instinto que por decisión racional, salieron atropelladamente, abrieron las puertas y se resguardaron detrás de ellas. El mecánico, con la pistola aún humeante, empezó a caminar hacia atrás y volvió a entrar en la furgoneta. Esta huyó a gran velocidad, aprovechando el desconcierto de los agentes.

A duras penas, casi inmovilizada por la impresión causada por la inesperada explosión de violencia, Robles logró pasar aviso a la central y dar los datos del vehículo en fuga. No pasó más de cuatro minutos, cuando llegaron Gómez y el inspector Silva.

—¿Cómo están? —preguntó el inspector—. Hemos oído por radio el aviso del tiroteo.

—Estamos bien. Ha sido el mecánico del taller, jefe —dijo la agente Robles—. Se daría cuenta de que les seguíamos y salió de la furgoneta y empezó a dispararnos...

—¿Pudieron ver hacia dónde huyeron?

—Sí, siguieron por esta carretera, continuaron en la misma dirección por la que iban...

—Súbanse a nuestro coche y vamos a intentar recuperarles el rastro...

Gómez conducía a gran velocidad, con el fin de recuperar el tiempo que los otros habían logrado de ventaja.

—Si se han arriesgado a llamar la atención, es porque estábamos cerca de algo importante —dijo Silva—. Tenemos que dar con ellos como sea...

Pero el vehículo parecía haber desaparecido de la faz de la tierra.

—Maldita sea... —dijo Silva—. ¿Dónde se han podido meter? Siga un poco más adelante, Gómez... A ver si tenemos suerte...

La carretera estaba a punto de desembocar en una salida a la autovía.

—¿Qué hacemos, jefe? ¿Me incorporo? ¿Voy por alguno de los caminos vecinales que hay a ese lado?

—Creo que no tiene sentido incorporarse a la autovía —dijo Robles—. Si hubieran querido tomarla, al salir del taller no se hubieran dirigido a esta carretera. Hubiera sido un rodeo absurdo...

—Es decir, lo que sea no puede estar lejos... —dijo Silva.

—Inspector, se me ocurre algo... —dijo Soriano—. Uno de los socios de *Charli* tenía un club de carretera cerca de aquí, el Club Venus...

—Un prostíbulo, vamos... —dijo el inspector.

—Sí, básicamente... ¿No le parece casualidad que hayan venido a esta zona?

—Sí, demasiada casualidad. Guénos, Soriano, que vamos para allá...

En la rotonda donde terminaba la carretera, cambiaron de sentido y volvieron sobre sus pasos. A mitad de camino hacia el punto donde Robles y Soriano habían tenido el incidente, tuvieron que desviarse e ir por una vía estrecha bordeada por escasas edificaciones.

—¿Ven esa casa a unos cien metros? Ahí es... —dijo Soriano.

—Pare aquí, Gómez —dijo Silva—. Me acerco para ver cómo anda el ambiente.

Diez minutos después, el inspector volvió al coche.

—Ha tenido una buena idea, Soriano. La furgoneta está aparcada detrás del club... Gómez y yo entraremos por la puerta principal. Ustedes dos, vayan por detrás para ver qué encuentran...

* * *

Cuando Silva y Gómez entraron, no había ningún cliente. Sólo había cinco o seis chicas de las que trabajaban allí, cerca de la barra, y dos hombres. Uno de ellos, corpulento y de facciones duras, parecía ejercer las funciones de vigilante. El otro era, en principio, el camarero (quizás, también podía ser el encargado del club). Ambos se percataron de que, quienes estaban entrando al local, no pretendían contratar los servicios de ninguna de las jóvenes. El camarero realizó un gesto a su compañero y se acercó a los dos policías.

—¿Qué desean?

Silva mostró su placa.

—Estamos buscando a dos personas que han podido entrar aquí hace unos diez minutos, más o menos...

—Aquí no ha entrado nadie. Es temprano para la hora en que esto se anima...

—¿Me asegura, entonces, que nadie ha entrado?

—Efectivamente, inspector...

—Muy bien. Pues, entonces, nos tendremos que llevar detenidos a usted y al tío cachas... Porque la furgoneta donde ha huido un santo varón que ha disparado a dos de nuestros agentes está aparcada justo detrás del club... Entiendo que, si nadie de fuera ha entrado, eran ustedes quienes la han traído aquí, ¿no?

El camarero hizo un gesto de contrariedad. Silva había contemplado, muchas veces, gestos similares. Era el reconocimiento de los que habían visto venir un problema y, en cambio, habían caído en él como unos incautos.

—Está bien —dijo el camarero—. No quiero líos, ¿OK? Tengo una familia, tengo dos hijos pequeños... Sólo por eso, trabajo aquí... Pero...

—Abreviemos. Están arriba, ¿no?

El camarero estaba aún indeciso. Sabía que estaba entre la espada y la pared. Estaba a punto de romper el código de silencio que le habían impuesto sus jefes. Pero, al mismo tiempo, la policía los había pillado con las manos en la masa. O hablaba u optaban por empezar un intercambio de tiros que no le hacía ninguna gracia. Y no había margen para improvisar. La mirada fija de Silva en sus ojos, así lo advertía.

Sin embargo, no hizo falta que el camarero dijera nada. Los gritos y disparos en la planta superior irrumpieron en el silencio tenso, avisando de que la espiral se había desencadenado sin que nadie la hubiese puesto en marcha.

Silva y Gómez sacaron sus pistolas y se dispusieron a subir por la escalera cuando, al mismo tiempo, alguien bajaba por ella con el rostro demudado por el pánico. Cuando vio a los dos policías, con las armas apuntándole, se puso de rodillas con los brazos en alto.

—Tranquilos, tranquilos... No voy armado... No voy a hacer nada...

Gómez reconoció de quién se trataba.

—Es el electricista, jefe...

—Póngale las esposas. Yo voy arriba para ayudar a Soriano y a Robles...

Cuando Silva llegó arriba, se encontró con un corto tramo de pasillo que giraba en una primera esquina. Se pegó a ella y, sigilosamente, se fue asomando para observar qué sucedía en el siguiente corredor. Al final del mismo, estaban Soriano y Robles, demandando a alguien que se entregara. Silva se acercó a ellos y pudo ver algunas señales de disparos en la pared.

—¿De quién se trata? ¿Del mecánico? —preguntó el inspector.

—Sí, jefe —respondió Robles—. Accedimos por una escalera de incendios y nos lo encontramos saliendo del servicio... Nada más vernos, empezó a disparar...

—¿Volvió a entrar al servicio?

—Sí. Pero bien poco puede hacer ahí...

—Soriano, vaya detrás, no sea que pueda escapar sin que nos demos cuenta... Y díglele al camarero que suba...

Al cabo de unos segundos, este apareció con una expresión de mayor preocupación aunque, paradójicamente, más relajado (lo cual era lógico: se había librado de la tesitura de tener que delatar a quienes se ocultaban en el establecimiento).

—¿Se puede salir desde el servicio hacia fuera? —preguntó Silva.

—Es imposible. Sólo hay una ventana pequeña y está enrejada.

—¿Hay alguien más en alguna de las habitaciones?

—Sí, hay un hombre de unos sesenta años...

—¿Quién es?

—No lo sé. La semana pasada, me dijeron que esa persona debía permanecer escondida aquí y que no debía revelar a nadie su paradero...

—¿Está por su propia voluntad?

Breve silencio.

—Me temo que no.

—¿Cómo que se teme que no? O está o no está...

—Las veces que lo he visto estaba como ido. Apenas hablaba... Es verdad que me dieron instrucciones para que la habitación permaneciera todo el tiempo cerrada y que no se le dejara salir bajo ningún concepto... Pero, sinceramente, tampoco parecía ofrecer mucha resistencia...

—¿Dónde está?

—En la última habitación a la derecha.

—Justo enfrente donde está encerrado nuestro amigo, ¿no?

—Sí, así es.

—Vale, ya puede bajar...

Silva pidió refuerzos a la central. En unos quince minutos, estarían allí. Su intuición le decía que debía resolver el problema antes de que llegaran los efectivos. Así que decidió hablar con quien pretendía resistir en un cuarto de baño.

—¿Me oye? Me llamo Tomás Silva. Soy inspector de la policía... ¿Cómo se llama usted?

Prefirió permanecer callado.

—Mire, es inútil que no se entregue. No tiene posibilidad alguna de escapar. No deseamos hacerle daño. No queremos recurrir a la violencia. Si usted quiere, esto podría concluir en un minuto sin pegar un solo disparo...

—No me joda, inspector... No pienso ir a la cárcel... Si vienen a por mí, antes me llevo por delante a unos cuantos...

—¿Y qué va a conseguir con eso?

No hubo respuesta.

—¿No quiere contestarme? Se lo vuelvo a preguntar: ¿qué conseguiría con eso? Si se entrega voluntariamente, será un tanto a su favor. De cualquier modo, lo vamos a detener. Y si llega a herir o matar a algún policía, la condena será bastante larga. La decisión es sólo suya. Pero, me parece, que la decisión inteligente es no prolongar una situación que sólo puede perjudicarle.

Tampoco habló. Sin embargo, al cabo de unos segundos, entró en razón.

—De acuerdo. Voy a salir...

—Bien, creo que es una decisión acertada. Primero, arroje la pistola. A continuación, salga con las manos en alto.

Siguió las instrucciones obedientemente. Con la puerta entreabierta, el arma fue a parar a mitad del corredor. Tímidamente, fue saliendo y, con los brazos levantados, dio unos pasos breves e inseguros. Robles y Silva, apuntándole con sus armas, se acercaron y lo esposaron. El inspector intentó entrar en la habitación donde estaba el posible secuestrado pero no pudo acceder a ella.

—¿Tiene usted la llave de esta puerta? —preguntó al detenido.

—Sí. Aquí, en el bolsillo de la camisa...

La habitación estaba en penumbra. Pero, tras unos instantes, pudo ver a un hombre tendido en una cama. Estaba vestido y se había acostado sobre la misma colcha. Se inquietó cuando vio una caja de pastillas vacía al pie de la mesilla y le tomó el pulso y miró sus pupilas.

—¡¡¡Robles...!!!¡¡¡Llame a Emergencias Sanitarias!!! Y venga para acá... Me tiene que ayudar a reanimar a este hombre...

Sólo cuando encendieron la luz del cuarto y empezaron a abofetearle la cara para intentar que volviera en sí, reconocieron a quien se había querido suicidar. Se trataba de Marcos García.

**Carlos, alias *Charli*, alias *El Guapo*
(V)/Bernardo Alonso (III)**

Según un artículo publicado en la revista TIEMPO, Nº 1.425 (Semana del 11 al 17 de septiembre de 2009) España era el país desarrollado en que más personas pagaban para obtener a cambio servicios sexuales. El artículo hacía referencia a un estudio realizado en 2008 por el Instituto de Salud Carlos III, el cual afirmaba que uno de cada cuatro varones reconocía haber contratado al menos en una ocasión el servicio de una prostituta y que un 5,7% lo había hecho en el último año. Estos porcentajes eran bastante más elevados que los obtenidos en encuestas similares realizadas en otros países.

El trabajo de *Charli* en El Paraíso no estaba mal del todo. En primer lugar, le pagaban bien. En segundo lugar, el único inconveniente (y era llevadero) era poner en su sitio a unos cuantos pringados que, con varias copas de más y sobrevalorando sus niveles de testosterona, se dedicaban a hacer el ganso en el puticlub y que acababan saliendo calentitos de allí. Además, en el fondo, le gustaba la sensación de dominio que ejercía en el prostíbulo. Gente que llegaba allí de forma arrogante y sobrada de prepotencia, tenía que irse humillada y con el rabo entre las piernas gracias a la convicción que emanaba de sus puños. Asimismo, aunque se comportaran de forma impecable, no acababa de sentir respeto por los clientes que allí acudían: le parecía un espectáculo patético que unos hombres tuvieran que pagar para poder tener sexo. Finalmente, el marcar distancias y mirar por encima del hombro a las chicas que trabajaban en el club le daba la oportunidad clara de establecer una jerarquía, de señalar que él se hallaba en un rango superior respecto a quienes comerciaban con su cuerpo para ganarse la vida. En resumen, se podía decir que se sentía en su salsa.

De vez en cuando, conseguía un dinero extra por hacer algún trabajo fuera de lo habitual. Lo normal era que tuviera que llevar a alguna de las chicas a un domicilio particular. Ello exigía discreción y saber estar porque la petición solía partir de ricos caprichosos (aunque, quizás, todos los ricos lo fueran) que exigían un trato especial y que se mostraban dispuestos a pagarlo bien si el servicio les satisfacía. A *Charli*, le llamaba la atención que, con independencia del precio acordado, el cliente quería reservarse siempre la posibilidad de pagar una cantidad adicional en concepto de gratificación por ir más allá del estricto cumplimiento del deber. *Charli* llegó a comprender que ello era una demostración de poder. Si te limitas a abonar lo pactado, eres uno más del rebaño. Si consigues un descuento o pagas de más porque has

quedado contento, te conviertes en alguien especial, en alguien que se diferencia del resto de borregos que, simplemente, siguen las indicaciones del pastor.

En una ocasión, *El Tano*, personalmente, iba a llevar a dos de las chicas a un servicio especial. Cuando ya se disponía a salir, recibió una llamada. Se trataba del encargado de uno de los clubs que tenía a las afueras de la ciudad. Se había presentado la policía y lo había cerrado.

—Maldita sea —dijo *El Tano*—. *Charli*, ven aquí. Sube conmigo a mi despacho.

Charli vio cómo *El Tano* abría la caja fuerte y sacaba dos fajos de billetes.

—Tienes que llevar a Vanesa y a Samanta a la Urbanización La Hacienda. En el navegador, ya está puesta la dirección. No tienes más que seguir las indicaciones...

—¿Qué ha pasado, jefe? —preguntó *Charli*.

—La pasma me ha cerrado el Club Venus.

—¿Por qué? ¿Qué ha sucedido?

—Ha habido una pelea. Ahora, tendré que repartir un poco de pasta para que todo se calme... *Charli*, te pido lo de siempre. Se trata de un tío con el que quiero quedar de puta madre, ¿de acuerdo?

—Sí, *Tano*, no te preocupes...

—Ya sabes que te lo pagaré bien...

—Sí, jefe, no hace falta que me lo diga.

* * *

Sólo cuando estaba cerca de su destino, *Charli* se dio cuenta de que se dirigía a la casa de Bernardo Alonso. Fue como si un nudo de alambre de púas se le hubiera hecho en el estómago.

—Chicas, ¿sabéis quién es el cliente que os ha llamado?

—¿Por qué preguntas eso, *Charli*? —preguntó Vanesa.

—¿Qué tiene de malo?

—Es que nunca lo preguntas.

Ninguna de las chicas quiso responder. Cuando llegó al domicilio marcado por el navegador, llamó a través del portero electrónico. La cancela se abrió automáticamente. El lujoso automóvil, tras atravesarla, se colocó frente al chalet. *Charli* salió de él y se dirigió a la entrada. Su dedo pulsó el timbre. Quizás, por primera vez en su vida, durante unos breves segundos, rezó para sí mismo para que no fuera Sebastián Alonso la persona que abriera la puerta. La espera se le hizo casi eterna. Al final, una vez que oyó cómo alguien accionaba la cerradura y

cómo la hoja giraba sobre sus bisagras, un señor, de poco más de cincuenta años, apareció ante él.

—Buenas noches —dijo *Charli*—. Me parece que nos esperaba.

Bernardo Alonso adoptó una actitud de cautela.

—Yo esperaba a otra persona...

—*El Tano* no ha podido venir. Le ha surgido un imprevisto. Me ha enviado a mí.

—Está bien... No hay problema...

—¿Quiere que las chicas entren ya?

—Sí, por supuesto.

Charli volvió al coche y le abrió las puertas a las chicas (todo tenía que estar regido por una pátina de caballerosidad y buen gusto). Vanesa y Samanta entraron en el chalet dando besos cariñosos a Bernardo Alonso y diciéndole palabras agradables. El propietario de la casa las invitó a subir al piso superior.

—Yo me quedaré en el coche. Le doy mi número de móvil por si necesita algo: preservativos, bebidas, estimulantes...

—¿Para qué te vas a quedar en el coche? Puedes estar por aquí abajo... Sírrete algo del mueble bar...

Bernardo Alonso ya parecía estar más relajado.

—Muchas gracias. ¿Podría entrar en el cuarto de baño?

—Claro que sí. Esta allí, al final del pasillo a la izquierda...

Mientras Bernardo Alonso subía para unirse a las chicas, *Charli* se dirigió al servicio y se encerró dentro. Levantó la tapa del retrete y se agachó para acercar su cabeza al mismo. Durante unos segundos, estuvo inmóvil. Sin embargo, de repente, un movimiento espasmódico agitó todo su cuerpo y empezó a vomitar. Expulsó todo el miedo que se le había acumulado en el vientre. Después, atendiendo al ofrecimiento del anfitrión, se puso un whisky para intentar atemperar sus nervios.

“Esto es una mierda. Siempre caminado sobre el alambre. Tengo que instalarme por mi cuenta y que sean otros los que se jueguen el tipo.”

De arriba, venían sonidos de risas y arrebatos. *Charli* dio un paseo por la casa. Apenas vio cambios desde su última visita.

“Se ve que este tío ha aprovechado que está solo para darse una alegría. Además, sin molestarse ni en ir al club. Ha llamado a *El Tano*, le ha pedido a dos chicas y a esperar aquí

sentado, en su casita... ¡Como todo un señor...! La lástima es que le haya salido un hijo gilipollas...”

* * *

Pasaron unas dos horas antes de que Bernardo Alonso volviera a bajar. Se le veía satisfecho.

—¡Vaya dos fieras...! Las he dejado dormidas... También tienen derecho a descansar un poco, ¿no? Por cierto, a ti no te conocía... ¿Llevas mucho tiempo con *El Tano*?

—Unos seis meses...

—¿Cómo te llamas?

—Todos me conocen como *Charli*...

—Yo soy Bernardo. Supongo que te lo pasarás en grande en tu trabajo...

—Bueno, a fin de cuentas se trata de un trabajo... No me pagan para divertirme. Me pagan para que cumpla con mi deber.

—¿Y no es más fácil echar un polvo trabajando donde trabajas?

—Don Bernardo, no es la primera vez que me lo dicen. Pero, en eso, sólo pienso fuera del horario laboral.

—Se ve que eres un tipo serio. Sigue así... Si eres una persona seria, te respetan... Y el respeto no es fácil de conseguir. Eso sí, una vez que lo logras, podrás estar por encima de los demás y los demás tendrán que estar por debajo de ti. Entrarás en una habitación llena de gente y te convertirás en el centro de atención. Iniciarás una conversación y cualquier tema del que se esté hablando con anterioridad pasará al olvido. Dirás que las cosas son negras o que son blancas y nadie se atreverá a contradecirte. Tú, mantén esa línea, que te llevará lejos.

“Lo que siempre digo. El respeto. Es fundamental que te respeten y que no dejen de respetarte nunca. Nunca.”

Capítulo IV

“Sin tregua se consumían nuestros ojos,
esperando socorros en vano.
Desde las atalayas oteábamos
a un país que no nos podía salvar.

Se espiaban nuestros pasos,
se nos cerraban nuestras plazas.
Llegaba nuestro fin, cumplidos nuestros días,
sí, llegaba nuestro fin.

Nuestros perseguidores eran más veloces,
que las águilas del cielo;
por los montes, nos acosaban,
en el desierto nos tendían emboscadas.”

LAMENTACIONES (4, 17-19)

Día 8 (IV)

Robles y Silva se afanaban en intentar reanimar a Marcos García. Ante la inutilidad de las bofetadas, ambos lo llevaron al cuarto de baño y empezaron a echarle agua fría sobre la cabeza. Unos primeros y leves gemidos eran señal de que sus maniobras estaban dando resultado. Los efectivos reclamados por el inspector y los enviados por Emergencias Sanitarias llegaron casi al mismo tiempo. Los segundos se pusieron, inmediatamente, a hacer un lavado de estómago a Marcos García. Los primeros, tomaron el club y llevaron a comisaría al mecánico y al electricista. Ello permitió a Gómez subir a la planta superior para averiguar qué había sucedido.

Silva dio instrucciones a Soriano y a Robles para que interrogaran a todos los trabajadores del club y volvió al cuarto donde estaba encerrado el empleado de la sucursal atracada.

—¿Cómo habrá venido a parar aquí este hombre? —preguntó Gómez.

—No se preocupe que pronto lo sabremos —respondió el inspector—. Por ahora, lo que tenemos que hacer es registrar y ver qué encontramos.

Silva reparó en una bolsa de plástico que había junto a la mesilla. Miró en su interior y vio que había un ordenador portátil, un disco duro, dos notas (cada una con una inscripción: en la primera, “S5720” y, en la otra, “IT’S A HIT”) y un texto donde parecía describirse una especie de código.

—Gómez, me parece que hemos dado con la joya de la corona.

El inspector le mostró la bolsa al agente y este asintió con la cabeza.

—¿Qué hacemos, jefe?

—No lo sé. Como llevemos esto a la comisaría, nos lo van a quitar de las manos para que vaya a dormir el sueño de los justos. Recuerde mi conversación con el comisario Torres... Tenemos que llevar todo a un lugar seguro y estudiarlo con detenimiento. Se me ocurre una idea...

No era una idea. Era la única alternativa a la que podía recurrir. Silva hizo una llamada con su móvil.

—Braulio, necesito tu ayuda. Va ir para tu casa el agente Gómez. Te va a dar algo. Te pido que lo guardes. Después, nos pasaremos para revisar su contenido... Vale, muchas gracias por poder contar siempre contigo... Gómez, ¿se acuerda del inspector Braulio Santisteban?

—¡Cómo quiere que no lo recuerde! Es todo un mito...

—Mire, le apunto aquí su domicilio... Va a coger nuestro coche y va a llevar esta bolsa allí. Después, vaya para la comisaría porque ya habremos regresado.

—De acuerdo, jefe.

Una vez que Gómez se marchó, Silva se interesó por el estado de Marcos García.

—¿Cómo está, doctor?

—Saldrá de esta. Ahora, nos lo llevamos al hospital...

—¿Cuándo cree que podré hablar con él?

—Creo que mañana será posible... Pero estará a expensas de lo que digan los médicos que lo atiendan...

—Muy bien. Enhorabuena por su trabajo...

Silva bajó y, con Soriano y Robles, subió a uno de los furgones que habían acudido a su llamada de auxilio y ordenó que los llevaran a la comisaría. Una vez allí, se dispuso a interrogar al mecánico y al electricista que, involuntariamente, les habían ayudado a desentrañar parte del misterio.

Iba a empezar por el electricista, a quien llevó a la sala de interrogatorios para hacerle las preguntas. Mientras esperaban al abogado de oficio que iba a prestar asistencia letrada al detenido, la agente Robles preguntó al inspector por la marcha de Gómez.

—Tomás, ¿has visto que Gómez se ha ido?

—Sí, lo sé. Le he encomendado una tarea.

—Llevaba una bolsa. ¿Cómo es eso?

—¿Una bolsa?

—Sí. Si es una prueba, no debería habérsela llevado de ese modo, ¿no?

—Carla, ¿crees que yo podría incurrir en conductas reprobables o, directamente, ilegales?

—¡Tomás...!

—Carla, te repito la pregunta: ¿crees que yo podría incurrir en conductas reprobables o ilegales?

—¡Por supuesto que no...!

—Bien, pues te digo que Gómez ha actuado siguiendo mis instrucciones. Y, en nombre de esa confianza en mí que has manifestado, te puedo asegurar que no hay nada en esas instrucciones de lo que deba avergonzarme. Sólo te pido un poco de tiempo para que puedas comprobar tú misma que, lo que te estoy diciendo, es la verdad. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Tomás.

—Carla, ¿cuál era el nombre del electricista?

—Alberto Sánchez Induráin.

—OK. Pues vamos al ataque.

El electricista estaba tan nervioso que Silva no dudaba de que iba a ser fácil sacarle información. Tras los trámites iniciales, el inspector fue directo y contundente.

—Bueno, bueno, bueno... ¿Ha planteado dedicarse al teatro? Su interpretación del lunes pasado fue verdaderamente prodigiosa. Si tuviera sombrero, me lo quitaría...

—Mire, a mí me han liado... Yo no quería...

—Por favor, por favor, por favor... No baje el nivel de su actuación anterior... Eso resta caché... ¿No lo sabía?

—Yo no he sacado nada de esto...

—Pero esperaba sacarlo.

—...

—Y si eso fuera así, usted tendría un problema serio, muy serio, encima... Como su abogado podrá confirmarle.

—Estoy dispuesto a llegar a un trato.

—Me parece que usted ha visto muchas películas. Está bastante claro que lo podemos acusar de haber actuado como cómplice en la comisión de un atraco. El juez tan sólo podría considerar favorablemente su colaboración en el esclarecimiento de los hechos...

Alberto estaba al borde de la desesperación. Se encontraba ante un dilema irresoluble y tenía pocas cartas con las que jugar. Así que no vio más solución que empezar a confesarlo todo.

—Quien contactó conmigo fue *Jimmy El Chato*. Sabía que mi situación económica era catastrófica. Tenía un montón de deudas con bancos y proveedores. Tenía esas deudas porque las constructoras me debían más dinero aún y no me pagaban...

—¿De qué conocía a *Jimmy El Chato*?

—Le monté la instalación eléctrica en un pub que abrió hace unos años...

—¿Sigue abierto ese pub del que habla?

—Sí, pero según me dijo, ya no era de su propiedad. Hará unos seis meses, me lo encontré y me dijo que tuvo que traspasarlo. Todo por esta puñetera crisis de los cojones...

—¿Qué le propuso *Jimmy El Chato*?

—Básicamente, lo que les conté. Me esperarían a la entrada de la nave que tengo en el polígono. Estaban *Jimmy El Chato*, *El Sabio* y *Charli*. Había otro más, que no sabía quién era y que sería el encargado de conducir la furgoneta. Fuimos hasta la promoción a medio terminar

que se encuentra a la salida de la Ronda Este... Allí, me adormilaron con cloroformo. Cuando desperté, la furgoneta estaba otra vez allí, tal como me prometieron. Siguiendo las instrucciones que me dieron, les llamé a ustedes para denunciar que había sido atacado.

—Quiero más detalles.

—Básicamente, eso es lo esencial...

—Lo esencial... ¿Y por qué aceptó llevar a cabo esa farsa? ¿Porque de pequeño le gustaba el cuento de La Bella Durmiente del Bosque?

Alberto se sentía cada vez más sitiado.

—Me prometieron veinte mil euros...

—Vale, vamos avanzando... ¿Y usted para qué pensaba que querían la furgoneta? ¿Para hacer una visita a los principales monumentos de la ciudad?

—No... Claro que no... Me dijeron para qué la querían... No hubo trampa ni cartón...

—Dígame para qué le dijeron, por favor.

—Para robar una sucursal bancaria...

—Bien. Le está costando, ¿eh? ¿Qué me puede decir de sus benefactores? ¿Hubo algo que le llamara la atención?

—Sí, inspector. Iban maquillados para no ser reconocidos. Bueno, todos menos el conductor...

—¿Le pagaron lo que le prometieron?

—No. La cita acordada era para el viernes pasado, a las ocho de la mañana, en una gasolinera que estaba cerca del polígono. Allí, no se presentó nadie. Estuve hasta las once de la mañana. Después, vi en la televisión lo de la muerte de *Charli* y del director de la sucursal... Comprendí que algo había ido mal.

—Señor Sánchez, me va a perdonar pero cuenta usted la historia como si usted fuera una joven doncella ultrajada por un galán sin escrúpulos... No sabía nada pero ha dado la casualidad que hoy ha ido a ver a una persona que lo ha llevado, exactamente, hasta el lugar donde estaba retenido el otro empleado secuestrado... Es raro, ¿no?

—Eso se lo puedo explicar, inspector. Sabía que *Charli* era socio de ese taller y fui a preguntar si alguien me podía decir cómo podía contactar con *El Chato* y *El Sabio*.

—Eso no cuadra con lo que vimos, señor Sánchez —intervino Robles—. Usted empezó a discutir con el mecánico. Claramente, le recriminaba algo. Eso quiere decir que se conocían con anterioridad.

El acoso lo llevó al borde del bloqueo mental absoluto.

—No tengo nada más que decir. Fui al taller para averiguar dónde podían estar *El Chato* y *El Sabio* y punto. El mecánico que me encontré, Roberto, me dijo que me llevaría a un sitio donde creía que podían estar.

—¿El Club Venus? —preguntó Silva.

—Sí, inspector. Estando de camino, de repente se da cuenta de que nos están siguiendo. Me ordena que me pare. El coche que iba tras nosotros también se paró a unos trescientos metros. Roberto me dijo que diera marcha atrás y me acercara lo más que pudiera. Yo no sabía qué pretendía hacer. Salió de la furgoneta y se puso a disparar al otro vehículo. Volvió a entrar y me obligó a huir de allí a toda velocidad... Llegamos al club y no estaban ni *El Chato* ni *El Sabio*. En cambio, como usted ha dicho, estaba el otro empleado que habían secuestrado... Roberto me dijo que esperara un rato, que tenía que hacer un par de cosas y que, después, lo llevara a su casa... Entonces, llegó la policía y hubo otro tiroteo... Al salir corriendo hacia abajo, me topé con usted. Esa es toda la historia.

—Es decir, ¿usted mantiene su afirmación de que no conocía al tal Roberto con anterioridad al día de hoy?

—Exactamente.

—Bien. Con lo que ya sabemos y con su versión de los hechos, tenemos suficiente para ponerlo a disposición judicial. Si se confirman los extremos que usted describe, su situación no empeorará. Si no se confirman y averiguamos que su participación en los hechos es mayor que la declarada, empeorará considerablemente. Es lo único que le puedo decir.

Alberto rompió a llorar. Para Silva, ello era un signo relativamente ambiguo. Podía tratarse de una estratagema para aparentar una inocencia engañada. Podía ser la antesala de una confesión postergada. O podía significar, simplemente, la inutilidad de sus intentos por eludir la acción de la justicia. Silva, ante la duda, siempre solía hacer lo mismo: esperar. Realizaba unas cuantas anotaciones, ordenaba sus papeles, preguntaba algo a los agentes que le acompañaban o hacía algún comentario al abogado defensor... Todo, con el fin de comprobar en qué desembocaba la reacción del detenido. En esta ocasión, fue la de continuar llorando sin decir palabra. Silva pensó que poco más cabía esperar del interrogatorio. Sólo la información que pudiera dar el otro detenido podía alterar la actitud de Alberto Sánchez.

—Pues, por ahora, hemos acabado. Robles, encárguese de llevar al calabozo al señor Sánchez. En media hora, interrogamos a Roberto Prados.

Adolfo Bello (IV) /Manuel Salas (VIII) /Bernardo Alonso (II)

Según una noticia aparecida en *Voz Populi*
el 24-9-2012, ante la necesidad de contener el gasto
público, el nuevo Plan de Infraestructuras aprobado
para España fijaría la inversión a un nivel parecido al de
nuestros socios europeos, algo menos del 1% del PIB para
los siguientes años. El Gobierno habría realizado
un ejercicio de convergencia con los países de nuestro
entorno pero a la baja.

La relación entre Adolfo Bello y Manuel Salas se fue estrechando de modo casi imperceptible. Hubo llamadas esporádicas, se fueron devolviendo visitas, se enviaron correos electrónicos sobre asuntos de importancia menor, se citaron en algún bar para tomar café juntos... La preocupación de Adolfo Bello era mantener controlado a un personaje que tenía información muy delicada para algunos de sus mejores clientes. A Manuel Salas, en cambio, le había llamado la atención el punto de vista que el abogado le había ofrecido en su primera visita. Quería saber si había sido una mera ocurrencia o si, verdaderamente, la trama que había organizado para evitar su despido venía a ser una valiosa tarjeta de presentación entre gente poderosa. Por ello, cuando Adolfo Bello le invitó a almorzar en el Parador de Golf del Valle, aceptó su ofrecimiento sin ningún tipo de reservas. Durante la comida, el abogado se mostró asombrosamente abierto y locuaz.

—En estos momentos, no es fácil encontrar buenos negocios en los que poder entrar. La obra pública se ha resentido muy seriamente con la crisis. El mercado inmobiliario se encuentra en estado catatónico... Quienes ya están en la pomada, intentan ir sobrellevando la situación lo mejor que pueden. Eso le perjudica a usted. Entrar ahora es mucho más difícil que hace pocos años. Lo que sí estamos intentando es crear un ambiente favorable para la realización de determinadas obras de infraestructura en nuestra ciudad. Esto siempre ha formado parte de una fase muy, muy, muy temprana de nuestra estrategia. Pero, ahora, es imprescindible desarrollarla con el mayor cuidado posible. Hay que ir dando píldoras para que la gente vea con buenos ojos la realización de determinadas obras. A continuación, va generalizándose la opinión de que esa realización es una “necesidad urgente para el dinamismo de nuestra economía”. Debe tener en cuenta que la competencia entre proyectos de diferentes ciudades y territorios es muy intensa. Y los recursos del Estado son bastante limitados como consecuencia de la crisis. Hay que conseguir crear un ambiente de presión que favorezca que los proyectos elegidos sean los de aquí. Y ese ambiente de presión se centra en un aspecto fundamental: cuando se ha logrado crear entre el público la opinión de que es absolutamente necesario acometer un determinado proyecto, si el Gobierno decide no llevarlo a cabo, ello le supondría un coste electoral importantísimo. ¡Ahí es donde está la clave!

Adolfo Bello iba devorando la pata de cordero que tenía delante de él con la misma rapidez que desgranaba argumentos que, para él, eran, hasta ese momento, inimaginables. Él los iba asimilando con la misma lentitud con la que iba dando cuenta de su menestra de verduras.

—En todo este proceso, interviene mucha gente. Políticos, empresarios, medios de comunicación, intelectuales... Sí, sí, intelectuales... —rió como si le hubieran contado un chiste sin gracia—. Una firma de prestigio avalando la necesidad de acometer una inversión causa un gran efecto en la percepción de la opinión pública. Yo me dedico a conectar a toda esa gente. A definir la táctica. A dar a cada uno lo que desea. Porque, cada uno de los intervinientes, no pide lo mismo. Y hay que procurar no equivocarse. Si le ofreces dinero a quien sólo pide reconocimiento, has perdido su favor para siempre. Si le ofreces reconocimiento a quien sólo quiere pasta, se reirá de ti y habrás perdido su respeto sin que puedas volver a recuperarlo.

—Y usted, don Adolfo, ¿qué es lo que busca en todo eso?

El abogado sonrió, en esta ocasión, como lo haría un veterano profesor ante una pregunta ingenua de un pupilo novato.

—Primer consejo que le doy: eso no se pregunta. Eso se adivina.

* * *

A la hora de las copas, Adolfo Bello siguió igual de hablador.

—Cuando las cosas ya están en marcha, hay que estar permanentemente hablando con gente que es muy sensible a cualquier cuestión. Que si me he enterado que fulanito recibe más dinero que yo... Que si menganito me ha dicho que la comisión que tiene que pagar no es tan alta como la mía... Que si por qué no me han invitado al acto que ha organizado tal departamento, con la ayuda que les presté en su día... Hay que estar lubricando esas relaciones constantemente, evitar desavenencias, resolver conflictos... Y, siempre, estando en la sombra. Nadie, fuera del restringido círculo en el que me muevo, sabe cuál es mi cometido exacto. Eso es lo que me da fuerza y poder.

—Don Adolfo...

—Creo que sería hora de que empezáramos a tutearnos...

—Está bien, de acuerdo... Adolfo, ¿por qué me cuentas todo esto?

—Te lo he dicho antes, Manuel. Y lo vuelvo a decir de manera más taxativa: no preguntes, adivina... En este mundo, tienes que adivinar, suponer, elucubrar... La intuición es la clave. Aquí, no existen manuales de procedimiento.

—Quiere que trabaje con usted... Perdona... Contigo...

—Bien, muy bien. Sabía que aprenderías rápido. Vas en la buena dirección. Ten en cuenta una cosa. Trabajar conmigo no es tener un horario, una rutina, un sueldo fijo y una dependencia jerárquica. Trabajar conmigo es, en primer lugar, querer estar en el lugar donde se deciden las cosas importantes, en el núcleo del poder. En el poder, de verdad. No en esa visión tontorrón

que nos dan en los periódicos y en los libros de Derecho. Eso, tú ya lo has demostrado. En segundo lugar, hay que mostrar la voluntad de colaborar en una estructura laxa y casi invisible...

Adolfo Bello calló, esperando una respuesta. Manuel Salas dudaba interiormente, pero no tardó mucho en responder.

—Sí, quiero participar.

—Estupendo. En tercer lugar, lo que hay que hacer es esperar. No sé si mucho o poco tiempo. Pero, antes o después, te pediré que hagas una gestión. Una gestión que sólo puedas hacer tú. Y una gestión que, de saldarse con éxito, te reportará la recompensa oportuna.

Si cuando decidió chantajear a sus jefes, Manuel Salas supo que su vida había dado un giro radical, pero que ese giro estaba controlado por su parte, ahora sabía, nuevamente, que su vida había vuelto a girar. Pero el control que ejercía era nulo. Ello le provocaba una amarga y seca sensación en la garganta.

* * *

—No me convence en absoluto tu estrategia, Adolfo —dijo Bernardo Alonso.

—¿Por qué no?

—Me dices que, ahora, Manuel Salas es uno de los nuestros. ¡Uno de los nuestros! ¡Un tío que nos tiene chantajeados a todos!

—¿Qué otra solución se te ocurre?

—Ese no es el tema.

—Sí, ese sí es el tema. No sabéis qué hacer... Y no pasa nada. Es una situación difícil. Pero para eso estoy yo. Yo sí sé lo que hay que hacer. En este punto, no tenemos un flanco de ataque contra Manuel Salas. Y, cuando hay un enemigo a quien no puedes derrotar, la única opción es convertirlo en amigo. Ello nos permite controlarlo en cierta medida. Después, iremos viendo cómo evolucionan los acontecimientos. ¿Quién te dice que no pueda ser un aliado valioso? Alguien que ha conseguido toda la información con la que nos amenaza y que se atreve a utilizarla (no olvides esto), es alguien al que hay que respetar y tenerlo en consideración. Mejor tenerlo de nuestro lado que no del lado contrario.

Bernardo Alonso pensó que, aunque no iba a reconocerlo, Adolfo había tenido una excelente idea.

3

Día 8 (V)

Roberto Prados Luna era el mecánico que se había dedicado esa tarde a vaciar el cargador de su pistola sobre el Cuerpo de Policía. La prioridad del inspector Silva, ahora que habían podido localizar a Marcos García, era averiguar todo lo posible sobre el paradero de los atracadores y del dinero. La cuestión de la información que podía haber en el ordenador que Gómez se había llevado, no le preocupaba de momento (antes de empezar a preocuparse de ello, quería conocer previamente el contenido de los archivos informáticos). Así que decidió atender, desde el principio del interrogatorio, a su principal objetivo.

—Muy bien, señor Prados. Esta tarde, usted ha disparado sobre un vehículo policial. ¿Por qué?

—No fui yo —dijo Roberto Prados con ceremonial desgana.

—Es extraño. Hemos podido comparar las balas del coche con las de la pistola que usted tenía en el Club Venus. Y el informe de balística nos dice, sin lugar a la duda, que el tiroteo fue realizado con su pistola. ¿Podría explicar esta casualidad?

Silencio.

—Asimismo, nuestros agentes pasaron los datos de la matrícula del vehículo a nuestra central y coinciden con los de la furgoneta aparcada junto al club. Por cierto, la agente Robles iba en el vehículo tiroteado. Agente Robles, ¿reconoce usted a don Roberto Prados como autor de los disparos?

—Sí, inspector. Fue él —contestó Robles.

—Igualmente, nos recibió en el club con otra tanda de balazos. No sé... ¿Quería celebrar, quizás, su cumpleaños?

El abogado defensor fruncía el entrecejo en señal de impotencia.

—No estoy obligado a declarar, ¿no? —dijo Roberto Prados.

—Efectivamente, no está obligado. Pero ya acumula varios presuntos delitos a sus espaldas: doble atentado contra la autoridad, secuestro...

—¿Cómo que secuestro?

—El señor Marcos García estaba retenido contra su voluntad...

—Un momento —intervino el abogado—. ¿Han interrogado ya a don Marcos García?

—No —contestó Silva.

—Entonces, todavía no pueden hacer ninguna acusación a mi defendido por ese concepto.

—Está en lo cierto. Pero, ¿qué creen ustedes que va a declarar el señor García? ¿Que se fue al Club Venus para desahogarse después del susto del atraco? ¿Y que pidió que le cerraran la puerta no fuera a ser que le entrara la tentación de escapar? Seamos serios... Sabemos que el señor Prados no es más que un mandado. Lo que nos interesa saber es quiénes son sus jefes y dónde están los atracadores de la oficina principal del Banco Continental.

Roberto Prados rió con gesto de chanza.

—Sobre todo, porque ya está en condiciones de comerse todo el marrón —prosiguió Silva—. Sería divertido que acabara siendo el único condenado por el atraco sin haberse, quizás, beneficiado de él ni con un solo euro...

—¿Puedo hablar a solas con mi cliente? —preguntó el abogado defensor.

—Sí. Está bien. Avísenos cuando desee que volvamos a entrar.

Fuera de la sala de interrogatorios, Robles y Silva se encontraron con Gómez y Osorio.

—¿Cómo va todo? —preguntó Gómez.

—Hasta ahora, poco —contestó Silva—. El abogado del mecánico está hablando con él. Posiblemente, lo está intentando convencer para que colabore. Creo que se ha dado cuenta de que no tiene otra opción. Por cierto, Osorio... ¿Qué ha podido averiguar usted sobre los socios de Carlos Fernández Trevi en el taller?

—El mecánico figuraba como propietario... Pero es evidente que era un hombre de paja. Según nos dijo Soriano, uno de los socios de *Charli* era un tipo apodado *El Tano*. A este, lo tenemos bien identificado. Es, además, el propietario de otro prostíbulo bien conocido, El Paraíso. El otro socio es conocido como *Anatoli*...

—¿Es extranjero? —preguntó Silva.

—No, es de aquí. Parece que lo llaman así porque tiene bastantes contactos en los países del Este...

—Esa pista es la buena —dijo Silva—. Pero me preocupa. Si, detrás de todo esto, hay profesionales, es posible que ya no podamos recuperar la pista ni del dinero ni de los atracadores...

—Soriano y seis agentes más han ido a El Paraíso a detener a *El Tano* y traerlo aquí —dijo Robles.

—Cuando llegue, manténgalo completamente separado de los empleados del Club Venus, ¿de acuerdo?

—Sí, jefe.

El abogado avisó a los policías. Silva y Robles, junto a Gómez, volvieron a entrar en la sala de interrogatorios. El gesto de Roberto Prados era de enfado. El de su defensor, de seriedad.

—Bueno, señor Prados, ¿qué ha pensado? ¿Colabora con nosotros o ha decidido cargar usted solito con toda la mierda?

—Me acojo a mi derecho de no declarar —dijo Roberto Prados.

El abogado no parecía estar muy de acuerdo con la actitud de su defendido.

—Usted verá... Mañana lo pondremos a disposición judicial. Hasta entonces, en el calabozo, podrá recapacitar y rectificar el error que está cometiendo contra sus propios intereses...

* * *

Eran ya casi las doce de la noche. Las pesquisas avanzaban fatigosamente. Sin embargo, el comisario Torres estaba muy satisfecho.

—Les doy mi más sincera enhorabuena por haber localizado a Marcos García. Sé que han arriesgado sus vidas para conseguirlo. Quiero que sepan que, en mi informe, voy a mencionar muy favorablemente su comportamiento. Creo que nos estamos acercando a la resolución del caso. ¿Ven posible que para el miércoles podamos ya comunicar a los medios el final de la investigación?

—No le sabría decir, señor comisario —dijo Silva—. Tenemos una línea de investigación sólida pero podría ser complicado encontrar a los atracadores... Ahora tenemos que interrogar a los empleados del Club Venus. A ver si tenemos suerte...

—Está bien, está bien... No se precipiten. Sigán así... Les reitero mi enhorabuena. Buenas noches.

Después de que el comisario se marchara, Gómez y Silva aprovecharon una visita a la máquina del café para hablar a solas.

—El ordenador y todo lo demás ya está en casa de don Braulio, jefe —dijo Gómez—. Me ha dicho que vayamos cuando queramos para echarle un vistazo...

—Tendrá que ser en cuanto acabemos aquí —dijo Silva—. Necesitamos acceder a ese material ya... Se habrá dado cuenta de que el comisario quiere dar carpetazo lo más rápidamente posible...

—Sí, me he fijado.

—Una vez que sepamos lo que hay, tenemos que movernos con rapidez, mucha rapidez...

—Jefe, ¿cómo vamos a explicar el hallazgo del ordenador?

—Tengo en mente un plan. Pero habrá que esperar a ver qué ganas de colaborar tienen los empleados del club...

* * *

Para decepción de Silva, los empleados del Club Venus fueron afirmando que no sabían nada. El vigilante de seguridad se parapetó tras el muro de la ignorancia.

—Yo me limitaba a hacer mi trabajo —dijo el vigilante—. Ni hacía preguntas ni nadie me comentaba nada. Es verdad que allí entraba y salía mucha gente. Pero me pagaban por estar calladito y actuar cuando fuera necesario. Es decir, cuando algún cliente se pasaba de la raya... Y ya está.

—¿Me quiere usted decir que había una persona secuestrada en el club y que el vigilante de seguridad no sabía nada?

—Como le he dicho, mi cometido se limitaba a controlar que los clientes no se sobrepasaran... A partir de ahí, no me contaban nada...

—¿Quién era su jefe en el club?

—Normalmente, Fernando, el encargado. Pero el propietario era *El Tano*... Lo digo porque todo el mundo lo sabe.

—¿Cuántas veces se pasaba por allí *El Tano*?

—Todas las noches, solía darse una vuelta y quedarse, más o menos, una hora...

—¿Sabía *El Tano* que Marcos García estaba en su club?

—Lo desconozco por completo.

—¿Lo sabía Fernando?

—No tenía más remedio que saberlo...

Las tres primeras prostitutas interrogadas adoptaron la misma táctica que el vigilante.

—No vamos a ninguna parte —comentó Silva, tras constatar que nadie quería hablar—. Traed al encargado. Me pareció que puede ser más impresionable... Y, además, no va a testificar aún en calidad de acusado. Sin un abogado a su lado, va a estar más vulnerable aún...

* * *

—Mire, Fernando —dijo Silva—. A alguien hay que echarle el muerto de la retención de Marcos García en el club. Y usted tiene todas las papeletas. Todos afirman que usted sabía que el empleado de la sucursal estaba allí. Pero nadie ha dicho que lo sabían sus superiores. Cuando les preguntemos a ellos, ¿se imagina lo que van a decir? Que usted cometió un abuso de confianza, implicándose en un robo y utilizando el club para ocultar a uno de los empleados secuestrados...

El encargado sabía que no tenía escapatoria. Si cantaba a la policía, se convertiría en un apestado dentro del mundo en que se había movido, dentro del mundo que le había permitido, en los últimos tiempos, llevar un sueldo a casa. Si no declaraba nada, iría a la cárcel. Y sabía lo que *El Tano* haría y diría. Con bonitas palabras, le daría efusivas gracias sobre su

silencio. Le ayudaría a mantener a su familia hasta que el juicio se celebrase. Cuando sobre él hubiera caído la sentencia, *El Tano* se quitaría de en medio y él tendría que arreglárselas por sí mismo (es decir, no podría arreglárselas porque ¿qué iba a poder hacer estando en la cárcel?).

—No sé si es consciente de una cosa, inspector —dijo Fernando—. Si le digo lo que sé, me expongo a que me den un navajazo en la primera esquina por la que tenga que pasar...

—Lo sé. Pero brindaremos protección a usted y a su familia.

Fernando empezaba ya a ceder psicológicamente del mismo modo en que su cuerpo hubiera descendido por un tobogán tras un empujón inesperado. Y Silva decidió rematar la jugada.

—Y me gustaría que tuviera en cuenta algo en lo que, quizás, usted no ha pensado. Si ingresa en prisión, no resultaría difícil que encontraran a alguien que lo despachara para el otro mundo... Así, no tendrían que preocuparse más por si sigue callado o no.

Fernando llegó al final del tobogán.

—Vale, me ha convencido. Pero quiero protección a mi familia desde ya.

—Robles, prepare el dispositivo para proteger a la familia de Fernando —dijo Silva—. Escriba aquí la dirección de su domicilio, Fernando... En media hora, su mujer y sus hijos van a estar fuera de cualquier peligro...

Robles se fue para cumplir las órdenes del inspector. Eso significó que Silva se quedó sólo con Gómez interrogando al encargado del club.

—Bien, Fernando. Dígame todo lo que pasó...

4

Marcos García (VI)/Adolfo Bello (V)/Manuel Salas (VIII)

En un artículo publicado por Esteban Hernández en *El Confidencial* el 17-1-2009, se describía la crisis de la clase media como una situación en la que no sólo había dificultades para llegar a final de mes, se había perdido poder adquisitivo o una persona se hubiera quedado temporalmente sin empleo, sino en la que, además, el esfuerzo realizado en formación no redundaba en la consecución de un empleo adecuado, en la que los salarios serían menores y habría una precariedad laboral creciente. Además, se habría producido una pérdida de valores propios de esa clase media como eran la honestidad, la racionalidad y la recompensa diferida e, igualmente, la misma habría dejado de aportar estabilidad al conjunto social. Todo ello se asociaría a un futuro que

sería aguardado con temor.

Marcos García y su familia decidieron mantener guardado, durante varios meses, el dinero de María Teresa Pérez. Nadie protestó. Nadie reclamó. Nadie se quejó. Marcos visitaba con cierta frecuencia a María Teresa en la residencia. ¿Por remordimiento? ¿Para agradecer, de algún modo, un presunto regalo? ¿Para confirmar que la mente de ella continuaba en la oscuridad? Ni él mismo hubiera sabido explicarlo. Pero sentía la irresistible necesidad de volver a ver, una y otra vez, a esa estatua silenciosa cuyos ojos congelados igual podían encerrar una reprobación, una bendición o una duda insondable.

—Creo que ya hemos dejado pasar un tiempo prudencial —dijo Antonio García—. Ahora, es cuestión de ir usando, poco a poco, el dinero para ir cancelando deudas... Voy a intentar llegar a un acuerdo para que, a cambio de pagar en efectivo y sobre la marcha, me hagan una quita.

—Yo sigo sin verlo claro —dijo Marcos—. No creo que debamos emplear ese dinero...

—Pero si ya lo hablamos, Marcos —dijo su esposa—. Y todo ha ido según lo pensamos: nadie se ha presentado en el banco interesándose ni por el dinero ni por la caja de seguridad de esa señora... Me parece que ya es hora de dar utilidad a algo que nadie va a poder aprovechar...

—Mira, papá, he hecho una lista. Estas son las deudas que pienso liquidar... Voy a partir de un descuento del treinta por ciento. Del veinte por ciento, no voy a bajar en ningún caso... Todo el mundo está tan desesperado que no va a haber quien me rechace la oferta. Al no tener que cargar con todo esto, voy a poder terminar de pagar antes los préstamos bancarios... Y ya no tendréis que preocuparos más por ese tema... ¿Comprendes lo que todo esto significa, papá?

Marcos se quitó las gafas, se restregó los ojos y, con un codo sobre su rodilla, apoyó la cabeza sobre su mano derecha.

—Sí, sé perfectamente lo que significa —contestó Marcos.

* * *

Aunque estuvo un tiempo sin pasarse por allí, al cabo de pocos meses Aurora Calatrava volvió a visitar el bingo. Las mismas cábalas imposibles y el mismo bucle perverso volvieron a formar parte de su vida. Siguió aferrada al delirio de su triunfo final. Pero, una vez más, sólo pudo volver a contemplar su estúpida derrota.

Esta vez, Aurora creyó conveniente actuar antes de encontrarse con los pies bailando en el vacío. Y el único asidero que tenía a su alcance era el de don Manuel Salas. Sin embargo, en esta ocasión, todo iba a ser más complicado. No sólo porque pedir, por segunda vez, ayuda a la misma persona siempre es más difícil, sino porque ya no quería conformarse con una especie de limosna mensual.

—Compréndame, don Manuel. La crisis continúa y las cosas no hacen más que empeorar. Mis hijos necesitan ayuda y no puedo quedarme sin hacer nada...

—Doña Aurora, la comprendo... —dijo Manuel Salas—. Pero no es tan fácil...

—¿No se podría ampliar la operación que hicimos para que la renta que recibo sea más alta?

—No, no es posible... Ya nos fuimos a los porcentajes máximos... No tenemos margen para ampliar...

Aurora se apoyó sobre la mesa del despacho y redujo la distancia que la separaba del director de la sucursal.

—Don Manuel, necesito ayuda...

—Lo sé, lo sé... E intentaré encontrar una solución... Se lo prometo.

—Es que no es cuestión de prometer, don Manuel.

En ese momento, la voz de Aurora Calatrava se volvió afilada como la punta de una cuchilla de afeitar.

—No la entiendo, doña Aurora...

—Yo no prometí ayudarle. Yo le ayudé. Yo abrí una caja de seguridad y guardé en ella lo que usted me dio. No prometí que lo iba a hacer. Lo hice.

—Y voy a procurar ayudarla, doña Aurora... De eso, no tenga ninguna duda.

—Don Manuel, no se trata de que vea cómo me va a ayudar. Es que necesito ayuda ya.

—Doña Aurora, todo lleva su tiempo...

—Yo no dispongo de tiempo, don Manuel. Creo que no lo tiene claro.

Manuel estaba empezando a ponerse nervioso.

—Sí lo tengo claro, doña Aurora. Pero, a veces, las cosas no van tan rápidas como desearíamos...

—Pues se nos tendrá que ocurrir algo. Y si no hay una solución pronto, tendré que empezar a hacer mis propias averiguaciones. Y tendré que confirmar que no estoy metida en nada ilegal con el tema de la caja de seguridad... Es algo que me preocupa...

La cuchilla ya estaba haciendo daño.

—¿Cómo va ser ilegal? ¿Cree usted que yo iba a meterla en algo turbio?

—No lo sé. Quizás, lo deba comentar a sus superiores para quedarme tranquila.

Manuel ya sentía cómo empezaba a sangrar la herida.

—¿Cuánto dinero necesitaría, doña Aurora?

—Con unos treinta mil euros, creo que me podría defender.

Había que taponar la hemorragia como fuera.

—Le aseguro que su problema va a quedar resuelto. Déjelo en mis manos.

—Gracias, don Manuel. Pero me gustaría que todo quedara arreglado en los tres próximos días. Esta situación me está superando.

* * *

Germán Urondo seguía haciendo un seguimiento discreto a Manuel Salas. Que Adolfo Bello le mantuviera en la misma aburrida y poco fructífera tarea, era un indicio claro de que, detrás de ese asunto (tal como su jefe le había dicho), se escondía algo importante. Su intuición le decía que, quizás, había podido dar con la mina de oro que le iba a ayudar a retirarse. El abogado no le había dicho muchos detalles de la información comprometedor que había podido conseguir el director de la oficina principal del Banco Continental. Pero estaba seguro que, fuera la que fuera, tendría un valor bastante alto en el mercado.

Aunque apenas había novedades, esa tarde sucedió algo que se salía de lo normal. Manuel Salas salió de su casa con una bolsa de deporte y se dirigió, en su automóvil, a un barrio en el que nunca, durante los siete meses de vigilancia, lo había visto antes. Una vez allí, aparcó y pareció que estaba intentando localizar una dirección. Germán Urondo caminó detrás de él, a una distancia prudencial, con la certeza de que iba a tener lugar un giro decisivo en toda esa historia.

Tras unos minutos, Manuel Salas pareció llegar al sitio que buscaba, un bloque de viviendas de ocho plantas. Por el portero automático, llamó a uno de los pisos, le abrieron la puerta y accedió al edificio. Germán Urondo llegó a tiempo para descubrir, gracias a las luces del ascensor, hasta qué planta había subido: la sexta. Llamó a varios pisos y dijo que era un técnico que venía a reparar un interfono averiado. Al tercer intento, pudo oír cómo se desbloqueaba la cerradura, señal de que algún vecino se había tragado el cuento.

Cuando subió a la sexta planta, vio que había cuatro viviendas. Subió un tramo de escaleras y se dispuso a esperar, en el primer descansillo, de cuál de ellas iba a salir Manuel Salas. Germán se hizo, rápidamente, una composición de lugar. Se trataba de un barrio de clase media-alta. Lo previsible era que cada familia sólo se ocupase de sus propios asuntos y mantuviese una fría indiferencia respecto al resto de convecinos. Ello significaba que no era probable que hubiera muchos movimientos por la escalera, de modo que tenía margen para permanecer tranquilo en ese lugar hasta que Manuel Salas se marchase. Para ello, sólo tuvo que transcurrir una media hora. Por la luz que inundó la parte delantera del ascensor, supo que se trataba del 6ºB. El director de la sucursal entró en el ascensor, sin la bolsa de deportes con la que había entrado, y abandonó el lugar. Germán decidió actuar. Probablemente, lo hizo con mayor precipitación de la que era habitual en él. Y, quizás, de modo menos reflexivo. Pero se dejó llevar, sobre todo, por el instinto que había desarrollado a lo largo de sus años de trabajo sucio.

Bajó las escaleras y llamó al timbre. Abrió la puerta una mujer que podía estar cerca de los setenta años. Con una mano, le tapó la boca. Con la otra, le apuntó a la cabeza con una pistola. Germán no habló, cerró la puerta de entrada con el pie y entró en el piso manteniendo atrapada a la mujer a la vez que le impedía que pudiera gritar y comprobó que no había nadie.

Sobre la mesa del salón, estaba la misma bolsa de deportes con la que había visto a Manuel Salas. Miró en su interior y vio que allí había dinero. Germán le dijo a la mujer que iba a retirar la mano de su boca pero que, si le ocurría gritar, la mataría. Le preguntó por qué el director de la oficina principal del Banco Continental le había traído todo ese dinero a su casa. De modo nervioso, empezó a dar una serie de confusas explicaciones.

—Mire, soy una pobre viuda que lo está pasando muy mal... No me haga nada... Necesito este dinero. Si quiere, podemos compartirlo... Incluso, creo que podría conseguir más para usted. Prometo no ir a la policía. No podría ir a la policía, se lo aseguro... Yo le estoy haciendo un favor a don Manuel y, por eso, me ha traído este dinero... Yo le guardo un ordenador, un ordenador pequeño, en una caja de seguridad del banco... Pero, por favor, no me haga nada, podría conseguirle más dinero... Sería absurdo que me hiciera algo...

A pesar del desorden de sus palabras, Germán fue haciéndose una idea muy clara de qué era lo que le estaba contando.

* * *

—Calatrava, Aurora Calatrava —dijo Adolfo Bello—. Muy divertido. Chantaje, contrachantaje, contracontrachantaje... Ja, ja ,ja... Ya hemos encontrado una fisura en la magnífica fachada de Manuel Salas. Así que las pruebas están en un ordenador guardado en una caja de seguridad a nombre de esa señora... Por lo que te dijo de las llaves, hay una cosa clara: el empleado que está a cargo de dichas cajas en la sucursal, también está en el ajo. Averigua todo lo que puedas sobre él, Germán.

5

Día 8 (VI)

—Todo empezó el lunes pasado —dijo Fernando—. Llegaron *El Tano* y *Anatoli*. Me dijeron que tenían que esconder a una persona en el Club Venus. Se trataba del hombre a quien hoy han encontrado ustedes... Todo iba a ser por dos o tres días... Cuando el club estuviera cerrado, serían ellos dos quienes se encargarían de vigilarlo. Cuando yo abriera, ellos se irían y sobre mí recaería la responsabilidad de su custodia...

—¿Le dijeron de quién se trataba? —preguntó Silva.

—No.

—Pero, supongo, que cuando usted se enteró de la noticia del robo en el banco y vio la foto de la persona desaparecida, tuvo que sacar sus propias conclusiones. ¿No vio la foto de Marcos García? ¿No descubrió que se trataba de uno de los empleados que tomaron como rehenes?

—Inspector, cuando me enteré de la noticia, lo único que pensé es que no entendía nada...

—¿Qué quiere decir con eso?

—*El Tano* y *Anatoli* llegaron con Marcos García al club el lunes a las ocho de la mañana, cuando yo estaba a punto de marcharme... Pero el robo no fue hasta las doce de la mañana, más o menos.

Silva, Robles y Gómez se miraron entre ellos como si hubieran sido objeto de algún timo y sólo se hubieran dado cuenta de ello demasiado tarde.

—¿Está seguro de lo que dice? —preguntó Silva.

—Completamente seguro, inspector.

Silva se levantó de su silla y empezó a dar vueltas por la sala de interrogatorios. Se volvió a sentar sin cambiar su expresión de asombro.

—¿Qué sucedió a partir de entonces?

—Todo se desarrolló según lo hablado. *El Tano* y *Anatoli* se encargaron de la comida para nuestro huésped... También le trajeron revistas y cuadernos de pasatiempos...

—Se resiste a llamarlo rehén y a considerarlo como tal... —interrumpió Silva.

—Se lo vuelvo a decir, inspector: nunca supe si estaba allí en contra de su voluntad o no...

—Está bien, siga...

—Todo iba según lo acordado. Cuando aparecieron muertos *Charli* y el director de la sucursal, *El Tano* y *Anatoli* se pusieron muy nerviosos. El fin de semana, dejaron a Roberto Prados en el club para que vigilara a Marcos García y se dedicaron a buscar a...

En ese momento, Fernando se paró, al darse cuenta de que iba a empezar a dar información que, quizás, no conocieran los policías.

—Siga con lo que iba a decir. No se corte... —dijo Silva.

Fernando meditó durante unos instantes, pero sólo para inferir que no tenía más opción que decir toda la verdad. A pesar de su razonamiento, no pudo evitar un brote de desesperación.

—¡Me cago en la puta...! Si no me pegan un tiro unos, me lo van a pegar otros... Soy hombre muerto...

—Ya le he dicho que no debe preocuparse —dijo Silva—. Vamos a protegerle a usted y a su familia.

—Mire, inspector, yo acepté este trabajo porque llevaba un año en paro y no encontraba nada. Toda mi vida he trabajado en la construcción y ahí todo está muerto. Si no hubiera sido por eso, nunca habría acabado en el Club Venus...

—Está bien, tranquilícese... Está haciendo lo correcto. No dude sobre ello. Nos está ayudando a nosotros pero, también, se está ayudando a sí mismo. Ha dicho que *Anatoli* y *El Tano* se pusieron a buscar a alguien... ¿A quién?

—A uno al que llaman *El Sabio* y a otro que se le conoce como *Jimmy El Chato*... Ellos dos, junto a *Charli* y a otro que se habían buscado como conductor, habían realizado el atraco...

—¿Quién era el conductor?

—No me lo dijeron.

—¿Pudieron dar con *El Sabio* y *El Chato*?

—Creo que sí.

—¿Cree...?

—La pasada madrugada, *El Tano* se presentó en el club con una bolsa de plástico. Me dijo que se la había podido sacar a *El Sabio* y *El Chato* y que, con lo que allí había, íbamos a poder sacar una buena tajada de todo ese embrollo...

—¿Le dijo de qué se trataba? —preguntó Silva.

—Cuando cerramos el club, entré en la oficina y vi que era un ordenador portátil y un disco duro... *El Tano* estaba intentando encontrar algo en ellos, pero sin éxito alguno. No dejaba de soltar maldiciones contra *El Sabio* y *El Chato*. Entonces, subió a la habitación donde estaba Marcos García para intentar averiguar cómo acceder a la información. Pero parece ser que le sirvió de poca ayuda...

—¿Se llevó el ordenador y el disco duro del club?

—No. Creo que lo dejó todo en la habitación donde estaba Marcos García...

—De acuerdo. Mañana, iremos al club y usted nos acompañará para intentar localizar ambas cosas. Pero, ahora, debemos centrarnos en otros aspectos...

Robles miraba de reojo a Silva y a Gómez, alternativamente, porque ya sabía lo que su compañero se había llevado del club.

—¿Qué pensaban *El Tano* y *Anatoli* sacar de toda esta historia?

—Por su ayuda al esconder en el club a Marcos García, iban a recibir una parte del botín.

—¿Cuál era la relación de *Charli* con ellos?

—*Charli* era socio en uno de sus negocios. Algo de vender coches de alta gama en los países del Este... A mí, nunca me dieron muchos detalles. Empezó a trabajar con *El Tano* en el otro club, en el lujoso: El Paraíso. Lo hizo como vigilante de seguridad... *El Tano* siempre decía que el *Charli* era un tipo muy rebelde e independiente... Siempre iba por libre... Y, después de unos meses de trabajar en el club, se instaló por su cuenta. A *El Tano* no le acababa de gustar su

carácter pero no quería perder el contacto con él porque lo consideraba un tipo listo que le podía ayudar a ganar mucha pasta. Nada más irse del club, le propuso lo de los coches y le pareció una estupenda idea...

—¿Y qué me puede decir de *Anatoli*?

—Poco. Sólo empezó a trabajar con *El Tano* a partir de que empezaron con el negocio de coches... Se lo presentó *Charli*. Hicieron pronto buenas migas... *El Tano* lo hizo socio en el Club Venus. Según me dijo, la idea era que se quedara con el cien por cien de ese club para que él pudiera dedicarse con exclusividad a El Paraíso.

—¿Conoce su nombre auténtico?

—No.

—De acuerdo. Me parece que ya está bien por ahora. Esta noche, dormirá usted en el calabozo. Como le he dicho, mañana nos acompañará al Club Venus y nos ayudará a dar con el ordenador del que nos ha hablado...

Una vez que Fernando se hubo marchado, Silva organizó con Robles y Gómez la estrategia para el día siguiente.

—A *El Tano*, no lo interrogaremos hasta media mañana. Quiero que se vaya cociendo en su propia salsa. A primera hora, quiero que usted, —dirigiéndose a Robles—, Osorio y Soriano se dediquen a averiguar todo lo que puedan sobre el tal *Anatoli*. Mientras tanto, Gómez y yo iremos al hospital a ver cómo se encuentra Marcos García y comprobar si está en condiciones para una larga serie de preguntas...

—Jefe, ¿cómo se explica que lo llevaran al club antes del robo? Es un contrasentido — dijo Robles.

—En realidad, no. Ha sido la parte más inteligente de todo el engaño.

—¿La parte más inteligente...? —preguntó Robles.

—Sí. Lo que nos acaba de contar Fernando Soler nos ofrece una nueva visión del atraco...

Robles y Gómez lo miraban fijamente implorando una explicación.

—Compruebo que aún no han caído en la cuenta de qué significa que Marcos García ya estuviera retenido a las ocho de la mañana del pasado lunes. Déjenme que yo se lo aclare...

Carlos, alias *Charli*, alias *El Guapo* **(VI)**

Charli estaba muy satisfecho de su decisión. No podía haber hecho nada mejor que abandonar El Paraíso para empezar a organizar sus propios negocios. La conversación que mantuvo con Bernardo Alonso fue como si algo hubiera hecho clic en su cabeza. Ideas que siempre habían estado latentes, afloraron como si una extraña e inesperada lucidez se hubiera apoderado de su mente. Vio con claridad la importancia de las jerarquías, que había gente destinada a mandar y gente destinada a obedecer y que él no quería pertenecer más tiempo al segundo grupo. Y lo que lo convenció, definitivamente, de su acierto fue que, a partir del momento de tomar la determinación de ir por libre, el destino pareció conjurarse a su favor.

Poco tiempo después de dejar de ser vigilante de seguridad del club de *El Tano*, mantuvo un encuentro bastante fructífero con un tipo que se hacía llamar *Anatoli*. Lo conoció días antes porque el llevar a su domicilio a Tamara, otra de las chicas del club, fue el último trabajo serio que *Charli* hizo en El Paraíso. Todo parecía ser bastante rutinario. No fue *El Tano*, sino Miguel, el jefe de los vigilantes del club, quien le encargó la tarea. No le dieron el mejor coche sino otro más discreto. De camino a la dirección que le habían dado, preguntó a Tamara si conocía al cliente, pero la chica no sabía de quién se trataba. Llegaron a una localidad de la costa, a una urbanización de casas individuales, en términos generales más bien modestas, nada que ver con los lujosos chalets que estaba acostumbrado visitar. Siguió el protocolo habitual. Aparcó a unos metros de la verja de entrada de la casa. Caminó hasta ella, cruzó un jardín más bien descuidado, llamó a la puerta y le abrió un individuo corpulento, de unos cincuenta años, cuyo rostro denotaba un temperamento ambiguo y desconcertante: una mezcla de franca nobleza y fiereza despiadada. Cuando tu vida puede depender de intentar escudriñar con exactitud, en poco más de un segundo, una mirada y unas facciones, *Charli* había adquirido gran práctica en identificar rasgos de personalidad de un solo vistazo. Y supo, desde el primer momento, que podías fiarte del hombre al que, en ese momento, estaba hablando, pero que jamás podías traicionarle si no querías sufrir el peor castigo imaginable.

Una vez que entró la chica en la casa, él volvió al coche sin saber muy bien cómo ocupar el tiempo. No le apetecía escuchar música, no iba a poder dar una cabezada (porque había demasiados pensamientos danzando en su mente intentando cobrar orden y concierto) y no tenía ganas de caminar calle arriba calle abajo estirando las piernas. Permaneció en el automóvil, envuelto por la oscuridad de la noche, pensando en un futuro incierto pero del que esperaba recibir más que lo que el pasado y el presente le habían dado. Hablaría con *El Sabio*, con *Jimmy el Chato*, con Carlos González (dueño del Bar La Huerta), quizás con alguien más... Tal vez, abriría alguna línea de negocio con Paco *El Zurdo*, pero sin vincularse demasiado a él: no le gustaban nada sus clientes enganchados a la cocaína, pero siempre le podía venir bien tener disponible una opción que podía ser necesaria en algunos casos...

Todas sus reflexiones se apagaron de repente. Un coche aparcó frente a la entrada de la casa donde había ido Tamara. Del mismo, salieron dos tipos cuya pinta delataba su condición de sicarios de no se sabía muy bien qué causa pero cuyas intenciones se podían detectar a cien kilómetros de distancia. Se dirigieron directamente, sin dudas ni titubeos, a la vivienda que tenían frente a ellos.

“Maldita sea... Mi último día y voy a tener follón...”

Charli sacó la pistola de la guantera, la montó y fue corriendo hasta la casa, con la certeza de que los dos (presuntos) matones no habían advertido su presencia. El primer (y fuerte) ruido que oyó sirvió para alarmarlo definitivamente: los dos sujetos habían dado una patada en la puerta para acceder al domicilio. *Charli* intentó avanzar sin hacer ruido, sin precipitarse a pesar de las voces de los matones y los gritos histéricos de Tamara. La luz que salía de una habitación y el sonido que surgía de un intercambio rotundo de improperios y amenazas guiaron sus pasos. Aprovechó la oscuridad que rodeaba al islote luminoso donde tenía lugar una tensa escena, para saber qué estaba pasando. Uno de los dos matones amenazaba con una pistola al cliente mientras le hablaba. El otro, permanecía en un segundo plano, tranquilo en el aparente dominio que tenían de la situación.

—Mis jefes quieren la mercancía, ¿te enteras, hijo de puta? —decía el esbirro que apuntaba con el arma a *Anatoli*.

—OK, vamos a llegar a un acuerdo... Nadie va a salir perdiendo...

—No te enteras, es que no te enteras... ¿Dónde está la puta mercancía? ¡La quiero ya...!

Charli entró sigilosamente en el cuarto y, estando los dos sicarios desprevenidos, logró reducir al que permanecía detrás sin hacer ni decir nada y le apuntó con su pistola a la cabeza. La sorpresa congeló todos los movimientos y todas las palabras.

—Vale, ahora, todos vamos a estar muy tranquilitos —dijo *Charli*—. Suelta esa pistola si no quieres que veamos de qué color es el cerebro de tu amigo... ¿He hablado claro?

El compañero, ante el giro que se había producido en la situación, no sabía cómo reaccionar. Su pistola pasaba de apuntar a *Anatoli* a apuntar, alternativamente, a *Charli* como señal de su indecisión. Ello fue aprovechado por *Anatoli* que, en un rápido movimiento, tomó el despertador que se encontraba sobre la mesilla que estaba junto a la cama y lo lanzó contra la mano del matón. La pistola cayó sobre el suelo. *Anatoli* se levantó rápidamente de la cama, con el pie apartó lejos la pistola y dio un puñetazo tan fuerte al sicario que este perdió el equilibrio.

—Muchas gracias, chaval —dijo *Anatoli*—. Has demostrado que no te faltan cojones...

Fue a por la pistola que alejó de la pelea, le quitó las balas y, tras cogerla por el cañón, empezó a actuar muy despacio pero de forma implacable. *Charli* estaba sorprendido de que, aun estando desnudo, esa persona no se preocupara por vestirse o por taparse. En ese momento, su único objetivo era dar su merecido a un individuo que lo había amenazado, que lo había insultado, que había asaltado su intimidad de forma cobarde.

—Ahora, se te van a quitar las ganas de molestarme más en toda tu vida... —dijo *Anatoli*.

Después, con la culata de la pistola, le propinó un tremendo golpe en la nariz. Con posterioridad, fue midiéndolo cada nueva agresión. No pretendía matarlo, sólo causarle el mayor dolor posible, sólo desfigurar su rostro y destrozar su dentadura para que, cada vez que se mirara al espejo, recordara que era una mala idea pisar el territorio de *Anatoli* y que, la próxima vez que lo hiciera, lo único que podía esperar era una muerte segura. El castigo que le estaba infligiendo era una sanción y una advertencia.

Cada golpe con la culata en la cara de ese desconocido, le resonaba a *Charli* en sus huesos y en sus tripas. Sobre todo, porque veía que la paliza seguía un procedimiento metódico y casi científico. No había improvisación ni azar. Era, ni más menos, como la aplicación de una fórmula matemática.

Tras dejar a su compañero tendido en el suelo, *Anatoli* se acercó al matón que *Charli* mantenía sujeto y cuya orina había formado un círculo claramente visible en sus pantalones. Tras mirarle fijamente durante unos segundos, le asestó un único golpe brutal en su mejilla izquierda.

—Ahora, llévate a tu amigo y dile a tu jefe que yo me ocuparé de resarcirle como es debido. Que no hace falta que mande a nadie para intimidarme... Que esto lo arreglaremos como caballeros y no como vulgares pistoleros... ¿Me has entendido?

El sicario asintió nerviosamente con la cabeza. Ayudó a su compañero a levantarse y salieron corriendo de allí. *Anatoli* buscó su bata y se la puso. Toda la tensión que le había enervado los ánimos, se agotó en su propia intensidad. De repente, el bajón anímico le golpeó en la nuca y le hizo agachar la cabeza. Tamara, temblando, se aferraba al embozo de la sábana intentando protegerse de un peligro que el miedo le impedía percibir que había pasado de largo.

Anatoli, después de haberse sentado en el filo de la cama, se levantó, abrió uno de los cajones de la cómoda y sacó dinero.

—Esto para ti —le dijo a Tamara—. No es suficiente para compensar el susto que te has llevado, pero creo que te mereces que saques algo en limpio de todo esto... Y esto para ti — dijo, dirigiéndose a *Charli*—. Podías no haber hecho nada. Pero lo has hecho. Y eso dice mucho de ti. No me gustaría que perdiéramos el contacto... Todos me llaman *Anatoli*...

Alargó su mano tendida. *Charli* hizo lo mismo y se las estrecharon, sellando una especie de promesa para el futuro.

—A mí me llaman *Charli*.

—Encantado de conocerte, *Charli*.

* * *

De vuelta al club, *Charli* y Tamara guardaban silencio. A la tristeza de la noche, tristeza que era plomiza y demoledora en la soledad de la autovía, se unía un miedo y una angustia a los que no habían podido encontrar salida en un gesto catártico o liberador.

—Para ahí —dijo Tamara cuando iban a llegar a la altura de un área de servicio.

Charli pensó que, a lo mejor, la chica quería ir a los lavabos y salió de la autovía y aparcó en una zona que, a esa hora de la madrugada, se encontraba desierta. Tamara mantenía cerrados los ojos, con la cabeza echada hacia atrás, con su espalda pegada al asiento, las manos apretando los extremos del mismo intentando encontrar un asidero que le proporcionara fe en su propia seguridad. Las manos de *Charli* aprehendían con fuerza el volante, posiblemente con la misma intención. Sin abrir los ojos, Tamara inclinó su cabeza y la colocó sobre el hombro de *Charli*. Este, no esperaba cuál iba a ser la reacción de la chica.

—He pasado mucho miedo. Y, además, no he llegado a hacer nada con ese tipo. Estoy ansiosa. Y muy caliente. Necesito follar...

La lengua de la chica empezó a jugar en el cuello de él y su mano empezó a acariciarle entre las piernas. *Charli* se resistía a actuar en contra de uno de los principios esenciales que se había marcado. Pero Tamara continuaba con su labor mecánica y sistemática.

—Tamara, debemos volver al club...

—Sí, hombre... Yo estoy como para volver ahora al club...

A *Charli*, se le venían a la cabeza las imágenes de *Anatoli* golpeando al que había pasado a ser sólo un pobre hombre. No le agradaba el paralelismo que su mente dibujaba entre ese pelele destrozado y él mismo, agitado y sometido por la pericia de esa habilidosa prostituta.

—Tamara, te he dicho que lo dejemos... —dijo *Charli* mientras empujaba a la chica.

—¡Imbécil...! Sí, ve para el club... Sé el borreguito de *El Tano*... Beeeeee, beeeeee, beeeeee...

—Yo no soy el borreguito de *El Tano*. Mañana, termino mi trabajo en El Paraíso por voluntad propia y voy a empezar a montar mi propio emporio. Entonces, verás quién es el pastor y quién es el borreguito...

Llegaron al club, envueltos por un estado de crispación latente. Tamara se acercó a unos de los vigilantes, le dijo algo al oído y, sonriendo ambos, se dirigieron a la parte trasera del club. Antes, la chica lanzó una mirada envenenada a *Charli*. Este, dibujó una mueca despectiva y movió la cabeza con desprecio.

—¿Cómo ha ido todo? —le preguntó Miguel.

—Ha habido problemas... —respondió *Charli*.

Día 8 (y VII)

A las tres y media de la madrugada, Silva, Robles y Gómez abandonaron la comisaría. Sin embargo, antes de marcharse, la agente Robles no pudo evitar preguntar al inspector sobre el ordenador portátil del que había hablado Fernando Soler.

—Tomás, comprendo que tendrás tus motivos para hacer que Gómez se llevara la bolsa de la que ha hablado Fernando Soler... Pero debemos tener cuidado con que sirva como prueba para el futuro...

Silva tenía las suficientes experiencia y perspicacia como para saber cuáles eran los motivos de Carla Robles para iniciar la conversación. Por un lado, era por curiosidad, por prurito personal, por no quedar relegada a una posición secundaria en la investigación... Lo normal y saludable en una profesional joven con aspiraciones de alcanzar grandes logros. Por otro, algo mucho más decisivo en función del pasado común que les unía: era por preocupación personal hacia las consecuencias que le podían acarrear a él mismo la decisión que había tomado.

—Mira, Carla —le dijo Silva—. Yo también entiendo tus suspicacias respecto a mi forma de actuar. Pero cuando caminas por la cuerda floja, has de tener escasa compañía... Si cae alguien, caeré yo. Pero no voy a permitir que caiga mucha gente más...

—Tomás, todos estamos juntos en el mismo barco...

—Sí, pero yo soy el capitán y seré el único que asuma toda la responsabilidad por determinadas decisiones que, a los ojos de terceros, pueden resultar dudosas. Y no permitiré que la asuma nadie más. Necesitaba ayuda y, por eso, he tenido que implicar a Gómez... Si lo hubiera podido hacer solo, solo lo hubiera hecho...

La mirada de Carla Robles le decía que había podido explicarle con éxito sus argumentos y que, posiblemente, se había ganado su comprensión.

—Pero no tengas duda de una cosa —continuó Silva—. En el mismo momento en que sepa que todo esté controlado y que no corre peligro el futuro profesional de ninguno de mis agentes, os pondré al tanto de lo que, hasta ahora, no sabéis... ¿He hablado claro?

Robles asintió.

—Y olvídate de tus temores sobre la validez de las pruebas. Serán válidas. Y caerá quien tenga que caer.

Se despidieron. Pero la madrugada no había acabado para Silva ni para Gómez. Ambos tenían que ir, todavía, a la casa de Braulio Santisteban. Antes de que amaneciera, debían revisar el

ordenador portátil y el disco duro que habían encontrado en el Club Venus. Y coger la delantera a unos rivales ignotos que, hasta ese momento, les estaban dando de firme.

“Espero que encontremos algo. Abriría el camino para nuestro jaque mate...”

* * *

—Braulio, no sé cómo podré agradecerte esto —le dijo Silva a su antiguo jefe.

—Sabes que no hace falta. Aunque jubilado, todavía me siento un policía más. Esto no es un favor, casi es una obligación para mí...

Silva dio un abrazo a Braulio Santisteban. Gómez había llegado un poco antes y ya había enchufado el ordenador portátil a la corriente eléctrica, ansioso por encenderlo y averiguar qué secretos escondía.

—Iré preparando un café —dijo Braulio—. Que buena falta nos hace a todos...

Braulio Santisteban fue para la cocina.

—Gómez, recuérdeme que, entre todos, tenemos que comprar un buen regalo para Braulio y otro para su mujer. Es lo menos que podemos hacer...

—De acuerdo, jefe. Me acordaré... Y ahora, ¿qué hacemos? ¿Lo ponemos ya en marcha?

—Adelante, vamos a ver qué encontramos.

Gómez pulsó el botón de encendido y se inició todo el proceso. Apareció el logotipo del sistema operativo y, tras unos segundos, el ordenador pidió una clave de acceso.

—Bien —dijo Gómez—. Primer obstáculo...

—Como nos dijo José María López, tenemos una nota con lo de “Clave de acceso: S5720”. Pruebe...

Gómez tecleó S-5-7-2-0... Era la clave correcta, por lo que se les acabó mostrando el escritorio, un escritorio casi vacío, con el fondo verde, donde sólo había tres o cuatro iconos.

—Vaya abriendo las carpetas, a ver qué hay —dijo Silva.

Gómez fue explorando el disco duro. Pero, aparte de los ficheros de sistema, no encontraba nada. Fue al menú de “Herramientas” para visualizar los posibles archivos ocultos, con ningún resultado. Pinchó en la opción “Mi PC” y comprobó que, de 150 gigas, estaban ocupados 14. Vio el tamaño de la carpeta “Archivos de programa” y la misma ocupaba casi 14 gigas.

—Es decir, el ordenador está, más o menos, igual que cuando se estrenó... —dijo Gómez.

—Bueno, pues vamos al disco duro...

Braulio Santisteban volvió de la cocina portando una bandeja con una cafetera, tres tazas, un azucarero y unas cuantas cucharas. Sirvió los cafés para cada uno de ellos y, estando igual de

expectante que Silva y Gómez, se quedó en el salón para ver si había éxito con las pesquisas en el portátil.

El disco duro tenía alimentación autónoma, de forma que Gómez, en primer lugar, lo conectó a la corriente eléctrica, posteriormente al ordenador y, finalmente, pulsó el botón de encendido que estaba situado en la parte trasera del dispositivo. Como era lo normal, en la parte superior izquierda del escritorio surgió un rectángulo en el que, en su interior, se dibujaba una pequeña linterna que se movía mientras el portátil exploraba el contenido del disco duro. Se abrió, entonces, un menú con diversas opciones y Gómez eligió la de “Abrir carpeta para ver archivos”. Nuevamente, no había nada.

—No hay nada, jefe. Es rarísimo... —dijo Gómez.

—Recuerde que Fernando Soler comentó que *El Tano* tuvo problemas para encontrar algo en el ordenador... —dijo Silva.

—Entonces, ¿qué ha pasado con toda la información? —preguntó Braulio Santisteban.

—El caso todavía tiene enormes agujeros negros —respondió Silva—. Y todavía desconocemos las motivaciones del atraco y qué sucedió con posterioridad... Cualquier cosa pudo pasar...

Gómez siguió rastreando en las carpetas del portátil pero la búsqueda fue infructuosa.

—Esto es inútil, jefe...

Apagó el disco duro y empezó a retirar los cables. Antes de apagar el portátil, se lamentó:

—Está claro que han borrado todos los ficheros...

Silva se sorprendió de que, a pesar del cansancio y de la tensión acumulada, una luz se encendiera en su cerebro.

—Gómez, no apague todavía el ordenador... Hemos pasado por alto lo más obvio.

Los ojos enrojecidos de Gómez miraron a Silva con una mezcla de asombro y agotamiento impotente.

—Dígame lo qué, jefe...

—Vaya a la “Papelera de reciclaje”.

Gómez, tras el típico gesto de “¿cómo es que no habré caído yo en eso!”, volvió al ordenador y pinchó dos veces sobre la carpeta que le indicó Silva. Se abrió pero estaba vacía...

—Nuevo fiasco... —dijo al inspector.

—No nos rindamos. Conecte el disco duro —dijo Silva.

Volvió a colocar todos los cables y volvió a pulsar el botón de encendido del dispositivo. Nuevamente, idéntico rectángulo, idéntica linterna e idéntico menú. Tras marcar la misma opción que la primera vez, Gómez fue otra vez a la “Papelera de reciclaje”. Y, como por arte de

magia, allí había una carpeta con el nombre de “ARCHIVOS”. Se miraron entre ellos, con una clara señal de triunfo en los ojos.

—Bien, ahí lo tenemos —dijo Silva.

—¿Qué cree, jefe? ¿Que alguien ha borrado toda la información y se le ha olvidado ir después a la “Papelera”? ¿O que el sistema era premeditado?

—No lo sé. Pero yo creo que el procedimiento fue deliberado. El disco duro no era necesario... Simplemente, podía haber guardado la información en el portátil... Pero, si borraba la información en ese disco duro mientras estaba conectado a ese portátil, al volver a conectar ese disco duro en ese portátil, la carpeta borrada estaría disponible en la “Papelera”. Si el disco duro lo hubieran conectado a otro ordenador, esa carpeta no hubiera aparecido en la “Papelera” del ordenador correspondiente. Apuesto a que eso es lo que se decía en el documento encomendado al abogado Mario Rojas... Es un sistema complejo, sí, pero muy apropiado para prevenir que alguno de los titulares de las cajas distrajesen el contenido de las mismas... Si alguien se llevaba el disco duro, al conectarlo en otro ordenador, no aparecería nada. Si alguien se llevaba el portátil, lo mismo...

—Era listo ese Manuel Salas, ¿eh? —dijo Braulio Santisteban.

—Lo justo, porque ahora está muerto —dijo Silva—. Bien, vamos ahora a por lo mollar de este asunto...

Gómez pinchó en la carpeta con el botón derecho del ratón. Eligió la opción “Restaurar” y la carpeta volvió a estar en el disco duro externo. Al querer acceder a ella, el sistema pidió una contraseña.

—Aquí tenemos la respuesta —dijo Silva, señalando la cuartilla que aún no habían utilizado.

Gómez tecleó: I-T-‘S- -A- -H-I-T... Y una infinidad de subcarpetas y archivos pasaron a estar a su disposición para que pudieran dar un zarpazo definitivo al caso. Buscaron el fichero de texto del que habló Mauricio Cavestany y lo abrieron. Efectivamente, era incomprensible. El último elemento de la bolsa que quedaba por utilizar era, precisamente, el documento que iba a permitir descifrarlo.

* * *

Allí, había multitud de conversaciones comprometedoras. En todas, intervenía Francisco Montiel y sus interlocutores eran Bernardo Alonso, Esteban Villa, Miguel Ángel Wic, Javier Tortosa, funcionarios del Departamento de Urbanismo del Ayuntamiento... Pura dinamita que explicaba que hubiesen empezado a brotar muertos como hongos... En un amplio fichero de texto, aparecía un listado de todas las grabaciones, con una descripción de su contenido y de los momentos en que había información crítica.

—Gómez, en esta grabación hay que ir al minuto 17. Ahí, parece ser que implican a Adolfo Bello en toda la trama... A ese, también lo vamos a poder pillar...

—Jefe, no vamos a tener tiempo de revisar todo esto... Ya son las seis de la mañana...

—Sí, lo sé...

—¿Qué piensa hacer?

—Mi idea era que mañana fuéramos con Fernando Soler al Club Venus. Que hiciéramos el paripé (de acuerdo con él) de que dábamos con la bolsa de plástico con el ordenador... Y, a partir de ahí, las pruebas volvían a entrar en el circuito de forma absolutamente pulcra y limpia... Pero aquí hay mucho donde rascar... Y todavía no hemos dado con el fichero que diga dónde está el soporte físico de los documentos aquí escaneados y las grabaciones originales... Más o menos originales, claro está, porque ya todo es informática... Tenemos que revisar todo esto... Y, una vez revisado, preparar concienzudamente una lista de detenciones. Y hacerlas todas de una vez, dar un golpe brutal y definitivo...

—¿Qué pasaría si mañana lleváramos todo esto a la comisaría? —preguntó Gómez.

—Que el comisario intervendría y adiós...

—Entonces, ¿qué vas a hacer, Tomás? —preguntó Braulio.

—Vamos a retrasar nuestra visita al Club Venus hasta primera hora de la tarde de mañana... Mientras tanto, Gómez terminará de recopilar todo lo que aquí aparece... Después de presentarnos en dependencias policiales con el material, haremos una relación exhaustiva de su contenido. A lo largo de la madrugada, prepararemos las órdenes judiciales de detención... Y a la mañana siguiente, muy temprano, quienes aparecen en estas grabaciones, irán entrando, uno por uno, en los calabozos de nuestra comisaría. Eso es lo que haremos.

8

Adolfo Bello (VI) / Manuel Salas (IX) / Marcos García (VII)

Esta vez, la reunión de Adolfo Bello con Manuel Salas iba a ser muy distinta. Si, hasta ese momento, su relación con el director de la sucursal había tenido una finalidad estratégica, en esa ocasión, la visita iba a tener el carácter de operación táctica. Una operación táctica claramente definida.

—¿Cómo es que has venido a la sucursal sin avisarme, Adolfo? —preguntó Manuel Salas—. Has tenido que esperar a tres clientes antes de que te pudiera atender...

—No es problema —dijo Adolfo Bello—. Esta mañana, tenía tiempo de sobra...

—Siéntate.

—Gracias. Mira, Manuel, no sé cómo decirte lo que tengo que decirte. No me gustaría que me malinterpretaras ni que acabaras dando importancia a lo accesorio frente a lo principal...

Manuel Salas ya no se sorprendía por las enigmáticas palabras del abogado. Sabía que siempre utilizaba el mismo truco para atraer la atención de su interlocutor.

—Bueno, no sé... Lo mejor sería que me contaras lo que te preocupa...

—De acuerdo. Pero prométeme que no te vas a formar ningún juicio hasta que te dé todos los detalles...

—Sí, está bien, te lo prometo.

—Ya te dije en su día que, para mantener una posición social prominente, la información es un factor clave. Pero la información es costosa. Se oculta bajo miles de recovecos. Se disfraza. Disimula su auténtica naturaleza... Hay que prestar atención a todo e ir más allá de lo que pueda recomendar la ética o las conveniencias sociales. Incluso, hay que olvidar la literalidad de los preceptos legales. Te digo más. Hasta hay que dejar la amistad en un segundo plano.

Adolfo cogió uno de los caramelos que había en un pequeño recipiente de cristal que estaba sobre la mesa del director. Lo desenvolvió, se lo llevó a la boca y, mientras lo saboreaba, continuó hablando.

—No creas que todo esto lo saben muchos de los miembros de la élite. Más bien, prefieren no saberlo. No quieren ensuciarse las manos. Quieren que otros lo hagan por ellos. En mi caso, soy yo quien lo hago. Y eso implica llevar a cabo acciones muy desagradables. A mí, por lo menos, me resultan desagradables. Cuando, después, transmito información valiosa a mis clientes, una sonrisa de satisfacción se dibuja en sus rostros. Se pavonean, presumen de lo que han llegado a conocer, utilizan esa información para mostrar que están situados en un plano superior a los demás... Pero actúan así porque no han tenido que realizar la parte innoble del trabajo...

Sonó el teléfono. Manuel Salas atendió la llamada. La interrupción sólo fue de unos dos o tres minutos.

—Te preguntaré el por qué de mi largo preámbulo. Ahora lo entenderás. La búsqueda de la información conduce a ramificaciones insospechadas, inesperadas... Y conduce a que podamos realizar asociaciones y conexiones que nunca habiéramos podido imaginar... Supongo que si te pregunto quién es Marcos García, sabrás a quién me refiero, ¿no?

Manuel se puso, inmediatamente, en guardia.

—Sí, claro. Es empleado de esta oficina...

—Bien. ¿Sabes que su hijo, Antonio García, está liquidando, en efectivo, muchas de las deudas que mantiene?

—¿Por qué tendría que saberlo?

—No tendrías por qué. Pero te debería interesar...

Manuel Salas inquirió una respuesta con su mirada.

—Lo que te voy a decir, no lo conoce nadie —dijo Adolfo—. Y no lo conoce nadie porque te respeto. Sabes que te respeto. ¿No te imaginas cómo ha podido conseguir Antonio García el dinero con el que está cancelando sus deudas?

—Tiene un buen trabajo...

—Cierto. Pero te aseguro que su sueldo no llega para realizar pagos al ritmo que lo está haciendo...

—¿Qué quieres decir?

—¿Conoces a Aurora Calatrava?

Manuel se daba cuenta de que Adolfo Bello había hecho descubrimientos que a él no le convenían. Incluso, era peor que eso: sus averiguaciones habían alcanzado terrenos a los que él no había llegado.

—Sí, es clienta de la sucursal.

—Es cliente de la sucursal y algo más. Y mucho más, diría yo.

—No des tantos rodeos, Adolfo. Ve al grano...

—Aurora Calatrava es una adicta al juego. Concretamente, al bingo. Es una persona que está absolutamente desesperada. Una persona que está fuera de control. Apuesto lo que sea, que tú no sabías eso...

Tenía razón. No lo sabía. Y Manuel se percató de que todas las historias de Aurora sobre los problemas de sus hijos eran una pura mentira.

—Cuando una persona tiene problemas de ese tipo —dijo Adolfo—, se convierte en un enorme peligro. Nunca se sabe cómo va a reaccionar, cómo va a comportarse, qué camino va a tomar... Es como si un automóvil va a doscientos kilómetros por hora y el conductor se desmaya. ¡Cualquiera sabe qué podría pasar...! Uno de mis informadores me contó todo esto sobre Aurora Calatrava. Y ella nos habló de Marcos García. Y nos vimos obligados a hacer averiguaciones sobre él. Y, entonces, supimos que él había conseguido dinero. Sería bueno saber cómo lo ha obtenido. Pero, en este momento, hay algo que nos debe preocupar más. Aurora Calatrava no sólo nos habló de Marcos. También nos habló de ti. Y del trato que hicisteis...

Adolfo calló durante unos segundos para calibrar la reacción de Manuel. Aunque este intentó ocultarla, era evidente que fue de nerviosismo (su plan se había resquebrajado de forma, quizás, irreparable).

—Parece claro que es fácil sacar una conclusión. ¿Pudo Marcos García conseguir el dinero revelando lo que sabe de tu plan con las cajas de seguridad? No nos engañamos. A falta de

otra hipótesis, es lo más probable. Mira, Manuel. Yo hubiera podido profundizar en mis averiguaciones. Podría haberme enterado de todos los detalles de la trama... Podría haber identificado a todas las personas implicadas. Y, moviendo los hilos adecuados, hubiera podido desarticularla fácilmente. Y, entonces, ir a los peces gordos y decirles: ¿sabéis una cosa? He arreglado el problema que teníais con Manuel Salas. Y otra medalla para mi expediente. Magnífico, ¿no? Pero he decidido no hacer eso. No lo he hecho porque sé de tu valía. Porque no puedo permitir que se produzca tu caída. Eres mucho mejor que la mayoría de los imbéciles que tengo como clientes... Y, de cara al futuro, hay que mantenerte arriba, lo más arriba posible, porque sé que, contigo, vamos a alcanzar grandes logros. Y, por eso, sé que tengo que protegerte. Y, por eso, sé que te debía decir lo de Marcos García.

—Me vas a perdonar, Adolfo. Pero no creo que Marcos García me haya traicionado...

Adolfo se tuvo que reprimir para no transmitir su satisfacción. Había pergeñado una historia bastante precaria a partir de los deslavazados resultados de sus investigaciones y ya había logrado un primer éxito: había podido confirmar que Manuel Salas y Marcos García estaban de acuerdo en el tema de las cajas de seguridad. Había que avanzar por ahí...

—¿Por qué crees que no te ha traicionado? ¿Porque es un oficinista aburrido, con cara de no haber roto un plato en su vida? ¿Porque es un trabajador gris que se ha limitado a seguir el manual del buen empleado? Ello no es garantía de nada. Bueno, sí, es garantía de algo: de que será más fácil que ceda a cualquier presión, que será más fácil deslumbrarlo con cualquier oferta...

—Me vas a permitir que te haga una pregunta, Adolfo. ¿Me habéis estado vigilando?

El abogado sonrió.

—No seas ingenuo, Manuel. Todos nos vigilamos a todos. Ahora mismo, seguro que hay un par de tipos que están en frente de la oficina espionándonos y preguntándose de qué coño podemos estar hablando... Vigilar, nos van a vigilar de todas formas. Pero, por lo menos, que quienes nos vigilen sean los nuestros, ¿no?

* * *

Al día siguiente, Manuel Salas dijo a Marcos García que fuera a su despacho. Marcos estaba cada vez más tenso y preocupado. Ya no podía pasar sin llevar encima, todo el tiempo, una caja de tranquilizantes. La llamada del director no hizo más que añadir más tensión a su agitado estado de ánimo.

—Marcos, ¿qué tal se encuentra?

—Bien, bien, don Manuel. No me puedo quejar...

—Me alegro. Me alegro mucho. Marcos, me gustaría comentarle una cosa. Me han hablado de algo que no me hace ninguna gracia. Pero, antes de compartirlo con usted, me gustaría hacerle una pregunta. ¿Tiene algo que contarme?

—No le entiendo, don Manuel.

—Es muy simple. La pregunta es muy simple. ¿Tiene algo que contarme?

—No... No tengo nada que contar, don Manuel.

Manuel Salas se mordió los labios. No sabía cómo seguir. Esperaba, secretamente, que Marcos García se derrumbara y dijera toda la verdad sin necesidad de presionarle demasiado. Ahora, estaba claro que no iba a ser así.

—Marcos, sabe perfectamente que, en contra de nuestra voluntad, nos hemos visto obligado a manejar cuestiones muy delicadas. Ello nos fuerza a ser muy cuidadosos y a no actuar de modo caprichoso...

—¿Por qué me dice eso, don Manuel? He sido una tumba en relación a lo de las cajas de seguridad...

—Eso no es lo que me han dicho.

Manuel clavó sus ojos en los de Marcos.

—¿Quién le ha podido decir tal cosa?

—Eso no importa. ¿Es verdad o no?

—No, no es verdad —dijo Marcos García, visiblemente indignado.

Manuel Salas quedó bastante desconcertado porque le pareció que Marcos estaba diciendo la verdad.

—Entonces, supongo que no tendrá dificultad en explicarme cómo es posible que su hijo esté cancelando en efectivo una parte importante de sus deudas...

En ese punto, la expresión de Marcos cambió ostensiblemente.

—No sé, don Manuel, no sé... Eso es cosa de mi hijo... Habría que preguntarle a él...

—Por ahí, no, Marcos... Por ahí, no...

—Es que no sé cómo habrá podido conseguir ese dinero... A lo mejor, algún promotor le ha pagado el dinero que le debía...

—No me joda, Marcos. Aquí no está pagando nadie... Y los promotores en quiebra, menos.

—Pues no lo sé, don Manuel. ¡No lo sé...!

—Baje la voz que nos van a oír...

—¿Cómo quiere que no me altere! Me está acusando sin ningún fundamento...

—Bien, de acuerdo. No es cierta la acusación. Dígame, entonces, de dónde han sacado el dinero para realizar todos los pagos que están haciendo...

Marcos García no se atrevía a confesar la verdad. En primer lugar, porque dudaba mucho que Manuel Salas le creyera. En segundo, porque, en el fondo, sabía que no había actuado bien quedándose con el dinero de María Teresa Pérez y no quería admitir lo que había hecho.

—Don Manuel, lo único que le prometo es que hablaré con mi hijo e intentaré enterarme cómo ha conseguido el dinero. Pero yo le aseguro que no he contado a nadie lo de las cajas...

Manuel Salas sabía que Marcos le estaba ocultando algo.

9

Día 9 (I) / Marcos García (VIII)

Cuando Silva llegó a su casa, apenas tuvo tiempo de darse una ducha y tomar un café bien cargado. Cuando se puso las gafas y se miró al espejo del dormitorio, creyó ver que su bigote tenía más canas que una semana antes. Incluso, le pareció haber perdido peso (lo cual le parecía lo único positivo del, para él, penoso aspecto que ofrecía). No le sorprendió. Un simple atraco en una sucursal bancaria se había convertido en un laberinto endemoniado que no sabía muy bien qué salida iba a tener.

“A lo mejor, te acaba costando la cabeza, Silva...”, pensó para sí mismo.

Había habido un cambio de planes. Gómez iba a estar todo el día revisando la información del disco duro encontrado. Sería Robles quien le acompañara a interrogar a Marcos García.

Silva sabía que la situación en el hospital iba a ser problemática. Evidentemente, se habían equivocado (al menos, parcialmente) en el papel que había jugado Marcos García en el atraco. Y ello provocaría, inevitablemente, que la reacción de la familia contra ellos (con razón) no fuera demasiado amistosa. Pero, por otro lado, era obvio que el empleado de banca había colaborado con Manuel Salas en la trama de las cajas de seguridad. Por lo que había que ser agresivo con él para que dijera todo lo que sabía. La encrucijada era, por tanto, complicada.

—Buenos días, doctor —dijo Silva mostrando su placa al médico.

—Buenos días...

—¿Cómo se encuentra don Marcos García?

—Muy recuperado. Pienso que mañana por la mañana podríamos darle el alta...

—Tenemos que hacerle bastantes preguntas sobre el atraco... ¿Hay algún problema en ello?

—Desde el punto de vista de su salud física, no. Pero, para serles sinceros, lo encuentro bastante desanimado. No me gustaría entrar en un terreno en el que no soy especialista, pero creo que podría llegar a sufrir una depresión... Deberían tenerlo en cuenta...

—Le agradecemos sinceramente su advertencia, doctor. Iremos con pies de plomo...

—Efectivamente, sería lo conveniente.

El facultativo llevaba razón. El agente que custodiaba la puerta les confirmó lo que aquel había dicho. Y cuando Robles y Silva entraron en la habitación donde estaba Marcos García, lo vieron con la mirada baja, el rostro inexpresivo y todo su cuerpo sumido en la languidez.

—Buenos días, don Marcos. Soy el inspector Tomás Silva. Mi compañera es la agente Carla Robles. Nos alegramos de su mejoría...

—Gracias. Pero que el cuerpo mejore no significa que mejore el alma...

—Ha vivido usted una experiencia traumática. Se debe dar tiempo a sí mismo para recuperarse de ella. Se lo digo por experiencia... Muchas veces, los policías hemos sufrido pérdidas de compañeros... Hemos vivido situaciones límite en las que nuestra vida ha estado en peligro. Y sólo el tiempo puede hacer que las heridas cicatricen...

—Seguramente, lleva razón. Mientras tanto, toca ir sufriendo...

—Don Marcos, la investigación del atraco a la sucursal está siendo verdaderamente compleja. Y hemos tenido que modificar varias veces las hipótesis de partida. Le digo esto porque, al principio, pensábamos que usted estaba implicado pero, ahora, tenemos una visión diferente de la cuestión. Nos gustaría, por tanto, que nos diera su versión para confirmar o no las conclusiones a las que hemos llegado...

Marcos García cerró los ojos y echó hacia atrás la cabeza. Silva intentaba discernir si estaba reflexionando sobre cómo eludir su petición de información o sobre cómo exponerla con la mayor precisión posible. Frente a otros personajes de la trama, Marcos García todavía constituía para el inspector un misterio pendiente, incluso, de definir.

—Mire, inspector —dijo Marcos García—, me gustaría pensar y decirle que soy inocente. Pero no lo soy. Sólo puedo manifestarle que, en relación al robo, no tengo nada que ver. Pero, en otras cosas, soy absolutamente culpable.

—¿Vamos por partes?

Marcos García empezó contando cómo Manuel Salas le convenció para que participara en su plan con las cajas de seguridad.

—Sé que no es una justificación. Pero sólo la desesperación me llevó a aceptar la propuesta.

—¿Cumplió Manuel Salas su parte del trato?

—Sí. No me despidieron, me concedieron el préstamo que había solicitado y mi hijo encontró un buen trabajo...

—A partir de ese momento, ¿qué papel jugó usted?

—Escaso. Él, de vez en cuando, revisaba las cinco cajas, yo le comunicaba cuándo alguno de los cinco clientes pasaba por la sala de seguridad y poco más. Pero todo se complicó cuando ocurrió lo de María Teresa Pérez...

—¿Qué fue lo que ocurrió con María Teresa Pérez?

—Algo que, por desgracia, resulta inverosímil para cualquiera que lo oiga.

Efectivamente, costaba creer que, casi sesenta mil euros, hubieran ido a parar a sus manos de un modo tan surrealista. Pero, lo sustancial, era que Manuel Salas se hubiera enterado y la trascendencia de su reacción.

—Al principio, don Manuel pensaba que yo había conseguido el dinero vendiendo lo que yo sabía en relación a las cajas de seguridad. Cuando, finalmente, ante sus presiones, le revelé la verdad, no me creyó. Le dije que podía confirmar que doña María Teresa Pérez estaba ingresada en la Residencia de Nuestra Señora de la Gloria, que padecía demencia senil... Pero, desde ese momento, siempre estuvo con la mosca detrás de la oreja...

—¿Cómo se enteró Manuel Salas de lo del dinero?

—Nunca me lo dijo.

—¿Tuvo usted noticia de que el director de la oficina confirmara su información?

—Sí. Al cabo de unos días, me dijo que, efectivamente, doña María Teresa Pérez estaba en dicha residencia y que ya no era consciente de nada... Pero me comunicó que seguía sin creer mi historia...

—¿Qué consecuencias tuvo, entonces, las sospechas del director de la oficina?

—Ninguna hasta el lunes de la semana pasada.

Por fin, se llegaba a un punto crítico de la investigación.

—¿Qué ocurrió ese día?

—Como siempre, a las siete y cuarto de la mañana, más o menos, salí de mi casa para dirigirme a la oficina. Entonces, para mi sorpresa, me encontré con que don Manuel me abordaba junto a dos personas, dos tipos con muy mala pinta... Cada uno de ellos, me apuntó con una pistola y me llevaron a un coche...

—¿Me está diciendo que Manuel Salas estaba con los individuos que le secuestraron?

—Sí. Me dijo que lo sentía mucho. Pero que se había visto obligado a actuar así. Que no me iba a pasar nada y que en dos o tres días quedaría libre... Me taparon los ojos y, al cabo de una media hora, me vi encerrado en una habitación, de paredes rojas, y decorada de forma muy extraña... No comprendía nada... Lo único que me tranquilizaba era que me trataban bien... Aunque carecía completamente de información, decidí ser optimista... A fin de cuentas, en ningún momento sufrí amenazas... No me estaban presionando por ningún motivo... Supuse

que sólo era cuestión de esperar... Empecé a preocuparme cuando, al cuarto día, todo seguía igual y no había visos de que me soltaran...

—¿Le dieron alguna explicación?

—No. Ninguna. Sólo noté un poco más nerviosos a mis vigilantes... Pero, aunque yo pregunté, no quisieron decirme nada.

—Robles, por favor, enseñe las fotos que tiene en su tableta... A ver si don Marcos reconoce a alguno de ellos...

La agente Robles mostró el dispositivo a Marcos García y reconoció a *El Tano* (como uno de los sujetos que lo habían secuestrado) y a Roberto Prados (quien lo había vigilado durante los últimos días). *Anatoli* seguía siendo un fantasma escurridizo. La historia continuó siendo desgranada...

—Comencé a inquietarme. Pasaron los días y seguía sin haber síntomas de que me fueran a liberar... En la mañana de ayer, recibí unas noticias espantosas... Uno de los tipos que he reconocido en sus fotos me dijo que todo se había complicado. Que don Manuel Salas había muerto... Ellos estaban preocupados porque habían perdido el control del dinero robado y estaban empeñados en que, fuera como fuera, por las buenas o por las malas, iban a conseguir su parte. Me enseñó una bolsa de plástico con un ordenador, un disco duro y unos papeles... Yo sabía que todo eso podía ser el contenido de las cajas pero no tenía ni idea de qué había que hacer para ver la información... Se enfureció. Pero por la tarde fue peor. Llegó el joven que me había vigilado durante el fin de semana. Este me amenazó de manera violenta. Me dijo que, como no le dijera cómo se accedía a lo que había en el ordenador, me iba a arrancar la piel a tiras y que no pensara salir de allí con vida si ellos no encontraban los archivos para poder sacar provecho... Me desesperé... Como en los últimos tiempos, siempre llevaba encima una caja de tranquilizantes, y tenía una en el momento del secuestro, perdí la cabeza y decidí suicidarme...

—Señor García, ¿le dijeron algo sobre las circunstancias de la muerte de don Manuel Salas?

—No.

—¿Le comunicaron quién había muerto junto a él?

El gesto de sorpresa hubiese sido suficiente aun cuando no hubiera respondido.

—No, ni idea.

Silva consideró que, de momento, debía poner fin al interrogatorio. Se habían aclarado algunos puntos oscuros pero seguía habiendo demasiadas lagunas que le continuaban preocupando.

—Muchas gracias, don Marcos. Le dejamos tranquilo para que se pueda reponer definitivamente. Además, vamos a dejar que pueda hablar con su familia... Ahora, toca que recupere el ánimo...

—Muchas gracias, inspector.

Silva y Robles salieron de la habitación. En la sala de espera, aguardaban la mujer y los hijos de Marcos García. Se levantaron en cuanto vieron al inspector, el cual se dirigió a ellos con un discurso claro y contundente.

—Buenos días. En primer lugar, quiero pedirles disculpas. Aunque don Marcos disponía de información relevante para el caso, él no está implicado, de ninguna forma, en el atraco...

—¡Se lo dijimos! Rece para que, al final, no pidamos responsabilidades al Cuerpo de Policía... —dijo Javier García.

Silva actuó como si no le hubieran dicho nada.

—En segundo lugar, debo recriminar muy severamente el comportamiento de don Antonio García y de su madre. Nos ocultaron, deliberadamente, lo del dinero de doña María Teresa Pérez. Nunca sabremos si ello ha retrasado la resolución de la investigación y, lo más grave, ha servido para poner en peligro la vida de don Marcos García. Sólo de milagro pudimos dar con él a tiempo para poder salvarlo... Reflexionen sobre ello. Y, don Javier, con esto que le hemos dicho, medite con serenidad si quiere demandarnos o no... Ya pueden entrar en la habitación de don Marcos para hablar con él. Buenos días.

10

Carlos, alias *Charli*, alias *El Guapo* (VII) /Sara Varela (V)

Pocos días después del incidente con Tamara y *Anatoli*, este le llamó para mantener la conversación prometida. Se citaron en un restaurante del centro de la ciudad para la hora del almuerzo. Estaba claro que *Anatoli* deseaba invitarlo en agradecimiento de su acción. Se sentaron en un rincón apartado y *Charli* se sorprendió por el modo tan espontáneo en que su interlocutor le habló de sus planes.

—Entonces, ¿has dejado El Paraíso?

—Sí. Ya estaba un poco harto del trabajo. Te pagan demasiado poco por jugarte el pellejo... Además, ya tenía ganas de instalarme por mi cuenta.

—*Charli*, me gustaste mucho cuando te vi actuar el otro día... Estoy acostumbrado a vivir situaciones parecidas y percibo, de inmediato, los nervios, la falta de autocontrol, la ausencia de cerebro... No hubo nada de eso cuando entraste en la habitación... Todo fue rápido, conciso y preciso... Ello demuestra que posees unas virtudes que no debes desperdiciar siendo segurata de un puticlub... Es decir, me parece que haces muy bien buscándote otra cosa.

—Si, pero no sé por dónde empezar...

—¿Quieres que yo te diga por dónde puedes empezar?

—Ahora mismo, estoy abierto a oír sugerencias.

—Te voy a explicar cómo veo yo las cosas. Gente como tú y yo no servimos para crear riqueza. Pero sí somos duchos en cambiarla de sitio. Es decir, sólo podemos prosperar si existe un cierto clima de prosperidad general. A su vez, son necesarios otros requisitos. Como, por ejemplo, que reine un cierto ambiente canalla y un cierto amor por la perversidad y la malicia. A su vez, si tienen protagonismo otros, vamos a llamarles, transportistas de riqueza, ello nos sirve de gran ayuda para mimetizarnos con ellos. ¿Me entiendes?

—Siendo sincero, no demasiado... —admitió *Charli*, quien, de todos modos, estaba fascinado por la brillantez de *Anatoli*. Él, que siempre había admirado la capacidad verbal de *El Sabio*, se daba cuenta de que ello no era nada comparado con la sapiencia que se estaba desplegando ante sus ojos.

—Te lo voy a intentar explicar. ¿Cuáles son nuestras principales fuentes de ingresos? Las drogas, el sexo de pago, el juego ilegal, el lujo proporcionado a buen precio... Dejo aparte el tráfico de armas y el tráfico de personas, porque a mí, personalmente, no me gustan en absoluto. Si nos quedamos con los cuatro conceptos que te he dicho, ¿qué tienen en común? Básicamente, el crear realidades ilusorias en los límites... Te esnifas una papelina y crees que estás en un mundo distinto. Apuestas a un número y te imaginas que ello va cambiar definitivamente tu vida. Pagas a una prostituta y te haces ilusiones que una mujer con un cuerpo de escándalo se ha rendido a tus encantos. Tal como ha funcionado todo antes de la crisis, ello era ideal para nosotros. A fin de cuentas, ¿qué diferencia hay entre que un terreno multiplique por cuatro o cinco su valor en tres años o que, recibiendo un préstamo a treinta años, puedas comprar una vivienda de trescientos mil euros y que vendas una pastilla de éxtasis que hace que veas un mundo en colores? Si hay alguna, es, en todo caso, de matiz... En todos los ejemplos que te he puesto, no se crea riqueza, sólo se cambia de manos... Evidentemente, ante la situación de crisis que existe, aparte de que quede poco espacio para fantasías reconfortantes, no hay mucha riqueza que se pueda mover de un sitio a otro.

—Eso es lo mismo que yo le dije a un amigo mío hace unos meses... Que había poco dinero en circulación. Un tío que sabía de esto, me dijo que la crisis iba para largo. Pero mi amigo me respondió que eso no iba a ser así. Que, más pronto que tarde, llegaría la recuperación...

—Olvídate de eso. Esto va para largo.

—Entonces, ¿qué opciones hay?

—Pues recurrir a los trucos básicos... ¿Has oído hablar de un concepto denominado "arbitraje"?

—¿"Arbitraje"? No.

—Bien. Consiste en comerciar aprovechando las diferencias de precios entre un lugar y otro. Compras barato en un sitio, vendes caro en otro... Así de simple. ¿Sabes dónde podemos

vender ahora coches de alta gama con facilidad? En los países del Este. Evidentemente, el precio de venta no es el mismo que el que podíamos conseguir aquí antes de la crisis... Pero, a fin de cuentas, en la costa es fácil que podamos conseguir coches de alta gama a precio cero, ¿no?

Anatoli rió con ganas.

—Pero, ¿tú tienes contactos en los países del Este como para montar algo así?

—¿Por qué crees que me llaman *Anatoli*?

* * *

Charli sabía que organizar algo como lo que *Anatoli* le proponía no era sencillo. Hacía falta mucha gente. Y gente de confianza. Mucha confianza. Las primeras personas en las que pensó *Charli* fueron *El Sabio* y *Jimmy El Chato*. *El Sabio* siempre estaba disponible. *Jimmy El Chato* había tenido que traspasar su pub. La crisis (la malhadada crisis) había provocado que los ingresos que obtenía no llegaran ni para pagar los préstamos al banco. Desde entonces, *Jimmy* estaba muy deprimido. Y *Charli* quería proporcionar a su amigo motivos de ánimo. También, necesitaban a alguien que pusiera dinero y alguien que supiera de mecánica. Para lo primero, *Charli* pensó en *El Tano*. A este, le encantó la idea desde el primer momento. Además, él y *Anatoli* se cayeron bien con sólo conocerse. Por ahí, todo fue como la seda. *El Tano* recomendó a quien iba a solventar las cuestiones de mecánica: un tal Roberto Prados Luna. Al principio, *Charli* no se fijó demasiado en ese tipo. Con posterioridad, le empezó a preocupar el descubrir que era un cocainómano.

—Este tío nos va a dar problemas. Lo sé —le dijo a *Anatoli*—. Estoy harto de tratar a gente así y siempre se les acaba yendo la olla...

Pero, para entonces, todo iba viento en popa y nadie quería ocuparse de problemas sin importancia.

* * *

Una noche, al llegar al portal de su bloque, *Charli* se encontró con una persona a la que ya no esperaba volver a ver. Se trataba de Sara Varela.

—Hola, *Charli*.

—¡Sara! ¿Cómo tú por aquí?

—Te esperaba. He visto que tu nombre seguía en el buzón... Así que pensé que debías seguir viviendo en el mismo sitio.

—Efectivamente, aquí sigo viviendo. Pero sube... Vamos a contarnos qué tal nos van las cosas...

Las cosas le iban de modo muy diferente a Sara y a *Charli*. Sus destinos parecían haberse intercambiado de una forma similar a como sucedía en *El príncipe y el mendigo*. Parecía la broma de un dios juguetón.

—¿Y cómo es que sigues viviendo aquí? —dijo Sara—. Si te va tan bien tu nuevo negocio, ¿por qué no te mudas a un barrio mejor?

—Este es mi barrio. No me voy a ir de aquí para marcharme a una casa de mis sueños a medias... Es decir, cuando me vaya, será a la casa de mis sueños en el lugar de mis sueños, sin trampa ni cartón...

—Te comprendo, *Charli*. Como siempre me ocurre contigo, te comprendo perfectamente...

—Siento mucho que la productora se fuera al garete. Salvador y Xavi me caían bien... Lo digo en serio.

—Lo sé.

Charli no se preguntó para qué había ido allí Sara. Más bien, se dejó llevar por las ganas que tenía del cuerpo de la chica.

—Ya que estás aquí, podríamos aprovechar para pasar un buen rato...

—¿Por qué eres siempre tan rudo, *Charli*?

—No soy rudo. Simplemente, voy con la verdad por delante. ¿No quieres que pasemos un buen rato? No hay problema. Nos damos un par de besitos, nos despedimos y ya está... ¿Te parece bien? ¿Nos despedimos ya?

Sara meditó su respuesta durante unos instantes.

—No, no quiero despedirme ya...

11

Día 9 (II)

—¿Están ya Fernando Soler y su familia en un piso protegido? —preguntó Silva.

—Sí, jefe. Desde esta mañana, a las nueve —respondió Osorio.

—Perfecto. ¿Ha llegado ya el abogado de *El Tano*?

—Sí. Lleva media hora esperando...

—Bien. Pues que ambos pasen a la sala de interrogatorios...

El Tano era un personaje duro, curtido, capaz de arrostrar la situación con serenidad y despreocupación. Para él, las idas y venidas a la comisaría o a los juzgados, las visitas de la

policía a sus negocios y los delitos que había que negar formaban parte de una aburrida rutina. Así que Silva sabía que no iba a poder sacarle, de momento, mucha información. Sólo cuando acabaran de desmenuzar todos los archivos guardados en el disco duro encontrado y conocieran más detalles del atraco, cabría la esperanza de que *El Tano* dijera, bajo presión, algo relevante. De este modo, el interrogatorio sólo iba a servir para cumplir el trámite procesal de poner a disposición judicial al acusado y, con un poco de suerte, a que dejara escapar algo que tuviera trascendencia.

—Bien, aquí tenemos a don José Puerta Noriega, alias *El Tano* —dijo Silva—. Le pongo en antecedentes. En la tarde de ayer, localizamos a don Marcos García en el Club Venus, el cual es de su propiedad. Pudimos hacerlo después de que siguiéramos a Alberto Sánchez y Roberto Prados y que este último tiroteara a una unidad policial. Por la declaración de don Alberto Sánchez, sabemos que este ayudó a Carlos Fernández Trevi, alias *Charli*, a Jaime Fernández Pons, alias *Jimmy*, y a Francisco Pereda Álamo, alias *El Sabio*, a cometer el atraco a la oficina principal del Banco Continental. El día del atraco, según declaración de don Fernando Soler, encargado del Club Venus, usted y un tal *Anatoli* llevaron allí, a primera hora de la mañana, a don Marcos García y lo estuvieron vigilando a lo largo de toda la semana. Usted ordenó a Roberto Prados que fuera él quien lo vigilara durante el pasado fin de semana. Finalmente, en el día de ayer, usted llegó al club con material informático, con la intención de obtener datos que pudiera rentabilizar económicamente, posiblemente mediante chantaje, ante los problemas que surgieron para poder lograr su parte del botín. Añadamos la relación ampliamente conocida entre usted y don Carlos Fernández Trevi y el hecho de que Roberto Prados Luna es un simple hombre de paja, ya que usted, *Charli* y *Anatoli* son los verdaderos propietarios del taller presuntamente regentado por el mecánico ayer detenido, y no podrá negar que tenemos motivos de sobra para acusarle de ser cabecilla de toda la trama.

El abogado intervino.

—Perdone, señor inspector. Hay varios aspectos que sería conveniente tratar en relación a su exposición de los hechos.

—Enumere, letrado...

—Lo más obvio es que ustedes no pueden tener constancia de que don José Puerta sea propietario del taller aludido porque, sencillamente, no lo es. Sigamos con que la relación que usted califica de “ampliamente conocida” entre mi cliente y don Carlos Fernández Trevi no es más que una relación profesional que se ha desarrollado sólo en momentos puntuales. Su importancia es mucho menor de la que usted le atribuye. Para poder acreditar que la relación va más allá de lo comentado, supongo que podrá aportar pruebas al respecto...

—No perdamos el tiempo en los elementos accesorios y vayamos a los principales...

—Está bien. Parece ser que la implicación de mi cliente en el atraco y en el posible secuestro de don Marcos García sólo se apoya en las declaraciones de dos personas. Dos personas que, para intentar mitigar las consecuencias penales de su conducta, posiblemente han pensado que lo mejor era responsabilizar de la organización de la trama a otros y, en particular, a don José

Puerta. En relación a Alberto Sánchez, mi cliente no lo conoce y nunca ha tenido ningún contacto con él...

Silva se daba cuenta de que abogado y acusado habían elaborado con suficiente antelación el relato con el que pensaban evadirse de las acusaciones. Y que, como él sospechaba, nada fue improvisado ni llevado a cabo con precipitación. Todo obedecía a una estrategia perfectamente planificada con suficiente tiempo. El abogado, en su empeño de realizar un buen trabajo para su defendido, le estaba confirmando, sin querer, la verdadera naturaleza, hasta entonces sólo intuita, del atraco a la sucursal.

—En relación a Fernando Soler, don José Puerta lamenta profundamente que un empleado suyo haya traicionado la confianza puesta en él. Resulta evidente que se puso de acuerdo con una serie de personas para utilizar el club como base de operaciones de una serie de comportamientos ilegales... Don José Puerta pide disculpas a la policía y a las autoridades y promete que, en el futuro, será mucho más cuidadoso en seleccionar el personal a su cargo...

—Muy bien estructurada su refutación, señor abogado. Se me había olvidado comentarle algo. Don Marcos García también nos ha revelado que su cliente le secuestró a punta de pistola y lo llevó hasta el Club Venus. ¿Qué explicación tienen para ello?

—Esa es la versión de don Marcos García —continuó el abogado—. Habría que profundizar en averiguar cuál ha sido la participación real del señor García en la trama... Es posible que sea cómplice de Fernando Soler y de todos sus compinches: los tales *Charli*, *Jimmy*, *El Sabio*... Hasta que todos esos extremos no estén claros, habrá que poner en cuarentena todas las declaraciones puramente verbales sin pruebas que las sustenten...

—Miren, da la casualidad que todas las declaraciones coinciden sin que nos conste que los testigos se hayan podido poner de acuerdo entre ellos en algún momento. Además, don Marcos García reconoció al señor Puerta entre una serie de fotos de distintas personas... ¿No me dirá que no es extraño?

Estaba claro que el cerco se estrechaba y que un juez iba a encontrar suficientes indicios como para imputar varios delitos a *El Tano*. Este lo intuyó mucho antes de que su abogado reparara en que su voluntariosa historia se estaba resquebrajando a fuerza de tanto estirla: resultaba inverosímil que la conspiración contra su cliente se fuera ampliando progresivamente hasta abarcar a un cada vez mayor número de personas apenas conectadas entre sí...

—No se trata de si es extraño o no... Se trata de si hay pruebas sólidas o no las hay... Y, en mi opinión, están lejos de tenerlas.

—Eso ya lo decidirá el juez. Por cierto, ¿quién es *Anatoli*?

Sólo entonces dijo algo *El Tano*.

—*Anatoli* sólo era un cliente de El Paraíso. A eso se limita mi relación con él...

Silva, aprovechando que *El Tano* hubiera intervenido y que la inseguridad y las dudas habían empezado a surgir en el abogado, se dirigió nuevamente al detenido.

—¿Conoce su nombre?

El Tano no sabía si responder o no. Algo debía de estar pasando por su mente para sopesar si debía seguir a pies juntillas o no el tradicional código de lealtad que imperaba en su mundo.

—Lo siento. No me acuerdo...

—¿Insiste en negar que usted y *Anatoli* secuestraron a Marcos García?

—Sí, totalmente.

El detenido volvía a esconderse en su caparazón.

—De acuerdo. Usted, junto a Roberto Prados Luna y Alberto Sánchez, pasarán a disposición judicial... Entonces, podrán comprobar cuánto tiempo resistirán sus inconsistentes historias...

* * *

El optimismo reinaba entre los policías. Se había avanzado sustancialmente en desarticular la banda que había atracado el banco. Y lo que aún no sabían, salvo Silva y Gómez, es que, al día siguiente, con todas las detenciones que se iban a efectuar, posiblemente el nuevo avance del caso iba a ser definitivo.

—Señores, hasta la fecha, hay un elemento que aún no podemos explicar satisfactoriamente. Y es el de la conexión entre el robo de las cajas y el atraco en sí mismo. Pienso que ambas cosas están relacionadas. Les digo esto porque va a haber novedades importantes. Y es necesario que tengan en cuenta lo que les acabo de decir para los interrogatorios que mañana van a tener que realizar... Hay que conectar ambos robos y tendrán que insistir en esa línea de investigación para concluir el caso... ¿Comprendido?

Todavía quedaba una buena noticia. Soriano había podido descubrir la identidad de *Anatoli*.

—Ya le puedo decir un nombre, inspector. El verdadero nombre de *Anatoli* es Esteban Urondo.

12

Adolfo Bello (VII)/Manuel Salas (X) / Sara Varela (VI)

Cuando Adolfo Bello recibió aquella mañana la llamada de Manuel Salas, adivinó que algo importante iba a suceder. Su lenta y metódica estrategia iba a rendir sus frutos. Por fin, iba a poder restregar en la cara a Miguel Ángel Wic, a Bernardo Alonso y a Esteban Villa, a todos quienes habían dudado de su eficacia, que, una vez más, como siempre, su plan iba a ser

culminado con el triunfo más absoluto. Lo que se había constituido en un problema de colosales dimensiones, él había sabido disolverlo como un miserable terrón de azúcar. Y lo más divertido de todo: al mismo tiempo que iba a recibir las efusivas felicitaciones de sus clientes, iba a poder conseguir tenerlos atrapados a todos ellos (sin que llegaran a enterarse) en un cepo invisible que iba a poder accionar cuando conviniera a sus intereses. Jugada redonda.

Su secretaria entró en el despacho.

—Don Adolfo, está aquí don Manuel Salas.

—Que pase, que pase...

El abogado contempló, con satisfacción, cómo había desmejorado el aspecto de su visitante. Rostro demacrado, ojeras en las mejillas, mueca descompuesta... Todo ello era una buena señal.

—Adolfo, ¿cómo estás?

—Bien, muy bien. Pero tú no tienes buena cara, Manuel...

—No. Estoy bastante preocupado... Tengo que poner fin a todo esto...

—¿A todo esto...? ¿Qué es lo que sucede?

—Cuando hace mes y medio me pusiste sobre aviso de lo que sucedía con Aurora Calatrava y Marcos García, intenté desentrañar qué podía haber detrás de todo ese galimatías... Pero mis esfuerzos han sido inútiles. Marcos García me ha contado una historia extrañísima que no me creo. Aurora Calatrava me ha seguido pidiendo dinero. Al principio, yo me negué a entregárselo. Le dije que sabía toda la verdad. Que era mentira lo de sus hijos... Que ella era una adicta al juego... Le aconsejé que acudiera a un especialista... Pero no me hizo caso. Me continuó presionando. Tuve que volver a pagarle para que se callara... Y, encima, la situación en el banco se ha vuelto a agravar...

—Bueno, pero, con la información que tienes, dispones de un seguro con el que cubrirte las espaldas, ¿no?

—No. La cosa es grave. Va a haber un cierre muy importante de sucursales... Va a haber una reducción de puestos directivos... Ni mi jefe está convencido de que vaya a seguir... Además, se dice que hay miembros del Consejo de Administración que saben lo de los pagos a determinados cargos de la entidad. Y lo van a utilizar para facilitar los despidos...

—¡Vaya mal momento para que se enteren de eso...!

—No. Lo saben desde hace bastante tiempo. Pero es ahora cuando les viene bien echar mano de ello...

—Pues siento mucho todo lo que me estás diciendo...

—Adolfo, he decidido que tengo que hacer algo. Me voy a marchar de aquí...

—¿Marchar...?

—Sí. Marchar... Quiero empezar de cero en otro lugar.

Adolfo Bello no se esperaba, exactamente, ese giro de los acontecimientos. Más bien, imaginaba que Manuel Salas iba a pedirle ayuda y que él iba a poder dirigir el curso de los acontecimientos a conveniencia de sus intereses. Sin embargo, el anuncio que acababa de escuchar le obligaba a realizar un rápido reajuste mental. Y tenía que ganar tiempo para conocer qué terreno pisaba.

—¿Quieres irte a otro lugar? No sé, me sorprendes... ¿En qué habías pensado?

—No he pensado en nada. Por eso, he venido a verte... Creo que podrías ayudarme...

—¿Yo?

—Sí, tú...

—¿Y en qué podría ayudarte yo?

—No seas modesto. No te pido nada que no hayas hecho antes. Todos saben que tú ayudaste a escapar a Antonio Cifuentes, el concejal de la costa que huyó para evitar el juicio por el caso Timor...

—Aunque así fuera... No sé qué podría hacer...

—¡Por favor, Adolfo...! ¡No me vengas con tonterías...! Seguro que sabes cuál es el mejor lugar para instalarse... Y qué gestiones hay que realizar...

—Imaginemos que así sea. En primer lugar, ello sólo lo haría en casos muy excepcionales. No forma parte de mi trabajo ordinario. En segundo lugar, no sería barato...

—Di una cifra...

El abogado ya empezaba a moverse en su terreno favorito.

—¿Crees que estoy hablando de dinero?

—Entonces, ¿de qué?

Adolfo Bello se levantó de su butaca y se puso a mirar por la ventana de su despacho. Podía tocar con los dedos la expectación de Manuel Salas.

—Mira, Manuel, hay ciertas cosas que yo no hago por dinero. En algunos casos, porque no hay dinero que compense ciertos riesgos. En otros, como el tuyo, porque, aunque no hay riesgos, tampoco me aporta nada a largo plazo. El criterio por el que me rijo no es el de obtener dinero rápido sino el de hacer gestiones que me beneficien económicamente tanto en el presente como en el futuro... Si te vas, ya no hay posibilidad de que tú y yo podamos hacer nada de lo que tenía planeado... Por tanto, lo que te voy a pedir lo voy a orientar desde otra perspectiva. Sé en qué país podrías instalarte. Un lugar tranquilo, apacible y en el que, con el dinero que

podrías llevar, tendrías una vida de lujo... ¿Qué pido a cambio? Que me soluciones dos problemas.

—¿Qué problemas son?

—El primero, es obvio. Se trata de la documentación comprometedora para Miguel Ángel Wic, Bernardo Alonso y Esteban Villa. Si llegara a decirles que he logrado poner fin a las posibilidades de chantaje, ello significaría un importante tanto para mí. El segundo, te va a sorprender.

—¿De qué se trataría? —preguntó Manuel Salas, más resignado que intrigado.

—Uno de mis clientes es Francisco Montiel. Es un promotor inmobiliario que tú conoces...

Al oír el nombre, Manuel Salas se puso, inmediatamente, en alerta.

—Sí, es cliente de mi oficina...

—Como sabrás, allí tiene una cuenta particular con cuatro millones y medio de euros... Hace unas semanas, me consultó qué podía hacer para llevarse el dinero de este país sin dejar rastro... Quería iniciar nuevos negocios en otra parte... Negocios inmobiliarios, para no perder la costumbre... Los métodos tradicionales no le convencieron... Así, que se me ha ocurrido un método menos tradicional...

—¿Cuál?

—Que le roben el dinero...

—No te entiendo...

—Verás... Él decide sacar los cuatro millones y medio de euros en efectivo de la sucursal...

—Pero eso es una locura...

—Depende. Los bancos no estáis en muy buena situación. Habéis concedido muchos préstamos arriesgados y ahora todos dudan de vuestra solvencia... ¡Sabrá Francisco Montiel mejor que nadie que habéis dado préstamos demasiado arriesgados...! Por tanto, parece lógico que se quiera llevar el dinero contante y sonante y no quiera saber nada más de depósitos bancarios... Pero, ¡qué mala suerte!, en el momento de salir de la sucursal, sufre un atraco imprevisto... El pobre promotor se queda sin su dinero. Y tendrá que esperar que el seguro le indemnice... Eso sí, mientras tanto, con ese dinero él puede iniciar una aventura en otro lugar... Crear riqueza, en definitiva, lo cual no tiene nada de malo... Por supuesto, está dispuesto a pagar una buena cantidad a quien colabore con él...

—Pero investigarán... Sospecharán de Francisco Montiel, de mí...

—En tu caso, no debes preocuparte. Porque tú estarás bastante lejos... Ese será el precio que recibirás por tu ayuda.

Manuel Salas dudaba. Le parecía, a la vez, demasiado fácil y demasiado complicado.

—¿Podría acompañarme una persona al destino que eligiera?

—Sí, por supuesto.

—Me lo tengo que pensar.

—Es lógico. Sólo una pregunta. Tus padres se quedarían aquí, ¿no?

—Sí. ¿Por qué?

—Hombre, ellos serían tu garantía. Quiero decir, que si no nos has dado todo el material que posees y parte del mismo sale a la luz, mis clientes decidirían que tus padres iban a sufrir las represalias oportunas. Asimismo, tienes que encontrar un modo de dejar absolutamente claro, sin lugar para la más mínima duda, que las cajas de seguridad que has utilizado para guardar los archivos han quedado completamente vacías... Eres consciente de todo ello, ¿no?

—Sí, lo soy. Pero nadie se va a tener que preocupar por ese tema. Daré todo lo que tengo y no habrá posibilidad de que esa información pueda ser utilizada en su contra...

—Está bien. Piénsatelo. Pero no tengo mucho tiempo. Francisco Montiel me exige una solución rápida.

—Lo que me propones no es un paso fácil de dar...

—Lo sé. Pero ya te lo dije en una ocasión. Llegaría el momento en que te pediríamos algo que podrías hacer tú y sólo tú. Ese momento ha llegado. Y te puedes considerar afortunado. Porque, la mayoría de las veces, pedimos que la colaboración del iniciado sea absolutamente desinteresada. Tú, en cambio, vas a poder iniciar una nueva vida. ¿Crees que tienes motivos para quejarte?

* * *

Manuel sentía cerca de él (y, paradójicamente, lejos) el cuerpo desnudo de Sara. Llevaba varios días intentado proponerle algo que, quizás, salvara su relación, que la revitalizara, que le insuflara un oxígeno del que, en los últimos tiempos (a lo mejor, desde siempre), carecía. Al mismo tiempo, temía que su propuesta acabara por hundir lo poco que quedaba en pie de ella. Era como caminar en el alambre. Si cruzaba con acierto el abismo que se abría bajo sus pies, al final habría vítores y aplausos. En caso contrario, sólo oiría reproches y lamentaciones. Todo o nada. Esas eran las opciones.

—Sara, ¿estás despierta?

—Sí.

—¿Te gustaría marcharte lejos de aquí?

—¿Lejos de aquí? ¿Qué quieres decir con lejos?

—A otro país...

Sara se incorporó con gesto de extrañeza.

—¿A otro país? Pero, ¿cómo? ¿De vacaciones?

—No, de vacaciones, no. Sería para siempre...

—¿Para siempre?

—Sí. En el fondo, ¿qué tienes aquí? ¿Qué dejarías? Posiblemente, en otro sitio tendrías más futuro...

—Pero, ¿y tu trabajo?

—Sobre mi trabajo, hay muchas cosas que no sabes...

Sara se quedó estupefacta con todo lo que Manuel le empezó a contar. Ella nunca habría imaginado que él pudiera ser protagonista de una historia como la que acababa de descubrir. Pero que le propusiera abandonar el país, la sumía en una perplejidad aún mayor. Sin embargo, todavía le quedaba por escuchar lo más sorprendente.

—Sara, tú me hablaste, una vez, de una película que hizo tu productora sobre la vida de unos delincuentes, ¿no?

—Sí, me acuerdo...

—Eran de esta ciudad, ¿no?

—Efectivamente.

—¿Tú me podrías poner en contacto con ellos?

—¿Por qué?

—Los vamos a necesitar para iniciar una nueva vida, cariño...

Sara se sentía como si no entendiera el idioma en el que Manuel le estaba hablando.

13

Día 9 (III)

Gómez ya había podido revisar toda la información del ordenador. Lo que había en él, coincidía, a grandes rasgos, con lo que Mauricio Cavestany había revelado. Al mismo tiempo, en uno de los ficheros, descifrado a partir del código elaborado por Manuel Salas, se indicaba dónde se guardaba copia de todo y soporte físico de la documentación (registros escaneados,

fotografías...), es decir, lo que había sido denominado como “la fuente”. El lugar que había sido escogido para esconder el material era una consigna en un centro de negocios próximo al aeropuerto.

—Jefe, ¿cree usted que habrá algo en dicha consigna? —preguntó Gómez.

—Yo creo que no. Si Manuel Salas se preocupó por retirar las instrucciones que tenía su amigo, el abogado Mario Rojas, y dio la casualidad que, poco después, desapareció todo el contenido de las cajas, seguro que la consigna nos la vamos a encontrar vacía.

—¿Lo vamos a comprobar después de que vayamos al Club Venus?

—No. Desde allí, traeremos hasta aquí el ordenador portátil, el disco duro y el resto de pruebas y prepararemos todo para poner en marcha la maquinaria judicial. ¿Sabemos quién va a estar en el turno de esta noche?

—Sí, inspector. El juez Sigüenza.

—Magnífico. Es de los que les agradan los medios de comunicación... Le va a encantar el caso... Además, es lanzado y no tiene miedo a nada. Nos conviene... Mañana, Gómez, tocará ir con él hasta ese centro de negocios y revisar lo que haya en la consigna... Es un lugar amplio y vistoso. Ideal para lucirse. Hay que dejar al señor magistrado que salga en la televisión en un decorado moderno y favorecedor...

—¿Y qué hacemos ahora?

—Vamos a recoger a Fernando Soler. De camino al piso protegido, yo llamo a Braulio Santisteban para que esté preparado...

* * *

De camino al club, Silva y Gómez pusieron a Fernando Soler al corriente del plan que iban a ejecutar. Para Fernando Soler, sumido en un permanente estado de desconcierto y confusión desde que reveló a la policía los detalles de lo sucedido en el club, lo que le dijeron fue casi una acumulación de palabras que había que aceptar igual que se coloca una firma sobre un papel en blanco. El inspector Silva se preocupó porque el testigo, a la hora de declarar ante el juez, debía aparentar un grado de lucidez razonable (del cual carecía en aquellos instantes), por lo que tuvo que esforzarse en sacar a Fernando Soler de su aturdimiento.

—Fernando, escúcheme con atención —dijo Silva—. ¿Me escucha?

—Sí, sí, le escucho...

—No. Míreme a los ojos, sí, míreme... ¿Me escucha ahora?

—Que sí, inspector. Dígame...

—Mire, nosotros vamos a protegerle. Pero usted nos tiene que ayudar. No puede parecer que esté ido... ¿Me comprende? Si se presenta así ante el juez, no va a demostrar ninguna credibilidad... Y *El Tano* quedaría libre...

—Pero usted me dijo...

—Sí, yo le dije que los auténticos culpables de todo esto iban a acabar en la cárcel... Pero usted tiene que ser capaz de mantener la calma y repetir, con la misma claridad que ayer, todo lo que nos contó... ¿Comprendido?

Fernando Soler pareció volver a la realidad.

—Comprendido, inspector.

* * *

Braulio Santisteban esperaba a Silva y a Gómez en el camino al Club Venus, cerca donde fueron tiroteados Robles y Soriano. Gómez llevaba una mochila. Cuando ambos coches se encontraron, Braulio salió del suyo y se dirigió al vehículo policial. Llevaba la bolsa de plástico con todo el material. Se la dio a Gómez y este la metió en la mochila. Gómez y Silva reiniciaron la marcha. En la puerta de entrada del club, estaban los agentes que vigilaban para que se respetara la clausura del establecimiento.

—A sus órdenes, inspector.

—Buenas tardes —dijo Silva—. Tenemos que entrar... El testigo tiene que ayudarnos a encontrar pruebas fundamentales para la resolución del caso...

—Sí, claro, no hay problema...

Una vez dentro, Silva, Gómez y Fernando Soler fueron al despacho del club. Gómez sacó la bolsa de plástico de la mochila.

—Mire, Fernando... —dijo Silva—. Vamos a decir que hemos localizado la bolsa detrás de este archivador, ¿de acuerdo?

—Sí, de acuerdo...

—Como puede comprobar, este ordenador y este disco duro son los mismos que trajo *El Tano* y de los que intentó extraer información. Los reconoce, ¿no?

—Sí. Estos son...

—Estupendo. Fernando, hemos tenido que hacer esto porque tenemos que actuar con rapidez contra gente muy poderosa. No podíamos arriesgarnos a revisar la información en comisaría y llamar demasiado la atención... Si lo hubiéramos hecho, no hubiéramos tenido demasiado tiempo en nuestras manos todo este material... ¿Me he explicado con claridad?

—Perfectamente, inspector...

Los tres salieron del club. Silva conversó brevemente con los agentes apostados a la entrada del local.

—A última hora de la tarde o, a lo sumo, a primera de la noche, recibirán la orden de concluir la vigilancia en este lugar. Ya no tiene sentido seguir aquí...

Silva veía cómo se iba despejando el horizonte.

* * *

Dejaron a Fernando Soler en el piso protegido y volvieron a la comisaría. Para Silva, lo que tenían por delante para esa noche le resultaba corriente y rutinario. Otra operación con amplia repercusión en los medios de comunicación. No había muchas así pero, una vez vistas unas cuantas, ya tenía asumido que, al día siguiente, otros cometerían los mismos delitos. Tal vez, hasta en los mismos despachos (aunque, eso sí, lo tendrían un poco más difícil si quisieran seguir saltándose la ley). Para Gómez, era distinto. Era la culminación de unos años intensos de trabajo en los que los éxitos y las decepciones habían llegado juntos de la mano impidiendo alcanzar una satisfacción plena de las investigaciones realizadas. En cambio, lo que ahora afrontaban venía a ser, en última instancia, la confirmación de que había sabido elegir su profesión, de que su vocación era la correcta, de que su trabajo iba más allá del mero cumplimiento de unos rígidos procedimientos escritos en papel amarillento y era una labor de servicio público que ayudaba a crear una sociedad más libre y justa.

Llegaron a la comisaría, se encaminaron al despacho del inspector y, una vez allí, se encontraron con algo que, desde el primer momento, supieron que iba a alterar todos sus planes. En las caras de Robles, Osorio y Soriano se dibujaba, en un único trazo, la intuición de una mordaza definitiva. Frente a ellos, estaban el comisario Torres y un desconocido.

—Buenas tardes, Silva, me alegro de verle —dijo el comisario al inspector—. Le presento: don Francisco Segarra, representante de la Fiscalía Socioeconómica...

Segarra y Silva se dieron la mano.

—Esta mañana, he visto que hemos tenido que recurrir a uno de nuestros pisos protegidos —continuó el comisario—. Comprobé que era para Fernando Soler, el encargado del Club Venus, y su familia. Pedí su declaración de ayer y reparé en el dato que aportaba sobre el portátil que era tan importante para *El Tano*. Era evidente que lo que este esperaba encontrar era la información de la que hablaron José María López y Mauricio Cavestany. Cuando me enteré de que usted y Gómez iban a ir al Club Venus con Fernando Soler, supuse que iban a intentar localizar el ordenador. Así que, inmediatamente, me puse en contacto con la Fiscalía, que, como ya le dije, está investigando circunstancias relacionadas con las personas que aparecen en los archivos informáticos que allí puedan aparecer. La Fiscalía ha enviado a don Francisco Segarra para que tome posesión del material informático y de todas las pruebas relacionadas y pueda avanzar en el esclarecimiento de los hechos investigados... Así que, inmediatamente, debemos entregar lo que han recogido para no entorpecer la acción de la Justicia...

Detrás del argumento perfectamente enhebrado, Silva percibía cómo palpitaba el aliento del miedo. El miedo ante una jauría de personajes poderosos dominados por el pánico, el miedo ante las dentelladas de quienes temían que su posición privilegiada se tambaleara, el miedo ante los mecanismos perversos que impedían que las conductas inadmisibles recibieran su castigo... Pero él no podía hacer nada. Su única opción era entregar las pruebas que hubiesen

podido servir para dejar claro que un puesto elevado en la jerarquía social no significaba una patente de corso para ganar dinero y obtener prebendas de cualquier modo (fuera legal o no, fuera ético o no, fuera decente o no...). Silva no quería mirar a Gómez mientras entregaba la bolsa de plástico al representante de la Fiscalía, porque sabía que iba a ver reflejado en su rostro una frustración que iba más allá de la paralización de un caso importante. Era el reconocimiento de que, a pesar de la voluntad y las mejores intenciones, había barreras que era imposible superar, que había obstáculos que nos condenaban, para siempre, a la decepción más amarga... Francisco Segarra cogió con fuerza la bolsa de plástico y sonrió con satisfacción, convencido de que había cumplido con la misión que le habían encomendado.

—Muy bien. Les reitero mi más sincera enhorabuena —dijo el comisario—. Recapitulemos lo que hemos conseguido. Tenemos al posible líder de la banda: *El Tano*. Hemos identificado a sus secuaces: *Anatoli*, *Charli*, Roberto Prados, Alberto Sánchez, *El Sabio*, *El Chato*, Sara Varela... Uno de ellos está muerto. Dos de ellos están detenidos. Para los otros cuatro, tenemos que emitir órdenes de busca y captura. Evidentemente, Manuel Salas, que mantenía relaciones con Sara Varela, estuvo implicado en el robo, lo cual facilitó, en gran medida, su realización. Todo ello significa que hemos desarticulado a la banda y que hemos resuelto las circunstancias principales del atraco...

—Perdone, señor comisario —intervino la agente Robles—. Quedan tres hechos por esclarecer. No sabemos quién actuó como conductor. Eso ya es un importante cabo suelto... Pero es que, además, tenemos que aclarar quién se hizo pasar por Marcos García... Y tenemos que averiguar qué conexión existe entre el asesinato de José María López y todo el caso...

—Empezando por el segundo punto que usted ha mencionado —dijo el comisario—, no está claro que no fuera Marcos García quien intervino en el robo. ¿Quién le dice que no le estén intentando proteger diciendo que ya estaba secuestrado a primera hora de ese lunes? Eso, ya es competencia del juez que se encargue del caso... En relación a lo primero, es un tema menor. Cuando detengamos a los huidos, ya podremos averiguar quién condujo la furgoneta... Terminando con el asesinato de José María López, es un caso independiente que no nos compete... Carecemos de pruebas que indiquen lo contrario. Por mi parte, lo único que puedo decir es que ustedes han cumplido sobradamente con su deber. Soriano ya puede reincorporarse a sus labores habituales. Y el resto de ustedes pueden retomar los casos pendientes. Felicidades a todos por su excelente trabajo. El caso del atraco a la oficina principal del Banco Continental lo podemos dar por cerrado.

Capítulo V

“Los... príncipes no solamente han de tener cuidado con los desórdenes que puedan desencadenarse en el momento presente, sino que han de prever los futuros y evitarlos con destreza: porque, teniendo precaución de que no ocurra ningún contratiempo en el presente, se prevé todo contratiempo venidero y se evita; porque el prevenir a distancia admite remedio, sin embargo, si esperamos a que el peligro se nos eche encima, es ya imposible aplicar remedio, porque el mal se ha hecho crónico.”

NICOLÁS MAQUIAVELO, *El Príncipe*

El atraco (I)/Manuel Salas (XI)/Carlos, alias *Charli*, alias *El Guapo* (VIII)

Manuel Salas esperaba con un nerviosismo que no entraba en sus cálculos. Él creía que podría manejar la situación con tranquilidad. Comprobaba que no iba a ser así. Cada, más o menos, cinco minutos, se limpiaba en la chaqueta el sudor de sus manos. Comprendió que se movía en un territorio desconocido, en espacios inexplorados sobre los que no ejercía ningún tipo de control y que le producían un enorme desasosiego. El lugar de la cita había sido elegido por las personas a las que esperaba (era un ardid psicológico evidente). Se trataba de una pequeña plaza que daba a la playa, en el oeste de la ciudad. A esa hora (eran las diez de la noche), no había casi nadie por la zona. Serían las diez y cuarto, aproximadamente, cuando dos personas, que venían caminando por el Paseo Marítimo, se acercaban lentamente hacia el punto de encuentro. Al llegar, se sentaron en unos asientos que, frente al mar, estaban cerca de donde Manuel Salas permanecía. Este, se acercó a ellos y preguntó al más joven.

—¿Es usted *Charli*?

—Sí, yo soy...

—Soy Manuel Salas.

—Muy bien. Siéntese con nosotros...

Ambos individuos interpretaron una pose de fría indiferencia ante las palabras de su interlocutor.

—Sara me ha hablado de usted...

—Podríamos tutearnos, ¿no?

—Sí, lo prefiero... Sara me ha hablado de ti... Y creo que eres la persona adecuada para un trabajo que te quiero proponer...

—Este es mi socio —dijo *Charli*—. Todo el mundo lo conoce como *El Tano*.

—Encantado de conocerte... —dijo Manuel—. Bueno, pues no sé muy bien por dónde empezar...

—Por el principio —dijo *Charli*.

Manuel Salas sonrió.

—Sí, tienes razón. Mira, probablemente nunca os hayan ofrecido lo que yo voy a ofreceros. Soy el director de la oficina principal del Banco Continental. Hay un cliente de la oficina que quiere simular un robo...

—¿Simular un robo? ¿Y cómo pretende simularlo?

—Va a realizar una fuerte retirada de efectivo...

—¿Qué se entiende por “fuerte”?

—Cuatro millones y medio de euros...

—¡Joder! ¡Sí que es fuerte...!

—La idea es muy simple. A él le roban... El seguro le paga... Y, aparte del seguro, él tiene dinero efectivo en disponible para utilizar libremente, ya que no consta en ningún sitio... Porque se lo han robado, claro está...

Charli y El Tano guardaron silencio, meditando sobre lo que Manuel Salas acababa de decirles.

—Si hacemos eso, la policía va a sospechar de tu cliente —dijo *El Tano*—. No es normal retirar, precisamente en efectivo, una cantidad tan importante...

—Llevas razón en parte —dijo Manuel—. Pero va a ser fácil desviar esas sospechas. En estos días, hay muchas noticias que ponen en duda la solvencia de los bancos... El Banco Continental está en el ojo del huracán, como muchos... Que alguien diga que no se fía de ningún banco y que quiere tener dinero en metálico, puede colar sin problema... Luego, va a haber otra cosa que va a despistar a la policía...

—¿Cuál? —preguntó *Charli*.

—Va a haber dos robos....

—¿Dos robos?

—Sí. Esa misma mañana, justo antes del robo a mi cliente, habrá un robo en las cajas de seguridad de la sucursal...

—Pero acudirá la policía... Y ya no podremos hacer nada...

—De eso, no habrá que preocuparse. Nadie se va a percatar de dicho robo. A nadie de la oficina le preocupa la sala de las cajas... Está en el sótano y sólo hay un empleado encargado de ellas... Únicamente cuando se produzca el robo importante, se percatarán de que cinco cajas de seguridad han sido forzadas.

—¿Y ese robo también lo vamos a tener que hacer nosotros?

—No. Eso lo planificaré, de forma aparte, yo...

Charli y El Tano continuaron haciendo preguntas a Manuel Salas. Este dio, a todas ellas, respuestas bastante convincentes. *El Tano* realizó un gesto (se tocó el lóbulo de la oreja izquierda) que formaba parte del lenguaje secreto que había entre él y *Charli*. Significaba que la propuesta le parecía atractiva pero que había que conocer más detalles y que no había que responder de inmediato.

—¿Quién es su cliente? —preguntó *Charli*.

—Eso no se lo voy a decir... Al menos, de momento...

—Aunque lo de la excusa de la situación de los bancos no está mal, es raro que una persona con tanto dinero no lleve algún tipo de protección... Vigilantes de seguridad, por ejemplo...

—Llevará guardaespaldas...

—¿Y esos guardaespaldas van a estar al tanto de qué va todo el lío?

—Sí, lo sabrán...

En ese punto, intervino *El Tano*.

—Que una cosa quede clara. Antes del atraco, tenemos que saber de qué cliente se trata... Y tenemos que ponerle cara. Por una sencilla razón: si algún guardaespaldas decide, por un problema de descoordinación o lo que sea, hacerse el héroe, será tu cliente el primero al que enviamos al otro mundo... ¿Está claro?

—Sí, está claro —respondió Manuel Salas.

—Tenemos que pensarlo con un poco de detenimiento —dijo *Charli*—. Dentro de una semana, en este mismo sitio y a la misma hora, nos volveremos a ver y seguiremos hablando del tema...

* * *

Tres días después, *Charli* y *El Tano* conversaron sobre la propuesta de Manuel Salas.

—Necesitaremos tres personas para actuar dentro de la sucursal. Y un conductor... Es decir, tú, *El Sabio*, *El Chato* y yo nos bastamos... —dijo *El Tano*.

—Te equivocas —dijo *Charli*.

—¿Por qué?

—Vamos a necesitar, al menos, tres o cuatro personas más...

—Explícamelo porque no lo comprendo...

Charli sonreía con malicia (con la malicia de quien disfruta mirando a todos desde una atalaya, real o imaginaria).

—Ayer, hablé con Sara...

—No me gusta el juego que te traes con la chica... Es peligroso...

—Eso está controlado... Además, con lo que ella me está diciendo, podemos ir por delante... Sé que ese director aún no tiene muy claro cómo va a hacer lo de las cajas de seguridad... Así que nosotros decidiremos qué plan se va a llevar a cabo. Y, con el plan que tengo pensado, habrá una persona que se llevará el contenido de las cajas. Y otra que tendremos que alejar de allí... Y

habrá otra que deberemos secuestrar y retener... Harán falta dos, como mínimo, para mantenerlo vigilado...

—Espera, espera... Manuel Salas nos dijo que lo de las cajas de seguridad era cosa suya...

—No nos interesa que sea cosa suya.

—¿Por qué no?

—Porque el contenido de las cajas nos puede dar más dinero que el que vamos a obtener con el robo...

—¿Y eso cómo va a ser?

—En las cajas, hay información candente... Información que compromete a gente muy rica...

—Pero si vamos a robar cuatro millones y medio de euros...

—Sí. Pero, ¿tú crees que vamos a conseguir esos cuatro millones y medio? Nos darán un porcentaje... Mayor o menor, pero un simple porcentaje...

—Entonces, ¿qué estás pensando?

—Sara me ha dicho que Manuel Salas piensa irse al extranjero. Y destruir el contenido de esas cajas... El trato que ha hecho consiste, precisamente, en eso. Él destruye dicha información y le ayudan a instalarse fuera de este país... Nosotros nos vamos a ocupar para que no la destruya. Pero, para que eso sea posible, debemos tener controlado, en todo momento, el contenido de las cajas... Por eso, tenemos que ofrecer a Manuel Salas nuestra ayuda.

—¿Y a quién podemos utilizar?

—Podemos decirle a *Anatoli* que nos eche una mano...

—¿A *Anatoli* le vamos a contar lo de las cajas?

—No, ni pensarlo... Lo que obtengamos de ahí, es sólo para nosotros dos...

(La soberbia es un virus que nos hace olvidar todo lo que sabemos.)

—¿Tampoco se lo vas a decir a *El Sabio* o a *El Chato*?

—De esos, me ocupo yo.

El Tano dudaba entre la tentación del dinero y el temor a la ira provocada por las humillaciones y las mentiras. Al final, se inclinó por la primera.

Día 9 (IV)

Según un artículo de Carlos Sánchez publicado en *El Confidencial* el 28-10-2012, la política española estaba metida en un círculo vicioso: la crisis económica había degenerado en política y, ante la inacción para resolver las deficiencias institucionales del Estado, la crisis económica se había agudizando, originando un bucle maldito.

Todos los policías guardaban silencio, un silencio como de luto que servía para expresar el estado de ánimo mejor que las palabras más brillantes o los discursos más elocuentes. Silva cogió su libro de poemas, lo abrió al azar y empezó a leer en voz alta.

—*“En los sinuosos recovecos de las viejas capitales,/donde, hasta el horror, reviste cierto hechizo,/obedeciendo a mis fatales humores, acecho/a unos seres singulares, decrepitos y encantadores.”* Viendo todas vuestras caras, creo que lo de “seres decrepitos” va por vosotros...

—No entiendo nada, jefe —dijo Osorio—. Lo que ustedes han encontrado en el Club Venus es aquello de lo que nos habló Mauricio Cavestany. Es algo que está íntimamente relacionado con el atraco. ¿Cómo es posible que el comisario nos diga que el caso está cerrado? La investigación no ha hecho más que empezar...

—Osorio, por favor —dijo Robles—, no digas que no entiendes nada. Lo entiendes perfectamente...

—Vale, bien, lo entiendo —dijo Osorio, visiblemente enfadado—, pero no quiero entenderlo. Me niego a entenderlo... ¿Nos vamos a quedar con los brazos cruzados?

—¿Qué podemos hacer? —dijo Soriano—. Podíamos llegar a tocar los cojones a gente importante y nos han cortado las manos para que no se nos ocurra hacerlo. No es la primera vez que ha pasado y no será la última que pasará...

—Le veo muy pensativo, Gómez —dijo Silva.

—No estoy pensativo. Estoy jodido... Bien jodido...

—Le comprendo. Todos estamos jodidos, Gómez. Sin embargo, sí me gustaría decirles algo. Sé que no entendían muy bien que les mantuviera al margen de una ramificación de la investigación. Ahora, habrán entendido por qué... Decidí jugar al límite con los procedimientos porque sabía que esto podía pasar... Y, finalmente, ha pasado. La cuestión, ahora, es ver qué podemos hacer.

—¿Podemos hacer algo, jefe? —preguntó Robles.

—A mí, el comisario me ha dejado muy claro que abandone el caso... —dijo Soriano.

—Analicemos las cosas con un poco de tranquilidad —dijo Silva—. Está claro que, de momento, no podemos avanzar en el tema de la información que estaba guardada en las cajas de seguridad... ¿De qué hilos podríamos tirar?

—Aún no hemos localizado a *Anatoli* —dijo Osorio.

—Cierto —dijo Silva—. ¿Cómo podríamos profundizar en la investigación a este personaje?

—De eso, me puedo ocupar yo —dijo Soriano—. Me muevo en los ambientes en los que se movía el *Charli* y compañía. Por ahí, puedo hacer pesquisas...

—Bien —dijo Silva—. ¿Qué más tenemos?

—Tenemos a dos personas pendientes de identificar —dijo Robles—. Por un lado, el conductor de la furgoneta el día del robo. Por otro, tampoco sabemos quién suplantó a Marcos García.

—Respecto a lo primero, es complicado que podamos averiguar algo sin detener antes a alguno de los participantes en el atraco ya identificados. En relación a lo segundo, ya les comenté que tenía una intuición. Y mañana, Gómez y yo vamos a intentar confirmarla... ¿Qué más?

—Tenemos a Aurora Calatrava —dijo Osorio—. Es sospechoso que haya sido la única de las personas titulares de las cajas que no haya hablado...

—Tenemos pendiente una visita a esa señora —dijo Silva—. Robles y usted van a ir a verla esta noche y van a intentar sacarle información... Tenemos que movernos con rapidez porque, no más allá de pasado mañana, se van a encargar de que no podamos hacer nada más con el caso...

—¿Qué más podrían hacer? —preguntó Gómez.

—¿Qué se apuesta que para el jueves convoca el comisario una rueda de prensa para anunciar que el caso está cerrado? Sólo con eso, lograrían desactivar, en buena medida, las investigaciones... Así que mañana necesitamos obtener resultados...

—Vamos a intentarlo, jefe —dijo Robles.

—Me parece bien. Por cierto, Gómez. Por favor, dígame que le ha hecho copia a toda la documentación que había en el ordenador —dijo Silva, a la vez que se dibujaba en sus ojos una expresión implorante.

—Por fortuna, sí, jefe... Y escaneé el código de cifrado que preparó Manuel Salas. Todo está en un *pendrive* que dejé en casa de Braulio Santisteban...

—Perfecto.

—Pero, ¿de qué nos va a servir? —preguntó Robles.

—Nunca se sabe... Mejor tener algo que no tener nada. Muy bien. Entonces, todos tenemos trabajo que hacer, ¿no?

Todos asintieron.

—Osorio, Robles —dijo Silva—, llámenme cuando hayan hablado con Aurora Calatrava y díganme qué ha pasado...

* * *

Osorio y Robles llegaron al barrio donde vivía Aurora Calatrava. Localizaron el coche camuflado, al reconocer a los compañeros que estaban en él, y mantuvieron una breve conversación con ellos.

—¿Qué tal? —preguntó Osorio—. ¿Alguna novedad?

—Nada interesante. La única afición de esta señora es ir al bingo... Las horas se las pasa, prácticamente, allí o en su casa...

—¿Visitas?

—No, ninguna...

—¿Ni de familiares?

—No.

—¡Qué triste! —dijo Robles—. Me entran escalofríos de sólo pensar que llegas a cierta edad y que sea una cosa como el bingo la única diversión que tengas...

—Pues sí —dijo uno de los agentes que, pacientemente, vigilaba desde el automóvil—. ¿Sabéis si vamos a tener que estar mucho tiempo con este operativo?

—Me temo que no demasiado... —dijo Robles.

—¿Temes? ¿Por qué temes?

Robles y Osorio tuvieron un apesadumbrado intercambio de miradas.

—Cosas nuestras... —dijo Robles—. Supongo, entonces, que la señora está ahí arriba, ¿no?

—Así es.

Robles llamó, a través del portero electrónico, al piso de Aurora Calatrava. Al cabo de pocos segundos, hubo respuesta.

—¿Quién es? —se oyó del otro lado del interfono.

—Señora Calatrava, soy la agente Robles. Necesitaríamos hablar con usted...

—Pero es muy tarde para mí. Estaba a punto de acostarme...

—Es urgente. Terminaremos pronto...

—No sé, no sé... Yo ya les dije todo lo que sabía...

—Es importante, señora Calatrava. Si no fuera así, no la molestaríamos.

—No comprendo a qué viene todo esto... Yo soy una pobre viuda que no perjudica a nadie...

De repente, un estruendo seco cortó la conversación. La voz de Aurora Calatrava sufrió una severa mutación, pasando de la interpretación del desconsuelo al pánico de una oveja desvalida acosada por los lobos.

—¡Ayúdenme, ayúdenme...! ¡Está intentado entrar...!

Les abrió el portal y ellos se dirigieron, rápidamente, al ascensor. Osorio pudo llamar con el móvil a sus dos compañeros, aunque tan sólo pudo ser para pedirles ayuda, sin que tuviera tiempo para darles más detalles: cuando el elevador empezó a ascender, el teléfono perdió completamente la cobertura...

Los agentes se pusieron en guardia, esperando a que cualquier cosa apareciera ante ellos cuando llegaran a la sexta planta y la puerta automática se abriera a lo desconocido. No había, de momento, ninguna amenaza concreta. Pero la vivienda de Aurora Calatrava estaba abierta, con señales inequívocas de que la cerradura había sido violentamente forzada. Entraron con rapidez en la casa, la cual se hallaba débilmente iluminada, guiándose por las voces y sonidos, hasta llegar a un cuarto en el que se encontraban la propietaria y el intruso. Robles y Osorio se dieron cuenta de que este último había tenido que improvisar. No esperaba la llegada de los policías, por lo que sus planes se habían venido abajo. Sin embargo, supo reaccionar con rapidez. En ese momento, había puesto a Aurora Calatrava delante de él, a modo de escudo protector, y la apuntaba a la cabeza con su pistola. Fue avanzando lentamente, a la vez que los agentes iban retrocediendo.

—¡Por favor, no quiero morir, por favor...! —decía, al borde de la histeria, Aurora Calatrava.

El pistolero no hablaba, no parpadeaba, simplemente actuaba, dejando claro, con su expresión fija e inmutable, que su determinación era la de escapar o la de llevarse por delante a la mujer asustada a la que mantenía fuertemente atrapada con el brazo izquierdo. Los policías ya habían salido de la vivienda y se encontraban casi pegados a la puerta que había frente al piso de Aurora Calatrava. El matón empezó a girar lentamente hacia su izquierda y los agentes hicieron lo mismo, situándose cerca del tramo de escalones que descendían hacia las plantas inferiores. De improviso, Aurora Calatrava fue empujada contra Robles y Osorio, que tuvieron que hacer serios esfuerzos para no caer por las escaleras, mientras que el intruso, dando enormes zancadas, se dirigió a las plantas superiores del bloque de viviendas.

Osorio decidió seguirle mientras que Robles atendía a Aurora Calatrava. Pocos segundos después, se volvía a abrir la puerta del ascensor y aparecían sus dos compañeros.

—¡Id hacia arriba! —dijo Robles—. Osorio está persiguiendo a un intruso que ha irrumpido en el domicilio de Aurora...

* * *

Estaba claro que todo había obedecido a un plan bien preparado que, la inesperada llegada de los agentes, había impedido ejecutar. Osorio, tras dejar atrás la última planta del inmueble, comprobó que la puerta de la azotea estaba abierta (por ahí, había tenido que acceder al edificio, con el fin de eludir la vigilancia de la policía). El huído corría con absoluta seguridad de qué camino debía seguir. Desde la azotea del edificio donde estaban, saltó a la azotea del edificio contiguo. Osorio continuaba con la persecución, con la fe de que una detención iba a dar un impulso inesperado a la resolución del caso.

Sin embargo, de repente, se topó con un obstáculo imprevisto. La puerta de la azotea en la que se encontraba había sido bloqueada, desde el otro lado, por el matón. Osorio llamó, rápidamente, a sus compañeros para que se dirigieran al portal de ese edificio. Pero cuando oyó, a sus espaldas, el sonido de un móvil, entendió que su llamada era inútil.

—¿Dónde está el fugado? —le preguntaron.

—Está bajando por aquí... Pero esta puerta está bloqueada...

Mientras sus compañeros intentaban liberar el camino de la persecución, Osorio llamó a Robles.

—Robles, el intruso ha saltado al bloque de al lado y tiene que estar yendo hacia la calle... Tienes que tener cuidado, puede ser que vuelva ahí...

Robles, tras oír el aviso de su compañero, llamó a timbrazos y a grito pelado a la vivienda que estaba junto a la de Aurora Calatrava. Una pareja joven, asustada, abrió la puerta.

—¡Policía...! Déjenme entrar...

—Pero...

Robles no les dejó hablar. Entró con Aurora, cerró la puerta y se puso a mirar por la mirilla para ver si el pistolero regresaba.

* * *

Osorio y sus dos compañeros, tras reventar la puerta que les impedía avanzar, empezaron a bajar velozmente por las escaleras (el ascensor no funcionaba porque, seguramente, el matón había dejado abierta la puerta de la planta baja). Tras ocho plantas de descenso, los policías se encontraron con que, efectivamente, había colocada una maceta para que el elevador no pudiera cerrarse. Salieron a la calle y no vieron a nadie.

—Tiene que estar por algún lado. No se ha podido evaporar —dijo Osorio.

—¿Nos separamos?

—No. Este tipo tiene pinta de ser muy peligroso...

De repente, un coche atravesó a gran velocidad la calle.

—Ese tiene que ser... Vamos a seguirle...

* * *

Robles llamó al inspector y le informó de lo que había sucedido. Silva le dijo que iba a ir hasta allí para hablar con Aurora Calatrava. Era el momento ideal para que, por fin, revelara todo lo que sabía sobre el caso. En el bloque, reinaba una gran agitación. Habían llegado dos coches policiales y varios vecinos habían salido de sus viviendas para averiguar qué había ocurrido. Aurora Calatrava había regresado a su casa. Robles permanecía a su lado, intentando ganarse su confianza.

—¿Qué tal? ¿Cómo están? —preguntó Silva.

—Ahora, mejor —contestó Robles.

—Señora Calatrava, ¿ve lo que ha sucedido? —dijo el inspector—. El resto de titulares de las cajas cuentan con protección policial. En su caso, no pudimos ponérsela porque usted rechazó confesar cuál había sido su participación en los hechos. Hoy, se ha salvado de puro milagro. Por fortuna, todavía está a tiempo de corregir su error. Y nosotros, aún podemos ayudarla...

Aurora Calatrava se llevó las manos al rostro con el fin de ocultar su llanto. Se había derrumbado y, para Silva, ello era señal inequívoca de que iba a colaborar con ellos.

3

El atraco (II) / Manuel Salas (XII) / Carlos, alias *Charli*, alias *El Guapo* (IX)

Según IV ESTUDIO ARAG: *El nivel de confianza de los españoles*, hecho público el 6-4-2011, la mitad de los españoles no confiaba en los demás. 5 de cada 10 ciudadanos aseguraban que habían sido engañados por personas de su entorno cotidiano en el último año. La crisis económica y la pérdida de empleo habían aumentado las desconfianza de los españoles.

Cuando Manuel Salas, *Charli* y *El Tano* volvieron a reunirse, la conversación fue menos tranquila que la del día de su primer encuentro. No se ponían de acuerdo en cuánto dinero iba a ir a parar a los participantes en la operación ni en cómo iban a realizar el (simulado) atraco.

—Lo de las cajas de seguridad nos pone nerviosos —dijo *Charli*—. ¿Qué sucede si algo sale mal?

–Pues, entonces, abortaríamos el robo... –respondió Manuel Salas.

–No, no, no, ni hablar... Eso es muy peligroso... ¿Qué ocurre si, por cualquier motivo, no hay forma de que contactes con nosotros?

–Es que la cosa no va a ser como tú la planteas... No se trata de que yo os llame en caso de que haya problemas... Es que os tengo que llamar yo para deciros que todo ha ido bien y que tenéis vía libre para actuar... Lo de las cajas es fundamental...

–¿Cómo que fundamental? ¿No era sólo una maniobra de distracción...?

–¡No, no es sólo una maniobra de distracción...!

Charli manejaba con habilidad el diálogo con Manuel Salas. A partir de preguntas, aparentemente ingenuas, iba llevando al director de la sucursal al terreno que quería. Este, acostumbrado a negociar desde la posición de superioridad de su puesto, se sentía incómodo estando en la situación contraria. Y, por ello, no reparaba en la táctica que estaba empleando *Charli*.

–Mirad –dijo Manuel Salas–, el contenido de esas cajas es un seguro de vida para mí. De hecho, es ese contenido el motivo real de esto que voy a hacer... He hecho un trato... Que me ayuden a salir del país a cambio de entregar esa información... Y, evidentemente, la misma no puede salir de las cajas ni antes ni después del atraco... Tiene que ser casi al mismo tiempo...

–Ya, empiezo a comprender. Pero hay algo que debes tener claro. No podemos movilizar a la gente para que luego la cosa quede en nada... Y no veo claro que lo de las cajas pueda salir bien... ¿Cómo piensas hacerlo?

–Quiero contar con el empleado que está a cargo de la sala de seguridad...

–¿Y qué ocurre si ese empleado decide no colaborar en el último momento?

–Estoy pensando cómo lo convenzo...

–¿Que estás pensando cómo lo convences...? ¡Tío, más vale que nos vayamos olvidando de todo esto...!

–Esperad un momento... –dijo *El Tano*, quien intervino en el momento previamente planeado–. Lo del maquillaje, nos ha parecido a todos una excelente idea, ¿no?

Todos asintieron.

–Sara tiene experiencia en ello y sabrá hacer un magnífico trabajo. La policía estará despistada y no sabrá a quién tiene que buscar... Aprovechemos el mismo método para forzar las cajas... Además, sé de alguien a quien será fácil convencer para que colabore con nosotros. Y que puede sustituir al empleado que se ocupa del tema...

–Pero, ¿cómo piensas que alguien que no conozca la operatoria ocupe el puesto de otro? –preguntó Manuel.

–¿Quién te ha dicho que no conoce la operatoria...? –repuso *El Tano*.

El Tano explicó su plan. A Manuel Salas, después de su sorpresa inicial, le pareció viable. *Charli* sentía que el dominio de la situación pasaba a ser suyo.

—Una cosa más... ¿Y quién va a ir a las cajas de seguridad para forzarlas? —dijo *Charli*.

—Con el plan de *Tano* —dijo Manuel—, está claro... Va a ser el sustituto de Marcos García quien lo va hacer... Lo que ocurre es que tendrá que ir alguien allí a llevarse el contenido de las cajas...

Manuel Salas permaneció pensativo unos instantes.

—Para eso, de la única persona de la que me fío es Sara —dijo finalmente—. Sara puede también maquillarse y hacerse pasar por una clienta que está ingresada en una residencia por su Alzheimer... A pesar de ello, mantiene contratada su caja en la sucursal...

Charli sonreía, satisfecho porque todo iba saliendo según sus deseos.

* * *

Cuando llegaron a la cuestión del dinero, la conversación derivó hacia un regateo sin piedad.

—¿Estáis locos? ¿Cómo podéis pedir el cincuenta por ciento? —dijo Manuel Salas.

—Lo pedimos porque somos la parte fundamental de la operación —dijo *Charli*—. Si todo sale bien, tu cliente hará un negocio redondo. Si sale mal, nosotros cargaremos con todo y seguro que él se va de rositas...

—Pero con el quince por ciento conseguís una cantidad que no está nada mal para un trabajo tan limpio y sencillo...

—En primer lugar, plantarte en el centro de la ciudad, pegar unos cuantos tiros y largarte con cuatro millones y medio de euros no es algo tan limpio y sencillo. En segundo, después de los últimos cambios que hemos hecho al plan, son necesarias siete personas. Y cada una se llevará su parte...

—De acuerdo, puedo subir al veinte por ciento...

—El veinticinco y hay trato —dijo *El Tano*.

—Vale, el veinticinco con una condición.

—¿Qué condición? —preguntó *Charli*.

—Me tendríais que hacer un trabajito sencillo.

—A ver, ¿cuál? Que tú tienes una idea muy ligera de lo que es un trabajito sencillo...

—Hay que entrar en una casa y hacer un robo...

—¿Qué casa? ¿Y qué hay que robar?

—Hay que entrar en la casa de Mauricio Cavestany. Se trata de un jubilado que vive solo. Yo podría pedirle que viniera a la sucursal y, entonces, podríais aprovechar para acceder a su vivienda. Yo sé dónde está lo que os tenéis que llevar. Se trata de un duplicado de toda la información que se guarda en las cajas... Tengo que quitarla de en medio para terminar de cumplir con todo a lo que me he comprometido...

—Está bien. Trato hecho —dijo *El Tano*.

Ya tenían un acuerdo. Pero, cada uno de ellos, tenía intenciones bien diferentes. Es decir, todo estaba predestinado a ser un fracaso absoluto...

* * *

A *Anatoli*, le extrañó el plan del que les hablaron *Charli* y *El Tano*. Demasiado fácil. Demasiado entusiasmo por parte de ambos. Había algo que fallaba y no sabía, aún, qué era.

—¿Tenéis claro que queréis meteros en esto? —preguntó *Anatoli*.

—¡Por Dios, *Anatoli*! ¿Cómo puedes decir eso? —dijo *Charli*.

—Existe un riesgo importante: sé lo que pasa cuando hay aficionados de por medio... O hay alguno que se raja al final, o hay alguno que la acaba cagando en el peor momento posible...

—¿Riesgos? ¿Riesgos? Y cuando robo coches de alta gama por la costa, ¿acaso no corro riesgos? ¿Cuántos de esos coches tendría que robar para ganar el dinero que voy a conseguir con un solo golpe?

—Lo de los coches es algo que tenemos controlado. Sabemos el terreno que pisamos. Esto que me proponéis es una incógnita.

—A ver, *Anatoli*, dime qué te preocupa... —dijo *El Tano*.

—No es que me preocupe nada. Es que no percibo que tengamos el control de la situación...

—Te equivocas —dijo *Charli*—. Somos nosotros, precisamente nosotros, quienes tenemos el control de la situación...

—¿Sabéis ya quién es la persona a la que vais a atracar? —preguntó *Anatoli*.

—No, aún no —respondió *Charli*.

—¿Y me dices que tenéis el control de la situación...? ¡No me hagáis reír!

—Bueno, si no quieres participar, no participes. Ya está. No pasa nada... —dijo *El Tano*.

—No, hombre, no es eso... Además, la cuestión no es si participo o no... *Charli*, *Jimmy* y *El Sabio* sí van a hacerlo... Si la cosa sale mal, el negocio de los coches se va al garete... Al menos, por una buena temporada...

—*Anatoli*, esta es una oportunidad que no la tienes dos veces en la vida —dijo *Charli*—. Nos podemos hacer con un buen dinero de forma muy sencillita...

–Mirad, sigo sin verlo claro. Pero, ya que no vais a cambiar de opinión, prefiero estar dentro para vigilar que no metáis la pata. Cuatro ojos ven más que dos...

Charli dio una palmada en el hombro a *Anatoli*.

–Me alegro de que estés con nosotros. Verás cómo no te arrepientes de participar en esto...

Anatoli, a pesar de la satisfacción de sus socios (o, quizás, debido a ella), seguía desconfiando... Por ello, decidió emplear el viejo método del “Caballo de Troya” en la primera ocasión que tuvo.

–Lo que necesitamos es un buen conductor –dijo *Charli*.

–¿Se lo proponemos a Roberto, nuestro mecánico? –dijo *El Tano*.

–¡Ni de coña! –dijo *Charli*–. Roberto sirve para lo que sirve... Pero nunca se me ocurriría meter a un cocainómano en una operación como esta...

–¿Y si condujeran *Jimmy* o *El Sabio* y buscáramos a un tercer miembro para el equipo que va a entrar en la sucursal? –dijo *El Tano*.

–No. Para el trabajo en la sucursal, quiero gente de confianza. Y gente de más confianza que *Jimmy* o *El Sabio*, no voy a encontrar... Además, tampoco son conductores expertos. Tú y *Anatoli* tenéis que ser quien secuestre a Marcos García, eso también lo tengo claro...

–Yo conozco a buen conductor –dijo *Anatoli*.

–¿Es de confianza? –preguntó *El Tano*.

–Es un tío muy eficaz. Un gran profesional... Se llama Germán. Yo pongo la mano en el fuego por él.

–Si *Anatoli* lo avala, a mí me parece bien... –dijo *Charli*.

Anatoli no dijo que Germán era su hermano. Pero no le preocupaba: sabía que *Charli* y *El Tano* tampoco le estaban diciendo toda la verdad.

4

Día 9 (y V) /Día 10 (I)

Aurora Calatrava les contó todo lo que sabía. Pero era menos de lo que necesitaban.

–Ese hombre, entonces, me apuntó con una pistola... Y yo tuve que contarle el acuerdo al que había llegado con don Manuel... Le di todos los detalles. Yo pensaba que se iba a llevar el dinero. Pero no... Permitted que me lo quedara... Desde ese día, no volví a verlo... Hasta anoche...

—¿Sabe usted cómo se llama ese tipo? —preguntó Silva.

—No. Ni idea...

—¿Le dijo quién lo mandaba?

—No, tampoco...

—Robles, usted vio a ese individuo... ¿Se trata de alguno de los sospechosos que tenemos identificado? —preguntó el inspector, apuntando a la pizarra donde estaban clavadas las fotos de *Jimmy El Chato*, *El Sabio* y Esteban Urondo, alias *Anatoli*.

—No, jefe. No es ninguno de ellos.

Cuando regresó Osorio, las noticias no fueron positivas: habían perdido la pista al automóvil que habían intentando perseguir.

Silva miraba y volvía a mirar la pizarra con todas las fotos y todas las líneas que enlazaban a unos personajes con otros. Intentaba encajar el esquema con todo lo que había sucedido, con la aparición de los cadáveres de Manuel Salas y Carlos Fernández Trevi, con el asesinato de José María López, con el intento de asesinato de Aurora Calatrava, con la información que estaba guardada en las cajas de seguridad, con los testimonios de los múltiples testigos a los que habían interrogado... Y sólo pudo llegar a una conclusión.

—¿Saben algo? —dijo Silva a Robles y Osorio, después de que hubieran asignado dos agentes a la protección permanente de Aurora y los mismos hubieran recibido la misión de llevarla a casa de uno de sus hijos—. Hay algo que no tenemos... Y que es importante. Miren, tenemos, por una parte, a los atracadores y a sus cómplices: a *Charli*, a *Jimmy*, a *El Sabio*, a *El Tano*, a *Anatoli*, a Roberto Prados, a Alberto Sánchez... Por otro, tenemos a los chantajeados, al origen del chantaje y a sus adláteres: a Miguel Ángel Wic, a Bernardo Alonso, a Esteban Villa, a Francisco Montiel, a Adolfo Bello... ¿Qué sucede? Que desconocemos cuál es la verdadera conexión entre ambos grupos. Por eso, no entendemos muchas cosas...

—Jefe, tengo una opinión... —dijo Osorio.

—Dígamela, que toda ayuda es poca...

—Alguien decidió asesinar a José María López y, aunque no le salió bien la jugada, también a Aurora Calatrava. ¿Por qué? Bien, hagamos una deducción. ¿Qué tienen en común ambas personas? Que eran titulares de las cajas de seguridad robadas... Si nos damos cuenta, José María López, Aurora Calatrava y Mauricio Cavestany eran quienes más sabían de la información que esas cajas contenían... Aurora Calatrava, porque podía decirnos que un sicario la había amenazado para sonsacarle detalles de su trato con Manuel Salas. Eso nos podría dar un hilo del que tirar... José María López, porque nos conectaba el caso del atraco con los clientes del despacho B del tándem Ugarte-Esquivias... Eso era otro hilo relevante... Mauricio Cavestany tuvo la suerte de que Manuel Salas se había planteado, desde el primer momento, en proteger su identidad... Es decir, el sicario que se nos ha escapado tiene que estar relacionado con este segundo grupo —y Osorio señaló en la pizarra al círculo en el que estaban

las iniciales de los nombres de los promotores, del Concejal de Urbanismo y del propietario del Centro Comercial El Collado.

Silva meditó sobre lo que le acababa de decir el agente.

—Tengo que hacer una única salvedad a lo que me ha dicho —dijo tras unos instantes—. No está claro que la protección de la identidad de Mauricio Cavestany hubiera sido totalmente efectiva. Recuerde que le robaron en su casa...

—¿Y quién le dice que el robo no lo efectuó el otro grupo?

—¿El otro grupo?

—Sí. Porque parece evidente que la estrategia de Manuel Salas consistía en ir borrando pistas... Retiró el documento de instrucciones de las manos de Mario Rojas... Y, además, también se evaporó el contenido de las cajas... ¿Qué le quedaba para que ese borrado de pistas fuese completo? Lo que Mauricio Cavestany guardaba...

—Bien pensado, bien pensado... Vamos a ver, si alguien del grupo de los ricos tenía que actuar para hacer el trabajo sucio, ¿quién tiene todas las papeletas de haberlo hecho? Porque parece que está claro, ¿no?

—Adolfo Bello —dijo la agente Robles, absolutamente convencida.

—Exacto —dijo Silva—. Hay que profundizar en las conexiones de Adolfo Bello... En alguna de ellas, tiene que haber alguien con los suficientes pocos escrúpulos para ir matando gente... Robles, usted ya empezó a investigar sobre el abogado... Retome la investigación junto a Osorio e intente enterarse de qué contactos tiene... Lo bueno es que ya tenemos una cara. Lo único que tenemos que hacer es ponerle un nombre...

* * *

Al día siguiente, Silva y Gómez fueron al Banco Continental a hablar con Javier Tortosa y Luis Serrano. Había que ir cerrando flecos que habían quedado pendientes de resolver. Serían las nueve y media de la mañana cuando ambos policías entraron en el despacho del director de zona de la entidad bancaria.

—Buenos días, ¿cómo están? —dijo Silva nada más entrar.

—Relativamente satisfechos, inspector —dijo Tortosa—. Al menos, uno de nuestros empleados ha sido localizado con vida... Pero todavía estamos lejos de una normalidad razonable...

—Lo imagino. El shock propio del atraco... Además, la muerte de Manuel Salas les ha tenido que impactar profundamente... En ese sentido, les traigo buenas noticias. Vamos a eliminar los precintos de la sala de seguridad... Ello servirá para generar una mayor sensación de normalidad... Tanto entre los empleados como entre los clientes...

—¡Magnífico! —dijo Javier Tortosa—. Lleva razón, inspector. Será una especie de acto simbólico. Desprecintar la sala equivaldrá a empezar a cortar amarras con el pasado y nos ayudará a

empezar a superarlo... ¿Y qué sucede con el botín? ¿Creen que los atracadores han logrado huir y poner todo ese dinero a buen recaudo?

—Pienso que no. Pienso que estamos más cerca de lo que creen. Pero todo se andará... Precisamente, de eso quería hablarles... Hemos averiguado nuevos detalles de lo sucedido durante el robo y hemos realizado hallazgos sorprendentes.

—¿Sí? Supongo que no nos los podrán adelantar, ¿no? —dijo el director de zona.

—Se equivocan. Hemos venido, precisamente, para adelantárselos...

Javier Tortosa y Luis Serrano se miraron sorprendidos.

—¿De verdad? —dijo el director de zona—. Pues, somos todo oídos...

—Les voy a explicar. Al principio de la investigación, pensamos que Marcos García actuó en connivencia con los atracadores... Llegamos a esa conclusión porque la última clienta que, presuntamente, atendió, doña María Teresa Pérez, lleva varios meses ingresada en una residencia y, por tanto, no pudo ser ella quien acudió esa mañana a la oficina para revisar su caja de seguridad. A mayor abundamiento, resultaba que don Marcos García sabía que doña María Teresa Pérez estaba ingresada y sin conciencia de sí misma ni de nadie ni de nada... Por tanto, era inverosímil que una farsante pudiera hacerse pasar por ella sin que él hubiera reparado, inmediatamente, en el engaño... Durante bastantes días, continuamos creyendo esa teoría. Exactamente, hasta el pasado lunes. Ese día, descubrimos que Marcos García ya estaba secuestrado antes de las ocho de la mañana del día del atraco... Es decir, no pudo ser él quien estaba en la sala de seguridad cuando se produjo el robo...

—No le entiendo, inspector —dijo Javier Tortosa, con una mueca de burla e incredulidad en su rostro—. Todos vieron que era él...

—¿Está seguro de eso? Porque yo creo que nadie de la sucursal se preocupaba demasiado de él ni del servicio del que era responsable... Apenas cruzaba palabra con ninguno de sus compañeros, ni ninguno de sus compañeros tenía mucho interés en cruzar palabra con él. A la hora de apertura de la sucursal, él se dirigía al sótano y allí se pasaba las horas hasta la hora de cierre de la oficina... Permítame que le haga una pregunta, don Javier: ¿podría usted recordar el color de alguna de las corbatas que usaba don Marcos García?

Javier Tortosa dio un leve respingo ante la pregunta. Llevándose la mano a la cara, cerró brevemente los ojos para, finalmente, hacer un gesto de resignación.

—Sí, cierto... El negociado de las cajas no es objeto de especial atención por parte de los empleados de esta sucursal... Ni por mi parte... Y es verdad que no hemos hecho ningún esfuerzo por integrar a Marcos con el resto de los compañeros... Lo teníamos ahí, a la entrada de la sala, sin echarle demasiada cuenta...

—Pues, de este modo, una persona, convenientemente maquillada y disfrazada como Marcos García, llegó esa mañana aquí, después de que el verdadero Marcos García fuera secuestrado y retenido... Claro, lo que entonces nos planteamos fue: ¿y quién estaba lo suficientemente capacitado para ocupar el puesto de Marcos y realizar sus funciones sin que se advirtiera el

cambio? Esta mañana, a las ocho, hemos hablado con su Departamento, don Luis. Y le hemos realizado varias preguntas muy concretas.

—Espero que se las hayan sabido contestar con precisión —dijo, en tono adusto, Luis Serrano.

—La verdad es que sí. Le debo dar mi más sincera enhorabuena por el rigor y profesionalidad con los que trabaja su Departamento. La primera duda era cómo podía saber el sustituto la clave de acceso al ordenador. La respuesta es que, evidentemente, no podía saberla. Y, por tanto, actuó según se hace en esos casos. Llamó al Departamento de Seguridad y pidió que le restauraran la clave. En los archivos del departamento, consta la llamada y la correspondiente atención de la incidencia... La segunda cuestión era quién podía saber cómo funcionaba el servicio de las cajas de seguridad. Ahí, tuvimos suerte... En todo el banco, sólo hay nueve salas de seguridad. Por lo tanto, sólo hay nueve personas que conozcan la operatoria. Además, la misma es conocida por todos los empleados de su Departamento, don Luis... Consultamos, entonces, con el Departamento de Recursos Humanos... Según sus datos, los nueve empleados responsables del servicio en toda la entidad, estaban en sus puestos en la jornada del atraco. Asimismo, todos los empleados del Departamento también asistieron puntualmente a su puesto de trabajo... Bueno, todos no... Había uno que, precisamente, ese día, no estaba presente en su despacho. Usted, don Luis...

Un silencio como de panteón familiar invadió el despacho de Javier Tortosa. Ni Gómez ni Silva se inmutaron. Ambos, permanecieron mirando fijamente a Luis Serrano quien, progresivamente lívido, no pudo articular ni palabra ni argumento... Agachó la cabeza e intentando, quizás, encontrar reposo a un viaje agotador que ya no tenía destino, dijo:

—Supongo que ahora me llevarán detenido, ¿no?

* * *

En la comisaría, Luis Serrano lo confesó todo como si se estuviera liberando de una carga que le estuviese atormentando en lo más profundo de su ser.

—No sé muy bien por qué pero me hice cliente habitual de El Paraíso. Jamás pensé que me llegara a pasar algo así... Pero sucedió... Una tarde, era ya casi de noche, acababa de llegar de fuera de la ciudad... Habíamos terminado de ejecutar las instalaciones de seguridad en un importante inmueble del banco donde se iba a ubicar nuestro ordenador central... En realidad, no tenía previsto regresar hasta la mañana siguiente. Pero los trabajos concluyeron antes de lo previsto. De camino, estaba contento porque iba a dar una agradable sorpresa a mi mujer... Sin embargo, algo se torció en mi mente. Pasé junto a El Paraíso y, sin que aún me lo pueda explicar, decidí entrar... Había visto muchas veces el lugar por fuera... Y una extraña curiosidad me invadió... Una curiosidad que, a lo mejor, siempre estuvo allí. No sé si fue por la bebida o por la tensión acumulada pero me acabé acostando con una de las chicas. Y sentí algo que nunca había sentido. Quizás fuera por la desinhibición con la que me hablaba la chica, quizás fuera por la sensación de poder que me otorgaba el tener la posibilidad de pedirle cualquier cosa que me diera la gana sólo por el hecho de que yo estaba pagando... Pero experimenté sensaciones desconocidas. Y sentí la necesidad de volver. De volver una y otra vez... Así, pasaron varios meses. Hasta que un día, se acercó uno de los vigilantes del club y me dijo que

el propietario quería hablar conmigo. Se trataba de un tipo llamado *El Tano*. No hizo ningún tipo de preámbulo. No actuó con diplomacia. Me mostró fotos. Me enseñó una grabación en vídeo. En todas ellas, aparecía yo con distintas chicas del club... Creí que me pedirían dinero. Pero no... ¿Tienen agua?

Silva permitió con la mirada que Robles trajera un vaso de agua al detenido. Después, continuó con su relato, un relato que parecía más un sermón penitencial que la fría descripción de la colaboración en un delito.

—Cuando *El Tano* me exigió que colaborara en el robo a las cajas de seguridad del banco, me negué... Pero me presionaron sin piedad... Me dijeron que iban a enviar las fotos y las grabaciones a mi mujer y a mis amigos... Que las harían públicas por internet... Que no pararían hasta destruirme... Al final, cedí... No tuve que haber cedido, pero cedí...

—¿Había algún otro empleado del banco implicado en el robo? —preguntó Silva.

—En ese momento, no lo supe. Sólo después, averigüé que Manuel Salas también participaba en la trama.

—Siga explicándonos lo que sucedió...

—El día del atraco, a las cuatro de la madrugada, me citaron en las afueras de la ciudad. Me vendaron los ojos, me metieron en un coche y me llevaron a un lugar desconocido. Allí, una chica me maquilló para parecer igual a Marcos García. Cuando me vi en el espejo, quedé sorprendido. Tengo que reconocer que hizo un excelente trabajo. A las seis y media de la mañana, me sacaron de allí, nuevamente con los ojos tapados. Hicimos una parada, retomamos el camino, hicimos una nueva parada y me cambiaron de vehículo... Me metieron en una furgoneta... Me llevaron, entonces, hasta cerca del centro. Sólo entonces me retiraron la venda... Me dirigí a la oficina y bajé a la sala de seguridad. A la hora prevista, llegó la misma chica que me había maquillado... Se hizo pasar por María Teresa Pérez. Entramos en la sala y yo me encargué de forzar las cinco cajas que ella me indicó. En todas ellas, había unos sobres precintados. Los guardó en su bolso y se fue. Nada más irse, yo salí como si fuera a ir a desayunar... Esperé fuera de la sucursal a que se produjera el atraco... Escuché los disparos... Fui hacia la entrada y los atracadores actuaron como si me hubieran tomado de rehén... Dentro de la furgoneta, me volvieron a vendar los ojos. Cambiamos de vehículo y volví a entrar en el mismo coche que al principio... En la misma casa, me desmaquillaron... Después, me llevaron a donde tenía aparcado mi coche... Atendí la llamada que me hicieron desde el Departamento... Me avisaron del robo. Dije que iba a suspender la visita prevista y que iba, directamente, a la oficina principal. El resto, creo que ya lo saben...

—¿Conoce a quiénes participaron en el atraco?

—Estaba la chica que me maquilló... La llamaban Sara... Después estaban los tres que entraron en la sucursal... Entre ellos, se llamaban *Charli*, *Jimmy* y *El Sabio*... Los tres iban maquillados, por lo que poco puedo decirles sobre sus rasgos... El único que iba sin maquillaje era el conductor de la furgoneta... Le llamaban Germán.

—¿Germán?

–Sí, Germán...

–¿Podría describir al tal Germán?

–Sí, tenía unos rasgos muy pronunciados.

–Bien, entonces nos va a ayudar a hacer un retrato robot de ese tipo...

–Quizás, no haga falta –dijo Osorio.

–¿Por qué? –preguntó Silva.

–Espere un momento, inspector...

Osorio salió de la sala de interrogatorios. Buscó entre sus papeles y, después, fue a un ordenador. Tras imprimir una imagen, quedó estupefacto durante unos instantes, pero, casi inmediatamente, recobró la compostura y, con una amplia sonrisa de satisfacción, volvió al lugar donde estaban el detenido y sus compañeros.

–Jefe, en la información que tenemos de Esteban Urondo, aparece el dato de que tiene un hermano, Germán, que también cuenta con un amplio historial delictivo.

Osorio entregó la foto a Silva y este se la mostró a Luis Serrano.

–Sí. Este es...

–Perfecto –dijo Silva–. Ya tenemos identificado al equipo completo...

–Es que hay algo más, jefe –dijo Osorio.

Este, tomó la foto que estaba en la mesa y se la mostró a la agente Robles.

–Pero... –acertó a musitar, débilmente, Robles.

–Efectivamente... Inspector, es la misma persona que intentó asesinar a Aurora Calatrava ayer por la noche.

5

El atraco (III)/Bernardo Alonso (IV) / Adolfo Bello (VIII)

El azar es una alimaña que siempre acaba depredando nuestras construcciones mentales. Cuando Esteban Urondo propuso a su hermano Germán para ser el conductor el día del atraco, *Charli* no podía imaginar que había caído en una trampa que iba a ayudar a estropear todos sus planes. Pero lo más extraño de todo fue que tampoco Esteban Urondo había adivinado que

ello le iba a permitir conocer una información que le iba a obligar a reajustar todas sus previsiones.

—Todo va a ser aparentemente fácil —dijo *Anatoli* a su hermano—. Pero no me acabo de fiar... Así que tendrás que estar ojo avizor... Se trata de realizar un atraco en la oficina principal del Banco Continental. Lo que sucede es que el cliente al que vamos a robar, está en el ajo... Al mismo tiempo, van a robar, previamente, cinco cajas de seguridad...

Germán Urondo no podía dar crédito a lo que estaba oyendo. Adolfo Bello le había dicho que había que olvidar el seguimiento a Manuel Salas, que había que dar por terminado el asunto... Sin embargo, ahora se enteraba de que el director de la oficina había llegado a un acuerdo para dar una salida a su situación. ¿Con quién había podido llegar a un acuerdo? Sólo cabía una posibilidad: que lo hubiera hecho con Adolfo Bello. ¿Y cómo era posible que el abogado no hubiera contado con él para el atraco? Él era el único en el que confiaba para llevar a cabo determinado tipo de acciones. Y resultaba que, ahora, había descubierto, por casualidad, que se estaba montando algo a sus espaldas. Dos y dos son cuatro, pensó... Adolfo Bello quería hacerse con la información comprometedor y quedársela para él solito... No quería que nadie más se aprovechara de ella. Pretendía arramplar con todos los beneficios...

Cuando Germán le contó todo esto a su hermano, este se enfureció.

—¡Hijos de puta! ¡Qué hijos de puta! No me han dicho nada de lo de las cajas... Esperan obtener su tajada, dejándome a mí de lado... ¡Sabía que me ocultaban algo...! ¡Ahora comprendo el interés en llevar a cabo este plan! Pero esto no se va a quedar así...

Antes de nada, Germán decidió confirmar el doble juego del abogado. Y le volvió a preguntar sobre el asunto de Manuel Salas.

—Olvídate de eso —dijo Adolfo Bello—. Mis clientes se han convencido de que no pueden hacer nada contra ese tipo. Así que han llegado a la conclusión de que tienen que coexistir con el problema. Manuel Salas prosperará como un miembro más del grupo de los elegidos y ya está... Tenemos que dedicar nuestro tiempo a asuntos más importantes...

Estaba confirmado que sus intenciones eran oscuras.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo *Anatoli*—. Ese picapleitos está actuando por libre... Pero ello nos puede resultar útil.

* * *

Bernardo Alonso no tenía ni idea de quiénes eran Esteban y Germán Urondo. Antes de recibirlos, pensó que podían ser dos empresarios que querrían instalarse en su centro comercial. Su sorpresa fue mayúscula cuando le empezaron a explicar el motivo de su visita.

El Centro Comercial El Collado estaba ubicado en una de las mejores zonas de la ciudad. Al principio, nadie entendió el emplazamiento elegido por Bernardo Alonso. De difícil acceso y rodeado por la nada. Un año después, cuando se anunció que la nueva autovía iba a pasar por delante del acceso principal del recinto y que una de sus salidas iba a llevar directamente al mismo, todos empezaron a cambiar de opinión. Cuando, seis meses más tarde, se anunciaba el

desarrollo urbanístico más importante de la historia del municipio, todos alabaron el profundo sentido empresarial de Bernardo Alonso. En realidad, todo fue fruto de una maniobra hábilmente pergeñada entre él y el concejal de Urbanismo, Miguel Ángel Wic. La guinda final fue las sucesivas autorizaciones para dos ampliaciones del centro comercial, en virtud de la espectacular dinamización que había experimentado el entorno. El Centro Comercial El Collado se había convertido en una provechosa fuente de beneficios que había que repartir (evidentemente) con los autores reales de su éxito, aquellos que disfrutaban de la capacidad de convertir unos terrenos vendidos casi a precios de saldo en un emporio de un valor incalculable.

A pesar de conocer algunos de los entresijos de la historia, los dos hermanos nunca dejaban de impresionarse por la magnificencia del lugar. Si no era por la calidad arquitectónica de la construcción, sólo podía ser por su dimensión simbólica: era la representación de una determinada forma de poder, de unas estructuras de las que ellos, aunque con un papel, quizás, poco relevante, siempre habían formado parte.

Bernardo Alonso los recibió con amabilidad y cortesía, aunque, desde el momento en que los vio, tuvo claro que no eran dos personas interesadas en instalar algún tipo de negocio en El Collado.

–Dígame en qué puedo ayudarles –dijo Bernardo Alonso.

–Es al revés, señor Alonso –dijo *Anatoli*–. Somos nosotros quienes hemos venido a ayudarle...

–Permítame que les diga que no les acabo de comprender...

–Mire. Sabemos el problema que usted y muchos de sus amigos han tenido con Manuel Salas...

–No sé de qué me están hablando...

–Don Bernardo, si está interesado en que le ayudemos, vamos a llegar a un acuerdo. No lo dude. Pero, por favor, no perdamos el tiempo dando rodeos para llegar al sitio al que sabemos que vamos a llegar...

–No les conozco de nada. ¿Qué piensan? ¿Que voy a ponerles al descubierto toda mi vida...?

–Tiene razón. Sí, señor... Ahí, tiene razón... Así que le vamos a contar varias cosas. Algunas las sabe. Otras no... Pero espero que, una vez que terminemos, se dé cuenta que puede confiar en nosotros...

–Muy bien. Pues, empiecen cuando quieran...

–Como le hemos dicho, sabemos lo de Manuel Salas. Y sabemos que don Adolfo Bello se ha estado ocupando de solucionar ese problema. Pero le tengo que revelar, para su disgusto, que don Adolfo Bello no está jugando limpio con usted...

Bernardo Alonso enarcó las cejas.

–¿En qué se basan para decir eso? –preguntó, expectante.

—¿Le ha dicho don Adolfo Bello que ya ha averiguado dónde y cómo guarda Manuel Salas la información que les compromete?

—¿Cómo sé que eso es verdad?

—Es verdad porque fue mi hermano Germán quien lo descubrió y se lo comunicó, inmediatamente, a su abogado. De eso, hace ya unos tres meses... Pero me parece que usted y sus amigos siguen sin saberlo. ¿Me equivoco?

—¿Dónde está la información de la que me habla?

—Repartida en cinco cajas de seguridad en la oficina principal del Banco Continental. ¿Dónde mejor para don Manuel Salas? Le podemos decir que una de las personas que tiene la caja bajo su aparente titularidad y que le está ayudando en su plan se llama doña Aurora Calatrava.

—A lo mejor, hay algún motivo que explique el hecho de que Adolfo no me haya dicho nada...

—A lo mejor... Pero le voy a decir una segunda cosa que su abogado no le ha dicho. ¿Sabe que ha organizado un plan para hacerse con la información que posee don Manuel Salas?

—¿Un plan?

—Efectivamente. Pero no se preocupe. Quizás, hay otro motivo que también explique tal circunstancia... —dijo *Anatoli* con ironía.

—¿En qué consiste dicho plan?

—Se está preparando un atraco en la oficina principal del Banco Continental. Un atraco que es, en realidad, una pantomima. El cliente que va a sufrir el atraco, está metido en el ajo. Manuel Salas ha decidido colaborar en un doble sentido. Va a ayudar a que el atraco sea cometido y va hacer entrega de toda la información de la que dispone a Adolfo Bello. A cambio, este le ayudará a marcharse del país e instalarse en otro, con identidad nueva, papeles nuevos y todo eso...

—A ver que me aclare... ¿Me están diciendo que Adolfo Bello, de algún modo, nos va a traicionar?

—Vamos a ser sinceros. No podríamos darle una respuesta taxativa a esa pregunta... Lo que sospecho es que pretende tenerles pillados a todos y hacer uso de la información en el momento en que más le convenga...

—¿Y cómo puedo saber que lo que me está diciendo es verdad?

—Le pediría que me dejara terminar y, entonces, valorara todo lo que le haya dicho.

—¿Hay más que contar?

—Sí, mucho más. Antes del atraco, tenemos que hacer otro robo. Un robo encargado por Manuel Salas. Será en la casa de un particular... Su nombre es Mauricio Cavestany... Como, quienes van a realizar el robo, nos ocultaron la verdad sobre lo de las cajas, comprenderá que nos hayamos dedicado a indagar sobre quién era ese Mauricio Cavestany... ¿Y sabe qué

descubrimos? Que era el antiguo contable de otro amigo suyo, don Francisco Montiel... Y empezamos a hacer deducciones. Germán, que había estado siguiendo a Manuel Salas por orden de Adolfo, nunca había podido llegar a averiguar cómo había podido conseguir la información con la que les chantajeó... Cuando supimos lo de Mauricio Cavestany, se hizo la luz... Está claro que Mauricio Cavestany obtuvo una copia de la información original, la cual, no cabe otra hipótesis, fue conseguida por don Francisco Montiel. Déjeme que le haga una pregunta: ¿sabe si don Francisco Montiel ha sido chantajeado?

—No tengo noticia...

—¿Y no le llama la atención? Le voy a dar mi teoría: Manuel Salas no actuó contra Francisco Montiel porque, si lo hubiera hecho, este hubiera sabido, de inmediato, dónde se habría producido la fuga de la información. Y hubiera sospechado de Mauricio Cavestany, que ya no trabajaba con él... Es decir, Manuel Salas intentó proteger a su fuente... ¿Me he explicado con claridad?

—Reconozco que me inquieta mucho todo lo que me dicen... Pero, en el fondo, todo son hipótesis...

—Terminemos con algo que no es una hipótesis. Para llevar a cabo el plan, Manuel Salas ha contactado con dos personas que usted conoce: *El Tano* y *Charli El Guapo*.

Bernardo Alonso ni negó ni confirmó tal aseveración.

—Sabemos que *Charli* le llevó a su casa, en una ocasión, dos chicas de El Paraíso. Lo que quizás no sepa, es que ese mismo *Charli* ya estuvo antes en su domicilio y apuntó con una pistola a su hijo, Sebastián Alonso...

—¿De qué me está hablando?

Esteban Urendo relató la historia que *Charli* le había contado. Ambos hermanos percibían que la ira del propietario del centro comercial iba claramente en aumento conforme iba conociendo todos los detalles. Cuando *Anatoli* terminó, Bernardo Alonso levantó el auricular de su teléfono y, tras unos segundos de espera, habló:

—Sebastián, ¿estás en tu despacho? Bien, voy para allá... Les rogaría que me esperaran aquí.

Al cabo de media hora, volvió, con el rostro demudado y signos claros, por su grado de agitación, de haber tenido una fuerte discusión.

—Han dicho la verdad en lo referente a *Charli* y mi hijo... Pero no alcanzo a entender todas las implicaciones de lo que me han revelado...

—Creo que está bastante claro. Le voy a hacer un resumen, creo que bastante significativo, de quiénes participan en el plan. Manuel Salas, quien ha chantajeado a usted y a sus amigos utilizando información obtenida por Francisco Montiel abusando de la confianza de todos ustedes. Adolfo Bello, quien ha incumplido la lealtad que le debe. Y *Charli El Guapo*, quien ha llegado apuntar a su hijo con una pistola, con intenciones nada inocentes. ¿Qué va a hacer? ¿Va a tolerar que todos estos individuos se salgan con la suya?

—No tengo claro que Adolfo Bello haya actuado con deslealtad...

Pero los hermanos Urondo tenían guardado un as en la manga.

—Señor Alonso, va a tener usted la oportunidad de oír cómo Adolfo Bello le ha traicionado. Mi hermano Germán, siguiendo instrucciones de Adolfo Bello, instaló un sistema de escuchas en las oficinas del abogado José María López...

—Sí, conozco tal circunstancia...

—Aunque el chantaje a José María López se vio paralizado, el sistema de escuchas continuó activo. Hará unos meses, se grabó una conversación muy interesante que le pediríamos que escuche con mucha atención... En ella, don José María López afirma que, antes de colaborar con don Manuel Salas en el plan de las cajas de seguridad, pidió revisar toda la información que se iba a guardar en las mismas... Es decir, José María López está al tanto de todo lo que ellas contienen... Escuche...

Germán Urondo sacó un pequeño dispositivo electrónico de su chaqueta y, tras accionar el botón adecuado, se pudo oír, claramente, el diálogo que mantenía José María López con Manuel Salas y cómo coincidía con lo que Esteban Urondo había dicho.

—Señor Alonso —dijo *Anatoli*—, esta grabación es perfectamente conocida por Adolfo Bello. ¿Le ha informado a usted, quizás, de su contenido? Apostaría lo que fuera a que, evidentemente, no lo ha hecho. ¿Qué más pruebas necesita? Le vuelvo a hacer la pregunta que le he realizado antes: ¿Va a tolerar que todos los individuos de los que le he hablado se salgan con la suya y se sigan riendo de usted?

Esta vez, la respuesta de Bernardo Alonso estuvo libre de toda duda.

—No. Nunca jamás podría permitir tal cosa.

6

Día 10 (II)

En la pizarra, Silva colocó la foto de Germán Urondo y dibujó una línea recta desde ella a la de su hermano Esteban. Al mismo tiempo, dibujó otra línea de trazo discontinuo, con una interrogación en su parte superior, entre la foto de Germán Urondo y el círculo que encerraba las iniciales de Adolfo Bello, Miguel Ángel Wic, Bernardo Alonso y Esteban Villa. Antes, ya había decidido que se pasara aviso a todas las unidades para que detuvieran al siniestro personaje. El inspector sabía que los acontecimientos estaban a punto de precipitarse y que la investigación avanzaba a su desenlace. Siempre ocurría igual: todo castillo de naipes parecía firme y sólido, pero bastaba que la primera carta cayera para que el resto hiciera lo mismo. Sus años de experiencia le servían para detectar, de inmediato, cuándo el primer naipe había perdido su posición y ya no había marcha atrás en todo el proceso.

—Robles, ¿cómo lleva la investigación sobre Adolfo Bello? —preguntó Silva.

—Va avanzando, jefe... Pero todo lo de ese personaje es muy opaco...

—¿Ha podido encontrar alguna conexión con alguno de los hermanos Urondo?

—Me temo que no...

—Tenemos que acelerar esto... Como sea... Se nos tiene que ocurrir algo...

—He pensado en algo, inspector...

—Diga...

—Usted ya ha hablado con anterioridad con Alicia Valverde... Ella, como corresponsal en tribunales, habrá visto a Adolfo Bello en los juzgados y, quizás, pueda conocer a algunos de sus contactos...

—No es mala idea...

—Además, ella mantenía una relación con José María López... Debería estar interesada en que se esclareciera su asesinato...

—Robles, usted y yo nos vamos al Palacio de Justicia... Vamos a intentar dar con ella...

* * *

Alicia Valverde vio unas cuantas fotografías en la tableta que llevó la agente Gómez.

—A este sí lo conozco —dijo, señalando a la imagen de Germán Urondo.

—¿De qué? —preguntó Silva.

—Ha coincidido algunas veces con Adolfo Bello. Pregunté por varios sitios para intentar saber quién era y me dijeron que era una especie de detective o investigador que tenía para los casos que llevaba... La verdad es que no llegué a averiguar ni cómo se llamaba... Pero no tengo dudas... Lo he visto con él muy a menudo...

—Muchas gracias, señorita Valverde... —dijo Silva—. Le debemos una...

—Tiene muy fácil cancelar esa deuda, inspector —dijo Alicia Valverde—. Soy periodista y podría contarme algo interesante sobre el caso...

—No se preocupe. Seguro que encontraremos mejor ocasión para liquidar mis débitos...

A la salida del edificio judicial, Silva recibió una llamada del agente Soriano.

—Sí, Soriano, dígame...

—Inspector, he localizado a un tipo al que creo que debería conocer...

Tras concertar la cita, lo que Silva podía decir se resumía en una única frase.

—¿Sabe algo, Robles? Creo que estamos a punto de dejar resuelto el caso.

* * *

Silva llamó a Gómez para que a las dos estuviera en el Bar California, el cual se encontraba cerca de la estación de ferrocarril. Allí, les estarían esperando Soriano y el misterioso individuo que podía poseer información muy valiosa.

Cuando Silva llegó, Gómez ya le estaba esperando en la puerta. A esa hora, la apariencia del local se apartaba radicalmente de su verdadera esencia. No se oían los golpes secos y contundentes de los futbolines y las mesas de billar ni las melodías juguetonas y pegadizas de los videojuegos y de las máquinas tragaperras, que eran los sonidos que daban vida a la naturaleza genuina de ese lugar. En cambio, las conversaciones ruidosas y una atmósfera parduzca y apagada, como de película de cine negro de los años setenta (*Klute, El último testigo, Chinatown, Lucky Luciano, La noche se mueve...*), dominaban el escenario, en un intento poco eficaz de crear una segunda personalidad para un establecimiento que sólo parecía poder existir con el bullicio de los juegos y la tensión de los resultados.

Soriano estaba sentando en una mesa junto a un sujeto que producía, ya de lejos, una automática sensación de repulsión. Conforme se fueron acercando, Silva y Gómez acertaron a descubrir de dónde surgía una reacción tan instintiva. El individuo mostraba un rostro extrañamente deforme. Alguien le había destrozado la cara y sus huesos habían tenido que soldar a su capricho, sin que una atención médica adecuada hubiera vigilado la evolución de las lesiones. Cuando ambos policías se sentaron, evitaron fijarse en las torcidas facciones de su interlocutor y se centraron en su voz y en sus palabras, en el inútil empeño de no querer prestar atención a los rasgos físicos anómalos.

—Le presento, inspector —dijo Soriano—. Ricardo Bautista...

—No hace falta tantos formalismos... Todos me conocen como *El Richar*...

—Encantado de conocerte, *Richar* —dijo Silva.

—Igualmente, inspector...

Richar aparentaba estar muy contento y satisfecho. La cerveza y el bocadillo de jamón a que Soriano le había invitado no parecían ser los únicos motivos para ello.

—El agente Soriano me ha dicho que había algo importante que tenías que contarnos... Adelante...

—Soriano me ha preguntado por un tipo que andan buscando... Parece ser que anda implicado en algo gordo...

—Sí, *Richar*, está metido en algo gordo —dijo Silva—. Pero no hemos venido hasta aquí para hablar. Hemos venido para escucharte a ti...

—Vale, vale... Tan sólo tenía curiosidad —dijo *Richar*, mientras daba un mordisco a su succulento bocadillo—. El tipo que buscan es al *Anatoli*, ¿no?

–Efectivamente.

–Y andaba metido en algo con *Charli El Guapo*, ¿no?

Richar remató su frase con una sonrisa amplia y arrogante, deseando dejar bien claro que él iba muy por delante de lo que sabían todos los policías junto a los que estaba sentado. Silva tuvo que reconocerlo para no resultar patético a sus ojos.

–Vale, *Richar*, de acuerdo. Llevas razón. Andaban juntos en algo...

–Ja, ja, ja... Lo sabía. Era colegas desde hace algún tiempo...

–¿Y cómo fue eso?

–Se lo voy a decir... Yo tuve la culpa...

–¿Tú?

–Sí. Una vez me encargaron un trabajito... Tenía que poner en su sitio a ese *Anatoli*... Pero, sin embargo, apareció por sorpresa el tal *Charli* y todo salió mal... Desde entonces, estoy así –dijo *El Richar* señalando su cara.

–Lo que sucede es que *Charli* ya está muerto. Y *Anatoli*, no sabemos dónde está... Lo que haya sucedido en el pasado, como que nos la trae al paio... Lo importante para nosotros es dar con ese tipo. Y me da en la nariz que si nos salimos con la nuestra, tú no vas a llorar demasiado... ¿Me equivoco?

El Richar volvió a reír.

–Está en lo cierto, inspector... Ya ha caído uno de esos desgraciados. Y espero ver cómo cae el otro. Y sin que tenga que mancharme las manos...

–Pues, adelante muchacho... A ver si nos puedes contar algo interesante...

–Como comprenderá, tengo motivos suficientes para odiar a ese *Anatoli* –dijo *El Richar*, mientras la sonrisa se borraba de su rostro y era sustituida por una mueca impregnada de repugnancia y resentimiento. Sin embargo, enseguida volvió a sonreír, sumergiéndose en el papel que había elegido interpretar-. Durante varios meses, he intentado tener localizado a ese tipo. Y lo he conseguido. Les puedo dar pelos y señales de dónde está viviendo ahora...

Los tres policías contuvieron la respiración. Pero Silva supo reaccionar con rapidez.

–Habrá que comprobar lo que nos dice. Pero, si lleva razón, será debidamente recompensado...

–No quiero recompensa alguna... Me basta con saber que *Anatoli* va a pasar una temporada bastante mala...

Richar cogió una servilleta de papel y pidió un bolígrafo a Soriano. A continuación, dibujó un pequeño croquis para explicar dónde estaba ubicada la actual casa de Esteban Urondo.

—... aquí, en el antiguo barrio de pescadores, cerca del Restaurante Pardo, junto a la playa. La casa da tanto al Paseo Marítimo como a la Avenida del Este... Si viera que hay peligro, podría elegir cualquiera de las dos puertas... O ir por arriba, saltando, por las azoteas, de casa en casa... En esa zona, sólo hay casas individuales en hilera... Tiene una moto y la aparca siempre a unos cuatrocientos o quinientos metros de su casa, cada día en un sitio distinto...

—Veo que estás muy enterado de todo —dijo Silva.

—No quiero engañarle, inspector —dijo *Richar*—. Tenía un plan pensado para que *Anatoli* se enterara de quién soy yo... Pero, ahora, he encontrado una solución más sencilla.

Richar dio un buen trago a su vaso de cerveza.

* * *

Silva, Gómez y Soriano estaban frente a la casa que *Richar* les había indicado. Pero allí, no parecía haber nadie.

—Soriano, dé una vuelta por la zona a ver si localiza la moto que nos describió *El Richar*...

—A sus órdenes, inspector.

—Jefe, es posible que Esteban Urondo ni esté ahí ni tan siquiera venga —dijo Gómez—. ¿Qué podemos hacer?

—Podríamos montar un dispositivo de vigilancia... El comisario Torres no nos pondría problemas. Lo que ocurre es que tenemos perdida la pista a Sara Varela, a *Jimmy El Chato* y a *El Sabio*... Cada día que pase, será más difícil que la recuperemos...

Al cabo de unos minutos, volvió Soriano.

—No he encontrado nada, inspector...

—Lástima. Me temo que *Anatoli* no está aquí... Pero este es el único lugar que tenemos como referencia... Permanezcamos por aquí durante un rato, a ver si hay novedades...

Sólo tuvieron que esperar durante unos cuarenta y cinco minutos. Al cabo de ese intervalo de tiempo, los tres policías vieron llegar una moto que hacía extraños movimientos sobre el carril más próximo a la acera. El conductor se bajó de ella y la dejó en la misma avenida, en una zona donde estaba prohibido aparcar. Se arrastró hasta la casa que se hallaba vigilada por los policías. Estos, corrieron rápidamente hacia el lugar, justo antes de que el individuo que intentaba abrir, torpemente, la verja de entrada se fuera a desplomar sobre el suelo. Era Germán Urondo. Apenas le identificaron, ya habían descubierto que tenía una herida de bala en el vientre.

**El atraco (IV)/Manuel Salas
(XIII)/Carlos, alias *Charli*, alias *El
Guapo* (X)/Sara Varela (VII)/Marcos
García (y IX)**

Habían alquilado una casa en las afueras de la ciudad como base de operaciones. Se trataba de un lugar solitario en el que sería difícil que llamaran la atención. Allí, la noche antes del atraco, Sara empezó a maquillarse a ella misma y a *Charli*, a *El Sabio*, y a *Jimmy El Chato*. También estaban Manuel Salas, *El Tano* y *Anatoli*. No había un motivo práctico por el que tuvieran que estar todos juntos. Pero ello les ayudaba a calmar unos nervios que, aunque nadie lo confesaba, les estrujaba el cerebro. El trabajo de Sara era lento, metódico... Sin quererlo, su meticulosidad servía para acrecentar la tensión que cortaba el aire. A pesar de su agitado estado de ánimo, el café fluyó con abundancia durante esa madrugada interminable...

A las cuatro menos cuarto, iba a dar comienzo el primer acto de la trama. A esa hora, salieron Manuel Salas y *El Tano* a recoger a Luis Serrano al lugar donde se habían citado. Lo llevaron hasta la casa y fue la última persona a la que Sara cambió de aspecto. En su caso, además del maquillaje, había que vestirlo con un tipo de traje casi idéntico a los que solía llevar Marcos García, con el fin de que nadie pudiera advertir ninguna diferencia sospechosa.

A las seis y media, el grupo se dividió en tres. Por un lado, Manuel Salas, *El Tano* y *Anatoli* tenían como objetivo interceptar a Marcos García a la salida de su casa y, sin emplear la violencia, llevarlo a un lugar donde no pudiera crear complicaciones. Por otro, *Charli*, *Jimmy*, *El Sabio*, Germán y Luis Serrano fueron hasta el Polígono Industrial El Arroyo, con el fin de cambiar de vehículos y tomar la furgoneta que iban a utilizar para el atraco. Por último, Sara debía aguardar hasta que le confirmaran que Luis Serrano estaba sentado en el puesto de trabajo de Marcos García y que podía ir, sin ningún tipo de problemas, a llevarse el contenido de las cajas de seguridad.

* * *

Cuando Marcos García, yendo de camino a la parada del autobús, vio cómo se le acercaba Manuel Salas junto a dos tipos de aspecto (para él) extraño, supo, inmediatamente, que algo iba mal. Todos tenemos un sentido oculto, ignorado, que capta, de un modo peculiar e instintivo, la ruptura del orden habitual, la quiebra de la cotidianidad rutinaria... Y el de Marcos García funcionó como un mecanismo de relojería de impecable funcionamiento.

—¿Qué sucede, don Manuel? ¿Qué va a hacer...?

—No te preocupes, Marcos. No te va a pasar nada...

—¿Por qué, don Manuel? ¿Por qué...?

—No tenía otra salida. Pero, insisto, no te preocupes... No te va a pasar nada... Yo no lo permitiría... Sólo estarás retenido durante unos días...

Marcos García, que ya era un pelele destrozado, se dejó llevar con absoluta docilidad. Manuel Salas llamó a *Charli*:

—Luis puede iniciar la parte de su plan.

* * *

La furgoneta en la que iban Germán, *Charli*, *Jimmy* y *El Sabio*, llegó a las ocho menos veinte de la mañana a los alrededores de la sucursal. A esa hora, pudieron aparcar con facilidad cerca del lugar donde se iba a producir el atraco. Luis Serrano ya se había bajado. A las ocho y cinco, más o menos, debería llamarles para avisarles de que todo había ido bien. Durante los veinticinco minutos de espera, hubo un continuo cruce de miradas entre ellos. Sólo Germán miraba al frente, inexpresivo, hierático, como si cualquier acontecimiento pudiera pasar a través de él sin afectarle ni perjudicarlo. *Jimmy* era el que estaba más nervioso. A cada momento, miraba su reloj, pretendiendo, quizás, de un modo algo supersticioso, que ello iba a servir para acelerar las manecillas. Cuando, a las ocho y tres minutos, se produjo la llamada de Luis Serrano, todos parecieron tranquilizarse. *Charli*, una vez que hubo llamado a Sara para decirle que tenía vía libre, se centró, sobre todo, en *El Chato*. Quería que se calmara y el único medio que encontró fue hacerle hablar. Hacerle hablar largo y tendido...

—*Jimmy*, ¿por qué no nos cuentas historias de cuando tenías el pub? Sobre todo, de lo que pasaba ya bien entrada la madrugada... ¿Te acuerdas de la del viejo que llegó completamente colocado y con una tía impresionante?

Jimmy rió. Y empezó a hablar de un pasado que ya no existía, de un pasado que, si hubiese sido diferente, les hubiera impedido estar en esa furgoneta, en ese preciso instante.

* * *

A las nueve de la mañana, Sara Varela, disfrazada como doña María Teresa Pérez, llegó a la sucursal y fue directamente, aunque con pasos simuladamente torpes, al punto donde estaban las escaleras que descendían hasta la sala de seguridad. Allí, Luis Serrano, debido a los nervios, sudaba copiosamente y estaba empezando a echar a perder la máscara artificial que ocultaba su identidad.

—Menos mal que he metido algunos útiles en el bolso —dijo Sara—. ¿Dónde podría restaurarle el maquillaje...?

—Ahí dentro. No hay cámaras que nos puedan vigilar... Además, Manuel tenía razón... Nadie se preocupa por lo que pase o deje de pasar aquí abajo...

—De acuerdo... Pero lo dejaremos para cuando terminemos el trabajo con las cajas...

—Vale, muy bien...

Una vez dentro de la sala, Sara sacó de su bolso la lista de las cajas a forzar. Luis Serrano forzó sin dificultades todas las cerraduras...

* * *

La compañía de seguridad, a las nueve y media de la mañana, llevó a la sucursal el dinero que iba a retirar Francisco Montiel. La noticia había corrido como la pólvora por toda la oficina y los empleados estaban invadidos por un doble sentimiento. Por un lado, que un cliente realizara una retirada tan importante de las cuentas del banco era un hecho claramente negativo. Si ya existía inquietud en torno a la situación de la entidad, esa noticia sólo hacía agudizar la preocupación. Por otro, había una malsana curiosidad por ver entrar las sacas con el efectivo, por experimentar algo que, paradójicamente, nunca habían vivido antes. El dinero, reducido, en gran medida, a meros apuntes electrónicos, no era, en el fondo, una realidad consistente para ellos. El ver entrar a tres vigilantes de seguridad portando billetes reales era como sentir cerca la fuente del genuino poder, confirmar que el objeto de su trabajo existía verdaderamente y no era sólo una ilusión o un delirio. Por ello, la empleada de caja que llevó a cabo la recepción del dinero físico se movía entre dos reacciones contradictorias: una, casi de veneración, al tener bajo su responsabilidad una cuantía monetaria que nunca había sido tan elevada; otra, de miedo. De miedo porque, dentro de su aparente solidez, esos billetes podían desaparecer fácilmente: un despiste, una acción violenta, un incidente inesperado y todo ese dinero podía convertirse poco menos que en humo... Es decir, lo que los empleados de la sucursal estaban sintiendo esa mañana, venía a ser una alegoría involuntaria de su propia situación: la presunta fortaleza de su posición escondía, en última instancia, la más aterradora de las fragilidades...

* * *

Manuel Salas miraba, alternativamente, de forma casi obsesiva, tanto el reloj del ordenador como la puerta cerrada de su despacho. Eran las diez. Francisco Montiel esperaba su llamada. Pero él esperaba la llamada de Sara. Le sorprendía que, a pesar de llevar más de veinticuatro horas despierto, una punzante lucidez pareciera estar guiando su cerebro y una desconcertante serenidad estuviera invadiendo su ánimo. Sólo había que esperar, dejar que el engranaje diseñado funcionara por sí mismo y condujera a todos a un éxito fulgurante. No había nada que pudiera fallar... Todo iba a salir bien.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por una llamada en su móvil. Era Sara. Volvió a mirar qué hora era: las diez y diez.

—Dime, Sara...

—Hecho. Ya he salido de la sucursal y voy camino del coche...

—Perfecto.

Manuel llamó, primero, a *Charli*.

—Lo de las cajas ha ido bien... Ahora, llamaré a Francisco Montiel para avisarle que ya hemos recibido el dinero... Te aviso cuando él llegue...

* * *

Luis Serrano tenía que cumplir con la parte más fácil de su cometido. Simplemente, subir las escaleras, cruzar la sucursal y abandonarla, con seguridad y sin titubeos. Sin embargo, llevaba veinte minutos intentándolo y parecía carecer de voluntad para hacerlo. Permanecía parado en el pasillo que conducía al vestíbulo de la sala de seguridad, fuera del alcance de las cámaras que grababan todos los movimientos. En el primer escalón, cerró los ojos con fuerza, inspiró hondo y, tras contar hasta cinco, inició una tarea que, sin saber por qué, le atenazaba. Lenta, muy lentamente, peldaño sobre peldaño, fue realizándola, a pesar de que representaba para él un esfuerzo colosal.

Casi sin darse cuenta, se vio en la oficina, entre las mesas de los empleados. Uno de ellos, que estaba hablando por teléfono, lo miró, tal vez con algún asomo de duda. Él, con un gesto, le dio a entender que salía para tomar un café. El otro, asintió con la cabeza y desvió su vista hacia los papeles que tenía en su escritorio. Luis Serrano atravesó el patio de operaciones de la sucursal, sin prisas, poniéndose bien el cuello de su chaqueta mientras caminaba. Al llegar a la puerta, Manuel Salas salía de su despacho y Francisco Montiel entraba en la oficina con sus guardaespaldas. Manuel y Luis cruzaron sus miradas.

* * *

Germán ya estaba harto de escuchar historias sobre el pub de *Jimmy*. Pero callaba. Tenía que resignarse a aguantar pacientemente hasta que todo el trabajo estuviera hecho.

—... y el tío va y me dice: “Pero, ¿hoy no es sábado?” Ja, ja, ja... —dijo *Jimmy*.

—Bueno, muy bueno... —dijo *Charli*.

Sonó el móvil. Era Manuel Salas. Francisco Montiel había llegado.

—Ya queda menos —dijo *Charli*—. La próxima vez que nos llamen, será para entrar en la sucursal. Iremos entrando por separado. Una vez allí, ocupad las posiciones previstas. Cuando vayan a salir del despacho de Manuel, este me enviará un sms. Yo haré la señal acordada... Entonces, ya sabéis... Esperar a que salgan y a que yo dispare al aire...

El silencio se hizo en la furgoneta.

* * *

Un cajero y una cajera contaban el dinero que iba a entregar a Francisco Montiel. La tarea iba a buen ritmo. Manuel Salas intentaba descifrar en los rostros de los guardaespaldas si, efectivamente, estaban al tanto del plan. A pesar de que no se lo había dicho a nadie, su temor más profundo era que alguno de ellos no supiera que todo fuera una farsa y se originara un intercambio mortal de disparos. ¿Qué pasaría si muriera alguien? Ese pensamiento lo atormentaba. Quería que todo pasara rápido, casi sin sentir... Los fajos de billetes se iban amontonando a un lado de la mesa. Francisco Montiel los miraba, con sorprendente calma. ¿Sabía este hombre lo que había puesto en marcha? ¿Estaba seguro de que controlaba todas las implicaciones? Ya quedaba poco tiempo... Apenas cuatro fajos de billetes para completar la

cantidad retirada... Manuel Salas llamó a *Charli*, simulando que hablaba con un cliente con el que no podría encontrarse a la hora prevista.

—Sí. Buenos días, soy Manuel Salas... Le pido disculpas pero me voy a tener que retrasar... En treinta minutos, salgo de aquí... Gracias por su comprensión...

* * *

Charli se dirigió a un mostrador que había a disposición de los clientes, simulando que estaba cumplimentando un impreso. *Jimmy* tomó un número para coger turno en la cola. A continuación, se sentó en una butaca donde, aparentemente, esperaba ser atendido. *El Sabio* miraba algo en el tablón de anuncios. Dentro de las bolsas de deporte con las que entraron, estaban las escopetas de cañones recortados. *Charli* tenía su móvil en la mano. Le sudaban las manos. Temía que el aparato se le resbalara y fuera a caer al suelo. Pero eso no sucedió. El móvil vibró y emitió un pitido, anunciando que había llegado un mensaje. Se retiró del mostrador y se fue acercando a la salida. En ese momento, la puerta del despacho del director se abrió y empezaron a salir Manuel Salas y Francisco Montiel y sus guardaespaldas. Tras ver que habían dado tres pasos en el interior del patio de operaciones, *Charli* se tocó la nariz (era la señal pactada), sacó la escopeta y disparó tres veces hacia el techo de la sucursal. *El Sabio* y *Jimmy* se dirigieron al grupo que sacaba el dinero en dos maletas.

—¡Que no se mueva nadie o lo liquido! ¡Todo el mundo, manos arriba! —gritó *Charli*.

El bullicio de la oficina se convirtió en una especie de gemido que se desvaneció enseguida por culpa del miedo.

Casi al mismo tiempo, *El Sabio* y *Jimmy* apuntaron con sus escopetas a los guardaespaldas. Fue *El Sabio* quien habló.

—Como os mováis, mandamos a vuestro jefe al otro mundo...

Se quedaron inmovilizados. Manuel Salas supo, en ese instante, que el trabajo estaba hecho.

Jimmy y *El Sabio* cogieron las maletas y empezaron a correr hacia la salida. *Charli* les siguió, caminando de espaldas, vigilando que nadie se hiciera el valiente. Agarró por la solapa de la chaqueta a Manuel Salas y, en un tono de voz frenético, siguió gritando.

—Tú, te vienes conmigo. Si intentan hacer algo, me lo cargo...

Ya en la calle, vio cómo *El Sabio* apuntaba en la cabeza a Luis Serrano y lo encaminaba hacia la furgoneta. La puerta lateral de la misma estaba abierta. En poco más de diez segundos, ya estaban en su interior. El motor estaba en marcha. *Charli* cerró el vehículo y, en tono triunfante, dijo a Germán:

—¡¡Germán, cagando leches, que nos vamos...!!!

Jimmy y *El Sabio* reían de modo casi histérico. Luis Serrano, en cambio, respiraba con esfuerzo y tenía la cabeza agachada, intentando recuperar el resuello. Manuel Salas tenía la mirada

perdida. Aunque él no lo supiera, estaba intentando discernir cuál era su nuevo lugar en el mundo.

* * *

Volvieron a la promoción donde habían dejado a Alberto Sánchez y dos automóviles. Alberto Sánchez seguía inconsciente. Le dejaron la furgoneta y volvieron a la base de operaciones. Sara ya estaba allí.

—Deprisa, Sara —dijo Manuel—. Debes desmaquillar a Luis... De un momento a otro, van a llamarle... Y deberá presentarse en la sucursal para no levantar sospechas...

Sara hizo velozmente su trabajo. Luis Serrano se cambió de ropa. Le volvieron a vendar los ojos y Germán lo llevó hasta el lugar donde había aparcado su automóvil a las cuatro de la mañana.

Manuel se llevó las manos a la cabeza y liberó toda la tensión en un grito seco y estridente. Se acercó a Sara y la abrazó.

—Todo ha terminado, cariño, todo ha terminado...

Sin embargo, todo no había hecho más que empezar...

8

Día 10 (III)/Sara Varela (VIII)

Silva llamó para que una ambulancia acudiera con urgencia al lugar donde Germán Urondo se estaba desangrando. No podía hacer nada (salvo intentar taponar torpemente la hemorragia) y ello atizaba su impaciencia. La resolución del caso se asemejaba cada vez más a un yoyó diabólico: cuando parecía estar al alcance de la mano, se alejaba irremisiblemente hacia un infinito inalcanzable... Sin embargo, donde la razón no llega, sí pueden llegar los sentimientos más oscuros y retorcidos. Sin saber muy bien de dónde sacó sus fuerzas, Silva contempló cómo Germán se incorporaba y trazaba en sus facciones una profunda expresión de odio y desquite. Sólo acertó a decir dos palabras, que repitió como si en ellas se ocultara una clave secreta de la que hubiera que advertir al mundo para que pudiera acceder a su significado. Esas dos palabras eran: la película, la película, la película...

—¿Cómo dice? —preguntó Silva.

Las mismas dos palabras volvieron a salir, reiteradamente, de sus labios: la película, la película, la película... Cuando llegaron los efectivos sanitarios, actuaron con celeridad absoluta.

—¿Creen que se salvará? —preguntó Silva.

—Haremos todo lo que podamos, inspector...

(Lo cual quería decir que la cosa se presentaba complicada...)

La ambulancia encendió la sirena y salió a gran velocidad con destino al hospital.

—Soriano, venga aquí...

—Dígame, jefe...

—Ese hombre no hacía más que repetir “la película”... ¿A qué cree que se podía referir?

—¿“La película”?

—Sí...

Soriano reflexionó durante unos instantes.

—¿Se podría referir a la película en la que participaron *Charli*, *Jimmy* y *El Sabio*? —dijo finalmente.

—Sí, podría ser... —dijo Silva—. ¿Qué querría decirme con eso? Lo dijo varias veces, obsesivamente...

—Esa película se rodó en esta ciudad, ¿no? —dijo Gómez.

—Sí. Así fue... —dijo Soriano.

—¿Podría querer indicarnos algún lugar que aparecía en la misma?

—Es posible, sí... —dijo Silva—. ¿Usted vio la película, Soriano?

—Sí, jefe...

—¿Recuerda, ahora, algún sitio que, no sé, fuera significativo...?

—Recuerdo que había unas escenas que estaban grabadas en el barrio donde *Jimmy El Chato* tenía su pub...

—Eso es una buena pista...

—Le digo más, jefe... Recuerdo que salía una casa que me dijeron que era propiedad de... ¿de quién? ¿de quién? ¡Ah, sí! ¡Del propietario del Bar La Huerta...!

—¿Usted podría localizar la casa?

—Creo que sí.

—Pues vayamos para allá, es lo único que tenemos a lo que agarrarnos... No obstante, vamos a avisar a Robles y Osorio... Si alguien recibió a tiros a Germán Urondo, imagínense cómo nos recibirá a nosotros...

* * *

Los cinco policías se encontraron a la entrada del barrio. Distribuidos entre dos vehículos, fueron siguiendo las indicaciones que iba dando el agente Soriano.

—Está en mitad de este carril...

Pero algo extraño estaba pasando en una de las casas que iban jalonando el camino. Cinco hombres estaban en su entrada lateral y parecían portar pistolas... En cuanto repararon en la presencia de los dos coches que llegaban, intentaron ocultarse.

—Pare aquí, Gómez... —dijo Silva—. Algo sucede ahí...

—Esa es la casa que salía en la película... —dijo Soriano.

—Preparen las armas y, Gómez, utilice el móvil para pasar aviso a Osorio y Robles para que hagan lo mismo. Ahora, vamos a acelerar y ponernos a la altura de la casa... Vamos a utilizar los coches como parapeto y vamos a intentar que esos tipos se entreguen...

Dos minutos después, los dos vehículos policiales realizaron la maniobra planeada. Una nube de polvo cubrió el camino durante el mínimo tiempo necesario para que todos los policías salieran de los coches y Silva les diera un aviso tajante.

—¡Policía...! ¡Dejen las armas en el suelo, pongan las manos donde podamos verlas y entréguese...!

Un movimiento de duda pareció dominar al grupo. Se oyeron algunos cuchicheos. Al cabo de unos segundos, optaron por la solución menos arriesgada.

—¡De acuerdo! ¡No hay problema...! ¡No vamos a disparar!

Los cinco individuos salieron al camino con las manos en alto. Los cinco policías fueron a su encuentro. Silva y Gómez los reconocieron enseguida.

—Pero, ¿quiénes son estos tipos? —preguntó Soriano.

—Estos son los guardaespaldas de Francisco Montiel —respondió Gómez.

El inspector se acercó a ellos.

—Pero, bueno, ¿qué pasa aquí?

—Todo está controlado —dijo quien, aparentemente, actuaba como jefe—. Creemos que aquí dentro están los atracadores y hemos decidido dar con ellos...

Silva lo miró con gesto incrédulo.

—Mire, cuénteme el de Pinocho, que me lo creeré antes... ¿Cómo es que no nos avisaron? ¿Y cómo supieron que aquí pueden estar los atracadores...?

No hubo tiempo para responder. Un automóvil surgió a toda velocidad de la parte trasera de la casa, casi llevándose por delante a las diez personas que se encontraban en la entrada. Casi no habían tenido tiempo de reaccionar cuando un segundo automóvil hizo lo mismo, atropellando

a dos de los guardaespaldas. Silva reaccionó con rapidez, dando órdenes al mismo tiempo que se dirigía a su vehículo.

—Osorio, Soriano, Robles, llamen a los servicios médicos para que atiendan a los atropellados. El resto, llévenselos a la comisaría. Gómez y yo seguimos a los coches que huyen...

Las calles estrechas del barrio no eran el mejor lugar para ir a gran velocidad. Por ello, los dos automóviles que escapaban aún se encontraban cerca. Sin embargo, sus intenciones estaban claras.

—Se dirigen a la autovía, jefe —dijo Gómez.

El inspector pasó aviso por radio a la vez que los coches perseguidos hacían lo que Gómez había predicho. Se colocaron en el carril izquierdo y se pusieron casi a doscientos kilómetros por hora. Gómez pisó el acelerador para no perderlos de vista. Tras unos siete kilómetros, los dos vehículos se colocaron en carriles distintos.

—Se van a separar, jefe —dijo Gómez—. ¿Qué hacemos? ¿Tomamos la Desviación Este o la Desviación Norte?

Silva dudaba y no sabía qué opción elegir (su vida se debatía entre otras muchas alternativas y tampoco sabía cuál de ellas debía elegir, parecía ser un sino irreversible).

—¿Este o Norte, jefe? —volvió a preguntar Gómez.

Ya estaban llegando a la bifurcación de la autovía y cada automóvil había tomado un camino distinto.

—¡Jefe...!

—Este, Robles, tome la Desviación Este...

Silva pasó por radio los datos que pudo del coche huido. Mientras tanto, seguía la persecución y Gómez iba recortando la distancia que le separaba del otro automóvil. El otro conductor se estaba dando cuenta de ello y, en el último momento, tomó una salida que lo llevaba a la parte este de la ciudad.

—Quiere despistarnos callejeando —dijo Silva—. Pero creo que está perdido...

La persecución continuó por una especie de serpiente que iba cuesta abajo. Aunque Gómez perdió de vista al otro coche en una curva, cuando él la tomó, vio que el otro conductor había perdido el control del vehículo y se había estrellado contra una tapia. Silva y Gómez salieron con las pistolas apuntando a los ocupantes, que eran dos. El primero de ellos salió, asustado y nervioso.

—¡No disparen, no disparen...! ¡Nos entregamos...! ¡Todo el dinero del atraco está en el maletero...!

Se trataba de *Jimmy El Chato*. La otra ocupante salió en silencio, lánguida y como derrotada. Era Sara Varela. Aparentemente, no habían tenido ningún percance grave. Gómez esposó a

Jimmy, Silva a Sara. Algunos curiosos empezaron a salir de sus casas para ver qué estaba ocurriendo.

El inspector cogió las llaves del coche siniestrado y fue a abrir el maletero. Allí había dos maletas. Abrió la primera y vio que estaba llena de billetes de quinientos euros. Tomó uno de los fajos y lo revisó. Tomó otro y lo revisó igualmente. Tras hacer esto cuatro veces, le resultó evidente que había vuelto a fallar.

—Usted, *Chato*, venga para acá —dijo Silva.

—Sí, policía, dígame... —dijo *Jimmy*—. Ahí está todo el dinero... No hemos matado a nadie... Podemos explicar todo...

—Vale, vale, vale... Tranquilo... Quiero que mire esto...

Silva le enseñó cómo, en el fajo, sólo había dos billetes de quinientos euros (cada uno, en un extremo del mismo). El resto, eran recortes de periódico. A *Jimmy* se le demudó la cara.

—¡Hijo de puta! ¡Hijo de puta! ¡Qué hijo de puta...! ¡Sara, Sara...! ¡*El Sabio* nos la ha jugado! ¡*El Sabio* nos la ha jugado...!

Jimmy rompió a llorar. Gómez bajó la cabeza en señal de decepción. Silva reaccionó según el estoicismo propio de su mentalidad analítica.

—Está claro. Tuvimos que haber tomado la Desviación Norte...

9

El atraco (V) / Manuel Salas (y XIV) / Carlos, alias *Charli*, alias *El Guapo* (y XI) / Sara Varela (IX) / Adolfo Bello (IX)

Era la mañana del tercer día en la casa y el aburrimiento hacía mella en todos ellos. *Charli* jugaba a las cartas con *Jimmy*. Sara se pasaba casi todo el tiempo en su cuarto. *El Sabio* pidió a *El Tano* que le trajera todos los periódicos que pudiera y los leía con inexplicable fruición. Manuel estaba enganchado a la televisión y veía todos los noticiarios para ver qué información daban. Germán iba y venía, yendo un poco a su aire. La espera, además de tediosa, daba demasiado tiempo para pensar y excavar en motivaciones que, ahora, podían resultar discutibles, proyectos que se habían vuelto dudosos y acuerdos que eran vistos, desde nuevas perspectivas, como francamente desequilibrados. La convivencia, en definitiva, ya se estaba volviendo difícil.

—Pero, ¿por qué tenemos que estar esperando aquí? ¿A qué esperamos? No lo entiendo —dijo *Jimmy*.

—Te lo vuelvo a repetir —dijo *Charli* mientras repartía los naipes—. Pueden estar vigilando a Francisco Montiel... Hay que esperar a que todo esto se enfríe...

—Es que tampoco me gusta que estén diciendo que nos hemos llevado dos rehenes... No sabemos cómo está el otro... ¿Y si le pasa algo?

—No le va a pasar nada... *El Tano* está pendiente de él...

Manuel estaba preocupado por el comportamiento de Sara. En vez de estar ilusionada, parecía hallarse desconectada del mundo e invadida por una apatía incomprensible. Las conversaciones con ella no le servían para aclarar las dudas que dicha situación le generaba. Y eso le inquietaba. Sara mantenía dicha actitud desde que llegaron a la casa tras la realización del atraco. Y Manuel no encontraba una explicación clara para ello. Pensó que, quizás, lo mejor sería quemar etapas, y acelerar todo el proceso planeado. Por eso, cuando oyó a *Jimmy*, no le pareció mal aprovechar la impaciencia que empezaba a cundir en el grupo para utilizarla en su propio beneficio.

—Pues yo no veo tan mal lo que dice *Jimmy*. A fin de cuentas, no parece que la policía tenga mucha idea por dónde empezar... Sabemos que a Francisco Montiel apenas lo han molestado y que no sospechan de él... Por aquí, no ha pasado nadie... Creo que lo arriesgado es no movernos de aquí...

A *Charli* no le hizo ninguna gracia el comentario.

—A ver, *El Tano* y yo sabemos lo que hay que hacer. Recuerda que te dijimos que el atraco iba a salir bien... Y así fue... No queramos ahora improvisar...

A Manuel le hizo menos gracia aún, no tanto el comentario de *Charli*, como el tono del mismo.

—Perdona, *Charli*... Lo del atraco, lo hablamos entre todos... Yo os di la idea... Vosotros hicisteis sugerencias... Pero no queramos tener, ahora, el monopolio de la sabiduría...

—No se trata de tener ningún monopolio... —continuó *Charli*, sin ninguna voluntad de rebajar el acaloramiento de la discusión que se estaba fraguando—. Se trata de que yo sé lo que hacer en circunstancias como esta y tú no. Punto y final. Y te pediría un favor: no te metas en ninguna conversación entre *Jimmy* y yo. Entre *Jimmy* y yo, sabemos llevar nuestras cosas sin que tenga que meterse el primer enterado de turno...

—Pero, *Charli*, ¿qué tiene de malo que...? —empezó a decir *Jimmy*.

—¡Cállate, *Jimmy*! ¡Por favor! ¡No es momento de hablar...! Lo que tengamos que hablar, ya lo haremos tú y yo a solas... ¿De acuerdo?

—Pero, *Charli*, es que... —volvió a intentar decir *Jimmy*, sin que tampoco esta vez lograra terminar la frase.

Charli volvió a amonestarlo. Ahora, acompañó sus palabras con un dedo índice amenazante apuntando a su entrecejo.

—¡Te he dicho que te calles, *Jimmy*!

El Chato decidió callarse para no empeorar la situación. Manuel miraba a *Charli* de modo desafiante. Y sus palabras fueron en paralelo.

—No comprendo tu postura... Deberías argumentar tu obcecación...

—¡Yo no tengo que argumentar nada! —dijo *Charli*, arrojando con furia los naipes sobre la mesa y levantándose de la silla, echándola hacia atrás con violencia. Sin devolver la mirada a Manuel, salió de la casa para fumar un cigarrillo.

Manuel miró a *Jimmy*, intentando iniciar una conversación con él. Pero *Jimmy* permaneció con los ojos fijos en las cartas de la baraja, pasándolas entre sus manos una y otra vez, jugando con ellas a la nada con el fin de no tener que decir que no entendía lo que le estaba pasando a *Charli*.

* * *

—Sara, estoy pensando que nos vamos a ir antes de lo que pensábamos —dijo Manuel.

La chica quedó aterrada tras oír estas palabras.

—¿Por qué?

—La cosa, aquí, se está poniendo tensa... Me empieza a preocupar...

—No estaría bien que nos precipitéramos...

—¿Qué te sucede, Sara?

—¿Qué quieres decir?

—Sé que pasa algo. ¿Por qué no me dices qué es?

Sara no sabía qué debía responder. Porque no sabía qué iba a hacer. Quería cambiar de vida. Pero no estaba segura de que quisiera hacerlo con Manuel. Le gustaría marcharse con *Charli*. Pero *Charli* ya le había dicho mil veces que no iba a vincular su vida a la de nadie. Si se iba al final con Manuel, al menos ello le infundiría nuevas ilusiones y nuevas esperanzas. Desde el día del atraco, lo único que había hecho era reflexionar sin fin sobre su futuro. Y no había podido llegar a ninguna conclusión. Lo que Manuel le estaba diciendo significaba adelantar el momento en que tendría que resolver un dilema irresoluble.

* * *

Manuel había comprado un móvil de prepago antes del atraco y, con él, se comunicaba con Adolfo Bello (que se había convertido en su único interlocutor en el exterior). Con

independencia de lo que le hubiera dicho *Charli*, él pensaba que no tenía sentido esperar más tiempo en una casa que se estaba convirtiendo en un infierno.

—Adolfo, creo que es una tontería seguir aguardando aquí no se sabe muy bien qué...

—Mira, lo que ocurre es que Francisco Montiel está un poco paranoico... De todos modos, se lo voy a decir... Pero hazte a la idea de que, hasta la semana que viene, no va a tener lugar el encuentro...

Manuel se desesperó con la respuesta del abogado. Aún se hubiera desesperado más si hubiera estado al tanto del hervidero de conspiraciones que bullía a sus espaldas. *Anatoli* y Germán Urendo sólo pensaban en hacerse con todo el material informático para prestar un servicio que Bernardo Alonso les agradecería toda la vida y por el que serían debidamente recompensados. *Charli* pensaba en lo mismo, pero con el fin de empezar a obtener dinero a lo grande. Además, quería que Sara acabara de convencerse de que no debía marcharse del país. Si hubiera sabido todo esto, Manuel hubiese comprendido algunos de los extraños comportamientos que empezaban a rodearle como un adversario histérico. Incluso, con sólo prestar algo más de atención y aplicar un poco de sentido común, hubiera podido sospechar que varios de sus compañeros de casa ocultaban pensamientos inconfesables. Sin embargo, toda su mente estaba ocupada por Sara y su desconcertante estado de ánimo.

* * *

Germán había decidido almorzar en la casa. Como era habitual en él, apenas hablaba. Sólo contemplaba, sin dejar traslucir ninguna emoción, cómo el clima entre los habitantes de la casa había empeorado ostensiblemente.

—Has llamado a alguien, ¿no? —preguntó *Charli* a Manuel.

—Y a ti, ¿qué te importa?

—Me importa porque tengo la responsabilidad de que todo esto acabe bien...

—¿Que tienes la responsabilidad...? ¿Qué responsabilidad? ¡No me hagas reír...!

El Sabio quiso mediar en la nueva discusión.

—Tengamos calma, por favor. La vida ya es suficientemente dura como para que nosotros la hagamos más dura aún con nimiedades y...

—¡Déjate de tonterías, *Sabio*! —dijo, de modo cortante, *Charli*—. Manuel, respóndeme: ¿con quién has hablado?

Manuel no daba crédito a lo que estaba sucediendo. Su sentimiento de perplejidad se acentuaba al encontrarse en una posición a la que no estaba acostumbrado. Su estatus había cambiado radicalmente y todavía tenía que adaptar su forma de actuar al nuevo papel que le había tocado interpretar. Posiblemente, lo inteligente hubiera sido proceder con mayor humildad o, al menos, menor arrogancia. Pero la inercia del pasado le impedía ajustar su mentalidad y sus reacciones.

—No te voy a decir con quién he hablado. No sé lo que te crees... Pero, desde luego, te has arrogado unas funciones que no te corresponden...

—No... Eres tú quien no tienes claras las cosas...

Jimmy y *El Sabio* no reconocían al *Charli* que, en ese momento, agarraba por el cuello a Manuel y le amenazaba si no le decía a quién había telefoneado. Fue Germán quien se acercó a separarlos (temiendo que un conflicto inesperado torciera el rumbo de un plan que la suerte había puesto en sus manos). Sara estaba atónita. Parecía que los acontecimientos se habían conjurado para llevarla a la desesperación.

—¿Os habéis vuelto locos? —dijo *El Sabio*.

—No, no me he vuelto loco —dijo *Charli*—. Lo que pasa es que he estado toda mi puta vida rodeado de inconscientes...

* * *

Germán decidió ir a ver a su hermano Esteban para mostrarle su preocupación por cómo iban las cosas en el grupo. Temía que todo se fuera al traste y le iba a proponer que había que tomar decisiones rápidas y contundentes. Mientras tanto, todo se iba complicando en la casa.

—Pero, *Charli*, ¿qué te pasa? —dijo *El Sabio*—. Nunca te he visto perder el control así...

—Todo tiene un límite... —dijo *Charli*.

—¿Un límite? Pero si no está pasando nada del otro mundo... Llevamos tres días aquí y estamos nerviosos... Además, todos pensamos que no tiene sentido seguir aquí sin hacer nada...

—¿Tú también?

—Sí, yo también... —dijo *El Sabio*, utilizando un tono autoritario inusual en él—. La policía está buscando cuatro millones y medio de euros... Nosotros vamos a recibir sólo un porcentaje... Por lo tanto, aunque nos pillen el dinero, sólo van a juntar una cantidad muy inferior... Y el Francisco Montiel ese, se va a llevar el dinero fuera del país... Así que a ver cómo va la policía a encontrar el dinero... Cuanto antes vaya cada mochuelo a su olivo, mucho mejor...

—No sabes lo que dices... —dijo *Charli*, dando la espalda a *El Sabio* y realizando un gesto de rechazo con su mano.

—Yo sí sé lo que me digo... ¿Sabes qué te pasa a ti? Que Sara no te ha prestado mucha atención desde que empezamos a planear todo esto... Que es Manuel quien pasa más tiempo con ella... Eso es lo que te sucede...

Charli se giró y dio un puñetazo a *El Sabio*. Este, cayó al suelo. Se llevó la mano al rostro, vio cómo sus dedos enrojecieron con la sangre que manaba de la nariz y clavó unos ojos, desengañados y lúcidos, en la cara desencajada de *Charli*. Este salió de su cuarto y fue al salón de la casa. Cuando, tras él, apareció *El Sabio*, todos pudieron ver las huellas del golpe recibido. *Jimmy* bajó la mirada, consciente ya de que algo se había roto y nunca jamás se iba a recomponer.

La mirada fiera de *Charli* reflejaba una pérdida del sentido de la realidad que iba más allá de la posible tensión del momento. Era, más bien, la constatación definitiva de que su carrera frenética dentro de un callejón sin salida había finalizado. Ese final habría llegado antes o después. Pero llegó en ese momento justo porque *Charli* se dio cuenta de que, en realidad, no sabía cómo escapar de su eterna condición, de que las metas que se había trazado eran inalcanzables con su bagaje y con sus recursos. El respeto (el verdadero respeto) de los demás era un objetivo imposible. Tan sólo podía aspirar a sucedáneos accesorios que no eran más que subterfugios mentales para débiles de carácter. De ese modo, lo único que podía conseguir era un corto y limitado reinado sobre un pequeño territorio (pero que era, a fin de cuentas, su territorio).

—Hay una cosa que la gente no suele tener clara —dijo *Charli*—. Yo, siempre la he tenido. Y, conversaciones que he tenido con gente inteligente y poderosa, me han ratificado en la idea. Quien manda, es uno. Punto y final. Y quien manda, decide. Y quien manda, dispone. Y los demás, obedecen. Cuando las cosas funcionan así, van bien. Cuando no, van mal.

Manuel empezó a reírse, agitando la cabeza en señal de desaprobación. Entonces, *Charli* se acercó a Sara. La levantó de la silla donde estaba sentado y empezó a besarla en la boca. El primer pensamiento de Manuel fue dar una paliza a *Charli*. Pero se quedó petrificado al comprobar que Sara no rechazaba su acción. Más bien, percibiendo ese paso como un movimiento liberador, lo abrazó con fuerza, desatando todas los deseos que tenía reprimidos.

Charli sabía que debía amartillar los últimos clavos en el ataúd del orgullo de Manuel. Cogió la mano de Sara, llevándola a su cuarto y cerrando la puerta por dentro. En los siguientes diez minutos, todos callaban mientras oían los sonidos inequívocos que brotaban de la habitación donde estaban *Charli* y Sara. Estaban teniendo relaciones sexuales y no parecía que ella se resistiera o mostrara algún signo de rechazo.

Cuando *Charli* salió del cuarto, ejecutó los últimos hitos de su interpretación. Se terminó de abotonar el pantalón y se subió la cremallera de la bragueta.

—Como iba diciendo, quien manda es uno y sólo uno. Y se acabó —dijo *Charli*, henchido de soberbia.

Manuel se convirtió, en ese momento, en una máquina desprovista de cerebro que sólo se movía por impulsos atávicos que, posiblemente, hundían sus raíces en las fuerzas más elementales del mundo y del universo. *Jimmy* realizó un comentario despectivo dirigido a *Charli*.

—Tío, no sé cómo has podido llegar a esto...

Charli rió socarronamente, mirando a *Jimmy* con aire chulesco y desdeñoso. Y durante cinco segundos, sólo durante cinco segundos, se despistó. Quizás, los únicos cinco segundos de su vida en los que dejó de prestar atención al espacio que le rodeaba. Porque, cuando acabó en la cárcel, no fue distracción sino exceso de confianza. Pero lo que ocurrió esos cinco segundos fue algo distinto: *Charli* quería disfrutar de su inesperado triunfo y decidió crear una especie de oasis vacío alrededor de su mente... Pero tal oasis era una pura mentira. Porque lo único para lo que sirvió fue para que Manuel cogiera de la mesa una de las pistolas que había y, con una

rapidez inusitada, le disparara tres disparos al pecho. Sólo el grito entrecortado de Sara permitió a todos recuperar un breve lapso de consciencia. Porque, enseguida, mientras *Charli* se desplomaba, este tuvo la oportunidad, con torpeza propia de un autómata, de aprehender una de las escopetas de cañones recortados que estaba recostada sobre un mueble y disparar sobre Manuel, concentrando, en ese desesperado gesto, todas las fuerzas que residían en su último aliento. Y Manuel, en esos segundos en que *Charli* agonizaba y en los que él convulsionó con violencia debido a la fuerza de la detonación, recobró una certeza de la que nunca antes había sido consciente. Supo que, en esa mañana en la Notaría en la que todo había comenzado, vio, en realidad, cómo Pedro Calvo se subía al pretil de la ventana y se arrojaba al vacío. En su mente, se dibujaba el descenso casi infinito del promotor inmobiliario en paralelo a su propio movimiento contra la pared que iba a proporcionarle la última sensación de su vida. Manuel pudo haber hecho algo. Pero no lo hizo. Fue un signo premonitorio de que toda su impotencia iba a sublimarse en un anhelo vano e inútil. La muerte de Pedro Calvo y la muerte de *Charli* no eran más que los puntos focales que habían servido para dibujar el círculo en el que se encerraba su propia muerte.

Y todo acabó.

Jimmy, *El Sabio* y Sara se quedaron inmovilizados. Sólo el llanto seco y nervioso de Sara quebró la escena. *El Sabio*, con impasible serenidad, se acercó a ella. Y, con impasible determinación, le dio una brutal bofetada.

—Esto, porque tú has tenido la culpa de lo que ha pasado... —le dijo con brutal indiferencia—. Ahora, nos tenemos que ir de aquí...

—¿Cómo que nos vamos a ir de aquí...? —dijo *Jimmy*.

—¿Cómo sabemos que no ha habido alguien que haya oído los disparos, haya llamado a la policía y esta esté ya viniendo para acá? Tenemos que irnos, pero ya...

El Sabio tomó el mando con fría decisión. Recogieron todo, introdujeron los cadáveres en el maletero, metieron las maletas con el dinero en el coche y abandonaron la casa, envueltos en una nebulosa sensación de irrealidad. Para todos ellos, sin excepción, sus respectivos mundos habían llegado a su fin. A partir de ese momento, era como si se estuvieran moviendo por territorios sin cartografiar...

Día 10 (III) /Sara Varela (X) /Adolfo Bello (X) /Bernardo Alonso (V)

“Si uno empieza por permitirse un asesinato, pronto no le da importancia a robar, del robo pasa a la bebida y a la inobservancia del día del Señor, y se acaba por faltar a la buena educación y por dejar las cosas para el día siguiente. Una vez que uno empieza a deslizarse cuesta abajo ya no sabe dónde podrá detenerse.”

THOMAS DE QUINCEY, *Del asesinato considerado como una de las Bellas Artes*

Los guardaespaldas de Francisco Montiel se vinieron abajo con suma facilidad. Confesaron que el promotor conocía que se iba a producir el atraco. En realidad, había sido él su inductor. Silva y sus agentes trazaron, con rapidez, un recuento somero a partir de esa revelación. Francisco Montiel había promovido la idea. Se la comentó a Adolfo Bello. Este, hizo de intermediario con Manuel Salas. Y este, por medio de Sara Varela, contactó con *Charli* y su banda. Sara lo confesó, abstraída de todo y resignada a su propio fracaso.

—No voy a negar que sabía dónde me estaba metiendo. No voy a mentirles diciendo que me obligaron... Sé que todo ello sería inútil. Manuel Salas me propuso participar en lo del atraco. Me dijo que Adolfo Bello le iba a ayudar a iniciar una nueva vida en otro país... Y yo le ayudé... Así fueron las cosas...

—¿Fue usted quien maquilló a todos los participantes en el atraco? —preguntó Silva.

—Sí. Yo fui.

—¿Quién mató a Manuel Salas y a *Charli*?

—Se mataron entre ellos —respondió mientras empezaba a llorar, confirmando lo que *Jimmy El Chato* había declarado.

—¿Sabe algo del asesinato de José María López y del intento de asesinato de Aurora Calatrava?

—No. No sé nada al respecto... Ni creo que *Jimmy* lo sepa tampoco... Créanme...

Había que continuar con el balance. *El Tano*: detenido. Germán Urendo: en el hospital, pero también con una orden de detención a sus espaldas. Luis Serrano: detenido. Roberto Prados:

detenido. Alberto Sánchez: detenido. *Jimmy El Chato*: detenido. Sara Varela: detenida. Manuel Salas: muerto. *Charli*. Muerto. *El Sabio*: su orden de busca y captura ya había sido emitida. Esteban Urondo: lo tenían que localizar y detener. Adolfo Bello: pendiente de ser detenido. Francisco Montiel: pendiente de ser detenido. Casi todo en relación al atraco estaba aclarado. Sólo la muerte de José María López y el intento de asesinato de Aurora Calatrava continuaban siendo un misterio.

—¿Por dónde empezamos, jefe? —preguntó Gómez.

—Empecemos por Adolfo Bello. Es un tipo inteligente y no se va a dejar caer con todo el equipo... Seguro que se presta a colaborar de inmediato...

Así que Silva y Gómez se dirigieron al despacho del abogado, dispuestos a despejar las últimas incógnitas del caso.

* * *

No sabían si Adolfo Bello iba a estar en las oficinas de su bufete o no. Pero fueron el primer lugar al que se encaminaron. Cuando llegaron, encontraron que la puerta estaba abierta. Entraron. Todo estaba en oscuridad. Se oyeron voces que venían de arriba. Subieron lentamente, en silencio. Un foco de luz emergía del fondo de la planta superior, proveniente de una puerta entreabierta. Se siguieron acercando, despacio, calladamente, prudentes ante lo que pudiera estar sucediendo. Silva intentó ver lo que ocurría, asomándose por el espacio existente entre el dintel y la hoja de la puerta sin cerrar. Adolfo Bello estaba sentado en su escritorio. Frente a él, estaban Bernardo Alonso y Esteban Urondo, apuntándole con una pistola.

—Lo habéis estropeado todo... —decía Adolfo Bello.

Con cuidado, Silva extrajo su móvil del bolsillo de la chaqueta y pulsó la opción de “Grabadora”, con el fin de dejar constancia de lo que allí se estaba diciendo.

—¿Nosotros? No. Te equivocas... —le respondía Bernardo Alonso—. Quien se ha equivocado, has sido tú... Has sido tú quien ha jugado a un doble juego... Nos has ocultado información... A nosotros... A nosotros, que te hemos pagado bien... No bien... De puta madre, diría yo...

Adolfo Bello empezó a balbucear.

—No, no, no... No, no, no... Lo que pasa es que no dejáis trabajar... No dejáis que los profesionales nos movamos con libertad... Actuáis con histerismo... Y así, no hay forma... No habéis permitido que mis planes se culminaran con éxito...

—No seas patético, Adolfo. Lo sé todo. Quisiste conseguir para ti solo la información que tenía Manuel Salas, para tenernos pillados por los cojones... Menos mal que Germán y Esteban me lo contaron todo... Nos ocultaste que José María López había accedido a todos los archivos... Yo mismo tuve que dar la orden de que lo mataran... Y Germán lo hizo con suma eficacia... Nos ocultaste que Aurora Calatrava había contado todo lo que sabía... Tuviste que dar la orden de ir acabando con los flecos sueltos y no lo hiciste... Por desgracia, Germán no pudo acabar con

ella... Si yo hubiese sabido lo que estaba ocurriendo, hubiera dado la orden de que lo hiciera mucho antes de lo que lo hice... Nos has puesto en peligro...

—Que no, Bernardo, que no... Germán me ha traicionado y tú le has seguido el cuento... A él y a su hermano...

—Germán ha sido fiel a quien, en realidad, le paga... Ha sido fiel a quien debe absoluta lealtad... Ha sido fiel a nosotros... Tú nunca has tenido claro tu papel. No sé qué idea tenías sobre ti mismo. Eras un servidor, un simple súbdito. Y te has creído un amo. Los amos somos nosotros. Nosotros somos los señores a los que gente como tú debe rendir vasallaje... Y nunca lo has comprendido. ¿Sabes todo lo que hemos tenido que hacer para llegar a donde hemos llegado? No te haces una idea. ¿Qué pensabas? ¿Que ibas a conseguir lo mismo medrando a través de estúpidas conspiraciones? Mira, te voy a revelar algo... Aquí, siempre hemos mandado, en realidad, los mismos. Un grupo compacto que ha procurado, en todo momento, que las cosas permanezcan en el orden en que deben estar. Los miembros de ese grupo han ido designando a sus sucesores... Y estos sucesores debían asegurar, debíamos asegurar, la continuidad del orden establecido. Pon atención a esto: los miembros del grupo selecto designan a sus sucesores... ¿Crees que tú vas a saltar por encima de esa regla sagrada? Te equivocas por completo... Igual que se equivocó Manuel Salas... E igual que se ha equivocado Francisco Montiel... A ese, también le daremos, en su momento, su merecido...

—Estás delirando, Bernardo...

—No, yo no deliro... Te explico cómo funciona nuestra sociedad... Pero dejemos ya de dar flores a un cerdo como tú... *Anatoli* me ha dicho que él, junto a *Charli*, robaron, de la casa de Mauricio Cavestany, un duplicado de toda la información que nos ha traído este sinvivir... Sé que se la dieron a Manuel Salas y que Manuel Salas te la dio a ti... Tu obligación era destruirla. Pero te la quedaste... Con el fin de sacar provecho de ella en el futuro... Ahora mismo, nos vas a decir dónde la tienes...

—No sé de qué me hablas...

—Sabes de qué te hablo.

—Insisto: no sé nada...

—Mira, Adolfo... Como en cinco segundos no nos digas dónde está, le diré a *Anatoli* que te mate aquí mismo... Ya registraremos por aquí para dar con lo que buscamos...

Silva vio que debían intervenir de inmediato para evitar otra muerte más. Así que dio un puntapié a la puerta y, entrando por sorpresa, apuntó a Esteban Urendo para evitar que este pudiera utilizar su arma de fuego.

—¡Policía! ¡Quedan todos detenidos...! ¡Usted, suelte el arma...!

Anatoli se dejó llevar por un acto reflejo, por el impulso envenenado que había llegado a dominar su conducta de modo casi adictivo. Intentó disparar a Silva, pero este se adelantó a sus intenciones e hizo fuego, logrando acertar al sicario. Este, se desplomó, doliente y malherido.

Adolfo Bello y Bernardo Alonso no intentaron nada. Levantaron sus manos tras ver a los dos policías apuntándoles con sus pistolas.

—¿Lo ves, Bernardo? —dijo Adolfo Bello—. Esto es lo que pasa cuando no dejáis trabajar a los profesionales...

11

El atraco (y VI)/Sara Varela (y XI)/Adolfo Bello (y XI)/Bernardo Alonso (y VI)

Cuando Esteban y Germán Urondo llegaron a la casa, no había nadie. Saltaron todas las alarmas, sobre todo cuando vieron dos charcos de sangre sobre el suelo del salón. Germán llamó a Adolfo Bello. Esteban llamó a *El Tano*. Había que averiguar qué había sucedido y localizar a todo el grupo. Lo único que se le ocurrió a *El Sabio*, después de haber arrojado los cadáveres de *Charli* y de Manuel Salas en el primer sitio discreto que encontraron, fue pedir ayuda al propietario del Bar La Huerta. Tenía una casa en la que pasaba el verano y que ahora estaría vacía y que ya habían utilizado en ocasiones anteriores. Era el único lugar seguro que conocía. *El Sabio* era consciente de que la operación se había ido a pique y lo único que quería conseguir era ganar tiempo para tomar decisiones. Los dos fallecidos eran los únicos que tenían contacto con los verdaderos jefes de toda la trama, así que se llevó sus móviles porque estos, evidentemente, antes o después, llamarían para preocuparse por el botín que habían conseguido en el atraco y efectuar el reparto acordado. Él contemporizaría con todos ellos, pero iría pensando en cómo llevar a cabo sus propios planes.

* * *

Los siguientes cuatro días fueron de uso frenético del teléfono. Adolfo Bello y *El Tano* no hacían más que llamar, invadidos por el pánico, para intentar saber qué había sucedido, qué estaba sucediendo y qué iba a suceder. *El Sabio* interpretó el papel de víctima temerosa y, hay que decir, que su actuación fue bastante convincente ya que todos ante quienes lo representó picaron como auténticos pardillos. Su plan de actuación siguió dos estrategias similares, aunque ligeramente diferenciadas. Respecto a *El Tano*, se trataba de cumplir con el pacto al que él y *Charli* habían llegado, es decir, que recibiría un porcentaje del dinero “robado” y todo el material informático. En relación a Adolfo Bello, debía hacerle entrega de la mayor parte del botín, con el fin de que se lo devolviera a su legítimo dueño, Francisco Montiel. *Charli* también le había dicho que le daría la información de las cajas de seguridad. *El Sabio* no tenía intención de cumplir con ninguna de las dos partes de ese segundo acuerdo. En gran medida, porque, en principio, temía más a *El Tano* que al abogado. Al mismo tiempo, tantearía a ambos para que

les ayudaran a huir de la policía. Por ello, debía darles largas para que la puja de la subasta fuera subiendo. Contaba con la ventaja de que tanto *Jimmy* como Sara estaban obnubilados y eran simples juguetes en sus manos.

—Tenías razón cuando me diste la bofetada —dijo Sara—. Yo tengo la culpa de lo que ha pasado con *Charli* y Manuel. Y nunca me podré perdonar por ello...

—Lo que pasó, pasó... Y fueron ellos dos quienes se dispararon, no tú... *Charli* se volvió gilipollas... Y a Manuel le pudo su orgullo... Si hubieran tenido la cabeza fría, no les habría pasado nada. Esa es la lección que debemos aprender de todo esto.

El Sabio guardó silencio durante unos instantes. Después, habló con tono tímido y avergonzado y con la mirada extraviada en cualquier rincón sucio del techo de la casa.

- Con lo que te acabo de decir, lo que estoy haciendo es pedirte perdón por una bofetada que nunca te tuve que haber dado.

* * *

Tanto Adolfo Bello como Bernardo Alonso estaban de los nervios. Adolfo Bello estaba sufriendo el acoso de Francisco Montiel. Bernardo Alonso, el de los hechos imprevistos. La muerte de José María López podía ser que no sirviera para nada. Según le habían dicho los hermanos Urondo, a esas alturas de la semana ya tendría que estar todo acabado. Sin embargo, con lo que se había encontrado en los informativos era con que el director de la sucursal y uno de los atracadores habían muerto y que todo se había enredado de forma endiablada. Adolfo Bello le iba contando las novedades a Germán. Germán se las contaba a Esteban y este ponía al día a Bernardo Alonso. Pero ninguno de los dos hermanos decía lo que realmente pensaba: que habían perdido, completamente, la iniciativa...

* * *

Llegó el domingo y *El Sabio* llegó a un acuerdo con *El Tano*. Como señal de buena fe, *El Sabio* le haría entrega del material informático. *El Tano*, entonces, proporcionaría documentos falsos a *Jimmy*, a *El Sabio* y a Sara Varela. Entonces, y sólo entonces, le daría el dinero (descontando la parte que les correspondería a ellos tres) para que, a su vez, se lo hiciera llegar a Adolfo Bello y, este, a Francisco Montiel. Cuando el martes por la mañana se enteró de que *El Tano* había sido detenido, tuvo que reajustar todo el plan. Y la única opción era recurrir a Adolfo Bello. Y el problema es que, esta vez, tendría que recurrir al engaño. A Adolfo Bello, no había problema en darle el dinero. Pero, evidentemente, era imposible que pudiera recibir los archivos que pedía. Así que, decidió citarse con el abogado, a primera hora de la tarde del miércoles, en el mismo lugar donde recogieron a Luis Serrano el día del atraco. La idea era conseguir los documentos falsos (para ello, envió fotos de los tres a Adolfo Bello) interpretando un vodevil de teatro barato. La condición que puso *El Sabio* fue que tenía que ser el propio abogado el que se presentara. *Jimmy* y Sara pensaron que el único truco iba a ser que iban a evitar entregarle el material informático. Pero los planes de *El Sabio* iban más allá: no tenía ninguna intención de entregarle dinero alguno... Le daría las dos maletas y las mismas, aparentemente, contendrían los mismos billetes robados el día del infausto atraco. Sin embargo, sólo los

billetes de cada extremo del fajo serían reales. Para que todo saliera bien, tenía que ser el abogado quien acudiera. Con *Anatoli* o con Germán Urondo, no tendrían nada que hacer.

* * *

Cuando *El Sabio*, *Jimmy* y Sara llegaron al punto de encuentro, tuvieron la sorpresa más desagradable que podían esperar. En vez de Adolfo Bello, allí estaba Germán Urondo. *El Sabio* tenía claro que la cosa iba a acabar mal. Sobre todo, cuando vio el gesto de buitre carroñero con el que el matón se acercó a ellos. *El Sabio* bajó la ventanilla para hablar.

Germán, con tono impertinente y mandón, le preguntó dónde estaba lo que tenía que entregarle.

—¿Dónde está la documentación...? —preguntó, a su vez, *El Sabio*.

Germán le exigió que, antes, debía darle el dinero, el disco duro y el ordenador...

—No, ni pensarlo. Primero, los documentos...

Germán Urondo no aceptó la propuesta e introdujo sus manos dentro del automóvil y cogió por el cuello a *El Sabio*. Los violentos movimientos entre ambos hacían imposible que *Jimmy* se atreviera a disparar. Sólo en ese instante, *El Sabio* descubrió que Sara había muerto por dentro, quizás al mismo tiempo que cuando *Charli* y Manuel se habían matado entre ellos. La chica, que estaba en el asiento trasero, salió del coche, con la pistola que tanto *El Sabio* como *Jimmy* pensaban que llevaba poco menos que de adorno, y disparó sobre Germán. Este, estupefacto, no pudo reaccionar. Sara volvió a subirse al coche y salieron velozmente de allí, con la certeza de que lo único que les aguardaba era una huida desesperada.

* * *

Germán llamó a su hermano. Le dijo que lo habían herido y que iba a necesitar que le extrajeran la bala. Esteban le preguntó si podía llegar hasta su casa (de la que Germán tenía llave, ya que era donde estaba viviendo durante esos días). Le respondió que lo iba a intentar.

Cuando Esteban llegó con un médico al que podían recurrir para casos comprometidos como ese, se encontró con que allí había una ambulancia. Había tres tipos que, a todas luces, eran policías. Esteban recapituló. Un par de días antes de que lo detuvieran, *El Tano* le había dicho dónde estaban *El Sabio*, *Jimmy* y Sara. Ahora, había que pensar cómo debía utilizar el dato. ¿Al lado de quién debería situarse? Con Bernardo Alonso, la situación había descarrilado. Lo más inteligente era ayudar a quien estaba más desesperado: era quien más podía proporcionarle... Y quien estaba más desesperado era Francisco Montiel. Así que, en una decisión tomada sobre la marcha, llamó a Adolfo Bello.

—Adolfo, soy Esteban, hermano de Germán... Germán está herido... Sí, todo ha salido mal... Sin embargo, le puedo decir dónde están *El Sabio*, *Jimmy* y Sara Varela. ¿Le interesa...?

Claro que le interesaba. Adolfo llamó, inmediatamente, a Francisco Montiel, quien, a su vez, envió al lugar a sus guardaespaldas, con el fin de recuperar su dinero. *Anatoli*, Adolfo y el promotor estaban muy satisfechos. No estaba claro el motivo porque, sin quererlo, habían

puesto en marcha el mecanismo para cavar sus respectivas tumbas (en sentido metafórico, claro está).

12

Día 10 (y IV) /Día 11

Adolfo Bello, Bernardo Alonso, Esteban Urendo y Francisco Montiel fueron los últimos detenidos. El caso del atraco a la oficina principal del Banco Continental había sido resuelto. Los interrogatorios fueron sumamente eficaces. La desmoralización prendió entre todos los acusados y, habiéndose engañado entre ellos de manera sistemática, cada uno estaba más interesado en hundir a los demás que en salvarse a ellos mismos. Además, en el despacho de Adolfo Bello habían localizado la información robada a Mauricio Cavestany. El comisario Torres actuó inmediatamente para que la misma no fuera utilizada por el inspector Silva y se remitiera a la Fiscalía Socioeconómica, con el fin, meramente aparente, de no entorpecer sus actuaciones.

Sin embargo, el único implicado que aún continuaba libre, Francisco Pereda Álamo, alias *El Sabio*, había logrado huir con el dinero. Para la mañana del jueves, el comisario había convocado una rueda de prensa para dar a conocer el gran éxito que había supuesto la investigación (a fin de cuentas, el banco no tendría que asumir ningún quebranto patrimonial y el único que iba a sufrir una pérdida irreparable era Francisco Montiel, en un caso paradigmático de burlador burlado). Silva, en vez de asistir al encuentro con los periodistas, prefirió acudir al registro de la casa de *El Sabio*. No tenían mucha esperanza en encontrar nada relevante pero, por un lado, no había que cejar en el empeño hasta quemar el último cartucho y, por otro, no quería participar en una farsa que ocultara a la opinión pública que una parte importante del caso había sido ocultada por la intervención de poderes superiores.

En la casa de *El Sabio*, no hallaron nada que valiera la pena. Poco podían encontrar que sirviera para localizar al fugitivo. Después de dos horas, podían dar por finalizado el registro. Silva y Gómez se quedaron a solas. No había ningún motivo para ello. Simplemente, querían descansar. Llevaban tres días casi sin dormir, trabajando a un ritmo frenético y quisieron darse un breve paréntesis que les permitiera recobrar fuerzas.

—Me quedo con mal sabor de boca, jefe...

—¿Por qué? —preguntó Silva, aunque ya supiera la respuesta.

—Porque *El Sabio* ha huido con el dinero. Y porque creo que el escándalo que hay detrás del atraco va a dormir el sueño de los justos...

—Ambas cosas pueden cambiar de un día para otro... Yo le diría que no se preocupe por eso...

—Sí pienso que, a *El Sabio*, lo acabaremos deteniendo... Respecto a lo otro, me temo que quedará en el limbo...

Silva miró hacia el techo. No podía asegurar a Gómez que los acontecimientos fueran distintos a como el agente había profetizado. Así que prefirió que, en el futuro, los hechos hablaran por sí mismos. Estaban en el dormitorio de *El Sabio*. Silva intentaba profundizar en el espíritu del huido, llegar a entender cómo actuaba y cómo razonaba. En una repisa, había unos pocos libros. Se fijó en ellos yladeó un poco la cabeza para ir leyendo sus títulos. Uno de ellos, captó especialmente su atención. Extendió su mano, lo cogió y empezó a hojearlo, con parsimonia, casi con solemnidad... Llegó a la última página y volvió a la primera para repetir la acción. Y, de repente, se fijó en algo.

—Gómez, por favor, suba las persianas...

Gómez lo hizo y Silva se acercó a la ventana. Se quitó las gafas y se acercó el libro todo lo que pudo. Hizo lo mismo con todas las páginas. Una y otra vez. Volvió al detalle que le había resultado llamativo.

—¿Qué ha visto, jefe?

—Nada en especial. Simplemente, ya sé hacia dónde se puede estar dirigiendo *El Sabio*.

Epílogo

Más allá del Círculo Polar Ártico

“Estamos cercados por las montañas de hielo, que no nos permiten la salida y amenazan en todo instante con aplastar mi bajel como si se tratara de una débil cáscara de nuez. Los valientes a quienes convencí de que me acompañaran se vuelven a mí para que les saque de tan difícil trance, pero yo no puedo hacerlo. Nuestra situación es espantosa y, pese a ello, no quiero perder ni la confianza ni el valor.”

MARY SHELLEY, *Frankenstein*

—Entonces, ¿cuándo vamos a cruzar el Círculo Polar Ártico? —preguntó Silva, más por aburrimiento que por curiosidad.

El tipo rubio, de tez sonrosada y pecosa, que hacía las funciones de traductor, tuvo un enorme gesto de sorpresa.

—El Círculo Polar Ártico lo atravesamos, más o menos, a las ocho y cuarto de la mañana... ¿No se ha dado cuenta?

—La verdad, no... —dijo Silva con distraída indiferencia.

Eran ya la una menos cuarto de la tarde y quedaba escasa media hora para llegar a su destino. El conductor, impertérrito durante toda la jornada, miraba hacia delante sin que nada distrajera su atención. La radio estaba apagada. El traductor no era muy hablador. Así que, durante todo el trayecto, Silva se dedicó a reflexionar sobre los acontecimientos de las últimas semanas.

* * *

Pasaban los días y la Fiscalía no hacía nada con la documentación que Silva y sus agentes habían incautado durante su investigación. Estaba claro que el avance del proceso había sido desactivado por instancias que escapaban a su control. Silva aguardó acontecimientos antes de decidir si hacía algo o no.

Una tarde, Alicia Valverde, corresponsal de tribunales del diario *La Crónica*, había sido citada por un desconocido en un modesto bar de la periferia. Ella sabía que podía ser peligroso. Pero no podía negarse a ir. La situación económica del rotativo era complicada. Se avecinaban despidos y reajustes y no se podía descartar a la ligera cualquier posible noticia... Si se encontraba con una bomba informativa, se venderían más periódicos (lo cual ayudaría a mejorar la cuenta de resultados) y ella misma ganaría en prestigio profesional (por lo que tendría más posibilidades de permanecer en su puesto de trabajo). La persona a la que estaba esperando, se retrasaba. Quizás, en el último momento, se hubiera arrepentido de acudir al encuentro. Pero, finalmente, apareció. Alicia no lo conocía. Era un hombre de unos setenta años que, con gran tranquilidad, se sentó en la mesa donde se encontraba la periodista. Alicia estaba acostumbrada, en circunstancias parecidas, a encontrarse con gente nerviosa e inquieta, que miraba constantemente hacia todos los lados y a la que costaba mucho sacarle la información. Alternativamente, también podía ser gente resentida, que hablaba de forma grandilocuente y alarmista y cuya credibilidad raramente superaba el filtro de una mínima investigación. Sin embargo, esta vez era distinto. Su interlocutor demostraba gran aplomo y acudía a la cita con un propósito claro y concreto.

—Mire, todo va a ser muy sencillo —le dijo con un tono de voz tranquilo y pausado—. En esta mesa, me voy a olvidar un *pendrive*. Usted lo va a analizar... Tómese su tiempo, no hay prisa... Sabemos que van a publicar lo que ahí aparece... Si tiene alguna duda o necesita que volvamos a contactar con usted, publique, con su firma, un artículo en *La Crónica*... Su tema tendría que salirse de lo normal... Por ejemplo, los carnavales de la ciudad...

—¿Los carnavales? No tengo ni idea de carnavales...

—Precisamente, por eso... Será la señal de que necesita nuestra ayuda... Buenas tardes.

El hombre se fue tal como llegó: con discreción y sin aspavientos... A Alicia le comía la curiosidad. ¿Qué podía haber en ese pequeño dispositivo de color rojo?

El extraño interlocutor de Alicia Valverde caminó durante unos minutos. Se percató de que no lo seguía nadie. Entonces, se volvió sobre sus pasos y se introdujo en un coche junto al que ya había pasado tres minutos antes.

—Todo bien —dijo satisfecho.

—Perfecto, Braulio —dijo Silva—. Nadie te ha seguido, ¿no?

—No. La periodista ha cumplido. Se la ve una chica maja... Ahora, a ver si le dejan publicar lo que le hemos dado...

Le dejaron. Quince días después, en un titular a toda página, el diario *La Crónica* destapaba el mayor escándalo que había sacudido la ciudad en décadas: el Concejal de Urbanismo, promotores inmobiliarios y directivos de banca implicados en una amplia trama para aprovecharse, durante años, de actuaciones urbanísticas decididas en función de intereses particulares y no del interés general. Día tras día, surgían nuevas revelaciones que iban sitiando, de modo irreversible, a todos los que aparecían en las grabaciones. Finalmente, ante la conmoción existente en la opinión pública, la Fiscalía Socioeconómica no tuvo más remedio que actuar. Envío desde la capital a la Unidad de Delitos Económicos y detuvo a Miguel Ángel Wic, Javier Tortosa, Esteban Villa y a ocho funcionarios del Departamento de Urbanismo. A Bernardo Alonso, Francisco Montiel y Adolfo Bello, ya detenidos, le imputaron nuevos delitos. El Alcalde cesó a Miguel Ángel Wic y reiteró los compromisos de transparencia y honradez, que constituían los principios rectores en su gestión de la Corporación municipal. El Consejo de Administración del Banco Continental puso en marcha un proceso masivo de destituciones con el fin de restaurar la confianza en la entidad y continuar en la línea intachable de seriedad y responsabilidad que había sido su seña de identidad durante sus casi cien años de existencia. Javier Vela Tévez fue nombrado nuevo director de zona y convocó, inmediatamente, una rueda de prensa para anunciar que se iniciaba una nueva época en la que se pondría fin a los errores del pasado y en la que los mismos no volverían a repetirse. Beatriz Sánchez, Ernesto Menéndez, Aurora Calatrava, Mauricio Cavestany y Marcos García fueron llamados a declarar. En medio de toda la vorágine, su papel fue considerado irrelevante y no fueron imputados por ningún concepto.

Los agentes que formaban el equipo de Silva estaban muy satisfechos. El Comisario Torres, no lo estaba tanto. Sospechaba que algún miembro del Cuerpo de Policía había filtrado la información al periódico y quería tomar medidas. Pero Silva respondió con contundencia a sus recelos.

—Señor Comisario, puedo afirmar, con absoluta rotundidad, que ninguno de mis agentes ni yo mismo hemos entregado ninguna información a la prensa. Por mis agentes, pongo la mano en el fuego. Respecto a mí, lo único que puedo hacer es darle mi palabra de honor de que yo no he hablado con ningún periodista sobre el tema... A partir de ahí, ya todo depende de la confianza que tenga usted en nosotros...

Evidentemente, lo que dijo Silva era verdad. Además, al comisario no se le ocurrió preguntar, por ejemplo, si un tal Braulio Santisteban podría haberlo hecho. Así que la cuestión, simplemente, se quedó ahí...

La sensación de Silva era agri dulce por un doble motivo. Uno de ellos, era obvio: aún no habían localizado a *El Sabio*. El otro, era más personal. La primera opción que barajó para entregar la información a Alicia Valverde no fue la de Braulio Santisteban. Fue la de su hijo Juan.

Cuando Silva le explicó cuál era su propósito, Juan lo recibió con frialdad.

—No acabo de comprender lo que me propones, papá...

—Es muy simple. La periodista no me puede ver... No puede saber que soy yo quien le hago entrega del *pendrive*... A partir del momento en que ella no pueda implicarme, hay un cortafuego evidente en la posible investigación de esta fuga de información...

—¿Y qué pasa conmigo?

—Los periodistas siempre protegen a sus fuentes. Y, de todos modos, no va a saber quién eres... ¿Qué más precauciones quieres?

Juan tenía entre sus dedos el *pendrive* y jugueteaba con él. No se le veía seguro sobre qué debía hacer.

—¿Y qué información hay aquí?

—Información comprometedor para gente muy importante de esta ciudad. La Fiscalía Socioeconómica no se decide a avanzar con el caso... Y creo que hay que darles un empujón para que acaben de decidirse...

—¿Por qué yo?

—Me has dicho muchas veces que quieres cambiar el mundo. Lo único que quiero que veas es que yo también tengo una idea clara de lo que es injusto... Y quiero luchar contra ello... El sistema tiene armas que se pueden usar para atacar a los corruptos... Eso es lo que quiero que compruebes tú mismo.

Juan meditó durante unos instantes. Finalmente, comunicó su decisión a su padre.

—Mira, respeto tus intenciones. No sólo las respeto... Las admiro, incluso... Habría muchos empleados públicos que no se plantearían hacer lo que tú te has planteado... Pero si el periódico publica lo que hay aquí guardado y caen unos cuantos, eso no va a servir para nada... Todo seguirá igual al día siguiente. Llegarán otros que ocuparán su lugar y seguirán haciendo lo mismo... No quiero participar en algo que va a ser estéril...

—Está bien, no hay problema... Pero sí te digo una cosa: no creo que sea estéril... Cuando un poderoso cae, su sustituto lo tiene más difícil para continuar con el mismo comportamiento... Cuando vayan cayendo, uno detrás de otro, llegará un momento en que el que esté ya no podrá seguir medrando y enriqueciéndose a costa de los ciudadanos... Y, aún así, habrá que

estar vigilándolo porque las tentaciones humanas siempre son las mismas... Esto es una batalla que nunca termina. Por lo que no tiene sentido pretender ganar la guerra para siempre...

* * *

Habían salido a las siete de la mañana de Taivalkoski. Hicieron una breve parada para que el chófer descansara y para tomar una buena taza de café. Continuaron con la ruta prevista y, a eso de las doce del mediodía, llegaron a Sodankylä. Siguieron más hacia el norte, en busca de la casa de campo donde sabían que, no hacía más de un mes, había llegado un forastero. Era junio y el paisaje que contemplaba Silva no tenía nada que ver con la imagen de superficie helada que se había formado en su mente. Lo dominaba todo un verde intenso. Pero era un verde muy distinto al verde al que el inspector estaba acostumbrado. Era un verde oscuro y frío. Aunque Silva, durante el largo trayecto, llegó a la conclusión de que, en el fondo, ese verde era como otro cualquiera. Su oscuridad y su frialdad sólo eran fruto de sus ideas preconcebidas, que habían intoxicado su percepción y su mirada. Después de una monótona sucesión de prados y bosques, el conductor dijo algo.

—Ya estamos llegando —dijo el traductor—. ¿Ve esas casas de paredes rojas y tejados azules, allí a la izquierda? La segunda, es donde está su compatriota...

Al cabo de un par de minutos, el todoterreno giró a la izquierda, salió de la carretera y se adentró por un camino de tierra. Cuando llegaron a la cerca que daba acceso a la casa que suponía el final del viaje, Silva decidió entrar solo.

—Quédense aquí... —dijo al traductor—. Intervengan sólo si ven algo extraño...

—¿Está seguro, inspector?

—Sí. Completamente seguro...

En el porche de la casa había un hombre sentado sobre un asiento de madera. Silva se fue acercando lentamente. El hombre se levantó con curiosidad. Poco a poco, de modo inconsciente, sus brazos fueron cayendo, peso, tal vez, de la decepción y el desánimo. Silva se fijaba en cómo los hombros dejaban de estar erguidos e iban dibujando un perfil de derrota que convenía a sus propósitos. Cuando ya estuvieron frente a frente, el inspector no tuvo dudas. Estaba mirando a Francisco Pereda Álamo, alias *El Sabio*.

—Buenas tardes —dijo Silva—. ¿Cómo fue el viaje hasta aquí? ¿Se le hizo largo? ¿Se le hizo corto? ¿Fue sencillo? ¿Tuvo sus complicaciones?

El Sabio no quería hablar.

—Le digo una cosa: que no hable, no le va a servir de nada... En esta carpeta que traigo, viene su foto... Así que sé que usted es usted...

—De acuerdo —dijo *El Sabio* finalmente—. Sí, soy yo... ¿A quién tengo el gusto de recibir en mi casa?

—Me llamo Tomás Silva y soy inspector del Cuerpo de Policía de su país. Usted y sus cómplices nos causaron muchos quebraderos de cabeza con lo del atraco al Banco Continental... Y, al

final, usted pudo salirse con la suya... Se llevó buena parte del botín. Pero, ya ve... He podido dar con usted.

—Me imaginaba algo así.

El Sabio se sentó en uno de los peldaños de la escalera de la entrada a la casa, permaneciendo pensativo y mirando al césped con disgusto.

—No sé qué decir... —dijo después del breve intervalo de silencio—. Pensé que tardarían más en dar conmigo. O que, quizás, no darían nunca... Leí en los periódicos que la pérdida del robo la sufrió el promotor... Y como él organizó todo, pues, bueno, no sé, se me ocurrió que, quizás, no iban a seguir con la investigación...

—Hasta cierto punto, tiene razón. No sé si sabrá cuál fue el desenlace del caso... No se sabe cómo, pero alguien filtró a la prensa la información que Manuel Salas tenía guardada en las cajas de seguridad... Y, claro, eso ha hecho enfadar a mucha gente... Mi jefe ya me indicó, con claridad diáfana, que había que poner punto y final al caso. Que habíamos tenido un gran éxito y que no era cuestión de estropearlo por exceso de celo... Siento decírselo pero, en realidad, a usted no lo consideran más que como un personaje secundario en toda la historia... El comisario pensaba que, antes o después, usted caería, sin que tuviéramos que dedicar grandes esfuerzos...

—¿Y, entonces, por qué ha venido usted hasta aquí?

—Es que me gusta el ajedrez... Y no sé si lo sabrá, pero todos los jugadores de ajedrez nos volvemos un poco obsesivos... No podemos parar hasta llevar al final todos nuestros razonamientos... Somos así...

—A mí también me gusta el ajedrez. Si quiere, podemos jugar una partida mientras hablamos...

—Por mí, vale...

El Sabio entró en la casa y, al cabo de unos minutos, salió con dos sillas, una mesa plegable y un juego de ajedrez completo. Mientras colocaba las piezas, preguntó al inspector por el hecho que le intrigaba.

—Y, dígame, ¿cómo ha dado tan fácilmente conmigo? ¿Qué error cometí?

—En realidad, ninguno.

—¿Entonces?

—¿Recuerda usted que, en su casa, había un atlas?

—Sí, es cierto... Lo utilicé en la escuela... Tampoco le saqué mucho provecho... La escasa sabiduría que poseo la he obtenido de la calle y del trato con personas inteligentes y respetables... Bueno, ¿y qué pasa con ese atlas?

—El día siguiente a su huida, registramos su domicilio y lo encontré por casualidad... Empecé a hojearlo y, de repente, di con algo extraño... En el mapa de Escandinavia... En la Laponia

finlandesa, dentro ya del Polo Norte, había una señal curiosa en torno a la ciudad de Sodankylä... Era como si un niño hubiera pasado cientos de veces su dedo alrededor del punto que indicaba la situación de esa localidad en el mapa... Y, sin darse cuenta, su uña fue arañando el papel, poco a poco, poco a poco, poco a poco... Me fijé y era como si hubiera infinitos círculos en torno a ese extraño nombre... Círculos sutiles, que podían pasar perfectamente desapercibidos... Observé con cuidado todos los mapas... Estuve varios días revisándolos... Y, en ninguno de ellos, encontré algo similar... De este modo, pasado un tiempo, contactamos con la policía de la zona... Preguntamos si alguien de nuestro país se había instalado recientemente por aquí... Al principio, no hubo noticias... Pero, hace diez días, nos informaron de que sí había llegado alguien haría cosa de un mes... Por supuesto, el nombre que nos dijeron no se correspondía al suyo, pero contábamos con que el fugitivo habría construido una identidad falsa. Así, que he cogido un par de días de mis vacaciones y aquí me he plantado, para confirmar si se trataba de usted o no...

—Muy interesante... Supongo que me permitirá jugar con las piezas blancas al ser su anfitrión, ¿no?

—Sí, sí, sí... Por supuesto...

El Sabio movió peón cuatro rey.

—Entonces, debo pensar que, ya siendo niño, sin que fuera consciente de ello, estaba labrando mi propia catástrofe, estaba sembrando el desenlace que va a tener lugar dentro de un rato... ¿Es así o me equivoco?

—Siempre es así. Por lo que no hay posibilidad de que se equivoque —dijo Silva, tras mover, igualmente, peón cuatro rey—. Por cierto, ¿qué le atrajo de este lugar?

—No me atrajo nada. Bueno, sí, las fantasías infantiles que inventé sobre ellas... Eso es todo... —dijo *El Sabio*, que optó por seguir con caballo tres alfil de rey.

—En realidad, a mí me parece que es un sitio hermoso. Y, por lo que he visto, hay un buen nivel de vida. A la gente con la que me he encontrado, se la ve feliz y afable... Hay veinticuatro horas de noche en invierno, es cierto. Pero, ahora, hay veinticuatro horas de día para compensar... No pienso que esté tan mal... —dijo Silva, continuando con caballo tres alfil de dama.

—El problema no es ese. El problema es que no es como me lo he imaginado durante toda mi vida... —dijo *El Sabio* tras mover alfil cinco caballo.

Silva clavó sus ojos en la mirada de *El Sabio* y captó, en una especie de ramalazo fugaz y definitivo, un abismo de soledad y tristeza que escondía un cierto agradecimiento por que él hubiera llegado hasta ese lugar y fuera a poner punto y final a su huida.

—Me temo que se ha dado cuenta de algo importante... De que el peor purgatorio posible es que se cumplan nuestros sueños de infancia y juventud.

El Sabio se quedó extrañado con la frase.

—¿Y por qué?

—Porque, tras el desengaño, ni tan siquiera es posible la melancolía... —dijo el inspector, antes de mover peón tres caballo de rey.

El Sabio se sorprendió por la jugada. Silva bajó por la breve escalera del porche y tomó el camino de vuelta hacia el todoterreno en el que había llegado.

—Inspector... Pero, ¿ya está? ¿Eso es todo?

—Mire, *Sabio*... Si se viene conmigo detenido, el comisario va a pensar que me dejo llevar muy fácilmente por mis iniciativas personales... Y eso no me conviene en mi situación actual... Ya sospechó de mí cuando sucedió lo que le he explicado con la prensa... ¡Sólo me faltaría alimentar esas sospechas con un nuevo golpe de efecto...! Y, además, ¿quién sabe! A lo mejor, usted mismo, cuando lleguen las nieves, se cansa de vivir aquí y se acaba entregando para poner fin a su escapada...

—Pero, entonces, ¿ni va a pedir mi extradición ni nada...?

Silva bajó la mirada. Sonrió. Y le dijo sus últimas palabras antes de irse.

—¡Demasiado papeleo...!

Tras subirse al todoterreno, el chófer y el traductor le miraron con gesto contrariado.

—¿Qué sucede, inspector? ¿No lo detenemos?

—No. No es la persona que buscamos... —dijo Silva, íntimamente satisfecho por haber llegado a resolver un caso verdaderamente complicado.

FIN